

KATE ATKINSON
EXPEDIENTES



Lectulandia

Bajo una ola de calor, entre turistas despistados y estudiantes extranjeros, el detective Jackson Brodie se ocupa de sus casos en un Cambridge al margen de la imponente sombra de los *colleges*. Su trabajo suele centrarse en rutinarias historias de infidelidad, pero de pronto recibe dos encargos similares: averiguar qué ocurrió hace años con una niña desaparecida y una joven asesinada. Durante el proceso Jackson —un escocés exmilitar, expolicía, cuarentón y divorciado— no solo desvelará una intrincada red de secretos; también deberá enfrentarse a otro caso, este más doloroso y más antiguo, que lo ha acompañado siempre.

Con la trama trepidante de un *thriller* y el calado de una novela psicológica *Expedientes* plantea un acercamiento caleidoscópico y plural al clásico relato detectivesco, que gana así en hondura sin perder ritmo ni interés. Un inolvidable elenco de personajes y su brillante capacidad para dosificar tragedia y humor completan el perfil de un libro que no defraudará al amante de la narrativa ni al partidario del género negro.

Lectulandia

Kate Atkinson

Expedientes

Jackson Brodie - 1

ePub r1.0

Ablewhite 30.08.15

Título original: *Case Histories*
Kate Atkinson, 2004
Traducción: Patricia Antón de Vez

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Anne McIntyre

Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

JUAN 8,32

Conspiración familiar

¿Hasta qué punto fue cuestión de suerte? Una ola de calor en plenas vacaciones escolares, justo cuando tocaba. Cada mañana el sol se levantaba mucho antes que ellos, burlándose de las finísimas cortinas que pendían lánguidas ante las ventanas del dormitorio; un sol que ya prometía ser ardiente y pegajoso antes siquiera de que Olivia abriese los ojos. Olivia, tan fiable como un gallo, siempre la primera en despertar, por lo que nadie en la casa se había preocupado en utilizar un despertador desde su nacimiento, tres años antes.

Olivia, la menor y la que por tanto dormía entonces en la pequeña habitación de atrás decorada con papel pintado de motivos infantiles, una habitación que todas habían ocupado y de la que cada una se había visto a su vez desbancada. Olivia, una verdadera monada en opinión de todos, incluso de Julia, a quien le había llevado mucho tiempo superar el hecho de verse desplazada como el bebé de la casa, posición que había ocupado durante cinco satisfactorios años antes de que llegara Olivia.

Rosemary, su madre, decía que desearía que Olivia pudiera seguir teniendo siempre esa edad, porque era adorable. Nunca la habían oído utilizar esa palabra para referirse a las demás. Ni siquiera se habían percatado de que semejante palabra existiera en su vocabulario, que solía restringirse a aburridas órdenes: «ven aquí», «lárgate», «cállate» y, con mayor frecuencia, «para de hacer eso». A veces entraba en una habitación o aparecía en el jardín, las miraba furiosa y les decía: «Sea lo que sea lo que estéis haciendo, no lo hagáis», y después volvía a irse, dejándolas ofendidas y con la sensación de haber sido tratadas injustamente, incluso si las habían pillado en plena travesura, casi siempre planeada por Sylvia.

Su capacidad para hacer fechorías, en especial bajo el temerario liderazgo de Sylvia, era al parecer ilimitada. Las tres mayores eran (en opinión de todos) «una piña», de edades demasiado cercanas para que su madre fuera capaz de distinguirlas, de forma que habían acabado por convertirse en una niña colectiva a la que le costaba atribuir detalles individuales y a la que solía dirigirse al azar como «Julia-Sylvia-Amelia-quien quiera que seas» con tono exasperado, como si ellas tuvieran la culpa de ser tantas. Olivia solía quedar excluida de esa cansina letanía; Rosemary nunca parecía mezclarla con el resto de sus hijas.

Habían supuesto que Olivia sería la última en ocupar la pequeña habitación de atrás y que un día se arrancarían por fin el papel con motivos infantiles (lo haría su agobiada madre porque el padre decía que contratar un decorador profesional era un despilfarro de dinero) para reemplazarlo por algo más adulto: flores o quizá caballos,

aunque cualquier cosa sería mejor que el rosa esparadrapo que adornaba la habitación que Julia y Amelia compartían, un color que tan prometedor les había parecido a las dos en la carta de colores y que tan feo quedaba en las paredes y que su madre decía no tener tiempo o dinero (o energías) para reemplazar.

Ahora resultaba que Olivia iba a pasar por el mismo rito que sus hermanas mayores, dejando atrás los ositos y corderitos (bastante mal alineados) para cederle el terreno a un «accidente» cuya llegada había anunciado Rosemary, como quien no quiere la cosa, el día anterior mientras servía un almuerzo improvisado en el jardín a base de sándwiches de carne en conserva y naranjada.

—¿No era Olivia el accidente? —preguntó Sylvia, y Rosemary frunció el entrecejo como si reparase en la presencia de su hija mayor por primera vez.

Sylvia, a sus trece años y hasta hacía poco una niña entusiasta (mucho gente habría dicho que en exceso), prometía ser una cínica mordaz en la adolescencia. La desgarrada Sylvia, con gafas y los dientes recientemente enjaulados en feos aparatos de ortodoncia, tenía el cabello graso, una risa estentórea y los dedos largos y finos, de manos y pies, como los de una criatura del espacio. La gente con buenas intenciones la llamaba «patito feo» (se lo decían a la cara como si fuese un cumplido, y desde luego no era así como ella se lo tomaba), imaginando una futura Sylvia que se deshacía de los aparatos, adquiría lentillas y pechos, y florecía para convertirse en cisne. Rosemary no veía el cisne en Sylvia, en especial cuando tenía un trocito de carne en conserva enganchada en los aparatos. Sylvia había desarrollado de un tiempo a esa parte una morbosa obsesión por la religión, y aseguraba que Dios le hablaba. Rosemary se preguntaba si se trataría de una fase normal que atravesaban las adolescentes, si Dios no sería más que una alternativa a las estrellas del pop o a los ponis. Rosemary decidió que más valía ignorar los *tête-à-tête* de Sylvia con el Todopoderoso. Al menos las conversaciones con Dios eran gratis, mientras que mantener un poni habría costado una fortuna.

Sylvia tenía unos peculiares desmayos, motivados según su médico de cabecera por el hecho de que «crecía más rápido que sus fuerzas», una explicación discutible como la que más (en opinión de Rosemary). La madre decidió ignorar también los desmayos de Sylvia. Probablemente no eran más que su forma de llamar la atención.

Rosemary se casó con el padre de las niñas, Victor, a los dieciocho años, solo cinco más de los que Sylvia tenía ahora. A Rosemary la idea de que Sylvia pudiese ser lo bastante adulta al cabo de cinco años para casarse con alguien le parecía ridícula y confirmaba su creencia de que sus padres deberían haberse interpuesto e impedido que se casara con Victor, dado que ella era una cría y él, un hombre de treinta y seis años. Se encontraba con frecuencia deseando reprochar a sus padres que no hubiesen velado por ella, pero su madre había sucumbido a un cáncer de estómago no mucho después de que naciese Amelia y su padre había vuelto a casarse y vivía ahora en Ipswich, donde pasaba la mayor parte de los días en las casas de apuestas y todas las noches en el *pub*.

Si al cabo de cinco años Sylvia se traía a casa a un novio corruptor de menores de treinta y seis (en particular si afirmaba ser un gran matemático), Rosemary ya pensaba que probablemente le arrancaría el corazón con el cuchillo de trinchar. Semejante idea fue tan agradable que el anuncio del «accidente» quedó por el momento olvidado y Rosemary les permitió salir corriendo hacia el furgón de helados que anunció su llegada melodiosa a la calle.

El trío Sylvia-Amelia-Julia sabía que no había nada parecido a un «accidente» y que el «feto», como insistía en llamarlo Sylvia (le entusiasmaban los temas científicos), que hacía estar tan irritable y aletargada a su madre, era probablemente el intento desesperado de su padre de concebir un hijo varón. No era un padre que adorase a las niñas: no mostraba un cariño real por ninguna de ellas, y solo Sylvia se ganaba en ocasiones su respeto porque era «buena con las mates». Victor era matemático y llevaba una enrarecida vida intelectual a la que no tenía acceso su familia. Se lo ponía fácil el hecho de que apenas pasara tiempo con ella: o bien estaba en el departamento o en sus habitaciones de la universidad, y cuando estaba en casa se encerraba en su estudio, en ocasiones con sus alumnos pero habitualmente solo. Su padre nunca las había llevado a la piscina de Jesús Green o jugado con ellas entusiastas partidas a las parejas o al burro, nunca las había lanzado al aire para volver a cogerlas o las había columpiado, jamás las había llevado en barca por el río o de paseo por los pantanos o a una instructiva visita al museo Fitzwilliam. Más bien una ausencia que una presencia, todo cuanto su padre era, y lo que no era, quedaba representado por el sacrosanto espacio de su estudio.

Les habría sorprendido saber que el estudio había sido antaño un salón lleno de luz con vistas al jardín de atrás, una habitación en la que los anteriores ocupantes de la casa habían disfrutado de agradables desayunos, en que las mujeres habían pasado largas tardes con su costura y sus novelas románticas, y en la que la familia se había reunido por las noches para jugar al Cribbage o al Scrabble mientras escuchaba una obra de teatro en la radio. Todas esas actividades había imaginado una recién casada Rosemary cuando compraron la casa, en 1956 a un precio muy por encima de su presupuesto, pero Victor había hecho suya la habitación de inmediato y se las había apañado de algún modo para convertirla en un sitio sin luz solar, atiborrado de toscas estanterías y feos archivadores de roble y que apestaba a los Capstan sin filtro que fumaba. La pérdida de la habitación no fue nada en comparación con la pérdida de la forma de vida con que Rosemary había planeado llenarla.

Lo que hacía Victor en realidad allí dentro era un misterio para todas ellas. Algo tan importante, al parecer, que, en comparación, su vida en familia era insignificante. La madre decía que era un gran matemático, que trabajaba en una investigación que un día lo haría famoso, y sin embargo en las raras ocasiones en que se dejaba abierta la puerta del estudio y vislumbraban a su padre trabajando, cuanto parecía estar haciendo era sentarse a su escritorio contemplando el vacío con el ceño fruncido.

No debían molestarlo cuando estaba trabajando, en especial unas salvajes

mocosas chillonas. La absoluta incapacidad de esas mismas salvajes mocosas de abstenerse de chillar (por no mencionar los alaridos, la efervescencia y los extraños aullidos como de manada de lobos que Victor nunca había conseguido comprender) se traslucía en una relación frágil entre padre e hijas.

Las reprimendas de Rosemary bien podían resbalarles como el agua, pero la visión de Victor surgiendo con torpeza de su estudio, cual oso que despertara de la hibernación, resultaba extrañamente aterradora y, aunque se pasaban la vida cuestionando todo lo que les prohibía su madre, ni una sola vez se les ocurrió explorar el prohibido interior del estudio del padre. Solo se les permitía el acceso a las sombrías profundidades de la guarida de Victor cuando necesitaban ayuda con los deberes de matemáticas. Eso no era tan malo para Sylvia, que tenía la posibilidad de entender las grasientas marcas a lápiz con que un impaciente Victor cubría interminables páginas de papel pautado, pero en lo que concernía a Julia y Amelia, los signos y símbolos de Victor eran tan misteriosos como antiquísimos jeroglíficos. Si pensaban en el estudio, algo que intentaban no hacer, lo consideraban una cámara de torturas. Victor culpaba a Rosemary de la carencia de las niñas de nociones elementales de aritmética; era obvio que habían heredado el deficiente cerebro femenino de su madre.

La madre del propio Victor, Ellen, había supuesto una presencia dulce y tranquilizadora en la tierna infancia de su hijo antes de que se la llevaran a un manicomio en 1924. Victor solo tenía entonces cuatro años y se consideró que era mejor para él que no visitara a su madre en tan perturbador lugar, con el resultado de que creció imaginándola la típica chiflada Victoriana (con un largo camisón blanco y el cabello alborotado, recorriendo los pasillos del manicomio por las noches, balbuciendo tonterías como una niña), y fue mucho más tarde que descubrió que su madre no se había «vuelto demente» (el término que utilizaba la familia) sino que había sufrido una severa depresión posparto tras dar a luz a un bebé muerto y que ni deliraba ni parlotaba sino que llevaba una vida triste y solitaria en una habitación decorada con fotografías de Victor, hasta que murió de tuberculosis cuando este tenía diez años.

Oswald, el padre de Victor, había mandado para entonces a su hijo a un internado y cuando el propio Oswald murió, al caer de forma accidental a las gélidas aguas del océano Meridional, Victor recibió la noticia con calma y volvió al rompecabezas matemático especialmente difícil en que había estado trabajando.

Antes de la guerra, el padre de Victor había sido la más arcana e inútil de las criaturas inglesas, un explorador de los polos, y Victor se alegró de no tener ya que estar a la altura de la heroica imagen de Oswald Land y poder destacar en su propio y menos valeroso campo.

Victor conoció a Rosemary cuando tuvo que acudir al servicio de urgencias del

hospital de Addenbrooke, donde ella era estudiante de enfermería. Había tropezado al bajar una escalera para caer con torpeza sobre una muñeca, pero le contó a Rosemary que iba en bicicleta cuando se vio «lesionado» por un coche en la carretera de Newmarket. «Lesionado» sonaba bien; era un término procedente de un mundo masculino que nunca había logrado habitar del todo (el mundo de su padre), y la «carretera de Newmarket» implicaba (falsamente) que no se pasaba la vida enclaustrado en la limitada zona entre Saint John y el departamento de matemáticas.

De no haber sido por ese encuentro fortuito en el hospital, accidental en todos los sentidos, es posible que Victor no hubiese cortejado nunca a una chica. Se sentía ya de camino a la mediana edad y su vida social seguía limitándose al club de ajedrez. En realidad no sentía la necesidad de incluir a otra persona en su vida; de hecho, el concepto de «compartir» una vida se le antojaba extraño. Tenía las matemáticas, que ocupaban su tiempo casi por completo, de forma que no estaba muy seguro de querer una esposa.

Le parecía que las mujeres poseían toda clase de propiedades indeseables, principalmente la locura, pero también una diversidad de inconvenientes físicos (sangre, sexo, niños) que resultaban perturbadores y otras cosas. Y sin embargo algo en su interior anhelaba verse rodeado de la clase de actividad y calidez de que tanto careciera su propia infancia, motivo por el cual, antes de saber siquiera qué había ocurrido, como si hubiese abierto la puerta de la habitación equivocada, se encontró tomando el té en una casita del Norfolk rural mientras Rosemary les mostraba tímidamente a sus padres un anillo de compromiso de esquivas de brillante (bastante barato).

Aparte de las bigotudas bendiciones de su padre a la hora de acostarse, Victor fue el primer hombre que besó a Rosemary (aunque lo hizo con torpeza, embistiéndola como un elefante marino). El padre de Rosemary, un guardavía, y la madre, un ama de casa, se sorprendieron cuando su hija trajo a Victor a casa para conocerlos. Quedaron asombrados por sus indudables credenciales intelectuales (las gafas de montura negra, la raída cazadora, el aire de permanente desconsuelo) y la posibilidad de que fuera incluso un auténtico genio (una posibilidad que Victor no negó exactamente), por no mencionar el hecho de que hubiese elegido a su hija —una chica callada y fácil de influenciar que hasta entonces casi todo el mundo había pasado por alto— como abnegada esposa.

El hecho de que tuviese el doble de años que Rosemary no pareció importarles en absoluto, aunque más tarde, cuando la feliz pareja se hubo marchado, el padre de Rosemary, un hombre varonil, sí le señaló a su esposa que Victor no era «un gran espécimen físicamente hablando». La única reserva de la madre de Rosemary, sin embargo, consistió en que, pese a que Victor era doctor, pareció tener problemas a la hora de darle algún consejo con respecto a los dolores de estómago que la martirizaban. Arrinconado en una mesa de té cubierta por un mantel de blanda maltes y cargada de galletas de almendra, bollitos de Devon y pastel de semillas de

alcaravea, Victor confirmó al fin: «Es indigestión, me parece, señora Vane», un diagnóstico equivocado que ella aceptó con alivio.

Olivia abrió los ojos y miró con satisfacción el papel pintado con motivos infantiles. Jack y Jill avanzaban penosa y eternamente colina arriba, Jill llevando un cubo de madera para el pozo al que estaba destinada a no llegar jamás, mientras que por todas partes en la misma ladera Little BoPeep andaba en busca de su oveja perdida. Olivia no estaba muy preocupada por el destino del rebaño porque veía un precioso cordero, con una cinta azul en torno al cuello, oculto detrás de un seto. Olivia no entendía en realidad lo del «accidente» pero le habría dado la bienvenida a un bebé. Le gustaban los bebés y los animales más que cualquier otra cosa. Sentía el peso de *Rascal*, el terrier de la familia, cerca de los pies. Estaba terminantemente prohibido que *Rascal* durmiese en sus habitaciones pero cada noche una u otra lo entraba a hurtadillas en el dormitorio, aunque por la mañana solía haber encontrado el camino hasta el de Olivia.

Zarandéó suavemente al Ratón Azul para despertarlo. El Ratón Azul era un animal blando y larguirucho hecho de felpa. Era el oráculo de Olivia, y lo consultaba en todo momento y con respecto a cualquier lema.

Un reluciente haz de luz solar se movía despacio por la pared y, cuando llegó al cordero escondido tras el seto, Olivia se levantó de la cama y metió obedientemente los pies en las diminutas zapatillas, de color rosa, con caras y orejas de conejo, muy codiciadas por Julia. Ninguna de las demás se molestaba en ponerse zapatillas y ahora hacía tanto calor que Rosemary ni siquiera conseguía que se calzaran zapatos, pero Olivia era una niña dócil.

Rosemary, tendida en su propia cama, despierta, pero sin poder mover apenas los miembros, como si el tuétano de los huesos fuera como una tubería de plomo, trataba en ese momento de idear un plan que impidiera a las otras tres corromper la buena conducta de Olivia. El bebé en camino la hacía sentir mareada y pensó en lo maravilloso que sería que Victor despertase de pronto de su sueño cargado de ronquidos y le dijera: «¿Te traigo algo, cariño?», y ella le respondería: «Oh, sí, un poco de té, por favor, sin leche, y una tostada con poca mantequilla, gracias, Victor». Y las ranas criaban pelo.

Si al menos no fuera tan fértil. No podía tomar la píldora porque le hacía subir la tensión, había probado con una espiral pero se le desplazó, y Victor consideraba la utilización de condones una especie de asalto a su virilidad. Ella no era más que su yegua de cría. Lo único bueno de estar embarazada era que no tenía que soportar el sexo con Victor. Le decía que era malo para el bebé y él la creía porque no tenía idea de nada, ni de bebés o mujeres o niños; no sabía nada de la vida en general. Rosemary era virgen cuando se casó con él y regresó de la semana de luna de miel en Gales en estado de *shock*. Debería haberse largado en ese momento preciso, por

supuesto, pero Victor había empezado ya a consumirla. A veces le daba la sensación de que se alimentaba de ella.

De haber tenido energías se habría levantado para dirigirse con sigilo al dormitorio sobrante, el de «invitados», y tenderse en la dura cama individual con sus limpias y frescas sábanas blancas bien sujetas por sus puntas de ajuste. La habitación de invitados era como una bolsa de aire en la casa, con su atmósfera que nadie más respiraba, su alfombra que no gastaban pies descuidados. No importaba cuántos bebés tuviera, podía seguir pariéndolos como una vaca, año tras año (aunque se suicidaría si lo hacía), pero ninguno de ellos ocuparía jamás el prístino espacio de la habitación de invitados. Era limpia, estaba intacta, era suya.

El desván sería incluso mejor. Podía hacer que cambiaran el suelo y lo pintaran de blanco y le pusieran una trampilla, y podría instalarse allí arriba, cerrar la trampilla como un puente levadizo y nadie sería capaz de encontrarla. Rosemary imaginó a su familia vagando de una habitación a otra, llamándola, y río. Victor gruñó en sueños. Pero entonces pensó en Olivia, deambulando por la casa, incapaz de encontrarla, y sintió miedo, como una opresión en el pecho. Tendría que llevarse a Olivia al desván con ella.

Victor estaba en ese dulce lugar entre la vigilia y el sueño, un lugar a salvo de los amargos sentimientos de su vida cotidiana en una casa llena de mujeres que se le antojaban extrañas.

Olivia, con el pulgar bien metido en la boca y aferrando al Ratón Azul con un brazo, recorrió el pasillo hasta la habitación de Julia y Amelia y se encaramó junto a Julia. Julia estaba en pleno sueño frenético. Su enmarañado cabello, pegado a la cabeza, estaba húmedo de sudor y los labios se movían constantemente, musitando incoherencias en su lucha contra algún monstruo invisible. Julia tenía un sueño profundo: hablaba y caminaba dormida, forcejeaba contra las sábanas y se despertaba de forma dramática para mirar con fijeza con los ojos muy abiertos alguna fantasía que se había evaporado antes de que lograra recordarla. A veces el sueño era tan operístico que traía consigo un ataque de asma, y despertaba en un estado de terror mortal. Amelia y Sylvia estaban de acuerdo en que Julia podía ser una persona muy molesta; tenía una personalidad voluble hasta lo asombroso: de pronto manoteaba y pataleaba para después ser toda arrullos y besos fingidos. De pequeña, había sido proclive a los berrinches más exagerados e incluso ahora rara vez pasaba un día sin que tuviera un ataque de histeria por un motivo u otro y saliera indignada de una habitación. Era Olivia quien solía seguirla para tratar de consolarla cuando nadie más se preocupaba. Olivia parecía comprender que todo cuanto Julia quería era cierta atención (aunque parecía querer muchísima).

Olivia tironeó de la manga del camisón de Julia para despertarla, un proceso que siempre llevaba cierto tiempo. Amelia, en la cama de al lado, ya estaba despierta pero seguía con los ojos cerrados para saborear la última gota de sueño. Además, si fingía dormir, sabía que Olivia se metería en su cama aferrando uno de sus miembros como si fuera un mono, la piel tostada por el sol caliente contra la suya y el esponjoso cuerpo del Ratón Azul embutido entre ambas.

Hasta que Olivia nació, Amelia había compartido habitación con Sylvia, lo cual, aunque tenía muchos inconvenientes, era desde luego preferible a compartirla con Julia. Amelia se sentía abandonada, indistinta e insustancial, entre los polos opuestos bien definidos de Sylvia y Julia. No importaba cuántos «accidentes» hubiese, tenía la sensación de que siempre quedaría perdida en algún lugar de en medio. Amelia era una niña más pensativa, más inclinada a la lectura que Sylvia. Esta última prefería la excitación al orden (motivo por el cual, decía Víctor, nunca podría ser una gran matemática, tan solo aceptable). Sylvia estaba como una cabra, por supuesto. Le había contado a Amelia que Dios (por no hablar de Juana de Arco) le había hablado. En el improbable caso de que Dios le hablase a alguien, Sylvia no parecía la elección obvia.

A Sylvia le encantaban los secretos e incluso si no los tenía se aseguraba de que uno creyera lo contrario. Amelia no tenía secretos, Amelia no sabía nada. De mayor, planeaba saberlo todo y guardarlo en secreto.

¿Significaría la llegada del accidente que su madre volvería a hacer malabarismos con ellas en otro cambio arbitrario? ¿A la habitación de quién se trasladaría Olivia? Solían pelearse por quién tenía al perro en su cama, y ahora discutían por el afecto de Olivia. Había cinco dormitorios en total pero uno se mantenía siempre como habitación de invitados aunque ninguna recordaba que hubiese habido nunca un invitado en la casa. Ahora su madre había empezado a hablar de renovar el desván. A Amelia le gustaba la idea de tener una habitación en el desván, aparte de todas las demás. Imaginaba una escalera de caracol y paredes pintadas de blanco, y habría un sofá blanco y una alfombra blanca y ante la ventana colgarían visillos blancos. Cuando creciera y se casara planeaba tener una sola criatura, una sola criatura perfecta (que sería exactamente igual que Olivia) y viviría en una casa blanca. Cuando trataba de imaginar al marido que viviría con ella en esa casa blanca, solo conseguía que apareciera un borrón, la sombra de un hombre que la adelantaba en escaleras y pasillos y la saludaba con educados murmullos.

Para cuando Olivia los había levantado a todos eran casi las siete y media. Cada una se ocupaba de su propio desayuno, excepto Olivia, a quien encaramaban a un cojín y Amelia le servía leche con cereales y Julia, palitos tostados. Olivia era de ellas, su propia mascota, porque su madre estaba agotada por culpa del «accidente» y su padre era un gran matemático.

Julia, atiborrándose de comida (Rosemary aseguraba que tenía un perro labrador escondido dentro de sí), se las apañó para cortarse con el cuchillo del pan pero Sylvia

la disuadió de llorar y despertar a sus padres tapándole la boca con una mano como si fuera una mascarilla. Lo normal era al menos un incidente al día que implicara sangre. Eran las niñas más proclives del mundo a los accidentes según su madre, que padecía interminables viajes al hospital de Addenbrooke con ellas: Amelia que había hecho volteretas hasta romperse un brazo, un pie escaldado para Sylvia (tratando de llenar una botella de agua caliente), un labio partido para Julia (saltando desde el techo del garaje), Julia, de nuevo, atravesando una puerta de cristal (observada con perpleja incredulidad por Amelia y Sylvia: ¿cómo podía no haberla visto?) y los extraños episodios de desvanecimiento de Sylvia, por supuesto, que pasaba de vertical a horizontal sin previo aviso, con la piel blanca como el papel y los labios secos, en un ensayo de la muerte, traicionada tan solo por una leve vibración del párpado.

La única inmune a esa torpeza común era Olivia, que en sus tres años de vida no había sufrido más que unos cuantos moratones. En cuanto a las demás, su madre decía que bien podría haber acabado con su formación de enfermera, visto el tiempo que se pasaba en el hospital.

Lo más emocionante de todo, por supuesto, fue el día en que Julia se rebanó un dedo de cuajo (Julia parecía extrañamente atraída por los objetos cortantes). Tenía cinco años entonces, entró en la cocina sin que su madre lo advirtiera, y la primera noticia que tuvo Rosemary del dedo amputado fue al volverse mientras picaba las zanahorias con agresividad y ver a una impresionada Julia con la mano en alto en un mudo estado de asombro, exhibiendo la herida como una niña santa martirizada. Rosemary echó un trapo sobre la mano sangrante, cogió en brazos a Julia y corrió a casa de un vecino que las llevó al hospital con un sobreexcitado chirriar de frenos, dejando a Sylvia y Amelia con el problema de qué hacer con el minúsculo y pálido dedo, abandonado sobre el linóleo de la cocina.

(Una Sylvia siempre llena de recursos metió el dedo en una bolsa de guisantes congelados y ella y Amelia fueron en autobús al hospital, Sylvia aferrando todo el tiempo los guisantes en proceso de descongelación como si la vida de Julia dependiese de ello).

El primer plan del día fue caminar por la ribera del río hasta Grantchester. Habían salido en esa expedición al menos dos veces por semana desde que empezaran las vacaciones, llevando a Olivia a caballito cuando se cansaba. Era una aventura que les ocupaba la mayor parte del día por las muchas distracciones que había para explorar, en la ribera, en los campos, incluso en los jardines de otras personas. La única advertencia de Rosemary era «no os metáis en el río», pero salían siempre con los trajes de baño ocultos bajo los vestidos y *shorts* y rara vez transcurría una excursión sin que se despojaran de la ropa y se zambulleran. Tenían que agradecerle al «accidente» haber transformado a su madre normalmente prudente en tan

despreocupada guardiana. Ninguna otra niña de las que conocían disfrutaba ese verano de una existencia tan arriesgada.

En un par de ocasiones Rosemary les había dado dinero para merendar en el salón de té Orchard (donde no eran las clientas más bienvenidas), pero en general improvisaban rápidamente un *picnic* que solían tomarse antes siquiera de haber pasado Newnham. Pero ese día no; ese día, el sol había llegado incluso más cerca de Cambridge para dejarlas atrapadas en el jardín. Trataron de mostrarse activas, jugando con poco entusiasmo al escondite, pero nadie encontró un buen sitio en que ocultarse. Ni siquiera a Sylvia se le ocurrió nada más creativo que un escondrijo de hierbajos secos tras los matorrales de grosellas negras al fondo del jardín; Sylvia, que en cierta ocasión había batido el récord permaneciendo escondida sin que la descubrieran durante tres horas (tendida como un perezoso en una rama alta y lisa del haya del jardín de enfrente de la señora Rain), hasta que la encontraron al quedarse dormida y caer del árbol, haciéndose una fractura en tallo verde en el brazo al golpearse contra el suelo. La madre había tenido una discusión tremenda con la señora Rain, que quería hacer arrestar a Sylvia por allanamiento de morada («qué mujer tan estúpida»). Siempre estaban entrando a hurtadillas en el jardín de la señora Rain, robándole las manzanas ácidas del huerto y gastándole bromas porque era una bruja y merecía por tanto que la maltrataran.

Tras un apático almuerzo a base de ensalada de atún empezaron a jugar al béisbol pero Amelia tropezó y le sangró la nariz y entonces Sylvia y Julia tuvieron una pelea que acabó con Sylvia abofeteando a Julia y después de eso se contentaron con enlazar margaritas para trenzarlas en el cabello de Olivia y hacerle un collar a *Rascal*. Hasta eso no tardó en suponer demasiado esfuerzo y Julia se arrastró hasta la sombra de las hortensias y se quedó dormida, hecha un ovillo con el perro, mientras que Sylvia se llevó a Olivia y al Ratón Azul a la tienda y les leyó. La tienda, un trasto antiquísimo dejado en el cobertizo por los anteriores propietarios de la casa, se había plantado en el jardín al empezar el buen tiempo y todas competían por hacerse un hueco entre sus mohosas paredes de lona donde el calor era aún mayor y más asfixiante que en el jardín. Al cabo de unos minutos, Sylvia y Olivia se habían dormido, y el libro quedó olvidado.

Amelia, soñolienta y lánguida por el calor, estaba tendida boca arriba sobre la hierba agostada y la tierra ardiente del jardín, contemplando el azul infinito y sin nubes, atravesado tan solo por las gigantescas malvarrosas que crecían como malas hierbas. Observaba los imprudentes descensos en picado de las golondrinas y escuchaba el agradable zumbido y sisear del mundo de los insectos. Una mariquita le recorrió la pecosa piel del brazo. Un globo aerostático flotaba perezoso en lo alto y deseó poder hacer el esfuerzo de despertar a Sylvia y contárselo.

A Rosemary la sangre le corría despacio en las venas. Bebió un vaso de agua del grifo

de la cocina y miró por la ventana hacia el jardín. Un globo cruzaba el cielo, moviéndose como un pájaro en una corriente de aire caliente. Todas las niñas parecían haberse dormido. Esa insólita tranquilidad le hizo sentir una inesperada punzada de afecto hacia el bebé que llevaba dentro. Si durmieran constantemente no le importaría ser su madre. Con la excepción de Olivia; no le gustaría que Olivia durmiese todo el tiempo.

Cuando Victor se le declaró catorce años antes, Rosemary no tenía ni idea de qué entrañaría la vida de la esposa de un profesor universitario, pero había imaginado que supondría llevar lo que su madre llamaba «vestidos camiseros» y acudir a fiestas en los jardines de los Backs de Cambridge y dar elegantes paseos por el mullido césped mientras la gente murmuraba: «Esa es la esposa del famoso Victor Land, y él no sería nada sin ella».

Y, por supuesto, la vida de la esposa de un profesor universitario no había resultado en absoluto como ella imaginara. No había fiestas en los jardines de los Backs, ni desde luego elegantes paseos por los céspedes de la universidad, a los que se rendía la clase de veneración que solía asociarse con los objetos religiosos. No mucho después de casarse la invitaron a acompañar a Victor a los jardines del rector, donde no tardó en resultar evidente que, en opinión de sus colegas, Victor se había casado con alguien (terriblemente) inferior («Una enfermera», susurró alguien de un modo que la hizo parecer una profesión solo un poco más respetable que la de prostituta callejera). Pero mientras era cierto que Victor no sería nada sin ella, también lo era que no era nada con ella. En ese preciso momento estaba afanándose en la fresca penumbra de su estudio, con las pesadas cortinas de felpilla cerradas para impedir el paso del verano, perdido en su trabajo, un trabajo que nunca daba frutos, nunca cambiaba el mundo o le proporcionaba un nombre. No era un genio en su campo, sino simplemente bueno. Eso le producía cierta satisfacción a su mujer.

Rosemary sabía ahora, por cortesía de un colega de Victor, que los grandes descubrimientos matemáticos se hacían antes de los treinta años. Ella misma solo tenía treinta y dos; no podía creer que sonara tan joven y se sintiera tan vieja.

Suponía que Victor se había casado con ella porque la creía domesticada —las cargadas mesas de té de su madre probablemente lo habían engañado, pues Rosemary nunca había llegado a hacer un simple bollo cuando vivía con sus padres— y, puesto que era enfermera, había presumido que sería una criadora buena y tierna, y es posible que ella creyera lo mismo en aquella época pero ahora no se sentía capaz de criar un gatito, no digamos ya a cuatro retoños que pronto serían cinco, por no hablar de un gran matemático.

Es más, Rosemary sospechaba que toda aquella gran obra de su marido era una farsa. Había visto los papeles sobre su escritorio cuando sacaba el polvo en su madriguera y sus cálculos no le parecían muy distintos a los de su padre con las apuestas en las carreras. No le parecía que Victor fuese un jugador. Su padre sí lo había sido, para desesperación de su madre. Recordaba haber ido en cierta ocasión

con él a Newmarket, de niña. Él la había levantado en hombros y habían esperado junto a la meta. La había aterrorizado el ruido atronador al enfilear los caballos la recta final y el frenesí de la multitud en las gradas, como si fuera el mundo lo que estaba a punto de acabar y no una carrera en que un caballo supuestamente sin posibilidades y con las apuestas a treinta contra uno ganaba por apenas una cabeza. Rosemary no lograba imaginar a Victor en algo tan enérgico como una carrera, y tampoco en el ambiente popular y lleno de humo de una casa de apuestas.

Julia emergió de debajo de las hortensias con aspecto quejumbroso por culpa del calor. ¿Cómo iba a convertirlas de nuevo en colegialas inglesas cuando empezara el nuevo trimestre? La vida al aire libre las había transformado en gitanas, con la piel tostada y llena de arañazos, el cabello abrasado por el sol espeso y enmarañado, y parecían estar permanentemente sucias, no importaba cuántas veces se bañaran. Una adormilada Olivia apareció en la abertura de la tienda y el corazón de Rosemary dio un pequeño vuelco. Olivia tenía la cara mugrienta y las rubias trenzas torcidas y con lo que parecían flores marchitas entrelazadas. Le susurraba un secreto al oído al Ratón Azul. De sus hijas, Olivia era la única hermosa. Julia, con los oscuros rizos y la nariz respingona, era bonita pero su carácter no lo era, Sylvia... pobrecita Sylvia, ¿qué podía decirse de ella? Y Amelia era en cierto sentido... insulsa, pero Olivia estaba tejida con hebras de luz. Parecía imposible que fuera hija de Victor, aunque por desgracia no había duda de que lo era. Olivia era la única a la que Rosemary amaba, aunque Dios sabía que lo intentaba con todas sus fuerzas con las demás. Todo lo hacía por deber, nada por amor. El deber la mataba a una al final.

Aquello estaba muy mal; era como si el amor que debería haber sentido hacia las demás se lo hubiesen extraído para dárselo en cambio a Olivia, de modo que amaba a su hija pequeña con una ferocidad que no siempre se le antojaba natural. A veces deseaba comerse a Olivia, morderle un tierno antebrazo o el suave músculo de una pantorrilla, incluso devorarla entera como una serpiente y devolverla a sus entrañas, donde estaría a salvo. Era una madre espantosa, de eso no cabía duda, pero ni siquiera tenía fuerzas para sentirse culpable. Olivia la vio y la saludó con la mano.

No tenían mucho apetito para cuando llegó la hora de cenar y picotearon un estofado de cordero no muy acorde con la estación y al que Rosemary había dedicado demasiado tiempo. Apareció Victor, parpadeando a la luz del día como un cavernícola, y comió cuanto le pusieron por delante y luego pidió más y Rosemary se preguntó qué aspecto tendría cuando estuviese muerto. Lo observó comer, con el tenedor yendo y viniendo de los labios a ritmo de robot, las manos enormes, como aletas, envolviendo los cubiertos. Tenía manos de granjero; era una de las primeras cosas en que se había fijado Rosemary. Un matemático debería tener las manos finas y elegantes. Debió haberlo sabido por sus manos. Sentía náuseas y tenía retortijones. Quizá perdería al bebé. Vaya alivio sería.

Rosemary se levantó de pronto de la mesa y anunció que era hora de acostarse. Lo normal era que hubiese protestas, pero Julia respiraba con dificultad y tenía los ojos rojos de tanto sol y tanta hierba (padecía toda clase de alergias estivales) y Sylvia parecía víctima de alguna clase de insolación, mareada y llorosa, y dijo tener dolor de cabeza, aunque eso no le impidió ponerse histérica al decirle Rosemary que se fuera a la cama temprano.

Ese verano casi cada noche las tres mayores habían preguntado si podían dormir fuera en la tienda y cada noche Rosemary había dicho que no, con el argumento de que ya era bastante malo que parecieran gitanas sin vivir como ellas, y no le importaba que las gitanas vivieran en carromatos, como Sylvia se esforzó en señalar, pues hacía lo posible por seguir llevando las riendas de la familia, contra todo pronóstico y sin la más mínima ayuda de un marido para quien las exigencias cotidianas de comida y tareas domésticas y cuidado de los hijos no significaban nada y que solo se había casado con ella para tener a alguien que cuidara de él, y se sintió peor cuando Amelia preguntó:

—¿Te encuentras bien, mamá? —Porque era a Amelia a la que más descuidaba de todas.

Fue por ese motivo que Rosemary exhaló un suspiro, se tomó dos paracetamoles y una pastilla para dormir (probablemente un cóctel letal para el bebé que llevaba dentro) y le dijo a su hija más abandonada:

—Si quieres, puedes dormir esta noche en la tienda con Olivia.

Era emocionante despertar con olor a hierba empapada en rocío y a lona de la tienda, mejor desde luego que el aliento de Julia, que siempre parecía agriarse durante la noche. El aroma indefinible de Olivia se detectaba apenas. Amelia mantuvo los ojos cerrados contra la luz. El sol se notaba ya alto en el cielo y esperó a que Olivia despertara y se metiera bajo el viejo edredón que hacía las veces de saco de dormir, pero fue *Rascal* y no Olivia el que finalmente la hizo levantarse lamiéndole la cara.

No había ni rastro de Olivia, solo un caparazón vacío de mantas como si la hubiesen arrancado de ellas, y a Amelia la decepcionó que la niña se hubiese levantado sin despertarla. Cruzó descalza la hierba empapada en rocío, con *Rascal* trotando detrás, y trató de entrar por la puerta trasera de la casa, que estaba cerrada; por lo visto a su madre no se le había ocurrido darle una llave. ¿Qué clase de persona deja encerrados a sus propios hijos fuera de su casa?

Todo estaba en silencio y daba la sensación de que fuese muy temprano, pero Amelia no tenía ni idea de qué hora era. Se preguntó si Olivia habría entrado de alguna forma en la casa porque no había rastro de ella en el jardín. La llamó, y la asustó el temblor de su voz; no había advertido que estaba preocupada hasta que la oyó. Llamó a la puerta de atrás un buen rato pero no hubo respuesta, de modo que corrió por el sendero a un lado de la casa —la portezuela estaba abierta, dándole más

motivo de alarma— y salió a la calle, gritando «¡Olivia!» con mayor fuerza. *Rascal*, captando diversión, empezó a ladrar.

La calle estaba desierta aparte de un hombre que entraba en su coche. Miró a Amelia con expresión de curiosidad. Iba descalza y llevaba un pijama heredado de Sylvia y supuso que tenía una pinta rara pero no le importó. Corrió hasta la puerta principal y llamó al timbre, manteniéndolo oprimido con el dedo hasta que su padre, nada menos, abrió la puerta de un tirón. Fue obvio que lo había despertado, pues su rostro parecía tan arrugado como el pijama, con el cabello de profesor loco sobresaliéndole en todos los ángulos de la cabeza, y la miraba furioso como si no tuviera ni idea de quién era. Cuando cayó en la cuenta de que era una de sus hijas, pareció incluso más desconcertado.

—Olivia —dijo Amelia, y esa vez su voz fue solo un susurro.

Por la tarde, un relámpago restalló en el monótono cielo sobre Cambridge, señalando el final de la ola de calor. Para entonces, la tienda en el jardín de atrás se había convertido en el centro de un círculo que había ido creciendo a medida que el día avanzaba, atrayendo más y más gente: primero a los propios Land, que recorrieron las calles y se internaron en matorrales y setos, llamando a gritos a Olivia hasta quedarse roncós. A esas alturas la policía se había unido ya a la búsqueda y los vecinos inspeccionaban en jardines, cobertizos y sótanos. El círculo se fue abriendo para incluir a los submarinistas de la policía que rebuscaban en el río y a los extraños que se ofrecieron voluntarios para rastrear prados y ciénagas. Helicópteros de la policía volaron bajo sobre los pueblos y campos circundantes hasta llegar a los límites mismos del condado, se alertó a los camioneros para que vigilaran la autopista y se llamó al Ejército para peinar los pantanos, pero ninguno de ellos —desde Amelia que gritó hasta las náuseas en el jardín de atrás a los reservistas del Ejército territorial a gatas bajo la lluvia en Midsummer Common— logró encontrar el más mínimo indicio de Olivia, ni un pelo o un pedacito de piel, ni una zapatilla de conejo rosa o un ratón azul.

Expediente n.º 2 - 1994

Solo un día normal

Theo intentaba caminar más. Oficialmente padecía ahora una «obesidad mórbida», según su nueva y antipática médica de cabecera. Sabía que la nueva y antipática doctora —una joven con el cabello muy corto y una bolsa de deporte arrojada como quien no quiere la cosa en el rincón de la consulta— utilizaba la expresión para asustarlo. Theo no había considerado hasta entonces que tuviera una obesidad mórbida. Pensaba que lo suyo era un jovial sobrepeso, que era una figura rotunda como Santa Claus, y habría ignorado el consejo de la doctora, pero cuando llegó a casa y le contó a su hija Laura la conversación en la consulta, ella quedó horrorizada y le trazó de inmediato un plan de ejercicio y dieta, motivo por el cual desayunaba ahora una especie de paja con leche desnatada y cada mañana recorría andando los tres kilómetros hasta su oficina en Parkside.

Su esposa, Valerie, había muerto a causa de un coágulo cerebral postoperatorio a la absurda edad de treinta y cuatro años, tanto tiempo atrás que a veces le costaba creer que hubiese tenido una esposa o que hubiese estado casado. Valerie había acudido al hospital solo para que le extirparan el apéndice. Al pensar en ello ahora, Theo se daba cuenta de que debería haber denunciado al hospital o a las autoridades sanitarias por negligencia, pero se había visto tan embarcado en el cuidado cotidiano de sus dos hijas —Jennifer tenía siete años y Laura solo dos cuando Valerie murió— que apenas había tenido tiempo para llorar a su pobre esposa, y menos aún para buscar represalias. Si no se hubieran parecido ambas niñas a su madre, y cada vez más ahora que eran mayores, le habría costado evocar algo más que un vago recuerdo de su esposa.

El matrimonio y la maternidad habían vuelto a Valerie más solemne que la estudiante a la que Theo había conquistado cuidadosamente. Se preguntaba si la gente destinada a morir joven tenía alguna especie de premonición de la brevedad del tiempo y eso proyectaba en sus vidas una sombra de intensidad, de seriedad. Valerie y Theo habían sentido más cariño mutuo que pasión, y Theo no sabía si el matrimonio habría durado de seguir viva ella.

Jennifer y Laura nunca habían sido niñas problemáticas y le habían puesto fácil ser buen padre. Jennifer estudiaba medicina en Londres. Era una chica serena y concienzuda sin demasiado tiempo para la frivolidad y las bromas, pero eso no significaba que no sintiera compasión, y Theo no la imaginaba sentada algún día en una consulta diciéndole a algún tipo gordo al que no conocía que padecía una obesidad mórbida y debería mover un poco más el culo. Eso no era en realidad lo que

la médica de cabecera le había dicho, pero podría haberlo hecho.

Al igual que su hermana, Laura era una de esas chicas organizadas y capaces que lograban sus objetivos con el mínimo alboroto, pero, a diferencia de Jennifer, Laura tenía un carácter despreocupado. Eso no significaba que no consiguiese buenos resultados; tenía todos los certificados posibles en submarinismo y planeaba sacarse el título superior antes de cumplir los veinte. Iba a presentarse al examen de conducir al mes siguiente y se esperaba que sacara sobresalientes en todas las asignaturas. Tenía una plaza esperándola en Aberdeen para estudiar biología marina.

Había conseguido un empleo para el verano en un *pub* de King Street y a Theo le preocupaba su vuelta a casa por las noches; imaginaba a algún maníaco tirándola de la bicicleta en el parque de Christ's Piece y haciéndole cosas impensables. Le produjo enorme alivio que Laura decidiera ir a la universidad en octubre y no viajar con mochila a Tailandia o Suramérica o adonde fuera como parecían hacer todos sus amigos. El mundo era un lugar plagado de peligros.

«No te preocupas por Jenny», le decía Laura, y era cierto: no se preocupaba tanto por Jennifer y fingía (para engañarse a sí mismo y a Laura) que era así porque Jennifer llevaba en Londres una vida invisible para él, pero la verdad era que sencillamente no la quería tanto como a Laura.

Theo se preocupaba cada vez que Laura salía de casa; cada vez que pedaleaba en su bicicleta, que se ponía el impermeable, que subía a un tren. Si salía cuando hacía mucho viento le preocupaba que le cayera en la cabeza un trozo de mampostería; le inquietaba que alquilara un piso de estudiantes con un calentador viejo y muriera envenenada por el monóxido de carbono. Le preocupaba que no estuviera al día en las vacunas del tétanos, que entrara en un edificio público en que el aire acondicionado bombeara legionela, que ingresara en el hospital para una operación de rutina y no volviera a salir, que la picara una abeja y muriese por un *shock* anafiláctico (si nunca la había picado una abeja, ¿cómo iba a saber él que no era alérgica?). Por supuesto, nunca le decía esas cosas a Laura, pues le habrían parecido ridículas. Incluso si le expresaba la más mínima inquietud con respecto a algo («Cuidado al tomar esa curva a la izquierda, que tienes un punto ciego» o «Apaga la luz con el interruptor antes de cambiar la bombilla»), Laura se reía de él, le decía que parecía una vieja y que ni siquiera podía cambiar una bombilla sin imaginar una desastrosa cadena de acontecimientos. Pero Theo sabía que el viaje que empezaba con un minúsculo tornillo que no se roscaba debidamente acababa con la puerta de carga saliendo despedida en pleno vuelo.

«¿Por qué preocuparse, papá?» era la constante reacción divertida de Laura ante sus escrúpulos. «¿Por qué no?» era la respuesta no pronunciada de Theo. Y tras demasiadas vigiliadas de madrugada esperando a que Laura regresara de trabajar en el *pub* (aunque siempre fingía estar dormido), Theo había sugerido como quien no quiere la cosa que necesitaban un empleado temporal en la oficina y que por qué no los ayudaba ella y, para su completo asombro, Laura lo había considerado unos

instantes antes de contestar que sí y esbozar su adorable sonrisa (resultado de pacientes y carísimas horas de ortodoncia cuando era pequeña), y Theo había pensado «Gracias, Dios mío» porque pese a no creer en Dios le hablaba con frecuencia.

Y en el primer día de trabajo de Laura en Holroyd, Wyre y Stanton (Theo era el «Wyre»), él no iba a estar presente, algo que lo fastidiaba mucho más que a Laura, por supuesto. Estaría en el juzgado de Peterborough, en una tediosa disputa sobre un límite territorial que debería haber llevado un abogado local, pero se trataba de un antiguo cliente de Theo que se había mudado hacía poco. Laura iba vestida con una falda negra y una blusa blanca y se había recogido el cabello castaño y Theo pensó que se la veía muy pulcra, muy guapa.

—Ve andando hasta la estación, ¿lo prometes, papá? —dijo Laura con severidad cuando él se levantó de la mesa.

—Si no hay más remedio... —contestó, pero sabía que no llegaría al tren si lo hacía y pensó que fingiría irse andando y luego cogería un taxi.

Acabó los cereales bajos en calorías y ricos en fibra, como pienso para ganado, y apuró la taza de café solo pensando en leche y azúcar y en una pasta danesa, de esas con albaricoque y crema que parecían huevos escalfados, y se dijo que quizá las tendrían en el bar de la estación.

—No olvides el inhalador, papá —añadió Laura, y Theo se palpó el bolsillo de la chaqueta para demostrar que lo llevaba.

La sola idea de no tener consigo el Ventolín le hacía sentir pánico, aunque no sabía por qué: si padecía un ataque de asma en cualquier calle inglesa, era probable que la mitad de la gente en ella sacase un inhalador y se lo ofreciera.

—Cheryl te enseñará cómo funciona todo —le dijo a su hija; Cheryl era su secretaria—. Estaré de vuelta en la oficina antes de la hora de comer... quizá podríamos salir a tomar algo.

Y Laura le respondió:

—Me encantaría, papá. —Lo despidió en la puerta, con un beso en la mejilla, y añadió—: Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, cariño —repuso él, y en la esquina miró atrás y vio que Laura todavía le decía adiós con la mano.

Laura, con sus ojos castaños y la piel clara, que prefería la Pepsi Light y las patatas con sabor a vinagreta, que era tan lista e ingeniosa, que le preparaba huevos revueltos los domingos por la mañana; Laura, que seguía siendo virgen (lo sabía porque ella se lo había dicho, para su propio bochorno), ante lo que él sentía un alivio inmenso aunque supiera que no podía seguir siéndolo para siempre; Laura, que tenía una pecera de agua salada con peces tropicales en su habitación, cuyo color favorito era el azul, cuya flor favorita era la campanilla de invierno, a quien le gustaban Radiohead y Nirvana y que detestaba a Mister Blobby y que había visto diez veces *Dirty Dancing*. Laura, a quien Theo amaba con tanta fuerza que era como un cataclismo, un desastre.

Theo y David Holroyd habían iniciado su sociedad no mucho después de que Theo se casara con Valerie. Jean Stanton se les unió un par de años después. Los tres habían ido juntos a la universidad y deseaban ejercer la abogacía de forma emprendedora y socialmente responsable, la clase de derecho que iba más allá de la cuota justa de asuntos domésticos, matrimoniales y de asesoría legal. Sus buenas intenciones se habían debilitado con los años. Jean Stanton había descubierto que le gustaban más los litigios que la violencia doméstica y que sus ideas políticas habían cambiado del centro izquierda al Conservadurismo con C mayúscula, y David Holroyd se encontró con que, como abogado de la quinta generación de East Anglia, los bienes inmuebles eran su parte vital, de forma que solía recaer en Theo «continuar con la vertiente ética», como el propio David lo expresaba.

El bufete había crecido de manera sustancial: tenían ya tres socios adjuntos y dos asociados, y la oficina de Parkside estaba a rebosar pero ninguno de ellos soportaba la idea de mudarse.

El edificio había sido originalmente una vivienda, con cinco plantas en total desde las húmedas cocinas en el sótano a los fríos desvanes para el servicio, con una disposición de habitaciones algo caprichosa pero aun así una residencia decente para una familia adinerada. Después de la guerra se había dividido en oficinas y pisos y ahora solo quedaban indicios fragmentados y fantasmales del interior: una moldura decorativa con guirnaldas y urnas sobre el escritorio en que trabajaba Cheryl y el friso con ovas y dardos bajo la cornisa del vestíbulo.

El salón, de forma oval y moderación neoclásica, era ahora la sala de juntas de Holroyd, Wyre y Stanton, y en invierno había un fuego auténtico de carbón ardiendo en el hogar de mármol porque David Holroyd era chapado a la antigua. Theo había estado muchas veces en la sala de juntas, compartiendo una copa de vino con sus socios y asociados, todos rebosantes de la cordialidad provinciana de los profesionales de éxito. Y, por supuesto, Jennifer y Laura habían estado por ahí constantemente, desde niñas, pero aún se le hacía raro pensar que Laura estuviese en la oficina ese día, archivando y haciendo recados, y sabía hasta qué punto se mostraría educada y voluntariosa y se sintió orgulloso porque todos en la oficina estarían diciéndose unos a otros «Laura es una chica encantadora, ¿verdad?», como hacía siempre la gente.

Había ovejas en la vía. El revisor no aclaró si se trataba de un rebaño o de unos cuantos animales rezagados. Los suficientes en cualquier caso para que todos los pasajeros del tren a Cambridge sintieran el topetazo y la sacudida. El tren había permanecido parado diez minutos antes de que el revisor recorriera los cuatro vagones y los informara sobre las ovejas, acallando especulaciones sobre vacas, caballos y humanos suicidas. Al cabo de media hora el tren seguía detenido, de forma

que Theo supuso que debía de haber sido un rebaño y no una descarriada solitaria. Quería volver a Cambridge y llevarse a Laura a comer pero estaba «a merced de los dioses», tal como lo expresó el revisor. Theo se preguntó por qué sería a merced de los dioses y no en manos de los dioses.

El interior del tren era agobiante y alguien, supuso que el guardia, abrió las puertas y la gente empezó a bajar. Theo estaba seguro de que aquello iba contra el reglamento de ferrocarriles, pero había un estrecho arcén y un terraplén al lado del tren, de forma que parecía bastante seguro; no era posible que otro tren les embistiera como su tren lo había hecho contra las ovejas. Theo se apeó con cautela, y con dificultad, satisfecho de sí por ser tan aventurero. Tenía curiosidad por ver qué aspecto tenía una oveja tras encontrarse cara a cara con un tren. Caminando por la vía, no tardó en descubrir la respuesta: había pedazos de oveja, trozos de carne con lana pegada, desparramados por todas partes, como si una manada de lobos las hubiese hecho trizas en una masacre sangrienta. Le sorprendió la fortaleza de su estómago ante la carnicería, aunque siempre había considerado que los abogados se parecían en cierto modo a policías y enfermeras en su capacidad de quedar por encima de los desastres y tragedias de la vida cotidiana y enfrentarse a ellos de manera desinteresada. Experimentó una extraña sensación de triunfo: había viajado en un tren que casi había descarrilado sin sufrir daño alguno. Lo más probable era que sus posibilidades (y por tanto las de la gente cercana a él) de verse envuelto en otro accidente de tren hubiesen disminuido.

El conductor estaba de pie junto a su locomotora, con cara de perplejidad, y Theo le preguntó si se encontraba bien. Por toda respuesta el hombre dijo:

—He visto solo una y he pensado... bueno, que probablemente no hacía falta frenar y entonces... —Hizo un gesto dramático con los brazos como si tratara de recrear un rebaño de ovejas en plena desintegración—... y entonces el mundo se ha vuelto blanco.

Theo quedó tan impresionado con aquella imagen que la tuvo en la cabeza durante el resto del trayecto, que se reanudó cuando los trasladaron a otro tren. Imaginó que le describía la escena a Laura, imaginó su reacción: de espanto y sin embargo también de sombría diversión. Cuando por fin bajó del tren recorrió en taxi la mitad del camino, pero luego se apeó y continuó caminando. Eso lo retrasaría aún más pero Laura estaría contenta.

Theo descansó un minuto en la acera antes de enfrentarse a las empinadas escaleras hasta la oficina en la primera planta de Holroyd, Wyre y Stanton. La médica de cabecera tenía razón: tenía que perder peso. La puerta de entrada se mantenía abierta con un tope de hierro forjado. Cada vez que entraba en el edificio admiraba esa puerta que daba paso a las oficinas. Estaba pintada de un verde oscuro esmaltado y los preciosos herrajes de latón —buzón, cerradura y picaporte con cabeza de león—

eran accesorios originales. La placa en la puerta, que cada mañana lustraba la persona que limpiaba la oficina, anunciaba: HOLROYD, WYRE Y STANTON - BUFETE DE ABOGADOS.

Inspiró profundamente y empezó a subir las escaleras.

La puerta interior que daba a la zona de recepción estaba abierta, algo que no solía pasar, y en cuanto entró supo que algo andaba muy mal. La secretaria de Jean Stanton estaba encogida de miedo en el suelo, con rastros de vómito en la ropa. La recepcionista, Moira, estaba al teléfono, dictando la dirección del bufete con una paciencia nacida de la histeria. Tenía sangre en el cabello y la cara y Theo pensó que estaba herida, pero cuando acudió a ayudarla ella le hizo un ademán y él pensó que le estaba diciendo que se fuera hasta que comprendió que trataba de mandarlo en dirección a la sala de juntas.

Más tarde, una y otra vez, Theo reconstruyó los hechos que condujeron a ese momento.

Laura acababa de fotocopiar un formulario del registro catastral cuando un hombre entró en la recepción, un hombre tan anodino que después ni una sola persona en Holroyd, Wyre y Stanton fue capaz de dar una descripción medio decente de sus facciones y lo único que pudieron recordar de él fue que llevaba un jersey amarillo de golfista.

El hombre parecía confuso y desorientado y Moira, la recepcionista, le preguntó:

—¿Puedo ayudarlo, señor?

—El señor Wyre, ¿dónde está? —respondió el hombre en voz alta y tensa.

Moira, alarmada por su conducta, repuso:

—Me temo que se ha retrasado de vuelta del juzgado. ¿Tiene una cita con él? ¿Puedo ayudarlo en algo?

Pero el hombre se alejó pasillo abajo, corriendo de forma rara, como un niño, e irrumpió en la sala de juntas donde los socios celebraban una reunión a la hora del almuerzo, aunque sin Theo, que aún estaba de vuelta de la estación (había olvidado la reunión).

Habían mandado antes a Laura a comprar sándwiches para la reunión: de cóctel de gambas, queso y ensalada de repollo y zanahoria, rosbif, atún y maíz tierno, y uno de pollo y ensalada (sin mayonesa) para su padre porque de verdad le hacía falta vigilar el peso, y se había dicho con afecto que vaya zoquete estaba hecho con lo de olvidar la reunión y sugerirle que comieran fuera. Los sándwiches, el café y las libretas estaban sobre la mesa de caoba de la sala (oval, a conjunto con la forma de la habitación) pero nadie se había sentado aún a la mesa. David Holroyd estaba de pie ante la chimenea, contándole a uno de los socios adjuntos las fantásticas vacaciones de las que acababa de volver, cuando el extraño irrumpió en la habitación y de algún sitio, probablemente debajo del jersey amarillo, aunque nadie lo supo con seguridad, extrajo un machete y le rajó el estambre oscuro del traje Austin Reed a David Holroyd, la popelina blanca de la camisa de Charles Tyrwhitt, el bronceado tropical

de la piel en el brazo izquierdo y, finalmente, la arteria del brazo. Y Laura, a la que le gustaba el yogur de albaricoque y tomaba té pero no café y que calzaba el treinta y siete y le encantaban los caballos, que prefería el chocolate negro al chocolate con leche y se había pasado cinco años estudiando guitarra clásica pero ya nunca tocaba y que aún estaba triste porque al perro de la familia, *Poppy*, lo habían atropellado el verano anterior; Laura, que era la hija de Theo y su mejor amiga, dejó caer el formulario del registro catastral y corrió hacia la sala de juntas detrás del hombre, quizá porque tenía un certificado de la Cruz Roja o porque había hecho un curso de defensa personal los dos últimos años de instituto, o quizá por simple curiosidad o por instinto, imposible saber en qué estaría pensando cuando se precipitó al interior de la sala de juntas, donde el hombre, aquel extraño, se volvió en redondo con la agilidad y la elegancia de un bailarín y, con la mano moviéndose aún en el mismo arco que hirió a David Holroyd en el brazo, le hizo a Laura un corte en el cuello, segándole la arteria carótida y derramando un chorro de su preciosa sangre por la habitación.

Como en un sueño, a cámara lenta debajo del agua, Theo se precipitó pasillo abajo y entró en la sala de juntas. Vio las tazas de café y los sándwiches sobre la mesa de caoba y comprendió que había olvidado la reunión. Había salpicaduras de sangre en las paredes color crema y David Holroyd estaba desplomado como un saco ensangrentado junto a la chimenea de mármol, mientras que más cerca de la puerta su propia hija yacía en el suelo, con sangre espumosa manando con burbujeante suavidad del corte en el cuello. Theo fue consciente de que alguien sollozaba sin control, y oyó preguntar:

—¿Por qué no llega la ambulancia?

Se dejó caer de rodillas junto a Laura. Cheryl, su secretaria, estaba arrodillada a su lado, incongruentemente ataviada con falda y sujetador. Se había quitado la blusa y tratado de contener la sangre de la herida de Laura. Todavía sujetaba la blusa, ahora un trapo empapado en sangre, que resbalaba también por su piel desnuda y formaba arroyuelos en su escote. A Theo le vino a la cabeza la expresión «baño de sangre». Había sangre por todas partes; estaba arrodillado en un charco que empapaba la moqueta. La sangre de Laura. Su propia sangre. La blusa blanca de su hija estaba ahora teñida de carmesí. Olía a sangre: a cobre y a sal, el hedor de una carnicería. Se preguntó si habría algún modo de cortarse las venas y extraer su sangre para trasvasarla a su hija. Y todo ese tiempo no paró de rezar, repitiendo «Por favor, Dios mío, haz que esté bien» como un terrible e imparable mantra, y tuvo la sensación de que si podía continuar diciendo esas palabras impediría que eso estuviese ocurriendo.

Laura tenía los ojos entreabiertos y Theo no supo con seguridad si estaba muerta. Se acordó del año anterior, cuando tranquilizó a *Poppy* en el arcén después de que lo atropellara un coche delante de la casa. Era un perro pequeño, un terrier, y lo tuvo en

brazos mientras moría y había visto la misma mirada sin brillo en sus ojos cuando se iba a un lugar lejos de su alcance, inexorable. Oprimió con la mano la herida de Laura pero ya no quedaba en realidad sangre alguna que contener, de modo que le cogió la mano, una mano suave y caliente, y se inclinó sobre ella para murmurarle al oído:

—Tranquila, no pasa nada, Laura.

Le acunó la cabeza en el regazo y le acarició el cabello apelmazado por la sangre, y su secretaria, Cheryl, lloró y dijo:

—Dios te ama, Laura.

En el instante en que dejó de rezar, en el instante en que supo que estaba muerta, Theo comprendió que aquello nunca dejaría de ocurrir. Laura estaría para siempre de pie junto a la fotocopidora, sorteando las complejidades del impreso del registro catastral, preguntándose cuándo volvería su padre o si podría tomarse un descanso para comer porque estaba muerta de hambre; quizá lamentando haber aceptado ese trabajo porque era en realidad bastante aburrido, pero lo había hecho para complacer a su padre, porque le gustaba tenerlo contento, porque lo quería. Laura, que dormía hecha un ovillo, a la que le gustaban las tostadas calientes con mantequilla y todas las películas de Indiana Jones pero no *La guerra de las galaxias*, cuya primera palabra fue «perro», a quien le gustaba la lluvia pero no el viento, que planeaba tener tres hijos; Laura, que estaría para siempre de pie junto a la fotocopidora en la oficina de Parkside esperando al extraño y su cuchillo, esperando a que el mundo se volviera blanco.

Todo por deber, nada por amor

Michelle ponía el despertador cinco minutos más temprano cada día. Esa mañana había sonado a las cinco y veinte. Al día siguiente lo haría a y cuarto. Se daba cuenta de que tendría que acabar dejándolo o tendría que levantarse antes de haberse ido a la cama siquiera. Pero todavía no. Solo iba un paso por delante del bebé, que se despertaba con los pájaros y el amanecer, y los pájaros y el amanecer cada vez llegaban más temprano en esa época del año.

Necesitaba más tiempo; sencillamente no tenía suficiente. Esa era la única forma en que se le ocurría hacerlo. No se trataba exactamente de «hacerlo»; que una pudiese sacar tiempo de la nada, tiempo nuevo y flamante, sería fantástico. Trató de pensar en formas de fabricar algo tan abstracto, pero cuanto se le ocurrió fueron ejemplos de su propia economía doméstica a pequeña escala: tejer, coser, hornear. Ojalá pudiese tejer tiempo... Dios santo, sus agujas estarían repiqueteando día y noche. Y vaya ventaja tendría sobre sus amigas, pues ninguna de ellas sabía tejer (u hornear o coser), pero lo cierto era que ninguna se había cargado a los dieciocho años con un marido y un bebé y una maldita casita en medio de la nada, rodeada por todas partes solo por el horizonte, dando la sensación de que el cielo fuera una piedra enorme que la presionaba contra el suelo. No, no eran una carga, los quería. Los quería de verdad.

De todas formas, ¿dónde iba a encontrar el tiempo para fabricar tiempo? No tenía tiempo. Esa era la cuestión. ¿Y si dejaba de irse a la cama siquiera? Podía encerrarse en una habitación en lo alto de una torre, como alguien en un cuento de hadas, e hilar tiempo como si fuese oro. Podía permanecer despierta hasta que hubiese tanto tiempo, en doradas madejas a sus pies, que le durase el resto de la vida y nunca volviera a faltarle. La idea de vivir en una torre, aislada de todos y de todo, a Michelle le pareció el paraíso.

El bebé era un paquete enviado a la dirección equivocada, sin posibilidad de devolución. («Llámala por su nombre —le decía siempre Keith—; llámala Tanya, no “el bebé”»). Michelle acababa de dejar atrás su propia (e insatisfactoria) infancia, de modo que ¿cómo iba a ocuparse de otra persona? Sabía que el término adecuado era «vínculo», pues salía en un libro que tenía sobre bebés (*Cómo tener un bebé feliz*, ¡ja!). No había establecido un vínculo con el bebé; lo que se sentía era coartada por él.

Todos los que le habían dicho que lo sensato en su caso era abortar y acabar el bachillerato habían tenido razón después de todo. Y si pudiera retrasar el reloj, lo que supondría otra forma de ganar tiempo, haría exactamente eso. Si no hubiese tenido al

bebé, ahora sería una estudiante en algún sitio, estaría bebiendo como una esponja y tomando drogas y entregando trabajos mediocres sobre la Ley de Reforma de 1832 o *La inquilina de Wildfell Hall* en lugar de esparciendo semillas de cilantro en una bandeja de abono orgánico mientras oía llorar al bebé desde donde fuera que lo hubiese dejado cuando ya no lo soportaba más. En el dormitorio, probablemente, de forma que en ese momento estaría meneando su gordo cuerpo de oruga hacia el borde de la cama o mordiendo un cable eléctrico o ahogándose con una almohada.

Dejó la bandeja de semillas en el alféizar de la ventana de la cocina, donde podría observarlas abrirse paso hacia la luz. Desde la ventana veía el principio de su huerto, pulcros surcos de tierra arada y formas geométricas marcadas con tutores y cordel. Keith no entendía por qué había empezado un huerto. «Vivimos en una maldita granja —le dijo extendiendo los brazos de forma que pareció un espantapájaros (estaban en un campo en ese momento)—: este sitio está lleno de verduras. Podemos cogerlo que queramos». No, en realidad el sitio estaba lleno de patatas, algo bien distinto. Y de colinabo y col rizada; comida para el ganado, comida de campesinos. Michelle quería calabacines, espinacas y remolacha. Y cilantro. Y quería flores, flores bonitas y olorosas, rosas y madreselvas y lirios, lirios blancos y puros, como los que uno le llevaría a una novia o a un cadáver.

El campo en que tenían esa discusión estaba despojado de otra cosa que no fueran montículos de hierba sobre los que Michelle caminaba furiosa, empujando la sillita ante sí haciendo que el bebé diera brincos como un *dummy* o muñeco de pruebas. La ira la hacía andar tan deprisa que Keith, pese a sus largas piernas, tenía que trotar para seguirle el paso.

—¿Qué tienen de malo las patatas? —quiso saber él, y Michelle contestó, solo que para entonces ya hablaba a gritos:

—Estamos en marzo, no hay ninguna maldita patata, no hay nada de nada, nada excepto barro, barro por todas partes, y lluvia... ¡esto parece el maldito Somme!

—¡No te comportes como una estúpida reina del drama! —espetó él.

Y Michelle pensó en lo ridículo que sonaba su acento de provincias, como el de un palurdo en una comedia de la televisión, un maldito campesino comedor de patatas. Michelle se había librado de su acento, escuchando hablar a la gente de clase media en la tele y cómo hablaban sus profesores en la escuela, hasta que su pronunciación fue tan monótona que podría haber sido de cualquier parte. Empezó a caminar incluso más rápido, casi corriendo.

—¡Además —gritó Keith desde atrás—, a lo mejor yo no quiero comerme tu maldito cilantro!

Ella se detuvo de forma tan brusca que zarandeó al bebé en la sillita. Se dio la vuelta y dijo:

—Bueno, pues yo sí —y lo miró furiosa mucho rato, deseando tener consigo el hacha de cortar leña, el hacha que le partiría el cráneo en dos como un melón o una calabaza.

No, como un melón no; los melones eran dulces y exóticos, no lo bastante pedestres para su cabeza, y las calabazas eran propias de los cuentos de hadas. Un nabo. Los nabos eran verduras brutales, palurdas. Y caería entonces como un espantapájaros sin cabeza, ahí mismo, y se hundiría en la tierra y nadie volvería a verlo nunca, y ella podría dar el bebé a su madre y destrozar otra vida.

O quizá —una idea de pesadilla— Keith crecería y se dividiría y multiplicaría sin que nadie lo viera, en la tierra, y llegaría el verano y brotaría de pronto, un centenar de Keiths, un millar de Keiths, para cabecear y mecerse como girasoles en el campo.

Un hacha... ¿no era absurdo? Todos los demás tenían calefacción central o al menos calefacción procedente de algún sitio de la que no tenían que preocuparse; no tenían que salir hiciera el tiempo que hiciera y serrar y cortar leña para encender un fuego, y no tenían que esperar durante horas a que ese fuego calentara una caldera para disponer de agua caliente.

Ni siquiera tenían carbón porque la leña era gratis, de la finca. Las hachas eran cosas de cuento de hadas. Quizá era eso lo que le ocurría, que había quedado atrapada en algún malévolos cuento de hadas y hasta que recogiera cada patata en el campo o cortara todos los árboles del bosque no sería libre. A menos que aprendiera a hilar tiempo. O que le explotara la cabeza. Tanto esfuerzo, tantas tareas monótonas; era como ser un siervo en la Edad Media. Era feudal, nada menos.

—Deja que lleve yo la sillita —dijo Keith—. Vas a provocarle a Tanya daños cerebrales, llevándola de esa manera.

Michelle sintió de pronto que toda la furia la abandonaba; estaba siempre demasiado cansada para prolongar lo que fuera, incluso la rabia. Para entonces caminaban uno junto al otro, más despacio, de manera que el bebé se durmió por fin; esa había sido la intención del paseo, siglos atrás.

Al cabo de un rato, Keith le rodeó los hombros con un brazo, le frotó la coronilla con el mentón y dijo:

—Te quiero, nena, sabes que es así, ¿verdad? —Y habría sido un momento bonito si no hubiese estado lloviendo y no hubiese empezado a llorar otra vez el bicho.

Michelle se había criado en una casa caótica en Fen Ditton, uno de los deprimentes pueblos satélite a los que se veían desterrados los pobres de Cambridge. Su padre era un bebedor y «un desperdicio de espacio» según la madre, que aun así seguía con él porque no quería estar sola; Michelle y su hermana coincidían en que era patético. La madre también bebía pero al menos no se ponía violenta. La hermana de Michelle, Shirley, tenía quince años y seguía en casa de los padres, y Michelle deseaba que pudiera irse a vivir con ellos, pero no tenían espacio. Echaba de menos a Shirley, mucho. Shirley quería ser médico; era muy lista, todo el mundo lo decía, e iba a «convertirse en alguien». Solían decir lo mismo de Michelle, antes de Keith, antes de que naciera el bicho. Ahora por lo visto se las había apañado para convertirse en

nadie.

La casita era minúscula. Su dormitorio quedaba justo debajo del alero y el del bebé era más bien un armario, aunque apenas pasaba tiempo en su habitación, en su cuna, donde debería haber estado durmiendo plácidamente en lugar de estar siempre pidiendo que la cogieran en brazos y la pasearan. Michelle no había leído un libro desde que nació el bebé. Lo había intentado, con una novela apoyada con torpeza contra una almohada mientras daba el pecho, pero el bebé no mamaba bien si captaba que su atención estaba en otra parte. Y entonces, cuando tuvo que dejar de darle el pecho (gracias a Dios) porque se quedó sin leche («Tienes que intentar relajarte y disfrutar del bebé», dijo la comadrona, pero ¿de qué había que disfrutar exactamente?), para apañarse con un biberón, un libro y un bebé le habrían hecho falta tres pares de manos. Lo cual sería otra forma de conseguir más tiempo.

Michelle había invertido mucho esfuerzo en decorar la habitación del bebé cuando estaba embarazada. Había pintado las paredes de un amarillo yema de huevo y añadido una greca de patitos y corderos con ayuda de una plantilla y cosido unas cortinas de alegres cuadros amarillos y blancos para la minúscula ventana, de forma que el espacio entero había semejado un cofre de sol. Siempre había hecho las cosas como era debido. Desde muy pequeña había sido ordenada y pulida, y su madre solía reírse y decir «No sé de dónde lo ha sacado, de mí no» (y cuánta razón tenía). Había sido igual en el colegio: nunca manchaba los libros de texto, siempre trazaba con precisión ilustraciones y mapas, con todo subrayado y bien clasificado, y se había empeñado de forma tan concienzuda y metódica que incluso cuando la calidad de su trabajo no era del nivel requerido los profesores le habían puesto buenas notas. Y se suponía que tenía que ir a la universidad, que liberarse, y en lugar de ello la había desviado de su objetivo alguien con estudios superiores por la universidad de agricultura, alguien que trabajaba en una granja y estaba más pelado que una rata.

Empezó a salir con Keith Fletcher cuando ella tenía dieciséis años y él veintiuno, y casi todas sus conocidas habían sentido celos porque él era mayor y tenía una moto y era un tipo increíblemente *sexy* y guapo, con un pendiente, el cabello negro y una sonrisa zorruna que la hacían pensar en un gitano, y era todo muy romántico, aunque por supuesto un pendiente y una sonrisa zorruna no lo convertían a uno en gitano. No lo convertían en nada en particular. Y ahora ya ni siquiera tenía la moto porque se había librado de ella y había comprado en su lugar una vieja furgoneta.

Y mucho tiempo atrás, cuando por lo único que tenía que preocuparse Michelle era por entregar un trabajo a tiempo o por si tenía un par de medias decente, en aquel otro tiempo en que era joven, había pensado que una casita en el campo también era algo romántico, y la primera vez que había visto la casita le pareció la cosa más pintoresca y bonita del mundo, tan pequeña y antigua, con sus más de doscientos años, hecha de ladrillo con incrustaciones de sílex formando dibujos en torno a dinteles y alféizares, antaño hogar del guarda forestal. Les había cedido la finca cuando se casaron: era una vivienda que iba asociada al puesto de Keith y eso a

Michelle le parecía gracioso (pero no de forma que la hiciera reír) porque, más que asociada a la casa, lo que se sentía era atada a ella.

Había vislumbrado un futuro posible: la preciosa casita, el jardín lleno de flores y verduras, pan en el horno, un cuenco con fresas sobre la mesa, el alegre bebé a horcajadas en la cadera mientras les tiraba maíz a las gallinas. Sería como en una novela de Hardy antes de que todo saliera mal.

Al casarse, embarazada ya de seis meses, dejó la escuela y el trabajo de las horas no lectivas en una cafetería, y Keith le dijo: «No pasa nada, cuando llegue el bebé aún podrás ir a la universidad y todo eso», aunque los dos sabían que no sería ya una buena universidad sino alguna politécnica cutre en alguna ciudad cutre (probablemente Cambridge, que Dios la ayudase), donde acabaría por hacer una diplomatura en estudios empresariales o dirección de hoteles. Aun así Michelle había pensado: «Sí, eso haré, por supuesto que sí», pero entretanto, si iba a ser una buena esposa y madre lo haría como era debido, y era por eso que se pasaba los días limpiando y frotando, horneando y cocinando, y leyendo asiduamente libros sobre tareas domésticas, para su continuo asombro ante la cantidad de aptitudes y artesanías que podía involucrar la consecución de un «hogar encantador»: colchas de patchwork que coser, cortinas que rizar, pepinos que macerar en vinagre, ruibarbo con que hacer mermelada, decoraciones de azúcar glas que idear para el pastel de Navidad (que debía hacerse como muy tarde en septiembre, por el amor de Dios), y no había que olvidar plantar los bulbos de interior para que también estuviesen a punto para las fiestas, y la cosa seguía y seguía, cada mes una lista de tareas que habría vencido a Hércules y eso sin la cotidiana preparación de comidas, que resultaba doblemente difícil ahora que había destetado al bebé.

Cuando su madre la vio hacer puré de zanahorias y natillas para el bebé, le dijo: «Por el amor de Dios, Michelle, dale simplemente un potito Heinz», pero si le compraba potitos, la niña los comería tanto en casa como fuera, y como era tan glotona, engordaría como una crisálida. Siempre tenía hambre, nunca podía darle suficiente. Y, de todas formas, los potitos suponían hacer trampa; había que hacer las cosas como era debido, aunque hasta Shirley, que solía estar de su parte, dijera: «Michelle, no tienes que esforzarte tantísimo en todo». Pero lo hacía porque algo la empujaba a hacerlo, solo que no sabía qué, pero estaba segura de que si algún día conseguía tenerlo todo acabado se liberaría de lo que fuera que la empujaba. «Nunca conseguirás tenerlo todo perfecto, Michelle —decía Shirley—. Es imposible». Pero no lo era: con el tiempo suficiente, una podía hacer que todo fuera perfecto.

Pensaba que deberían tener algunas gallinas y quizá una cabra que ordeñar, porque a lo mejor faltaba algo; quizá solo haría falta una gorda Wyandotte blanca para que el idilio fuera posible. O una Siciliana. Desde luego las gallinas tenían nombres preciosos: *la Brama*, *la Marsh Daisy* y *la Faverolles*. Michelle tenía un libro de la

biblioteca. Había robado el libro porque casi nunca tenía la oportunidad de ir a la ciudad para llegarse a la biblioteca. No era partidaria del robo, pero tampoco era partidaria de ser una ignorante, como una campesina. O quizá una cabra: una La Mancha o una Biondo dell'Adamello. El libro sobre cabras también era robado. La vida en el campo la había convertido en una vulgar ladrona. Las cabras tenían nombres ridículos: *la Enana Africana* y *la Lánguida de Tennessee*. O quizá haría falta un campo de fresas perfecto, un *wigwam* o estructura para las judías verdes o una hilera de calabazas y entonces, de pronto, como si hubiese encontrado una llave mágica, todo funcionaría. No le había mencionado la Marsh Daisy o la *Enana Africana* a Keith, pues aunque él había nacido y crecido en el campo, siempre preferiría ir al supermercado que criar animales. Y, de todas formas, en realidad Keith no le hablaba porque cada vez que se acercaba a ella en la cama, lo rechazaba volviéndose de costado y dándole la fría espalda y pensaba: «De modo que así son las cosas cuando dejas de estar enamorada de alguien».

A veces, Michelle trataba de recordar cómo eran las cosas antes de que llegara el bebé, cuando solo estaban ellos dos y podían quedarse en la cama todo el día y hacer el amor de forma febril y agotadora, y luego comer tostadas con mermelada y ver la televisión en el minúsculo aparato en blanco y negro que solían tener a los pies de la cama hasta que Michelle lo tiró al suelo porque Keith estaba viendo el billar ruso (en una tele en blanco y negro, ¿qué sentido tenía algo así?) y el bebé estaba chillando y ella sencillamente no podía soportarlo más.

Sí que los quería, los quería de verdad. Era solo que no podía sentirlo.

No había un vínculo entre ellos; eran como moléculas, moléculas que no podían unirse para formar elementos estables y daban en cambio brinco por ahí como bolas de bingo. Debería haber estudiado ciencias, y no pasarse la vida con la cabeza metida en novelas. Las novelas te daban una idea completamente falsa de la vida, te contaban mentiras e implicaban que había finales cuando en realidad no los había, sino que todo seguía y seguía y seguía.

Entonces empezó a levantarse incluso más temprano porque si quería salir de aquel desastre tendría que estudiar para sacarse el bachillerato superior. Si se levantaba a las cuatro de la mañana —cuando todo estaba milagrosamente en calma, incluso los pájaros y el bebé—, podría preparar la comida, recoger la cocina y poner una lavadora y entonces, con un poco de suerte, podría sacar sus viejos libros de texto y retomar su educación donde la había dejado. Porque una no podía fabricar tiempo, se había engañado con eso. El tiempo era un ladrón: te robaba la vida y la única forma que una tenía de recuperarla era ser más lista que él y arrancársela.

No era más que un día normal (para Michelle al menos). Era sábado, llevaba

levantada desde las tres y media y se sentía especialmente satisfecha de su estrategia. En la nevera había una fuente de lasaña, tapada con pulcritud con film transparente, para calentarla más tarde, y había hecho un pastel de chocolate, el favorito de Shirley, porque los sábados su hermana cogía con frecuencia el autobús para visitarlos. Había leído tres capítulos de *La Gran Bretaña de entre guerras* de Mowat y tomado notas para hacer un trabajo sobre *El rey Lear*. Había dado de comer y lavado al bebé y lo había vestido con el precioso pantalón de peto OshKosh a rayas azules y blancas que le había comprado Shirley. Limpió los cristales mientras el bebé se entretenía en el parque. El cielo estaba azul y soplaba una brisa fresca y veía brotes verdes asomar en el huerto; hasta el cilantro había germinado.

Al cabo de un rato echó un vistazo al bebé y vio que se había dormido, hecho una bola como un bicho en el suelo del parque, y pensó que podía aprovechar la oportunidad para seguir con la geografía, y en ese momento Keith entró pesadamente en la casa con un montón de troncos que acababa de cortar y los dejó caer en la chimenea con gran estrépito, haciendo que el bebé despertara sobresaltado. De forma automática, como si hubiese accionado un interruptor, el bebé empezó a chillar y Michelle empezó a chillar a su vez, ahí de pie en medio de la habitación, con los brazos a los costados; chilló hasta que Keith le dio un bofetón, muy fuerte, tanto que sintió la mejilla como si se la hubiesen marcado a fuego.

Le dolía la garganta de tanto chillar y se sentía débil como si fuera a caerse al suelo y lo que debería haber pasado en ese momento —pues habían llegado antes a ese punto (aunque no a la bofetada)— era que ella se echara a llorar y Keith la estrechara entre sus brazos y le dijera «No pasa nada, nena, no pasa nada» y ella sollozara hasta sentirse mejor y los dos acurrucaran al bebé hasta que también se sintiera mejor.

Entonces podrían haber encendido un fuego con los troncos, pues aún hacía frío por las noches, y calentado la lasaña para sentarse a ver alguna porquería en el nuevo televisor en color que habían comprado para reemplazar el antiguo aparato en blanco y negro. Se habrían ido a la cama con los estómagos llenos y habrían hecho el amor para reconciliarse y dormido bien para estar preparados para un día más de la misma vida, pero lo que ocurrió en realidad fue que Keith hizo ademán de rodearla con los brazos y ella le escupió, algo que también era nuevo, y luego salió corriendo de la casa y cogió el hacha de donde estaba clavada en un tronco junto al caballete de serrar, y después volvió a entrar corriendo con ella.

Hacía mucho frío, porque por supuesto el fuego nunca se había encendido. Michelle estaba sentada en el suelo. El bebé había vuelto a dormirse y parecía exhausto, como le pasaba cuando se quedaba dormido de tanto llorar, y de vez en cuando soltaba un pequeño hipo de desdicha. Michelle se sentía como si tuviese una piedra dentro, algo duro y rígido que le provocaba náuseas. No sabía que fuera posible sentirse tan mal.

Miró a Keith y le dio lástima. Al cortar troncos con el hacha desprendían un olor delicioso, como a Navidad. Pero cuando una le partía la cabeza en dos a alguien olía como un matadero y ahogaba el perfume de las lilas silvestres que había cortado y dispuesto en la casa esa misma mañana, que pertenecía ya a otra vida.

Si le hubiesen concedido un deseo —si su hada madrina (claramente ausente de su vida hasta el momento) hubiese aparecido de pronto en la fría salita de estar para concederle lo que quisiera— Michelle sabía con exactitud qué habría pedido. Habría pedido regresar al inicio de su vida y empezar de nuevo.

Se preguntó si debería levantarse del suelo y limpiar un poco pero se sentía tan cansada que pensó que sencillamente se quedaría donde estaba y esperaría a que llegara la policía. Ahora tenía todo el tiempo del mundo.

Jackson

Jackson puso la radio y escuchó la voz tranquilizadora de Jenni Murray en *La hora de la mujer*. Encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior porque se había quedado sin cerillas, y puestos a elegir entre fumar un cigarrillo tras otro o la abstinencia prefería la primera opción porque le daba la sensación de que había ya suficiente abstinencia en su vida. Si hiciera arreglar el encendedor del salpicadero no tendría que fumarse el paquete entero, pero había otras cosas en el coche que hacía falta arreglar y el encendedor no estaba en los primeros puestos de la lista. Conducía un Alfa Romeo 156 negro que había comprado de segunda mano cuatro años atrás por trece mil libras y que ahora probablemente valía menos que la bicicleta de montaña Emmelle Freedom que acababa de regalarle a su hija en su octavo cumpleaños (con la condición de que no pedaleara en ella por la carretera hasta que tuviera por lo menos cuarenta años).

Al llegar a casa con el Alfa Romeo, su mujer lo había mirado con desdén y comentado: «Así que te has comprado un coche de poli». Cuatro años atrás Josie tenía un Polo y aún estaba casada con Jackson; ahora vivía con un profesor universitario inglés barbudo y conducía el Volvo V70 de él con un cartel de «BEBÉ A BORDO» en la ventanilla trasera, declarando a un tiempo el carácter permanente de su relación y la pedante necesidad de la muy imbécil de mostrarle al mundo que él estaba protegiendo a la hija de otro hombre. Jackson detestaba esos carteles.

Era un fumador reconvertido; había vuelto a empezar solo seis meses atrás. No había tocado un cigarrillo en quince años y ahora era como si nunca los hubiera dejado. Y sin ningún motivo. «Porque sí», decía, imitando sin entusiasmo a Tommy Cooper ante el espejo retrovisor. Por supuesto que no era «porque sí»; nada lo era nunca.

Más valía que la mujer se diese prisa. Su puerta permanecía obstinadamente cerrada. Era de madera barata barnizada, con un montante de abanico a imitación de los georgianos, calcada a todas las demás puertas de la urbanización de Cherry Hinton. Jackson podría haberla echado abajo a patadas sin despeinarse. La mujer llegaba tarde. Su vuelo salía a la una y ya debería estar de camino al aeropuerto. Jackson bajó una rendija la ventanilla del coche para que entrara un poco de aire y saliera un poco de humo. Ella siempre llegaba tarde.

El café no servía para interrumpir el aburrimiento, a menos que estuviera dispuesto a mear en una botella, que no lo estaba. Ahora que se había divorciado podía usar libremente palabras como «mear» o «mierda», elementos de su vocabulario casi eliminados por Josie. Ella era maestra de escuela y pasaba buena parte de su jornada laboral modificando el comportamiento de niños de cinco años.

Cuando estaban casados llegaba a casa y hacía lo mismo con Jackson («Por Dios, Jackson, usa la palabra adecuada, es un “pene”») durante sus veladas, en las que comían pasta y bostezaban viendo telebasura. Quería que la hija de ambos, Marlee, creciera «utilizando el lenguaje anatómicamente correcto para los genitales». Jackson prefería que Marlee creciera sin saber siquiera que los genitales existían, y por supuesto sin que lo informara de que a ella la habían «hecho» cuando él «metió su pene en la vagina de mami», una descripción extrañamente aséptica de un suceso urgente, sudoroso y precipitado que tuvo lugar en algún campo junto a la A1066 entre Thetford y Diss, un apareamiento acrobático en su viejo F Reg BMW (320i, dos puertas, sin duda un coche de poli, muy añorado, R.I.P.). Eso fue en los tiempos en que una súbita necesidad desesperada de sexo era frecuente entre ellos y lo único que hizo memorable ese incidente particular fue la inusitada actitud de Josie, a lo ruleta rusa, con respecto a los anticonceptivos.

Más tarde culpó de la consecuencia (Marlee) a la falta de prevención de Jackson, pero él pensaba que Marlee era un premio, y de todos modos qué esperaba Josie al empezar a acariciarle el pene —por utilizar el término anatómico correcto— cuando lo único que él intentaba hacer era llegar a Diss, aunque por qué razón se le había ido ya por completo de la cabeza. El propio Jackson fue concebido durante unas vacaciones en una pensión de Ayrshire, un hecho que su padre siempre había encontrado inexplicablemente divertido.

No debería haber pensado en café porque ahora sentía un leve dolor en la vejiga. Cuando se acabó *La hora de la mujer* puso *Alabama Song* de Allison Moorer en el reproductor de CD, un disco melancólico que lo reconfortaba. «*Bonjour tristesse*». Jackson asistía a clases de francés con vistas al día en que pudiera vender el negocio y mudarse al extranjero y hacer lo que fuera que la gente hacía cuando se jubilaba pronto. ¿Golf? ¿Jugaban los franceses al golf? No se le ocurría el nombre de ningún jugador de golf francés, así que eso era buena señal porque odiaba el golf. Quizá podría simplemente jugar a los *boules* y matarse fumando. A los franceses se les daba bien fumar.

Nunca se había sentido a gusto en Cambridge; puestos a decirlo, nunca se había sentido a gusto en el sur de Inglaterra. Había llegado allí de forma más o menos accidental, siguiendo a una novia y quedándose por una esposa. Durante años había pensado en volver al Norte, pero sabía que nunca lo haría. Allí no había nada para él, solo malos recuerdos y un pasado que nunca podría enmendar, y qué sentido tenía de todos modos si Francia se extendía al otro lado del Canal como un exótico mosaico de girasoles y viñas y pequeñas cafeterías en que podría sentarse toda la tarde tomando vino local y amargos cafés exprés y fumando Gitanes, donde todo el mundo diría «*Bonjour, Jackson*», salvo que ellos lo pronunciarían «*zhaksong*», y sería feliz. Que era exactamente lo contrario de cómo sentía ahora.

Claro que al ritmo que iba no sería una jubilación anticipada, simplemente la jubilación. Recordaba que, de niño, para él los jubilados eran los tíos viejos que se

tambaleaban entre el huerto municipal y el rincón del bar. Parecían «muy» viejos pero quizá no eran mucho mayores que él ahora. Tenía cuarenta y cinco años pero se sentía mucho, mucho mayor. Estaba en esa peligrosa edad en que los hombres se dan cuenta de golpe de que han de morir al final, inevitablemente, y no hay una maldita cosa que puedan hacer para evitarlo, pero eso no les impide intentarlo, ya sea tirándose a cualquier cosa que se mueva o escuchando los primeros discos de Bruce Springsteen y comprándose una moto de primera (una BMW K 1200 LT por lo general, con la que aumentan de forma considerable las probabilidades de encontrarse con la muerte aún más pronto de lo previsto). Luego estaban los que se encontraban estancados en la rutina del tedio alcohólico, la carretera perdida y solitaria del macho notable medio (a la manera de su padre). Y por fin estaba el camino escogido por Jackson que lo llevaba al zen diario de una casa francesa con sus paredes de estuco blanco, sus geranios en macetas en los alféizares, una puerta azul, la pintura desconchándose porque a quién le importaba un bledo el estado de las casas en la Francia rural.

Había aparcado a la sombra pero el sol estaba ahora más alto y la temperatura en el coche empezaba a molestarlo. La mujer se llamaba Nicola Spencer, tenía veintinueve años y vivía en un pulcro gueto de casas de ladrillo. Las casas y las calles le parecían todas iguales a Jackson, y si se desorientaba un momento acababa en un triángulo de las Bermudas de idénticos patios delanteros abiertos. Tenía unos prejuicios poco razonables con respecto a las viviendas subvencionadas. Esos prejuicios no dejaban de tener cierta relación con su exmujer y su exmatrimonio. Fue Josie la que quiso una casa en una nueva urbanización y una de las primeras personas en inscribirse para vivir en Cambourne, la «comunidad» estilo Disney construida a las afueras de Cambridge, con su campo de críquet y su parque infantil de tema romano. Fue Josie quien los trasladó a la casa cuando la calle aún estaba en obras e insistió en que la amueblaran con estilo práctico y moderno, la que rechazó el estilo Victoriano por recargado, la que pensó que un exceso de alfombras y cortinas era «asfixiante», y sin embargo vivía ahora en una vieja tienda de curiosidades con David Lastingham: una adosada Victoriana atiborrada de muebles de época que él había heredado de sus padres, con cada superficie disponible cubierta por tapicerías y cortinas. («¿Estás segura de que no es gay?», le había preguntado Jackson a Josie, solo para irritarla —al tío le hacía la manicura un profesional, por el amor de Dios—, y ella se había reído y contestado «Él no duda de su virilidad, Jackson»).

Sintió que volvía a dolerle la mandíbula. Últimamente veía más a su dentista que a su mujer en el último año de matrimonio. Su dentista se llamaba Sharon y era lo que su padre solía llamar «escultural». Tenía treinta y seis años y conducía un BMW Z3, un coche de peluquera en opinión de Jackson, pero aun así la encontraba muy atractiva. Por desgracia, no había posibilidad de tener una relación con alguien que tenía que ponerse una mascarilla, gafas protectoras y guantes para tocarla. (O alguien que te miraba la boca de cerca y murmuraba «¿Fuma, Jackson?»).

Abrió un ejemplar atrasado de *Le Nouvel Observateur* e intentó leerlo porque su profesor de francés decía que debían sumergirse en la cultura francesa, aunque no la entendieran. Solo distinguió alguna que otra palabra que significara algo y vio subjuntivos desparramados por todas partes; si existía un tiempo verbal innecesario era el subjuntivo francés. Sus ojos se movieron soñolientos por la página. Gran parte de su vida actual consistía simplemente en esperar, algo para lo que habría sido inútil veinte años antes pero que ahora encontraba casi agradable. No hacer nada era mucho más productivo de lo que la gente pensaba. Con frecuencia era más perspicaz cuando parecía estar sin hacer nada. No se aburría, simplemente se sumía en una especie de vacío. A veces pensaba que le gustaría entrar en un monasterio, que se le daría bien ser un asceta, un anacoreta, un monje zen.

En cierta ocasión había arrestado a un joyero, un tipo viejo que comerciaba con objetos robados, y cuando entró en el taller en su busca lo encontró sentado en una antigua butaca, fumando en pipa y contemplando una piedra en su mesa de trabajo. Sin decir nada, cogió la piedra y la colocó en la palma de la mano de Jackson, como si fuera un regalo. A Jackson le recordó a su profesor de biología de la escuela, que solía darle algo —un huevo de pájaro, una hoja— para que él mismo lo explicara en lugar de al revés. La piedra era una siderita oscura que parecía una corteza de árbol petrificada, y encajada en el centro tenía una veta de ópalo lechoso, como un brumoso cielo de verano al amanecer. Una piedra muy delicada de tallar, le informó el viejo. Llevaba dos semanas mirándola, dijo; dos semanas más y tal vez estaría listo para empezar a tallarla, y Jackson dijo que al cabo de dos semanas estaría en prisión preventiva, pero el tipo tenía un abogado muy bueno y consiguió salir bajo fianza y que le concedieran la libertad condicional.

Un año más tarde Jackson recibió un paquete a su nombre en comisaría. Dentro no había ninguna nota, solo una caja, que contenía, en un nido de terciopelo azul oscuro, un colgante de ópalo, una pequeña placa de cielo. Se dio cuenta de que el viejo le estaba dando una lección, pero le había costado muchos años entenderla. Guardaba el colgante para cuando Marlee cumpliera dieciocho años.

El marido de Nicola, Steve Spencer, estaba convencido de que su mujer se había «buscado un amante»; así lo decía él, de forma que sonaba delicado y más bien distinguido a oídos de Jackson, mientras que la mayoría de cónyuges suspicaces que acudían a él expresaban su desconfianza de forma más ordinaria. Steve era nervioso y paranoico y no podía entender que hubiese conseguido pescar a alguien como Nicola, con lo «preciosa» que era. Jackson había conocido a mujeres preciosas en sus tiempos y no eran chicas como Nicola Spencer, aunque pensaba que si él se hubiera casado con Steve Spencer estaría tentado también de «buscarse un amante». Steve era farmacéutico en una cadena del ramo y no parecía tener aficiones o intereses más allá de Nicola. Era la «única mujer del mundo» para él. Jackson nunca había creído que

hubiese una sola persona en el mundo a la que estuviera destinado. Y si la había, conociendo su suerte, seguramente estaría trabajando en un campo de arroz en medio de China o sería una asesina convicta fugitiva.

Cuando no estaba en el trabajo, Nicola Spencer iba al gimnasio, a Sainsbury's (y una vez, sin razón aparente, a Tesco's), a casa de su madre, a la de una amiga llamada Louise y a la de otra amiga llamada Vanessa. Vanessa formaba parte de un matrimonio —Vanessa y Mike— que a su vez eran amigos de «Steve y Nicola». Louise y Vanessa, que Jackson supiera, no se conocían. Nicola también iba a menudo a la estación de servicio, a por gasolina obviamente, y en la tienda a veces compraba leche y casi siempre chocolate y un ejemplar del *¡Hola!* o de *Heat*. También había acudido a un centro de jardinería, donde compró una bandeja de plantas para trasplantar que dejó directamente en el jardín y luego olvidó regar, a juzgar por su aspecto cuando Jackson se encaramó a la valla del jardín para fisgonear qué pasaba *chez* Spencer, o, más precisamente, *au jardín* Spencer.

En las últimas cuatro semanas Nicola había ido también a un hipermercado de bricolaje, donde compró un destornillador y un cúter, a Habitat, donde compró una lámpara de mesa, a Top Shop a por una camiseta blanca, a Next a por una blusa blanca, a Boots (dos veces a por cosméticos y productos de baño y una vez con una receta de antiinflamatorios), a Robert Sayle's a por dos toallas de lavabo azules y a una pescadería del mercado, donde compró un rape (caro) para una comida, con los susodichos Vanessa y Mike, que según informó luego Steve Spencer había resultado «un desastre». Nicola no era por lo visto una gran cocinera. Además llevaba una vida puñeteramente aburrida, a no ser que le pasara algo fabuloso e interesante mientras empujaba un carrito por los pasillos de clase turista de su compañía aérea. ¿Era eso lo que le pasaba a Josie cuando «se buscó» a David Lastingham?, ¿se aburría tanto con Jackson que no podía soportarlo más? Lo conoció en una fiesta, una fiesta a la que Jackson no había ido porque estaba trabajando, y ambos habían «intentado controlar sus sentimientos», pero era obvio que no lo habían intentado lo suficiente porque antes de que pasaran seis meses se estaban acostando a cada oportunidad clandestina que tenían y ahora David Lastingham podía meter su pene en la vagina de mami cuando le apeteciera.

Josie pidió el divorcio en cuanto fue posible. Crisis irreparable; como si fuera culpa de Jackson y ella no estuviera tirándose a un mariquita con perilla. («David — lo llamaba Marlee, no tan de mala gana como a Jackson le habría gustado—. No me cae mal, me compra chocolate, la pasta le queda buena»). Del estómago de la niña a su corazón había una autopista de seis carriles. «A mí también me queda buena la pasta», dijo Jackson y advirtió que sonaba infantil, pero no le importó. Había conseguido que un conocido buscara a David Lastingham en el registro de pederastia. Por si acaso).

Jackson se fumó el último cigarrillo. Nicola no había hecho nada sospechoso en lo más mínimo durante su vigilancia, así que si estaba teniendo una aventura tenía que estar jugando literalmente fuera de casa; todas esas estancias en hoteles de categoría media, las veladas cálidas y el alcohol barato proporcionaban las condiciones perfectas para fomentar el mal comportamiento. Jackson había intentado explicarle a Steve que tendría que pagarle para volar con Nicola si realmente quería averiguar si estaba pasando algo, pero a Steve no parecía gustarle mucho la idea de financiar lo que al parecer creía unas vacaciones pagadas en el extranjero. Jackson pensaba que tal vez debería ir de todos modos y luego mostrarse un poco creativo a la hora de hacer la factura; un viaje de ida y vuelta a casi cualquier lugar de Europa podía desaparecer fácilmente en el cajón de sastre de «Gastos diversos». Quizá esperaba a que ella volara a Francia y la seguiría. No quería unas vacaciones, quería una nueva vida. Y quería acabar de una vez por todas con Nicola Spencer y su aburrida vida.

Cuando se había establecido dos años antes como investigador privado no tenía expectativas de que fuera una profesión glamurosa. Había sido miembro de la Policía del Condado de Cambridge durante doce años y antes estuvo en la policía militar, así que no se hacía ilusiones con respecto a las costumbres de ese mundo. Investigar las tragedias, los follones y las desgracias de los demás era cuanto sabía hacer. Estaba acostumbrado a ser un *voyeur*, un intruso que fisgonea, y nada de lo que cualquiera hiciese le sorprendía ya. Y aun así, pese a todo lo que había visto y hecho, tenía todavía una creencia, una creencia pequeña, maltrecha y magullada: la de que su trabajo consistía más en ayudar a las personas a ser buenas que en castigarlas por ser malas.

Dejó la policía y abrió la agencia de investigación después de que su matrimonio se esfumara ante sus ojos.

—¿Qué pasa con tu pensión? —quiso saber Josie.

—¿Qué pasa con ella? —repuso Jackson, con una actitud caballerosa de la que empezaba a arrepentirse.

En general, los trabajos que emprendía ahora eran o bien irritantes o aburridos: facilitaba procesos judiciales, comprobaba antecedentes y deudas y daba caza a algún que otro comerciante deshonesto al que la policía nunca conseguiría pillar («Le di trescientas libras por anticipado para materiales y no volví a verlo». Sorpresa, sorpresa). Sin olvidar los gatos perdidos.

Como si le hubiesen dado pie, sonó el móvil con una versión en lata de *Carmina Burana*, un tono de llamada reservado exclusivamente para Binky Rain («Binky», ¿qué clase de nombre era ese? ¿En serio?). Binky Rain fue la primera cliente que Jackson consiguió al establecerse como investigador privado y suponía que no se libraría de ella hasta que se jubilara, e incluso entonces podía imaginarla siguiéndolo a Francia, con una fila de gatos callejeros detrás, como el flautista de Hamelín. Era

una obsesa de los gatos, una bruja loca y vieja cuya puerta siempre estaba abierta para todos los gatos vagos de Cambridge.

Binky tenía más de noventa años y era viuda de un «miembro docente de Peterhouse», un catedrático de filosofía (aunque llevaba catorce años viviendo en Cambridge, Jackson seguía pensando en la mafia cuando oía ese cargo). El doctor Rain, Julián, hacía tiempo que descansaba en la gran Sala de Profesores del cielo. La propia Binky había crecido en el África colonial y trataba a Jackson como a un criado, que era como trataba a todo el mundo. Vivía en Newnham, de camino a Grantchester Meadows, en una casa de una planta que en algún momento debió de haber sido una construcción de ladrillo rojo de entreguerras perfectamente normal, pero que años de abandono la habían transformado en un horror gótico cubierto de maleza. El sitio estaba plagado de gatos, de cientos de aquellos malditos bichos. A Jackson se le ponían los pelos de punta con solo pensar en el olor: a orín de gato, a machos en celo, a platillos de comida de lata por todas partes, de esa sustancia a base de partes de animales que incluso las cadenas de hamburgueserías rechazaban. Binky Rain no tenía dinero, amigos, ni familia y sus vecinos la evitaban, y sin embargo mantenía sin esfuerzo la fachada de altivez aristocrática, como una refugiada de algún antiguo régimen que llevara una vida harapienta. Binky Rain era exactamente la clase de persona cuyo cadáver yacería en su casa sin ser descubierto durante semanas, solo que era probable que los gatos se la hubiesen comido para cuando la encontrarán.

Su queja, la razón por la que había contratado a Jackson en un principio, era que alguien estaba robando sus gatos. Él no consiguió averiguar si los gatos desaparecían en realidad o si ella simplemente lo creía así. La obsesionaban los gatos negros en particular.

—Alguien se los lleva —decía con su voccecita entrecortada y un acento tan anacrónico como todo lo demás en ella, una reliquia, un vestigio de otro tiempo, de otro lugar, convertido en historia tiempo atrás.

El primer gato en desaparecer fue un gato negro, según le contó con aquel terrible acento suyo, que se llamaba *Negro* (¡y eso a Binky Rain le parecía bien!). No se llamaba así por un hombre negro, explicó con desdén cuando él se quedó boquiabierto, sino por el gato del capitán Scott en el *Discovery*. (¿De veras recorría las silenciosas calles de Newnham gritando «Negro»? Dios Santo, no, por favor). Su cuñado había sido un incondicional del Instituto de Investigación Polar Scott en la calle Lensfield y había pasado un invierno acampado sobre el hielo en el arrecife de Ross Shelf, convirtiendo de ese modo a Binky en una experta en exploración antártica, al parecer. Scott era «un idiota», Shackleton, «un mujeriego» y Peary, «un americano», lo que parecía lo bastante repulsivo en sí. La forma en que Binky hablaba de expediciones polares («¡Caballos! ¡Solo un idiota llevaría caballos!») contrastaba con el hecho de que el viaje más desafiante que había emprendido fuera la travesía desde Cape Town a Southampton en primera clase a bordo del *Dunnottar Castle*, en 1938.

El mejor amigo de Jackson, Howell, era de color, y cuando Jackson le contó que Binky tenía un gato llamado *Negro* soltó una carcajada. Su amistad con Howell se remontaba a sus tiempos en el Ejército, cuando ambos habían empezado juntos como soldados rasos. «Hombres negros», bromeaba Howell haciendo una perturbadora imitación del acento de una anciana dama blanca, perturbadora porque Howell medía dos metros y era el negro más negro que Jackson había conocido. Después de licenciarse volvió a su Birmingham natal y trabajaba en ese momento de portero en un gran hotel, empleo que le exigía llevar un disfraz ridículo: una levita azul marino cubierta de galones dorados y más ridículo aún, un sombrero de copa. Howell tenía una presencia tan imponente que ese traje de lacayo, en lugar de restarle dignidad, lo hacía parecer extrañamente distinguido.

Howell debía de tener también una edad peligrosa. ¿Qué estaría haciendo al respecto? Debía de hacer más de seis meses que no hablaban. Así era que uno perdía a la gente: unos cuantos descuidos y se te escurrían de entre los dedos. Echaba de menos a Howell. De algún modo, había conseguido no solo perder a su mujer y a su hija sino también a todos sus amigos. (Aunque ¿había tenido otros amigos aparte de Howell?). Quizá por ese motivo la gente llenaba sus casas de gatos apestosos, para no darse cuenta de que estaban solos, para no morir sin que se enterara un alma. Esperaba que a él no le pasara eso. De todos modos, iba a morir en Francia, en una silla en el jardín, después de una buena comida. Tal vez Marlee estaría allí de visita, y tendría a sus hijos con ella, de modo que podría ver cómo esa parte de él seguiría en el futuro, que la muerte no era el final de todo.

Dejó que el buzón de voz recogiera el mensaje de Binky y luego la escuchó ordenarle con su tono imperioso que la visitara lo antes posible por «un asunto de cierta urgencia» que tenía que ver con *Frisky*.

Binky Rain no le había pagado en los dos años que hacía que la conocía, pero suponía que era justo porque, por su parte, en esos dos años no había encontrado un solo gato desaparecido. Consideraba las visitas que le hacía más bien un servicio social. Nadie más visitaba nunca a la pobre anciana y Jackson mostraba una tolerancia ante sus manías que lo sorprendía incluso a él. Era una bruja nazi, pero no podía dejar de admirar su temple. ¿Para qué pensaba que se llevaban sus gatos? Él creía que debía de ser para viviseccionarlos —la paranoia habitual de los amantes de los gatos—, pero no, según Binky se los llevaban para hacer guantes con ellos. (Guantes negros, obviamente).

Estaba considerando ya abandonar a la tardona de Nicola y obedecer las órdenes de Binky cuando se abrió de par en par la puerta principal. Se deslizó hacia abajo en el asiento y fingió estar concentrado en *Le Nouvel Observateur*. Se percató a cincuenta metros de distancia de que Nicola estaba de mal humor, aunque ese era más o menos su estado habitual. Parecía acalorada, embutida en el feo uniforme de la aerolínea. El uniforme no realzaba su figura y los zapatos salón que llevaba, como los de la reina, hacían que pareciera que tuviera los tobillos gruesos. Cuando corría era el

único momento en que la veía a Nicola sin maquillaje. *Au naturel*. Corría como si se entrenara para un maratón. Jackson también corría, cinco kilómetros cada mañana; se levantaba a las seis, a la calle y vuelta a por café antes de que la mayoría de la gente se hubiese levantado siquiera. Eso era lo que el entrenamiento militar le hacía a uno. El Ejército, la policía y una buena dosis de genes presbiterianos escoceses. («Siempre estás corriendo, Jackson —decía Josie—. Si no paras de correr vuelves al sitio en que empezaste... Es por la curvatura del espacio, ¿lo sabías?»).

A Nicola le quedaba mucho mejor la ropa de deporte. El uniforme la hacía parecer anticuada, pero cuando corría por el laberinto de calles en que vivía se la veía atlética y fuerte. Para correr llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta vieja de los Blue Jays que debía de haber conseguido en Toronto, aunque en todo el tiempo que Jackson llevaba vigilándola no había volado sobre el Atlántico. Había estado tres veces en Milán, dos en Roma, y una vez sucesivamente en Madrid, Dusseldorf, Perpiñán, Nápoles y Faro.

Nicola entró en su coche, un Ford Ka un poco de nena, y salió disparada como un cohete hacia Stansted. Jackson no solía conducir precisamente despacio, pero Nicola lo hacía a una velocidad aterradora. Cuando todo eso acabara se estaba planteando avisar a alguien del departamento de tráfico. Había pasado una temporada en tráfico antes de ir de paisano, y había momentos en que le habría gustado parar a Nicola y arrestarla.

Su teléfono sonó otra vez cuando el tráfico ya se volvía más lento y con retenciones alrededor de Stansted. En esa ocasión era su secretaria, Deborah.

—¿Dónde estás? —espetó, como si tuviera que estar en otro sitio.

—Estoy bien, gracias, ¿y tú?

—Ha llamado alguien; podrías ir a verlo mientras andas por ahí. —Y dijo «por ahí» como si Jackson anduviera emborrachándose o ligando.

—¿Quieres explicarme algo más? —quiso saber.

—No —respondió Deborah—. Es alguna cosa sobre que han encontrado algo.

Cuando Nicola llegó al aeropuerto sus movimientos siguieron la rutina habitual. Aparcó el coche y entró en la terminal. Jackson la observó hasta perderla de vista. Después fue al servicio, se tomó un café exprés doble, que no hizo gran cosa por refrescarlo en ese caluroso día, compró tabaco, leyó los titulares en un periódico que no adquirió y se marchó.

Para cuando el avión de Nicola ascendía vertiginosamente de la plana campiña, Jackson recorría el sendero de entrada a una casa grande en Owlstone Road, tan cerca de donde vivía Binky Rain que le pareció alarmante. Le abrió la puerta una mujer atascada en algún punto de la cuarentena que le dirigió una mirada estrábica por encima de unas gafas de media luna. «Una profesora de universidad», se dijo.

—¿La señora Land? —preguntó.

—La señorita Land —puntualizó ella—. Amelia Land. Gracias por haber venido.

Amelia Land le preparó un café malísimo. Jackson ya empezaba a sentir el efecto corrosivo en su estómago. Ella andaba recorriendo la descuidada cocina en busca de galletas, pese a que él le había dicho dos veces que no quería, gracias. Por fin rescató un paquete de reblandecidas galletas integrales de las profundidades de un armario y Jackson se comió una solo para contentarla. La galleta le supo a arena blanda y rancia en la boca, pero Amelia Land pareció satisfecha de haber cumplido con su deber de anfitriona.

Parecía muy distraída, incluso un poco trastornada, pero, viviendo en Cambridge, Jackson se había acostumbrado a los especímenes de la universidad, aunque ella dijo que vivía en «Oxford, no en Cambridge; es un sitio completamente distinto», y él pensó, sí, claro, pero no dijo nada. Amelia Land no paraba de parlotear sobre ratones azules y al decirle él con tacto «Comience por el principio, señorita Land», ella siguió con el tema de los ratones azules para añadir que ese era el principio y «Por favor, llámeme Amelia». Jackson exhaló un suspiro para sus adentros, consciente de que le iba a costar lo suyo sonsacarle toda la historia.

La hermana apareció, desapareció y luego reapareció con lo que parecía un muñeco viejo en la mano. Nunca las habría tomado por hermanas, la una alta y fornida, con el cabello cano cayéndole de una especie de moño; la otra, bajita y con muchas curvas y —Jackson conocía también esa clase de mujer— coqueteando con cualquier macho que se le pusiera por delante. La bajita llevaba los labios pintados de rojo intenso y vestía lo que parecía ropa de segunda mano, capas y capas de prendas extravagantes sin coordinar, el cabello recogido sin orden ni concierto en la coronilla y sujeto por un lápiz. Ambas iban vestidas para el frío y no para el sofocante día que hacía fuera. Entendía por qué: se había estremecido al cruzar el umbral y dejar atrás la luz del sol para adentrarse en la penumbra invernal del interior.

—Nuestro padre murió hace dos días —anunció Julia como si fuera una molestia cotidiana.

Jackson miró el muñeco de encima de la mesa. Era de alguna clase de felpa mugrienta y tenía las piernas y los brazos largos y delgados y la cabeza de un ratón. Y era azul. Por fin cayó en la cuenta. Lo señaló con la cabeza.

—Un ratón azul —le dijo a Amelia.

—No, uno cualquiera no, sino *el* Ratón Azul —puntualizó ella, como si esa distinción fuera esencial.

Amelia Land podría haber llevado tatuado en la frente «Nadie me quiere». Vestía de forma que sugería que había dejado de comprar ropa veinte años atrás y que cuando la compraba lo había hecho exclusivamente en Laura Ashley. Su forma de vestir le recordaba las viejas fotografías de verduleras: zapatos toscos y medias de lana, falda de peto de pana y sobre los hombros una especie de chal que se ceñía

como si se estuviera congelando, lo que no era ninguna sorpresa porque aquel sitio era «báltico», pensó Jackson. Era como si la casa tuviera su propio clima.

—Nuestro padre murió —dijo Amelia con brusquedad— hace dos días.

—Sí —respondió él con cautela—, su hermana lo acaba de decir. Lamento su pérdida —añadió de pasada, pues advertía que ninguna de las dos parecía especialmente apenada.

Amelia frunció el entrecejo y dijo:

—Lo que quiero decir es...

Miró a su hermana pidiendo ayuda. Ese era el problema con la gente de las universidades, se dijo Jackson, que nunca son capaces de decir lo que quieren decir y la mitad de las veces no querían decir lo que han dicho.

—Déjeme intentar adivinarlo —sugirió con ánimo de ayudarla—. Su padre murió... —Las dos asintieron con la cabeza con energía, como si las aliviara que hubiera captado ese punto—. Su padre murió —siguió diciendo— y han empezado a despejar el viejo hogar familiar... —Titubeó porque parecieron menos seguras de eso—. Este es el viejo hogar familiar, ¿no?

—Bueno, sí —admitió Julia—. Es solo que —se encogió de hombros— suena muy cálido, ya sabe. «Viejo hogar familiar».

—Bueno —repuso Jackson—, ¿qué tal si le quitamos cualquier connotación emocional a esas tres palabras y las tratamos simplemente como dos adjetivos y un nombre? Viejo. Hogar. Familiar. ¿Verdadero o falso?

—Verdadero —admitió Julia de mala gana.

—Claro que, en rigor —comentó Amelia mirando por la ventana de la cocina como si hablara con alguien en el jardín—, «viejo» no es el adjetivo adecuado en este caso. «Antiguo» sería más preciso.

Jackson decidió que lo mejor sería continuar como si no hubiera hablado.

—¿No estaban muy unidas al viejo, entonces? —le preguntó a Julia.

—No, no lo estábamos —respondió Amelia, volviéndose para prestarle toda su atención—. Y encontramos esto en un cajón cerrado con llave en su estudio.

El ratón azul otra vez. El Ratón Azul.

—Y ¿qué relevancia tiene ese «Ratón Azul»? —quiso saber Jackson.

Confiaba en que no acabaran de descubrir que su padre era alguna especie de fetichista con los peluches.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Olivia Land? —preguntó Julia.

—Me suena —dijo Jackson—. Bueno, un poco. ¿Una pariente?

—Era nuestra hermana —explicó Amelia—. Desapareció hace treinta y cuatro años. Se la llevaron.

¿Se la llevaron? Oh, abducción alienígena no, eso sí que le alegraría la vida. Julia sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno. Hizo que el ofrecimiento de un cigarrillo pareciera una invitación a tener relaciones sexuales. Jackson sintió la desaprobación de la hermana desde donde estaba sentado, pero no supo muy bien si

era con respecto al tabaco o al sexo. Era probable que por las dos cosas. Rechazó el cigarrillo —de todos modos nunca habría fumado delante de un cliente— pero inhaló profundamente cuando Julia encendió el suyo.

—La secuestraron —añadió Julia— de una tienda de campaña en el jardín.

—¿Una tienda de campaña?

—Era verano —intervino Amelia con aspereza—. Los niños duermen en tiendas fuera en verano.

—Conque eso hacen —repuso Jackson con suavidad.

Tuvo la sensación de que Amelia Land había sido la que estaba en la tienda con la hermana.

—Solo tenía tres años —explicó Julia—. Nunca la encontraron.

—¿De verdad no conoce el caso? —preguntó Julia—. Fue muy sonado.

—No soy de por aquí —respondió Jackson, y pensó en todas las niñas que debían de haber desaparecido en los últimos treinta y cuatro años.

Pero, por supuesto, para las hermanas Land solo había una. Se sintió de pronto muy triste y muy viejo.

—Hacía mucho calor —dijo Amelia—, había una ola de calor.

—¿Cómo ahora?

—Sí. ¿No piensa tomar notas?

—¿Preferiría que lo hiciera? —quiso saber él.

—No —espetó Amelia.

Quedó claro que habían llegado a un punto muerto en la conversación. Jackson miró el Ratón Azul. Parecía llevar «pista» escrito por todas partes. Intentó atar cabos.

—Bueno, vamos a ver —aventuró—. ¿Esto es de Olivia y lo tenía consigo cuando fue secuestrada? ¿Y la primera vez que alguien vuelve a verlo es cuando aparece después de la muerte de su padre? ¿Y no han llamado a la policía?

Las dos fruncieron el entrecejo. Era gracioso que pese a ser tan distintas tuvieran las mismas expresiones faciales. Supuso que en eso consistía tener «cierto parecido».

—Qué poderes de deducción tan maravillosos tiene usted, señor Brodie —comentó Julia, y él no supo decir si estaba siendo irónica o trataba de adularlo.

Tenía una de esas voces roncadas que hacían pensar en un resfriado permanente. Los hombres parecían encontrarlo sexy en una mujer, cosa que le parecía extraña porque las hacía parecer menos femeninas y más hombrunas. Quizá era cosa de gays.

—La policía no la encontró entonces —explicó Amelia ignorando a Julia—, y no va a estar interesada ahora. Y, de todas formas, quizá no sea un asunto para la policía.

—¿Pero sí lo es para mí?

—Señor Brodie —dijo Julia con tono dulce, demasiado dulce. Eran como el poli bueno y el poli malo—. Señor Brodie, solo queremos saber por qué tenía Victor el Ratón Azul de Olivia.

—¿Victor?

—Papá. Es solo que parece...

—¿Raro? —sugirió Jackson.

Jackson vivía ahora en una casa de alquiler, bastante lejos del gueto de Cambourne. Era más bien una casita, en una hilera de casitas similares, en una calle que antes debió de ser una carretera en el campo. Se trataba probablemente de viviendas de labranza. La granja a la que fuera que habían pertenecido desapareció tiempo atrás bajo hileras de casas adosadas Victorianas para la clase trabajadora. Hoy en día incluso las casas sin patio trasero que daban directamente a la calle costaban una fortuna en ese barrio. Los pobres se habían trasladado a zonas como Milton o Cherry Hinton, pero ahora hasta las casas de protección oficial de allí se habían visto colonizadas por especímenes universitarios de clase media (y gente como Nicola Spencer), cosa que debía cabrear en serio a la gente pobre. Es posible que los pobres siempre estén entre nosotros, pero Jackson no se explicaba dónde vivían en la actualidad.

Cuando Josie se largó a por la felicidad no conyugal con David Lastingham, Jackson se planteó quedarse a vivir en la casa Lego matrimonial. Esa idea le había rondado más o menos diez minutos antes de llamar al agente inmobiliario y ponerla a la venta. Después de repartirse lo que sacaron por ella, a Jackson no le quedaba suficiente dinero para comprarse una casa nueva, de forma que decidió alquilar esa en la que vivía. Era la última de la hilera, en la parte más venida a menos, y las paredes medianeras eran tan finas que podía oírse cada pedo y maullido de los vecinos. Los muebles que venían con la casa eran baratos y se respiraba un ambiente impersonal, como el de una decepcionante casa de veraneo, que le resultaba extrañamente relajante.

Al mudarse de la casa que había compartido con su mujer e hija, recorrió todas las habitaciones para asegurarse de que no dejaban nada atrás, aparte de sus vidas, claro. Al entrar en el cuarto de baño advirtió que aún se olía el perfume de Josie, L'Air du Temps, una fragancia que había llevado ya mucho antes de conocerla. Ahora usaba Joy de Patou porque David Lastingham se lo había comprado, un perfume tan anticuado que la hacía parecer otra mujer; y en efecto lo era, por supuesto. La Josie que él había conocido rechazaba todos los atributos de una esposa de la generación de su madre. Era pésima cocinera y ni siquiera tenía un costurero, pero se ocupaba de todo el bricolaje de la caja de cerillas que compartían. Le dijo en cierta ocasión que cuando las mujeres descubrieran que los tacos no eran los objetos misteriosos que ellas creían, gobernarían el mundo. Jackson había tenido la impresión de que ya lo hacían y cometió el error de expresar esa opinión, lo que tuvo como resultado un sermón sobre política de género global: «Dos tercios del trabajo mundial lo hacen las mujeres, Jackson, y aun así solo poseen una décima parte de las propiedades mundiales... ¿no te parece que hay ahí algún problema?». (Sí, a Jackson se lo parecía). Ahora, por supuesto, se había convertido en una mujer retro, como una

esposa de Stepford, que horneaba pan y asistía a clases de hacer punto. ¡Punto! ¿Qué clase de broma era esa?

Cuando se trasladó a la casa alquilada compró un frasco de L'Air du Temps y roció con él todo el minúsculo baño, pero no fue lo mismo.

Amelia y Julia le habían dado una fotografía, un retrato pequeño, cuadrado y descolorido de otros tiempos. Era un primer plano de Olivia sonriendo a la cámara, mostrando todos sus dienteitos regulares. Tenía pecas en la naricita respingona y el cabello recogido en trenzas sujetas con cintas de cuadritos verdes y blancos, aunque la fotografía se había vuelto amarillenta con el tiempo. Llevaba un vestido a conjunto con las cintas, con el canesú tapado a medias por el ratón azul que aferraba contra el pecho. Advirtió que estaba haciendo posar al ratón azul para la cámara, casi podía oírle decirle que sonriera, pero la cara del muñeco, con aplicaciones de lana negra, tenía el mismo aire de gravedad que ahora, solo que el tiempo le había robado medio ojo y una ventanilla de la nariz.

Era la misma fotografía que salió en los periódicos. Jackson había consultado los datos en microfichas de camino a casa. Había páginas y páginas sobre la búsqueda de Olivia Land; la historia se cubrió durante semanas, y Amelia tenía razón: antes de Olivia, el tema central de los titulares había sido la ola de calor. Intentó acordarse de hacía treinta y cuatro años. Habría tenido entonces once años. ¿Había hecho calor? No tenía ni idea. No podía acordarse de los once años. Lo importante era que aún no eran doce. Todos los años anteriores a los doce brillaban con una luz perfecta e inmaculada. Después de los doce estaba oscuro.

Escuchó los mensajes en el contestador. Había uno de su hija, Marlee, quejándose de que su madre no la dejaba ir a un concierto al aire libre en Parker's Piece y ¿podía él por favor, por favor hablar con ella? (Marlee tenía ocho años, no iba a ir ni en broma a un concierto al aire libre); otro mensaje relacionado con *Frisky* de Binky Rain y uno de su secretaria, Deborah Arnold, reprendiéndolo por no haber vuelto a la oficina. Llamaba desde casa, pues se oían en el fondo las voces de dos de sus groseros adolescentes sobre el estruendo de la MTV. Deborah tuvo que gritar para informarlo de que «un tal Theo Wyre» intentaba ponerse en contacto con él y que lo único que ella sabía era que «parecía haber perdido algo». El nombre de Theo Wyre le sonó asombrosamente familiar a Jackson, pero no consiguió situarlo. La vejez, supuso.

Cogió una cerveza Tiger de la nevera, se quitó las botas (unas Magnum Stealth, las únicas que existían por lo que a él concernía), se tumbó en el incómodo sofá y tendió una mano hacia el reproductor de CD (lo bueno de vivir en una casa minúscula era que podía llegar a casi todo lo que había en la habitación sin levantarse) y puso el disco de Trisha Yearwood de 1995 *Thinkin' About You*, ya descatalogado por algún motivo. Quizá Trisha era demasiado convencional, pero eso no significaba que no

fuera buena. Sabía entender el dolor. Abrió la *Introducción a la gramática francesa* e intentó concentrarse en la forma correcta del pasado usando *être* (aunque cuando viviera en Francia no habría ni pasado ni futuro, solo presente), pero se le hizo difícil concentrarse porque le dolía el diente cariado.

Exhaló un suspiro y cogió el ratón azul de la repisa de la chimenea para llevárselo al hombro y darle palmaditas en la espalda pequeña y blanda, como hiciera con Marlee de niña para consolarla. El ratón azul estaba frío, como si hubiera permanecido en un lugar oscuro mucho tiempo. No creyó ni por un instante que pudiese encontrar a la niña con las cintas de cuadritos en las trenzas.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos de inmediato, pues se había acordado de pronto de quién era Theo Wyre. Soltó un gemido. No quería acordarse de Theo Wyre. No quería tener nada que ver con Theo Wyre.

Trisha estaba cantando *On a bus to Saint Cloud*. A veces le parecía que el mundo entero consistía en un solo balance contable, con lo perdido a la izquierda en el debe, y lo encontrado a la derecha en el haber. Por desgracia, nunca estaba compensado. Amelia y Julia Land habían encontrado algo, Theo Wyre había perdido algo. Qué fácil sería la vida si pudiera tratarse de la misma cosa.

Amelia

Victor murió como él quería, en su propia cama, en su propia casa, de poco más que de vejez. Tenía ochenta y cuatro años y desde que sus hijas se acordaban había insistido categóricamente en que quería ser enterrado y no incinerado. Treinta y cuatro años antes, cuando su recién nacida hermana Annabelle murió, Victor había adquirido un «nicho familiar» para tres personas en el cementerio local. Amelia y Julia no habían considerado en realidad la aritmética de aquel gesto hasta que murió el propio Victor, momento en el cual dos terceras partes del nicho estaban ocupadas ya —su madre se había reunido con Annabelle con gratuita precipitación—, lo que dejaba espacio suficiente para Victor pero excluía a sus hijas.

Julia opinó que era una demostración de la típica conducta desconsiderada de Victor, pero a Amelia le pareció probable que su padre lo hubiese planeado así de forma deliberada, por si resultaba que había otra vida más allá y se veía obligado a pasarla con ellas. No creía en realidad que eso fuera probable, porque Victor era un ateo acérrimo y no cuadraba con su carácter obstinado y brusco ponerse de pronto a cubrirse las espaldas al final; se trataba tan solo de que proponer un punto de vista contrario al de Julia le salía de forma automática. Julia era tan tenaz (y ladradora) como un terrier cuando se trataba de discutir, de forma que constantemente las dos se encontraban defendiendo opiniones opuestas que en realidad no les importaban ni a la una ni a la otra, como un par de abogados peleones y en un tribunal. Había días en que daba la sensación de que hubiesen vuelto a su turbulenta infancia y estuviesen a punto de recurrir a los encubiertos pellizcos, tirones de pelo e insultos de aquellos lejanos años.

Victor las había mandado llamar.

—Es como acudir al lecho de muerte de un rey —comentó una resentida Julia.

—Estás pensando en el rey Lear —repuso Amelia.

—¿Y qué si es así? —espetó Julia.

—Solo puedes identificar una escena con la vida real si la has visto antes en un escenario —fue la respuesta de Amelia.

—Yo no he mencionado para nada al jodido Lear —soltó Julia, con lo que estaban peleándose antes siquiera de que el tren hubiese salido de King's Cross.

Victor murió unas horas después de que llegaran. «Menos mal, joder», espetó Julia, pues ambas habían sospechado que Victor trataba de ingeniárselas para que volvieran al hogar familiar para cuidar de él. A las dos les molestaba el término «hogar», pues hacía décadas que ninguna de ellas vivía allí, pero no podían parar de utilizarlo.

—Lo siento —se disculpó Amelia, pero Julia miraba por la ventanilla un tren de

cercanías de Londres que pasaba y no volvió a hablar hasta que atravesaban los estivales campos de East Anglia, momento en que dijo:

—Lear no se estaba muriendo, estaba abdicando.

—A veces es lo mismo —comentó Amelia, y se alegró de que hubiesen hecho las paces.

Se sentaron una a cada lado de él, a esperar su muerte. Victor estaba embarrancado en su lecho en la que antaño fuera la habitación de matrimonio, una habitación que seguía decorada en el ampuloso estilo femenino que le gustaba a su madre. ¿Estaría Rosemary preparándose en ese momento para recibir a Victor en la húmeda tierra del nicho familiar? Amelia imaginó a sus padres uniendo sus cuerpos en un frío abrazo y sintió lástima de su pobre madre, que probablemente creía haber huido de Victor para siempre.

Y, de todas formas, le señaló Amelia a Julia retomando la discusión pese a sus mejores intenciones, ninguna de las dos había querido estar cerca de su padre en la vida, de modo que ¿por qué iban a querer estar cerca de él en la muerte? Julia dijo que no se trataba de eso, que era «cuestión de principios», y Amelia preguntó «¿Desde cuándo tienes principios?», así que la conversación había ido cuesta abajo otra vez mucho antes de que llegaran a discutir el tema más difícil: el del funeral en sí, pues Victor no había dejado instrucciones al respecto.

¿Cuándo habían decidido dejar de llamarlo «papá» y empezar a llamarlo «Victor»? Julia a veces lo llamaba aún «papá», en especial cuando trataba de engatusarlo para que estuviera de mejor humor, pero a Amelia le gustaba la distancia que «Victor» proporcionaba. De alguna manera lo volvía más humano.

Victor tenía la barbilla salpicada de blanco, y esa nueva barba, junto al peso que había perdido, lo hacía parecer un desconocido. Solo las manos parecían no haberse encogido: seguían siendo enormes, como palas huesudas y brutales en comparación con las muñecas como palillos. Musitó algo de pronto que ninguna de las dos entendió y Julia dirigió una mirada de pánico a Amelia a través de la cama. Julia había esperado que estuviera muriéndose, pero no que no fuera el Victor de siempre.

—¿Quieres algo, papá? —preguntó en voz bien alta, y él negó con la cabeza como si tratara de espantar una nube de moscas, pero le fue imposible decir si las oía o no.

El médico de cabecera de Victor les había dicho por teléfono que acudían enfermeras a domicilio tres veces al día. «Se dejan caer» era la frase que había utilizado, haciendo de ese modo que todo pareciera cordial e informal, pero ni Amelia ni Julia habían esperado que esos adjetivos fueran aplicables a la muerte de Victor, como desde luego no habían sido aplicables a su vida. Pensaron que las enfermeras se quedarían, pero en el instante en que Amelia y Julia llegaron, una de ellas dijo: «Bueno, ahora nos marcharemos» y la otra le gritó a Victor por encima del hombro:

«¡Ya están aquí!», con tono alegre como si él esperase con ansia la llegada de sus hijas, algo que por supuesto no tenía, y el único que estuvo contento de verlas fue *Sammy*, el viejo golden retriever de Victor, que hizo un valeroso intento de saludarlas, con los artríticos flancos moviéndose con rigidez mientras las uñas repiqueteaban contra el *parquet* pulido del vestíbulo.

Victor había sufrido un derrame cerebral masivo, según les dijo el médico de cabecera por teléfono. Un mes antes, un médico distinto les había dicho que a Victor no le pasaba nada malo a excepción de la vejez y que tenía «el corazón de un toro». Lo del «corazón de un toro» le había parecido a Amelia una confusión de axiomas: ¿no era «el corazón de un león» y «fuerte como un toro»? ¿Qué era un toro? ¿Una simple vaca? Había muchos hechos sobre los que Amelia no abrigaba ya certeza alguna (o quizá nunca los había sabido). No tardaría en estar más cerca de los cincuenta que de los cuarenta y estaba segura de notar cada día cómo desaparecían conexiones neuronales, que se fundían, arqueaban y morían para volverla incapaz de retener información. La mente de Victor había sido hasta el final tan metódica como una eficaz biblioteca, mientras que Amelia tenía la sensación de que la suya era más bien como el armario bajo la escalera en que se embutían viejos palos de hockey junto a aspiradores rotos y cajas de antiguos adornos de Navidad, y en que esa cosa precisa que sabías que estaba ahí (un fusible de cinco amperios, una lata de betún, un destornillador Philips) sería con toda probabilidad la única que no conseguirías encontrar.

La mente de Victor bien podía haber seguido siendo organizada, pero su casa, no. Después de que ellas se fueran se había ido deteriorando sin parar hasta asumir el aspecto casi miserable que tenía ahora, como una de esas casas en que tiene que recurrirse a los servicios de salud medioambiental para llevar a cabo una limpieza después de que algún desgraciado haya permanecido muerto sin que nadie lo advirtiera durante semanas, en un charco de su propia putrefacción.

Había libros por todas partes, todos mohosos y manchados, ninguno invitando a su lectura. Hacía mucho que Victor había abandonado las matemáticas; llevaba años sin ponerse al día en sus investigaciones o mostrar interés alguno en diarios y publicaciones. De niñas, Rosemary les había contado que Victor era un «gran» matemático (o quizá había sido el mismo Victor quien les había dicho eso) pero, fuera cual fuese su reputación, hacía mucho que había decaído y que no era más que un miembro muy trabajador del departamento. Se había especializado en probabilidad y riesgo, algo sobre lo que Amelia no entendía nada (Victor siempre andaba tratando de demostrarle la probabilidad arrojando monedas al aire), pero le parecía irónico que un hombre que estudiaba el riesgo para ganarse la vida no hubiese asumido ni uno en toda su vida.

—¿Milly? ¿Te encuentras bien?

—¿Qué es un toro?

—El macho de una vaca. Un buey. —Julia se encogió de hombros—. Yo qué sé.

¿Por qué?

De niñas habían comido corazón de buey. Rosemary, que antes de casarse no sabía freír un huevo, había aprendido a cocinar la clase de comida sustanciosa y anticuada que Victor prefería por considerarla a un tiempo nutritiva y barata. Comida de internado, la clase con que lo habían criado. Solo pensar en todos aquellos guisos de hígado y panceta, y pasteles de carne y riñones, hizo sentir náuseas a Amelia. Aún podía ver un corazón sanguinolento sobre la encimera de la cocina, oscuro y reluciente y vetado de grasa, con aspecto de haber dejado de latir un instante antes, mientras su madre, cuchillo en mano, lo contemplaba con una expresión enigmática en el rostro.

—Sopa de rabo de buey, de eso sí me acuerdo —dijo Julia poniendo cara de asco—. ¿De verdad estaba hecha de un rabo?

Rosemary se había escabullido de su propia vida con gran facilidad. No había mostrado tenacidad alguna por continuarla al enterarse de que la niña que llevaba dentro cuando Olivia desapareció tenía un gemelo, no el hijo tan deseado por Victor, sino un tumoroso impostor que crecía en su interior sin que nada se opusiera a él. Para cuando alguien se percató de que señalaba el final de una vida y no el principio de otra, ya era demasiado tarde. Annabelle vivió tan solo unas horas y su canceroso homólogo fue extraído, pero Rosemary había muerto antes de que pasaran seis meses.

Victor parecía estar roncando; producía sonidos profundos y sibilantes como si la tráquea se contrajera, seguidos a intervalos regulares por espantosos jadeos cuando los reflejos se ponían en marcha y volvía a respirar.

Amelia y Julia se alarmaron.

—¿Son eso estertores? —susurró Julia, y Amelia la mandó callar porque parecía poco educado hablar de los mecanismos de la muerte delante del moribundo—. No puede oírnos.

—Esa no es la cuestión —repuso Amelia.

Los ruidos cesaron al cabo de un rato y todo pareció indicar que Victor estaba plácidamente dormido. Amelia preparó té para las dos, frotando primero las tazas para quitarles las manchas, y lo tomaron de pie ante la ventana, contemplando la oscuridad del jardín.

—¿Qué pasa con el funeral? —musitó Julia—. No querrá nada cristiano, ¿no?

Aparte de unos cuantos débiles intentos por parte de Rosemary de mandarlas a catequesis, habían crecido sin religión. Como matemático, Victor consideraba su deber inculcarles el escepticismo a sus hijas, en especial porque las creía frívolas, con excepción de Sylvia, por supuesto, que siempre había explotado el hecho de ser un poco empollona con las mates. Cuando ella desapareció de sus vidas, Victor convirtió a la empollona en «prodigio» y más adelante en «genio», de forma que cuanto más tiempo llevaba lejos más lista se volvía, mientras que, por lo que a Victor concernía,

Amelia y Julia se volvían más descerebradas cuanto mayores se hacían. Hubo un tiempo en que Amelia podría haber discutido con él, aunque era más probable que fuese Julia quien hubiese hecho alarde de una enérgica defensa de «las artes» porque a Amelia se le hacía difícil oponerse al estilo autoritario de Victor. Ahora ya no estaba tan segura. ¿Acaso no tenía él razón? Después de todo, ¿no era cierto que ellas no sabían nada?

—Bueno, ¿qué te parece? —quiso saber Julia—. Nos ha dejado la casa, ¿no es así? ¿Crees tú que nos habrá dejado también algo de dinero? Jesús, espero que sí.

Victor nunca había discutido con ellas su testamento, nunca hablaba de dinero con ellas. Daba la impresión de no tener un céntimo, pero lo cierto era que siempre había sido ruin. Julia empezó otra vez a manifestar sus quejas por el nicho familiar y Amelia dijo:

—Sería más rápido incinerarlo, ¿sabes? Creo que se tarda más en conseguir un certificado para el entierro.

—Pero probablemente quedaríamos malditas para siempre —repuso Julia—, como las mujeres en la tragedia griega que no respetan los rituales correctos para su padre fallecido, el rey.

—No somos personajes de una obra, Julia; esto no es Eurípides.

—No, Milly, lo digo de verdad; ya es bastante malo que no queramos a nuestro padre.

—Como quieras —concluyó Amelia, y frunció el entrecejo al pensar que había hablado como uno de sus alumnos.

Julia anunció que iba a echarse una siesta y apoyó la cabeza en los brazos sobre el sucio sobrecama, de forma que pareció que rindiera alguna clase de extraño homenaje a su padre. Victor tenía las manos encima de la colcha, piadosamente doblada de un modo que sugería que estaba preparado para la muerte. Le habría hecho falta solo un mínimo esfuerzo para levantar una de esas manos y posarla en la cabeza de Julia, para darle su bendición. ¿Las había tocado alguna vez con cariño? ¿Un beso, un abrazo? ¿Una tierna caricia en la mejilla? Si lo había hecho, Amelia no lo recordaba.

—Despiértame si pasa algo —musitó Julia—; si se muere o pasa algo.

Julia seguía siendo una dormilona y al cabo de poco estaba tan exánime como él. Amelia observó los rizos oscuros en la cabeza de su hermana y sintió una oleada de afecto hacia ella que más bien fue una punzada de dolor.

Julia no había tenido mucho trabajo últimamente. Antes no paraba de trabajar, en teatros de provincias, en maliciosas obras modernas en minúsculos estudios en Londres y pequeños papeles en televisión —víctimas de clase marginada en la serie *The Bill* y pacientes terminales en *Casualty* (había muerto dos veces en diez años)—, pero ahora ni siquiera parecía que la llamaran para las audiciones. Había hecho alguna especie de vídeo formativo para una empresa, pero era para una filial de una compañía petrolífera y Amelia se había enfadado con ella, argumentando que debería haber considerado el aspecto político, y Julia había respondido que era fácil

concederse «el lujo de la política cuando tienes suficiente para comer». Y Amelia replicó: «Eso es una exageración ridícula. ¿Cuándo has pasado hambre?», pero ahora lo lamentaba porque Julia le había contado encantada lo del trabajo y ella se lo había echado por tierra.

Amelia había visto casi todas las obras de Julia y, aunque le decía siempre que había estado «maravillosa», porque ese era el protocolo en el teatro, se encontraba pensando con frecuencia que Julia en realidad no era nada especial en el escenario. Lo mejor que le había visto era una comedia navideña en Bristol, una pieza más o menos genérica, parecida a *Cenicienta*, en la que Julia había interpretado el papel de un perro, un caniche negro rapado como un león y con acento francés. La figura de Julia, baja y pechugona, se había adaptado de algún modo a la perfección al disfraz y lo había dotado de una especie de arrogancia parisina que al público le había encantado. No le hizo falta peluca; se había recogido, en un moño alto con un lazo, su propio cabello enmarañado. Amelia nunca había pensado que Julia fuese un caniche; siempre la había imaginado más bien como un terrier Jack Russell. De pronto, le pareció muy triste que el mejor papel de la carrera de Julia fuera el de un perro. Y que no le hiciera falta peluca para interpretar a un caniche.

¿Estaba muerto? Cuando dormía parecía en gran medida que lo estuviera, tendido boca arriba con los ojos cerrados y la boca abierta, pero ahora no había indicio alguno de su respiración entrecortada y tenía la piel de un gris amarillento que le recordó de pronto a Rosemary muerta en la cama del hospital, de forma tan inesperada que Amelia fue incapaz de moverse durante unos instantes. Debía de haberse dormido también. Las hijas malas del rey ni siquiera podían aguantar una vigilia en su lecho de muerte.

Sammy se levantó con torpeza de la alfombra junto a la cama y renqueó hasta Amelia para empujarle inquisitivamente la mano con el seco hocico.

—Pobre viejo amigo —le dijo ella.

Zarandéó con suavidad a Julia hasta despertarla y le anunció que Victor había muerto.

—¿Cómo sabes que está muerto? —quiso saber Julia, adormilada. Tenía una lívida marca roja en la mejilla donde se le había clavado el reloj.

—Porque no respira —respondió Amelia.

La partida de Victor había creado entre ellas un ambiente casi festivo, y aunque solo eran las seis de la mañana, Julia, como si siguiera algún procedimiento post mórtem prescrito, sirvió para cada una de ellas una gran copa de coñac. Amelia pensó que se marearía si se lo tomaba y se sorprendió disfrutándolo. Más tarde fueron andando, bastante borrachas a las ocho de la mañana, hasta el Spar de la zona a comprar

provisiones, y llenaron la cesta de cosas que Amelia no habría comprado normalmente —panceta, salchichas, harinosos panecillos blancos, chocolate y ginebra— soltando risitas como las niñas pequeñas que habían olvidado ser.

De vuelta en casa prepararon panecillos de panceta y huevo, y Julia se comió tres y Amelia solo uno. Julia encendió un cigarrillo en cuanto hubo acabado de comer.

—Por el amor de Dios —se quejó Amelia haciendo ademán de apartarse el humo de la cara—, tienes alguna clase de fijación oral, ya lo sabes, ¿no?

Julia fumaba de forma teatral, convirtiéndolo en una actuación, como hacía con todo. Cuando era adolescente solía practicar ante el espejo (Amelia recordaba que gran parte de la vida de su hermana se había practicado ante el espejo). La forma en que Julia alzó la mano a la luz de la mañana reveló la fantasmal huella plateada de la cicatriz donde habían vuelto a coserle el dedo meñique.

¿Por qué habían sufrido tantos accidentes de pequeñas? ¿Trataban acaso de que Rosemary (o cualquiera, de hecho) se fijara en ellas, las distinguiera de la piña de Amelia-Julia-Sylvia? Incluso ahora, Amelia y Julia eran torpes, siempre iban llenas de magulladuras por andar golpeándose con muebles o tropezando con alfombras. El año anterior, a Amelia se le había caído una pesada sartén en el pie y se había pillado una mano con la puerta de un coche, mientras que Julia había sufrido un traumatismo cervical en un taxi y se había hecho un esguince en el tobillo al caer de una escalera de mano. Amelia no creía que tuviese mucho sentido llamar la atención pasados los cuarenta, en especial si no había nadie para prestártela.

—¿Recuerdas la forma en que solía desmayarse Sylvia? —le preguntó a Julia.

—No. Más o menos.

Cada vez que recordaba que Victor había muerto, Amelia sentía que la cabeza le daba vueltas. Era como si alguien le hubiese quitado una gran piedra de encima y estuviera a punto de elevarse en el aire como una cometa, como un globo. El cuerpo de Victor seguía metido en la cama en el piso de arriba y, aunque sabían que deberían hacer algo, llamar a alguien, reaccionar de forma urgente ante la muerte, se había apoderado de ellas una especie de indolencia.

En realidad no fue hasta el día siguiente que fueron hasta el convento de las Clarisas Pobres y, tras una espera interminable, hablaron con «la hermana Mary Luke», ese ridículo nombre al que ni siquiera después de treinta años habían logrado acostumbrarse. Cuando le dijeron que Victor había muerto, Sylvia pareció perpleja y dijo:

—¿Papá? ¿Muerto? —Y solo por una vez perdió la piadosa compostura y se echó a reír.

Como monja en una orden de clausura, Sylvia estaba tan excluida de la vida normal que a sus hermanas no se les ocurrió consultarla con respecto al funeral. Para entonces, de todas formas, ya habían decidido qué hacer con él. Después de que los de pompas fúnebres se llevaran por fin el cuerpo de Victor, Julia había sacado la ginebra y habían procedido a emborracharse. Amelia no recordaba cuándo había

estado tan borracha, posiblemente nunca. La ginebra, después del coñac de la mañana, las puso casi histéricas y en algún momento de la prolongada orgía alcohólica tiraron una moneda al aire para determinar el destino final de Victor.

Julia, histriónica como de costumbre, estaba sentada con las piernas cruzadas y se asió la entrepierna diciendo:

«Oh, por Dios, para ya, ¡voy a mearme encima!», y Amelia tuvo que salir corriendo a vomitar en el jardín. Para entonces estaba amaneciendo y el húmedo aire nocturno casi le devolvió la sobriedad.

Amelia había pedido cara pero en la moneda salió cruz (era una probabilidad del cincuenta por ciento, gracias, papá) y Julia declaró que «el viejo cabrón será incinerado».

Amelia despertó temprano, demasiado temprano. No le habría importado de haber estado en casa —su casa verdadera, en Oxford—, pero no quería pasearse sola por aquel sitio y Julia tardaría siglos en levantarse. Amelia se preguntaba a veces si los genes de su hermana no se habrían mezclado con los de un gato. Julia se burlaba de los «horarios provincianos» de Amelia; desde que llegaron, Julia no se había ido a la cama antes de las dos de la mañana, para emerger con los ojos hinchados al mediodía, suplicando un café con voz ronca («Cariñito, por favor») como si hubiese salido en una gran búsqueda nocturna que pusiera a prueba sus nervios y su energía, en lugar de haber pasado el tiempo tumbada en el sofá con una botella de vino tinto, viendo películas, largo tiempo olvidadas, en la televisión por cable.

Se quedaron asombradas al descubrir que Victor, al que no recordaban haber visto jamás ante el televisor, no solo tenía una gigantesca pantalla plana sino que también estaba suscrito a la televisión por cable, y a todo, no solo a deportes y películas sino incluso a todos los canales X. Amelia había quedado horrorizada, no tanto por el contenido «adulto» de estos últimos (aunque sí era bastante desagradable) como ante la idea de que su propio padre se sentara allí, noche tras noche, en su antigua butaca viendo *Chicas muy calientes* y Dios sabe qué porquerías más. La dejó aliviada que Julia, normalmente tan tolerante con los defectos del sexo masculino, se quedara tan horrorizada como ella. Una de las primeras cosas que hicieron fue librarse de la butaca.

En la televisión, Amelia solo veía noticias y documentales, y ocasionalmente el programa sobre antigüedades *Antiques Roadshow*, y se quedó atónita ante la basura que había en oferta veinticuatro horas al día. ¿Le daba eso alguna clase de encanto a la vida? ¿De veras pensaba la gente que ese tipo de chorradas constituía un punto culminante de la evolución?

—Oh, alébrate un poco, Milly —dijo Julia (como era de esperar)—. ¿Qué más da lo que haga la gente? Al final estaremos todos muertos.

—Bueno, pues sí —repuso Amelia.

En cuanto despejaron la casa de Victor y liquidaran sus bienes mundanos podrían ponerla a la venta y acabar de una vez por todas. O al menos prepararse para ponerla a la venta, pues el abogado de Victor había musitado con pesimismo dickensiano que «dependía del testamento». Sin embargo, el testamento era perfectamente simple, con todo dividido en dos mitades, sin nada para Sylvia porque (al parecer) había asegurado de forma expresa que no quería nada. «Como Cordelia», opinó Julia, y Amelia repuso «En realidad, no», pero por sorprendente que fuera lo dejaron así. Se estaban peleando menos desde la muerte de Victor dos días atrás. Entre ambas se había afianzado un nuevo aire de camaradería mientras revolvían entre la ropa de Victor (solo aprovechable para el reciclaje) y tiraban viejas y picadas cacerolas de aluminio y libros de matemáticas que se desintegraban con solo tocarlos. Todo en la casa parecía estar mugriento y en la cocina y el baño, Amelia utilizó guantes de goma y pulverizó constantemente con un líquido desinfectante. «No tenía la peste», comentó Julia, pero sin demasiada convicción porque había lavado ya todas las sábanas y toallas con agua hirviendo.

Aunque era julio y hacía calor, la casa de Victor tenía su propio clima húmedo y frío que no parecía guardar relación con el mundo exterior. Cada noche desde su llegada habían encendido un fuego y se habían sentado ante la chimenea de la sala de estar con la misma devoción que los hombres prehistóricos debían de haber rendido a las llamas, solo que ellos no tenían el caro paquete de televisión por cable de Victor con que entretenerse. Durante el día era sorprendente salir al jardín invadido por las malas hierbas a tomar un poco el aire y descubrir la luz mediterránea ardiente y blanca que caía sobre ellas.

Amelia dormía en la antigua habitación de Sylvia, que su hermana había ocupado hasta descubrir su absurda e inexplicable vocación. Se había convertido al catolicismo, por supuesto, lo que condujo a Victor a la apoplejía, pero cuando rechazó la plaza en Girton, donde se suponía que iba a empezar la carrera de matemáticas, para entrar en el convento, Victor habría sido capaz de matarla. Julia y Amelia, todavía en el colegio, pensaron que renunciar al mundo y entrar en una orden de clausura era una forma innecesariamente dramática de escabullirse de Victor. (¿Iban de verdad a incinerarlo al día siguiente, a reducirlo a cenizas? Qué extraordinario que una pudiese tener licencia para hacerle algo así a otro ser humano. Para librarse simplemente de él, como si fuera basura).

Y, por supuesto, Sylvia no tuvo que ocuparse de todas las secuelas de la muerte de su padre. Qué fantástica forma de evitar las cosas era ser una esposa de Cristo. A Julia le gustaba contar a la gente que tenía una hermana monja porque se quedaban perplejos («¿Tú hermana, nada menos?»), pero Amelia se sentía avergonzada. Dios le hablaba a Sylvia de manera regular pero siempre se mostraba evasiva respecto al contenido de esas conversaciones y esbozaba tan solo su piadosa sonrisa (enigmática y exasperante). Cualquiera diría que Dios era un amigo íntimo, alguien con quien

discutía sobre filosofía existencial ante botellas de vino barato en el acogedor ambiente de un pintoresco *pub* a orillas del río. Dios y Sylvia llevaban conversando desde que Amelia tenía memoria. ¿De verdad creía ella que le hablaba? Sin duda deliraba, ¿no? O por lo menos era una histérica. Oía voces, como Juana de Arco. De hecho, también solía hablar con Juana de Arco, ¿no? Incluso antes de que Rosemary muriera u Olivia desapareciera. ¿Había contemplado alguien alguna vez la posibilidad de que Sylvia fuese esquizofrénica? Si Dios le hablara, ella pensaría que se había vuelto loca. Alguien debería prestar atención a las extrañezas de Sylvia, de veras que sí.

Sammy, espantado cuan largo era a los pies de su cama individual demasiado pequeña, empezó a gimotear en sueños. La cola golpeaba con excitación el edredón y las pezuñas parecían escarbar de forma fantasmal como si persiguiera conejos en sus tiempos de cachorro. Amelia lo habría dejado con aquel sueño feliz, pero le pareció de pronto que, más que perseguir algo, era al propio *Sammy* al que perseguían, y que los gemidos eran más de miedo que de excitación (¿cómo podían dos cosas tan opuestas parecer tan similares?), de forma que se incorporó y le acarició el lomo hasta que se sumió en un sueño más tranquilo. La vejez hacía que su cuerpo pareciera hueco. Amelia recordaba que *Sammy* era la única criatura viva a la que Victor trataba como a un igual.

Supuso que tendría que llevarse a *Sammy* consigo de vuelta a Oxford. Julia diría que lo quería ella, pero nunca podría apañárselas con un perro en Londres. Ella tenía jardín en Oxford. Era propietaria de la mitad superior de una pequeña casa pareada de estilo eduardiano, del tamaño justo para una persona, y compartía el jardín con su vecino de abajo, un tranquilo profesor de geometría en New College llamado Philip que parecía carecer por completo de interés sexual por cualquier género pero que tenía un perro (aunque fuera un ruidoso pequinés) y tenía maña para arreglar cosas, y constituía por tanto el vecino perfecto. («O el asesino en serie», decía Julia). No le iba la jardinería, para alivio de Amelia, y la dejaba abonar, cavar y plantar cuanto quisiera. Ella creía en la jardinería al igual que Sylvia creía en Dios. Como Sylvia, se había convertido. No sabía que fuera jardinera hasta que cumplió los treinta, cuando había plantado un rosal *Reina de Dinamarca* en noviembre y lo vio florecer capullo tras capullo en junio. Fue una revelación: si plantas algo, crece. «Bueno, pues vaya cosa», comentó Julia (como una adolescente imbécil) cuando Amelia trató de explicarle el milagro.

Llevaba en Cambridge solo unos días y sin embargo su otra vida, su vida real, le parecía ya otro mundo y tenía que recordarse, de vez en cuando, que existía. Una parte de ella quería quedarse ahí para siempre y llegar a trancas y barrancas a la vejez entre peleas con Julia. Juntas, quizá podrían mantener a raya todo el espanto y la soledad de la vida. Y podía llegar a entenderse con el jardín de Victor, en el que había años de abandono que compensar. Le habría gustado quedarse ahí tendida durante horas, planeando arriates (campanillas, espuelas de caballero, coreopsis, verónicas) y

rediseñando el jardín (¿alguna clase de fuente?, ¿algo japonés quizá?), pero se levantó a desgana de la cama, seguida por el leal *Sammy*, y bajó a la fría cocina, donde llenó la tetera y la dejó caer con estrépito sobre el fogón para demostrar hasta qué punto le molestaba que Julia siguiese durmiendo.

Amelia estaba en el comedor, metiendo en cajas un interminable desfile de vajillas y adornos. Julia estaba en el estudio, donde se suponía que debía estar. Llevaba ahí dentro desde que habían empezado a despejar los bienes y pertenencias de Victor y decía (tan melodramática como siempre) que tenía la sensación de estar bajo un hechizo que la condenaba a quedarse atrapada ahí dentro para siempre. La guarida húmeda y asfixiante de Victor había seguido siendo un agujero negro todos aquellos años y estaba ahora llena de montones de polvorientos papeles, archivos y carpetas. Era como una hoguera que esperase una cerilla. Habían descornado las cortinas y Julia exclamó: «¡Que se haga la luz!», y Amelia comentó: «En realidad es una habitación bastante bonita».

Julia estaba tan afectada por todo el polvo que había en la casa que, además de la medicación que tomaba (consumía pastillas como si fueran caramelos), se había puesto una mascarilla y unos guantes que compró en una tienda de bricolaje. Se la oía toser desde medio kilómetro de distancia.

A Amelia le sorprendió que a mediodía Julia no hubiese aparecido aún en busca de comida. Cuando fue a buscarla la encontró apoyada contra el escritorio de Victor, con una expresión de preocupación en el rostro.

—¿Qué pasa? —quiso saber, y Julia indicó los cajones del escritorio.

—He roto la cerradura —explicó.

—Bueno, no importa —dijo Amelia—. Tenemos que revisarlo todo. Y, técnicamente, ahora todo esto nos pertenece.

—No, no me refería a eso. He encontrado algo —repuso Julia abriendo el cajón para sacar un objeto, manejándolo con delicadeza como un arqueólogo con un hallazgo que pudiera desintegrarse en el aire.

Se lo tendió a su hermana. Durante un instante Amelia fue presa del asombro, y entonces sintió de pronto que flotaba en el espacio, como si hubiese abierto una puerta que daba a la nada. Y, al caer, en lo único que pudo pensar fue en el Ratón Azul de Olivia que aferraba en la mano.

—Te gusta.

—No, no me gusta.

Estaban preparando la cena; Amelia escalfaba huevos y Julia calentaba judías blancas en un cazo. Suponía para ambas el límite de sus aptitudes culinarias.

—Sí, sí que te gusta —insistió Julia—. Por eso te has mostrado tan hostil con él.

—Yo soy hostil con todo el mundo. —Amelia sintió que se ruborizaba y se concentró en el pan de la tostadora como si necesitara ayuda psíquica para saltar. Añadió en susurros—: A ti también te gusta.

—Pues sí, encuentro muy atractivo al señor Brodie. No lleva dientes postizos, y ni siquiera se está quedando calvo todavía —comentó Julia—. Me lo pido yo.

—¿Por qué tú? —quiso saber Amelia.

—¿Por qué no? —replicó Julia—. Además, tú ya tienes novio; tienes a Henry.

Amelia pensó que la palabra «novio» sonaba ridícula aplicada a una mujer de cuarenta y cinco años. Aplicada a ella misma.

Era una lástima que Julia no se hubiese topado con Jackson Brodie cuando llevaba las gafas protectoras y la mascarilla, pues así no la habría encontrado tan atractiva. Porque la había encontrado atractiva, sin duda. Por supuesto, había hombres a los que les gustaban esas cosas, máscaras y ataduras y Dios sabía qué más. (¡Cosas de caucho! ¿Por qué?).

—Oh, vaya mojigata estás hecha, Milly —dijo Julia—. Deberías intentar algo arriesgado con Henry. Darles un poco más de sabor a las cosas entre vosotros. Ya te costó bastante encontrar novio. Sería una lástima que lo perdieras porque no puedes abandonar el papel de misionera.

Amelia untó con mantequilla las tostadas y las dispuso en los platos. Julia vertió encima las judías. Amelia empezaba a disfrutar de compartir las tareas domésticas con su hermana, por básicas que fueran. Vivía sola desde el segundo año en la universidad; hacía mucho tiempo de eso, más de dos décadas. No llevaba una vida solitaria por elección propia, sino porque nadie había querido vivir con ella. No debía acostumbrarse a estar con Julia. No debía acostumbrarse a despertar en una casa en la que alguien la conocía, y mucho.

—Unas esposas —continuó alegremente Julia como si hablara de accesorios de temporada—, y algo de cuero o un látigo.

—Henry no es un caballo —repuso Amelia con irritación.

¿Seguía habiendo accesorios de temporada? Los había cuando su madre vivía. Rosemary había llevado zapatos y bolso blancos en verano. Y un sombrero de paja. Botas de ante con cremalleras en invierno y —¿lo imaginaba acaso?— una boina escocesa de lana. Ojalá le hubiera prestado más atención a Rosemary cuando estaba viva.

—No tiene nada de malo atar a alguien de vez en cuando —insistió Julia—. Imagino que a Henry le gustaría. A los hombres les encantan las guarradas.

Pronunció la palabra «guarradas» con fruición. En cierta ocasión, Amelia había acompañado a Julia, sin proponérselo en absoluto, a un sex shop en Soho. Una tienda de categoría, destinada únicamente a mujeres, como si constituyera un orgulloso emblema del triunfo del feminismo cuando en realidad estaba llena de indecencias pornográficas. Amelia había seguido a Julia al interior creyendo que vendía productos de baño y quedó perpleja cuando Julia cogió un objeto que parecía la cola

de un caballo rosa y declaró con tono de admiración: «Oh, mira, un consolador anal... ¡qué mono!». A veces, Amelia se preguntaba si las mujeres no habrían estado mejor zurciendo y cosiendo y horneando pan. Aunque ella no sabía hacer ninguna de esas cosas.

—¿Todavía se llevan accesorios de temporada?

—Sí, por supuesto —contestó Julia con firmeza, y añadió, menos segura—: ¿Se llevan? Es una suerte que tengas un novio fijo, ¿sabes, Milly?

—¿Por qué? —quiso saber Amelia—. ¿Por lo poco atractiva que soy?

—No seas tontita, Milly —repuso Julia. Sylvia la llamaba «Milly la Tontita» cuando eran pequeñas. Siempre andaba burlándose de la gente. Podía ser muy cruel—. A tu edad —prosiguió Julia (¿iba a callarse de una vez?)—, las mujeres suelen estar solas o atrapadas en aburridos matrimonios.

Amelia deslizó los huevos escalfados sobre las judías.

—A nuestra edad —corrigió—. Y estás siendo condescendiente. «Novio fijo» y «Julia» no son palabras que hayan coincidido nunca en la misma frase. Si no es bueno para ti, ¿por qué va a serlo para mí?

Le parecía que estaba mal comerse unos huevos: tragarse algo, aniquilar algo que contenía una nueva vida. Desterrarlo a la oscuridad de su interior.

Julia pareció muy ofendida.

—No, en serio; lo que quiero decir es que tu Henry parece venirte como anillo al dedo, y tienes suerte de haber encontrado a alguien que se adapta a ti. Si encontrara a alguien que se adaptase a mí sentaría la cabeza, créeme.

—No te creo.

Amelia miró los huevos, como ojos enfermizos e ictericos, y pensó en sus propios óvulos: solo un puñado ya, viejos y encogidos como fruta seca y marchita cuando antaño debían de eclosionar hacia la luz...

—Vamos, Milly, la comida se está enfriando. ¿Milly?

Amelia salió corriendo de la habitación y subió con torpeza por las escaleras para vomitar en la taza del váter. Habían frotado con lejía el inodoro pero seguía luciendo las manchas de años de uso descuidado por parte de Victor, y solo pensar en él la hizo devolver de nuevo.

—Milly ¿te encuentras bien? —Le llegó desde abajo la voz de Julia.

Amelia salió del baño. Se detuvo en el umbral de la habitación de Olivia. Estaba igual que siempre: la cama sin sábanas ni colcha, y el pequeño armario y la cómoda, vacíos. Todo el pasado parecía concentrarse en aquella pequeña habitación. En aquella casa vivía un fantasma, se dijo, pero no era Olivia, sino ella misma. La Amelia que habría sido, que debería haber sido, si su familia no se hubiera desintegrado.

Y entonces, de pronto, ahí de pie en el decrepito dormitorio de Olivia, experimentó lo que solo pudo describir como una experiencia milagrosa. Pensó que así debía de sentirse la gente que tenía visiones místicas, aquellos que, como Sylvia,

creían oír la voz de Dios o sentirse en un estado de gracia (aunque sabía que se trataba en realidad de la evidencia de un lóbulo temporal inestable). Sencillamente supo, y la certeza fue como una oleada cálida que le recorrió el cuerpo, que Olivia iba a volver. Quizá lo haría solo como una sombra de grasa y ceniza, pero iba a volver. Y alguien tenía que estar ahí para darle la bienvenida.

—¿Milly?

Theo

Cada año iba andando hasta la oficina en Parkside y luego volvía a recorrer a pie los tres kilómetros hasta su casa. El mismo peregrinaje desde hacía ya diez años. Un trayecto de ida y vuelta de seis kilómetros, cada año un poco más cansado porque pesaba más, pero nada que pudiera decir ningún médico ya lo asustaba.

Cuando llegó a Parkside se había quedado sin aliento y esperó un rato en la acera antes de atreverse a subir las escaleras. Descansó con las manos apoyadas en los muslos, inspirando y espirando con lentitud y decisión, como un atleta que acabara de correr una dura prueba. Los transeúntes le dirigían miradas disimuladas (y no tan disimuladas) que indicaban diversos grados de aversión, como si trataran de imaginar qué terrible defecto de carácter podía permitirle a uno engordar tanto.

Había estado dentro del edificio solo tres veces en los últimos diez años. Las otras veces se había limitado a una especie de homenaje a distancia desde la acera.

David Holroyd no murió. Aún estaba vivo cuando llegó la ambulancia y lo llevaron al hospital, donde lo suturaron y le bombearon la sangre de varios extraños. En la actualidad trabajaba tres días a la semana y el resto del tiempo se ocupaba del jardín de su casita en el Norfolk rural.

Se había repintado la sala de juntas y colocado una moqueta nueva sobre la mancha indeleble de la sangre de Laura, pero ninguno de los que estuvieron allí aquel día se sentía cómodo con la idea de volver, y ese mismo año Holroyd, Wyre y Stanton se trasladó a un feo edificio de oficinas de los años sesenta cerca de Grafton Centre, reencarnado en solo «Holroyd y Stanton» porque Theo renunció a su participación en el bufete después de la muerte de Laura y nunca volvió a trabajar. Tenía suficiente en acciones, bonos y ahorros para financiar su vida más bien frugal. El dinero recibido del plan de indemnización a víctimas de delitos violentos lo donó a la perrera donde consiguieron a *Poppy*.

La puerta principal, antaño de un bonito verde botella, estaba ahora pintada de blanco y nadie había limpiado los dorados en mucho tiempo. No había ninguna clase de seguridad en la puerta: ni cerraduras, ni interfono, ni cámara; cualquiera podía entrar todavía sin que nadie le pusiera objeciones.

La placa de latón de la puerta en la que una vez se leyera «holroyd, wyre y stanton - bufete de abogados» se había visto reemplazada por una de plástico que anunciaba «BLISS - TERAPIAS DE BELLEZA». Antes de Bliss estuvo la misteriosa «Hellier, S.A.» que llegó y se fue entre el tercer y el cuarto aniversarios. Después de la desaparición de Hellier, S.A., las oficinas se habían mantenido vacías largo tiempo

hasta que «JM Consultores Empresariales» se instaló en ellas. Theo subió, en el sexto aniversario, con la excusa de preguntar sobre cursos de Tecnología de la Información, pero la chica de recepción había puesto cara de pocos amigos y respondió: «Nosotros no hacemos eso», sin aclarar qué era lo que sí hacían, lo que a Theo no le pareció gran cosa, a menos que funcionara como almacén para las grandes cajas de cartón apiladas por doquier. El solo había querido echar un vistazo, ver el sitio —el punto concreto— pero además de las cajas bloqueando el pasillo había endeble mamparas divisorias por todas partes y no quiso montar un escándalo y asustar a la chica.

Las escaleras lo dejaron hecho polvo y tuvo que descansar al llegar arriba antes de trasponer la nueva puerta de cristal con la palabra «BLISS» grabada en letra florida y romántica, como una promesa, como si estuviera a punto de entrar en el Elíseo o el País de Cucaña.

La recepcionista, vestida con un aséptico uniforme blanco, se llamaba «Milanda» según su placa, lo que a Theo le sonó más a marca de margarina baja en colesterol que a un nombre. La chica observó a Theo con horror y estuvo tentado de tranquilizarla diciéndole que ser gordo no era contagioso, pero dijo en cambio que le gustaría sorprender a su mujer por su cumpleaños con «unos cuantos mimos». Era mentira, pero no le hacía daño a nadie. Deseó haberle prodigado más «mimos» a Valerie, pero ya era muy tarde para eso.

Una vez que Milanda consiguió sobreponerse al miedo inicial ante su tamaño, sugirió un paquete de «medio día de spa»: pedicura, manicura y una «mascarilla corporal de algas». Theo dijo que parecía justo lo que necesitaba, pero ¿podía echar un vistazo al folleto y comprobar qué más había? Y Milanda dijo «Claro» con una sonrisa congelada que traslucía su preocupación porque Theo sería muy mala propaganda para un salón de belleza, ahí sentado en la recepción en el sofá de mimbre (probablemente demasiado endeble), al lado de la fuente de fibra de vidrio cuyas aguas competían con los «sonidos relajantes» del CD de meditación, una curiosa mezcla de ruido de zamponas, cantos de ballenas y olas al romper.

Las oficinas habían sido completamente reacondicionadas desde su última visita frustrada. Ahora las paredes eran de color lila y las puertas estaban pintadas en una gama de morados, rosas y azules. La forma misma del sitio se había cambiado mediante tabiques de yeso que creaban espacios interiores y cuartos más pequeños, «suites de terapia» según los letreros en las puertas.

¿Seguía ahí la sala de juntas, intacta, o se había transformado en...? ¿En qué? ¿Un baño turco, una sauna? ¿O se había dividido en cabinas para «masaje tailandés» o «depilación brasileña»? (El folleto ofrecía servicios insólitos). Llegó una mujer con cita concertada y Melinda la acompañó a una de las *suites* de terapia. Theo se puso de pie, con indiferencia, como si estuviera estirando las piernas, y fingió pasear por el pasillo.

La puerta de la sala de juntas (pintada de un color azul verdoso) estaba

entreabierta y cuando Theo le dio un empujoncito se abrió amablemente, proporcionándole una vista de toda la habitación. Nunca había llegado tan lejos antes y no tenía ni idea de cómo habría evolucionado la habitación durante la década anterior, pero se sorprendió al encontrarla vacía de muebles, con el suelo polvoriento y rayado, la pintura desconchada. Siempre había sido el corazón de la oficina, pero ahora se usaba como almacén, llena de montones de cajas de aceites y cremas, una mesa de masajes plegada y apoyada contra la pared, un cesto de ropa rebosante de toallas blancas. La chimenea de mármol seguía ahí, incluso con cenizas frías.

El sitio preciso en que asesinaron a su hija estaba bajo alguna clase de carrito. Parecía salido de una sala de hospital, pero en lugar de medicamentos estaba repleto de frascos de esmalte de uñas de distintos colores. Una vez, en San Petersburgo, había visitado la iglesia de San Salvador de la Sangre Derramada, construida sobre el lugar en que fue asesinado Alejandro II. Era un fabuloso edificio de mosaico y oro, con agujas y cúpulas esmaltadas, y aun así el interior le pareció un espacio impersonal, reverberante y frío. Ahora se daba cuenta de que el ambiente no importaba en realidad; lo que importaba era que existía, y su existencia significaba que nadie podría olvidar jamás lo que había pasado allí. El sitio donde cayó Laura estaba señalado por un carrito de esmalte de uñas. ¿Qué clase de santuario era ese? Sin duda debería haber brotado una fuente, o florecido un árbol, en el sitio sagrado en que se había derramado la sangre de su hija, ¿no?

Desangrada. Una palabra extraña y dramática que parecía pertenecer a una tragedia de venganza, pero para Theo no hubo posibilidad de venganza. «¡Un maníaco armado con un cuchillo mata a una chica de la zona!», rezaron los titulares locales, y los nacionales también. Durante algunos días fue noticia y luego todo el mundo pareció olvidarlo. La policía no, claro. Se habían preocupado de verdad, Theo no lo dudó un instante. Aún veía de vez en cuando a Alison, su oficial de enlace, y la policía había seguido todas las pistas posibles. Se acabó la confidencialidad para los clientes de Holroyd, Wyre y Stanton una vez que la policía hubo revuelto todos los archivos y la correspondencia. Los medios dijeron que había sido un crimen al azar, obra de un psicópata, pero el hombre —el maníaco del cuchillo— había entrado en la oficina buscando a Theo, al «señor Wyre». Theo había hecho algo, precipitado algo. Había hecho que alguien, un hombre con un jersey amarillo de golfista, enloqueciera lo suficiente para querer matarlo. ¿Se había saciado esa sed de sangre, había encontrado el hombre del jersey amarillo alguna clase de satisfacción primitiva al asesinar a su hija? Su propia sangre.

El carrito tenía ruedas y estaba a punto de moverlo cuando una de las puertas ocultas en la curva de la pared ovalada se abrió de golpe y salió por ella una mujer esbelta con el mismo uniforme blanco que Milanda. Frunció el entrecejo al ver a Theo pero, antes de que pudiera protestar ante su presencia, él dijo: «Disculpe, ¡me he

equivocado de habitación!» y retrocedió hasta la puerta, haciendo una especie de reverencia ridícula en un intento de calmar sus miedos.

—Volveré a ponerme en contacto con usted —le dijo con toda tranquilidad a Milanda, agitando el folleto que seguía aferrando.

Fue hacia las escaleras tan rápido como su mole le permitió, aunque lo máximo que consiguió fue caminar como un pato. Imaginó a Milanda a sus espaldas, haciéndole un placaje de rugby en el parque de Parker's Piece. El corazón le latía con fuerza en el pecho y se refugió en una cafetería en Mill Road, donde pidió un modesto café con leche con un bollo que sin embargo provocó la desaprobación de la camarera, que pensó a todas luces que alguien con tanto sobrepeso no debería comer nada.

El tiempo no curaba, simplemente restregaba la herida, lento e implacable. El mundo había seguido adelante y había olvidado que ya solo quedaba Theo para mantener viva la llama de Laura. Jennifer vivía ahora en Canadá y aunque se llamaban y se escribían por correo electrónico, rara vez hablaban de Laura. A Jennifer le dolía demasiado recordar lo ocurrido, pero para Theo era el dolor lo que mantenía a Laura viva en su recuerdo. Le daba miedo que si algún día empezaba a cicatrizar ella desapareciese.

Cuando aquello pasó diez años antes, Theo no quiso hablar con nadie; no quería hablar, no quería reconocer la existencia de un mundo que seguía adelante sin Laura, pero al volver a casa del hospital se obligó a llamar a Jennifer. Al responder ella y oír la voz de su padre le preguntó «¿Qué pasa?» con tono de impaciencia, como si solo la llamara para irritarla. Y entonces se impacientó aún más porque él era incapaz de hablar y fue solo mediante un extraordinario acto de voluntad que consiguió decir: «Jenny, ha pasado algo grave, muy grave», y ella solo respondió «Laura» con voz exenta de emoción.

Theo se habría suicidado, quizá no ese mismo día, no hasta después del funeral, una vez hubiese puesto todos sus asuntos en orden, pero no podía suicidarse porque entonces Jennifer sabría (aunque debía haberlo sabido siempre, ¿no?) que quería a Laura más que a ella. Porque si hubiera sido Jennifer la que hubiera muerto, y no Laura, estaba seguro de que no habría pensado siquiera en suicidarse.

Incluso ahora, confiaba en que el extraño que había venido en su busca y encontrado en cambio a su hija volviera algún día. Se imaginaba abriéndole la puerta al hombre del jersey amarillo de golfista y abriendo los brazos para abrazar el cuchillo, para abrazar la muerte que lo reuniría con Laura. La había enterrado, no incinerado. Necesitaba una tumba a la que ir (constantemente), un sitio donde la sintiera tangible, al alcance de la mano, a solo un par de metros. Hubo momentos en que el dolor había sido tan fuerte que pensó en desenterrarla, exhumar su pobre cuerpo en descomposición, solo para acunarla una última vez en sus brazos, asegurándole que él seguía ahí, pensando en ella, aunque nadie más lo hiciera.

Pagó el café y dejó una propina más alta que la cuenta. Cuanto peor era el

servicio, mayores tendían a ser las propinas de Theo. Suponía que era un defecto de carácter. Se consideraba una persona hecha más de defectos que de virtudes. Tuvo que abrirse camino a contracorriente contra una marea de turistas cautivados por las universidades, el tejido tangible de la historia: erudición, arquitectura y belleza unidas. Al llegar por primera vez a Cambridge como estudiante, había pensado que era el lugar más hermoso de la tierra. Se había criado en un prosaico barrio residencial de las afueras de Manchester y por eso Cambridge le había parecido la arquitectura de la trascendencia. Entonces vio los patios de las distintas facultades y le pareció que vislumbraba el paraíso. No sabía de la existencia de algo tan bello, y sin embargo hacía ahora diez años que no miraba siquiera hacia un edificio de la universidad. Pasaba ante las magníficas fachadas de Queens' y de Corpus Christi, de Clare y de King's y no veía otra cosa que piedra y mortero y, con el tiempo, polvo.

«Expediente cerrado», lo llamaban. Sonaba muy californiano. Había ignorado esas palabras, ignorado lo que entrañaban, pero sabía que no podría irse a la tumba sin saber quién era el hombre del jersey amarillo de golf. Consultó el reloj. No quería llegar tarde.

Leyó un ejemplar de *Selecciones del Reader's Digest* mientras esperaba. Por lo visto ya solo se encontraba el *Reader's Digest* en las salas de espera. La recepcionista le dijo que el señor Brodie estaba «liado» en ese momento pero que podría verlo en diez minutos si esperaba.

—Soy su ayudante, Deborah —añadió—, pero puede llamarme señora Arnold.

Theo no supo decir si se hacía la graciosa. Recordaba que en Holroyd, Wyre y Stanton ese solía ser un chiste permanente entre el personal; había oído cómo les decían por teléfono a los clientes: «Lo siento, el señor Holroyd está liado en su oficina en este momento», con esas voces cantarinas que tenían todas las secretarías, y cuando colgaban siempre se echaban a reír. A la secretaria del señor Brodie no parecía divertirle mucho la idea de que su jefe estuviese teniendo un lío con alguien detrás de la puerta de su despacho. Más bien parecía estar desahogando su agresividad en el teclado del ordenador como lo hacía Cheryl, su propia secretaria, lo que sugería que había aprendido mecanografía con las antiguas máquinas de escribir, que eran como tanques. Aún veía a veces a Cheryl. Ya se había jubilado, pero Theo había ido de visita a su casa —demasiado calefaccionada— para tomar té con galletas All-Bran (sintiéndose incómodo).

Cheryl fue la última persona con la que Laura había hablado: «¿Quieres más de una copia de este formulario?». Un mensaje prosaico con que acabar una vida.

Deborah Arnold hizo una pausa en su intento de destruir el teclado y le ofreció café, que él rechazó. Empezaba a sospechar que el señor Brodie, lejos de estar liado en su despacho, no se encontraba siquiera en él.

Si la policía no había encontrado al hombre que mató a Laura parecía absurdo

pensar que un detective privado de tres al cuarto pudiera hacerlo, pero Theo pensaba que la simple posibilidad de que sucediera era mejor que no tener ninguna posibilidad. Y si encontraba al hombre quizá no le abriría los brazos y abrazaría la muerte. Quizá en lugar de eso el maníaco que empuñara el cuchillo sería Theo.

Un hombre entró apresuradamente en la oficina y Deborah Arnold dijo sin levantar la vista del teclado:

—Ahí estás por fin.

—Disculpe —le dijo el hombre a Theo (supuso que era Jackson Brodie)—, tenía que ir al dentista.

Deborah soltó una carcajada como si fuera una excusa muy graciosa. El hombre le estrechó la mano y se presentó:

—Jackson, Jackson Brodie; por favor entre y siéntese —y lo hizo pasar al despacho.

Cuando Jackson cerraba la puerta, oyó que Deborah decía con tono sarcástico:

—El señor Brodie lo atenderá ahora.

—Disculpe —le dijo Jackson a Theo—, la pobre está delirando. Cree que es una mujer.

Caroline

Era la iglesia de Santa Ana. Caroline no tenía ni idea de quién era Santa Ana, porque la habían criado sin religión; nunca había asistido a un verdadero oficio religioso, al menos no en una iglesia normal, ni siquiera para su boda con Jonathan, que tuvo lugar en una oficina del Registro porque la primera mujer de Jonathan estaba viva y sana, aunque, por suerte, vivía en Argentina con un criador de caballos. La iglesia estaba en una carretera secundaria, era pequeña y muy antigua, con una achaparrada torre sajona y un cementerio que había dejado de utilizarse hacía años y ahora estaba lleno de una maleza pintoresca, con flores silvestres y zarzas. No logró identificar ninguna de las flores y pensó que quizá encontraría un libro, por internet en Amazon, porque vivían a varios kilómetros de cualquier librería.

La iglesia estaba a medio camino entre su propio pueblecito y otro aún más pequeño, así que Caroline supuso que en algún momento del pasado medieval la Iglesia había decidido economizar y hacer que los dos pueblos compartieran un párroco. Y desde luego en aquellos tiempos a nadie le habría parecido extraordinario caminar largas distancias. Los niños de pueblo solían caminar ocho kilómetros hasta la escuela por la mañana y ocho kilómetros de vuelta a casa por la noche sin quejarse. O quizá sí se quejaban pero nadie dejó constancia de sus comentarios para la posteridad. Era así como funcionaba la historia, ¿no? Si no se ponía por escrito, no existía. Podían dejarse atrás joyas y cerámica, y tumbas ornamentales; podías dejar atrás tus propios huesos para que los exhumaran más adelante, pero ninguna de esas cosas expresaba cómo te sentías. Los muertos bajo sus pies en el viejo cementerio de Santa Ana estaban mudos. No logró imaginar a James y Hannah recorriendo distancia alguna hasta la escuela; parecía que no tuviesen ni idea de para qué servían los pies.

Caroline había pasado por delante de la iglesia con el coche unas cuantas veces, pero, hasta entonces, nunca se le había ocurrido entrar. Conocía al párroco, claro, o al menos lo había conocido: había muerto el año anterior y su sustituto no había llegado aún. El nuevo titular no tendría que ocuparse solamente de los dos pueblos, pues en la actualidad tenía cuatro o cinco parroquias a su cuidado (¿o quizá sería una mujer?) porque ya nadie iba a la iglesia, ni siquiera la madre de Jonathan.

No tuvo nada que ver con la religión; Caroline tan solo buscó refugio de la lluvia. Había sacado los perros a pasear —la iglesia estaba a más o menos kilómetro y medio de su casa (que era una finca, en realidad)— y los perros se habían metido en el cementerio y se movían ahora como aspiradoras por él, con los hocicos pegados al suelo, las colas levantadas, los pequeños cerebros de perro obsesionados con la idea de un territorio inexplorado y un millar de olores nuevos. A Caroline solo le llegaba uno: el olor agrio y melancólico de la vegetación.

Los perros ya habían orinado en diversas tumbas y Caroline esperaba que nadie la estuviera espiando. Observándola, no espiándola. «Por Dios, qué paranoica eres, Caro —le decía Jonathan—. Eso te pasa por ser de ciudad».

Eran perros labradores y pertenecían a Jonathan. Eso fue lo que aportó al matrimonio, dos perros y dos niños. James y Hannah, *Meg* y *Bruce*. *Meg* y *Bruce* eran los perros. Los perros y los niños se portaban bien con Jonathan, pero no tan bien con Caroline, aunque los perros eran mejores que los niños. Al empezar a llover había atado a los perros en el porche de la iglesia (ojalá pudiera hacer lo mismo con los niños). No había caído en la cuenta de que «Caro» era un diminutivo de Caroline hasta que conoció a Jonathan. Sonaba muy al estilo regencia, como en todas aquellas anticuadas novelas históricas que solía leer de joven. De mucho más joven. Por supuesto, él procedía de una clase —distinguida— en que las mujeres se llamaban «Caroline», Lucy, Amanda y Jemima, así que debía de saberlo muy bien.

Sospechaba que había un término eclesiástico particular para denominar un porche, pero si lo había ella no lo conocía, aunque sí sabía que existía toda clase de términos concretos para designar el esqueleto de la iglesia, el armazón y los nervios, como en la poesía medieval —ábside, coro, presbiterio, nave, crucero, triforio, sacristía, misericordia^[1]—, pero no estaba muy segura de qué significaban, excepto misericordia, porque era una de esas palabras que una vez las oías te acordabas para siempre.

Las misericordias de los asientos del coro de Santa Ana eran antiguas y de roble, pero no del mismo roble que el de la puerta de la iglesia, ya gris y descolorida como la madera que el mar depositaba en la playa; las misericordias eran del color de la turba o de hojas de té mojadas. Si se miraban de cerca, se distinguían criaturas extrañas y paganas talladas, más parecidas a duendes que a hombres, semiescondidas entre árboles y hojas: aquí había acanto y allá lo que parecía una palmera. Debía tratarse del Hombre Verde de la mitología, solo que había muchos en los extremos de los bancos —todos distintos—, así que llamarlas «hombres verdes» habría sido más apropiado. No sabía que hubiera hombres verdes también en Yorkshire. Al igual que donde vivía antes. En otra vida, una vida que apenas recordaba a veces. Y que otras veces recordaba demasiado bien.

Le encantaba esa palabra, «misericordia», porque sonaba horrible y sin embargo no lo era: significaba de buen corazón y venía del latín *cor*, «corazón», de la que también procedían *corazonada* y *cordial*, pero no *cardiaco*, que venía a través del latín del griego *kardia* (corazón) (aunque sin duda ambos procederían de algún nivel primitivo). En la escuela de Caroline no enseñaban latín ni griego, pero más tarde, después de que dejara la escuela, cuando había tenido mucho tiempo disponible, se había ido abriendo camino con paciencia en los libros elementales de lenguas clásicas, de forma que entendía al menos la etimología de las palabras y podía seguirlas por sus extremidades y troncos hasta llegar a las raíces. Su propio nombre contenía «cor» si se cambiaban las letras de sitio. Caro. Cora. Cor. Como los cuervos,

como los cuervos que se alimentan de los muertos. Si una se arrodillaba en el duro suelo, que en esa iglesia significaba que no pudiera evitar arrodillarse sobre la fría losa de piedra de la tumba de alguien (aunque probablemente agradecía la compañía), y miraba a uno de los hombres verdes a los ojos, advertía el brillo primigenio de la locura en ellos y el...

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí —contestó Caroline—, me parece que sí.

El hombre le ofreció la mano pues tenía las rodillas agarrotadas de estar ahí en el suelo, sobre los muertos. Su mano era suave y más bien fría para alguien que a todas luces estaba vivo.

—Me llamo John Burton —se presentó (cordialmente).

—Es usted muy joven —respondió Caroline—, ¿o es señal de que una se está volviendo vieja, si los párrocos y los policías le parecen jóvenes?

El párroco (John Burton) rio y dijo:

—Mi madre siempre dice que es cuando los obispos empiezan a parecerte jóvenes cuando tienes que empezar a preocuparte.

Caroline se preguntó cómo podía habitarse tan fácilmente un mundo en el que tu madre hacía chistes sobre obispos y en el que la gente se llamaba Caro.

—Usted debe de ser el nuevo párroco, entonces —dijo Caroline. Llevaba puesta la sotana (¿era así como se llamaba?), así que no lo había adivinado por casualidad, y él se miró las vestiduras y esbozó una sonrisa compungida.

—Me ha pescado, jefa.

Quedó un poco ridículo que dijera esas palabras con su voz afectada de buena familia. Jonathan había conservado (o adquirido) cierta aspereza en la voz que lo hacía parecer serio y con carácter. «Muy a lo Heathcliff», comentaba con sarcasmo su amiga Gillian, porque por supuesto Jonathan tenía dinero, había recibido una educación (muy) cara y su madre hablaba como la Reina.

—Yo también sé quién es usted —añadió John Burton.

—¿Ah, sí? —preguntó Caroline y pensó: «Estamos coqueteando, no es posible».

—Claro que sí —repuso John Burton, el padre John Burton—, usted es la directora de la escuela primaria.

Y Caroline se dijo: «Maldita sea», porque en realidad prefería que nadie supiera quién era. Absolutamente nadie.

Volver a casarse no había formado parte del plan. El plan había sido encerrarse en un pueblo en algún sitio y hacer buenas obras, como una cuáquera del siglo XVIII o una dama Victoriana empujada por la filantropía. Hasta había considerado irse al extranjero, a India o África, como misionera y trabajar en un proyecto de alfabetización con mujeres o proscritos, porque entendía muy bien qué era ser un proscrito.

Se fue al Norte, esperando que fuera descarnado e industrial, pero sabía que eran las novelas que había leído las que habían formado esa imagen en su cabeza y, por supuesto, en lugar de ser como en *Norte y Sur* o en *Sábado por la noche, domingo por la mañana*, era descarnado y *postindustrial* y mucho más difícil de lo que había imaginado. Había pasado el año de prácticas en Liverpool; luego estuvo dos años más en Oldham y finalmente se instaló en Manchester. Era una «supermaestra», aunque no la llamaban así; formada para convertirse en salvadora de niños socialmente excluidos, hizo una carrera relámpago en varios infiernos de zonas urbanas deprimidas, de modo que estaba destinada a ser directora algún día de una escuela en proceso de desintegración a la que debería tratar de salvar del desastre, como el capitán de un barco que se hundiera. Y le parecía bien así porque estaba expiando su pecado, pero en lugar de meterse en un convento o en una orden de penitentes (una idea que la había tentado) se había convertido en maestra, que probablemente era más útil que encerrarse y rezar cada cuatro horas, día y noche; aunque, por supuesto, no podía estar segura de que fuera así (a lo mejor eran esas mujeres enclaustradas rezando día y noche lo que impedía algún desastre catastrófico, un meteoro o una explosión nuclear global).

Así pues, su vida había avanzado según ese plan. Vivía en un piso pequeño, de un dormitorio, con las paredes pintadas de blanco, con velas perfumadas y todo muy simple (como una anacoreta seglar), y tenía el mínimo contacto social con el resto del personal docente. Había un par de divorciadas de mediana edad con las que a veces iba al cine o compartía una botella de vino, en algún sitio lo bastante tranquilo para poder charlar. La conversación solía consistir en quejas por la falta de hombres adecuados —«todos los buenos están casados o son gays»—, y cuando husmeaban en su vida, Caroline contestaba: «Un mal matrimonio es suficiente», de una forma que sugería que había sido demasiado malo para hablar de él. Se estaba tomando un descanso de cualquier relación, decía, solo que no revelaba la duración de ese descanso. ¡Hacía veintidós años que no estaba con un hombre! Las divorciadas de mediana edad se habrían quedado perplejas de saberlo. Pero el celibato formaba parte de ser una anacoreta, ¿no? ¿O se decía *anacoriz*? El padre Burton lo sabría («Llámeme John, por el amor de Dios», le dijo, riendo). Claro que, en ese tiempo, había tenido relaciones sexuales con otras mujeres de forma que no podía llamarse en realidad celibato.

Era un tipo divertido, ese John Burton. De cabello rubio rojizo, menudo y de huesos finos; no se parecía en nada a Jonathan. Desprendía cierta dulzura, una especie de bondad esencial que ella encontraba encantadora. Había sido también un penitente de urbe deprimida, pero eso lo había quebrantado de algún modo, así que ahora estaba internado en el campo como un convaleciente. Jonathan no era de los que tendría nunca una crisis. Era un hombre de modales increíbles (heredados de su madre y de la Universidad de Ampleforth, aunque los Weaver no eran católicos ni mucho menos), que era una de las cosas que la habían atraído de él, pero bajo esa

capa era duro e indestructible, algo que también la había atraído. («Adamantino» sería un buen término para describirlo. Venía del griego, pero el origen era algo oscuro).

Gillian, una amiga de la universidad de Magisterio, la había invitado a pasar un fin de semana de agosto en la granja de sus padres en el campo. Se habían hecho amigas en la facultad porque eran mayores que la mayoría de sus compañeros. No eran íntimas —aunque Gillian creía que lo eran— pero su compañía le resultaba grata a Caroline, pues era divertida y cínica sin pasarse, de manera que, tras considerarlo largo y tendido (como hacía con todo), aceptó por fin la invitación. Un fin de semana en el campo, ¿qué daño podía hacerle?, se dijo.

Y fue encantador, absolutamente encantador. Los padres de Gillian eran muy joviales y la madre quería alimentarlas a todas horas, algo que a ambas les pareció bien. Dijo que le parecía admirable que fuesen «chicas» tan independientes con carreras e hipotecas y capacidad de elección, cuando en realidad lo que quería decir era que Gillian —hija única— ya iba para los cuarenta y ¿no iba a darle nunca un nieto?

La habitación de invitados era pulcra y cómoda y Caroline durmió mejor que nunca en los últimos años, probablemente por la paz que se respiraba. Los únicos sonidos eran los balidos de las ovejas y el cacareo de los gallos, el eterno canto de los pájaros y el ruido aceptable de un tractor ocasional. Había un olor dulce en el ambiente, que le hizo comprender que llevaba mucho tiempo sin respirar aire puro de verdad. Se veían desde la ventana de su dormitorio ondulantes valles verdes, con costuras y trenzas de muros de piedra gris que se extendían hasta el infinito, y se dijo que era la vista más bonita de que había disfrutado en toda su vida (aunque en realidad había contemplado unas cuantas espantosas), de manera que se enamoró del paisaje antes de enamorarse de Jonathan, que en cierto sentido era una especie de extensión y personificación del campo que la rodeaba.

Y hacía calor, mucho más del que esperaba que hiciese en Yorkshire, aunque tampoco sabía qué esperar de Yorkshire porque no había estado antes allí. («¿Cómo? ¿Que no habías visitado nunca el condado del mismísimo Dios?», preguntó Jonathan con fingido horror. «Apenas he estado en ningún sitio», contestó ella con toda sinceridad).

El sábado por la tarde, Gillian llevó a Caroline a una feria agrícola, una exhibición local del valle, que no era «como la gran feria de Yorkshire o algo así, sino más bien una fiesta campestre», según explicó Gillian. Se celebraba en un campo a unos tres kilómetros de allí, a las afueras de un pueblo que Gillian le aseguró que le encantaría porque era «pintoresco, como de postal», y Caroline sonrió y no dijo nada porque sí, todo aquello era precioso y bien podía ser Yorkshire (que parecía ser más un estado de ánimo que un sitio), pero seguía siendo «el campo». Pero, por supuesto,

Gillian tenía razón, el pueblo era como el ideal platónico de un pueblo, con un puente para caballos de carga y un arroyo, lleno de lirios amarillos que se abrían paso entre las casas de piedra gris, con una antigua cabina de teléfonos roja y pequeños buzones en las paredes, con extensiones de hierba llenas de gordas ovejas blancas que pastaban sin restricciones. («Las ovejas de Yorkshire —le contó Jonathan— son más grandes», y meses después Caroline regurgitó ese dato ante un colega en la escuela que se partió de risa, haciéndola sentir como una idiota. Para entonces ya llevaba un anillo de rubíes y brillantes en el dedo, un anillo que había pertenecido antaño a la abuela paterna de Jonathan. Fue mucho después que la madre de Jonathan, Rowena, le contó que ella había rechazado ese anillo e insistido en que le compraran uno nuevo de brillantes —en la joyería Garrard— porque no lo quería de «segunda mano»).

No hace falta decir que Caroline nunca había estado en una feria agrícola y quedó encantada con todo. Sí, eso era lo que le había pasado: quedó de algún modo encantada, hipnotizada, hechizada por las ovejas impecables y las vacas despeinadas y los cerdos limpiísimos, por los entoldados con sus mermeladas y bizcochos premiados en exposición, por los chales de ganchillo y las rebecas de punto, por las calabazas y patatas y puerros y rosas, por los miembros del Instituto de la Mujer que servían té en una cálida tienda que olía a hierba, por el párroco —un hombre grandote con la piel rosácea de un bebedor— que inauguró la feria y contó chistes divertidos (nada que ver con su sucesor, John Burton). Había un furgón de helados y una *gymkhana* de niños y un pequeño tióvivo antiguo y perfecto. Era irreal. Era ridículo. Caroline esperaba que en cualquier momento llegase un tren de vapor y el reparto entero de la maldita *Heartbeat*, la serie de la televisión, se apareara de él, pero fue Jonathan Weaver quien apareció, y a lomos de un caballo. «Tiene esos muslos de tanta competición de salto —musitó Gillian—. Es aficionado, pero dicen que podría haber llegado lejos». Oh, no, ahora parecía una novela de Jilly Cooper.

—Aristocracia sin título —dijo Gillian—. Ya sabes, una familia antigua, que ha cultivado la tierra desde los tiempos del registro catastral de Domesday o algo así, solo que son aficionados, no verdaderos granjeros.

—¿Por qué no?

—Siempre han tenido otros ingresos, montones de ellos... alquileres en Londres, tierras, comercio de esclavos, cualquier cosa con la que la gente hace dinero, de manera que solo juegan a ser granjeros (tienen magníficas vacas de Devon y su rebaño de ovejas podría haber tenido de pastora a María Antonieta), y esta es la tierra de las ovejas, no lo olvidemos, donde una oveja es una oveja, y todas las granjas se han modernizado y tienen calefacción central y están rehaciendo el huerto original con dinero del National Trust, nada menos.

Caroline no entendió en realidad aquella inyectiva de la hija de un granjero, de modo que solo dijo «Vale», y Gillian rio y añadió: «Pero me tiraría a ese tío hasta dejarlo seco, te lo aseguro».

Recordaba haber estado contemplando la exposición de «la mejor mermelada de fresa». Los tarros, con caperuzas de tela de algodón a cuadros y etiquetas que recordaban a *La felicidad de vivir con la naturaleza*, llevaban escarapelas y tarjetitas de recomendación, y Caroline estaba pensando que debería poder probarse la mermelada ganadora, no solo mirarla, cuando de pronto él se puso a su lado, presentándose, y tuvo alguna clase de borrón ahí, porque de lo siguiente que se acordaba era de estar sentada en su Range Rover mientras él la llevaba a su casa. Le había dicho algo educado como que la invitaba a tomar el té, pero debía haber sido la lujuria, pura y dura y contenida demasiado tiempo, la que la había impelido a aceptar; de manera que abandonó a Gillian, a la que puso furiosa (con razón) que se largara públicamente con alguien a quien acababa de conocer.

Recorrieron una carretera larga y recta que atravesaba unos jardines y fue solo al cabo de unos cinco minutos que cayó en la cuenta de que la carretera, los jardines y todo lo demás eran de él; ¡por el amor de Dios!, era propietario del paisaje. Y aunque la lujuria la había conducido hasta allí, había imaginado que la invitación a tomar el té supondría un elegante y luminoso salón en cuyas paredes colgarían pinturas de caballos y perros. Habría grandes sofás tapizados de damasco de seda amarillo claro y un piano de cola con fotografías de la familia en gruesos marcos de plata (la imagen se basaba en gran medida en una visita escolar a una casa señorial). Se vio sentada con nerviosismo en el borde de uno de los sofás de damasco mientras la madre de Jonathan sujetaba la bandeja del té —preciosa porcelana antigua— y la interrogaba sobre su «fascinante» vida urbana.

En realidad, la madre de Jonathan seguía en la feria, ofreciendo con elegancia escarapelas al club de ponis, y ni Jonathan ni Caroline llegaron siquiera a acercarse al salón (que resultaría no parecerse en nada a lo que había imaginado), porque rodearon la casa hasta la parte de atrás, donde la condujo a una especie de anexo de la cocina, y apenas habían entrado por la puerta cuando él le bajó los pantalones hasta los tobillos e hizo que se inclinara sobre el viejo escurridero de madera para penetrarla con rudeza, y mientras se aferraba a los grifos (muy a mano) del fregadero de Belfast pensó «caramba, esto es lo que se dice follar», y mírala ahora, conduciendo un Land Rover Discovery y comprando ropa en la sección de sport de Harrogate y sentándose frente a él a la mesa del desayuno (de caoba, Chippendale) con sus dos mocosos. ¿Podía decirle alguien, por favor, cómo había llegado a ocurrir aquello?

—Bueno —dijo John Burton—, supongo que debo irme.

Habían estado sentados en un banco, uno junto al otro, amigablemente, pero sin hablar. Eso era lo bueno de una iglesia: uno podía guardar silencio y nadie le preguntaba por qué. La lluvia casi había cesado aunque aún se oía —a verde, a

verano— a través de la puerta abierta.

—Está parando de llover —añadió él.

—Sí, creo que sí —respondió Caroline.

El párroco se levantó y la escoltó hasta el exterior. Los perros habían estado durmiendo y celebraron con una ruidosa bienvenida la reaparición de Caroline, aunque ella sabía que en realidad no podía importarles menos.

—Bueno, adiós —se despidió John Burton, y volvió a estrecharle la mano.

Caroline sintió un ligero revoloteo de algo que llevaba mucho tiempo dormido en su interior y volvía a la vida. El párroco montó en su bicicleta y se fue, volviéndose una vez para saludar, un gesto que le hizo bambolearse de forma ridícula. Ella se quedó allí de pie viéndolo alejarse, ignorando a los sobreexcitados perros. Estaba enamorada. Así de simple. Qué locura, qué absoluta locura.

Jackson

Los ritos fúnebres de Victor llevaron el minimalismo hasta un nuevo nivel de austeridad. Jackson, Julia y Amelia fueron las únicas personas presentes, a menos que se contara al propio Victor, que se descomponía en silencio, dentro de un ataúd barato de chapa de roble, sin coronas de flores de despedida que lo adornaran. Jackson había esperado, al menos, cierto sentido de propiedad ante la ocasión. Había imaginado que el funeral tendría lugar en la capilla de Saint John's, su antigua universidad, donde sus excompañeros lo alabarían en un aburrido oficio anglicano-católico salpicado de himnos mal cantados con el acompañamiento de un órgano de sonido lastimero.

Amelia y Julia estaban sentadas en el primer banco de la capilla del crematorio. Jackson había conseguido resistirse a la invitación de sentarse entre ellas, en el sitio del inexistente hijo de Victor. Se inclinó y le susurró a Julia:

—¿Por qué no hay nadie más?

En teoría, su papel allí era profesional: quería saber quién aparecería en el funeral de Victor y supuso que, en todo caso, resultaba igual de interesante que no fuese nadie.

—No ha venido nadie porque no se lo hemos dicho a nadie —dijo Amelia como si fuera la cosa más razonable del mundo.

Amelia ni siquiera iba vestida de negro para el funeral de su padre; en realidad, más bien todo lo contrario ya que llevaba unos leotardos de lana de un escarlata vivo algo inquietante. Se preguntó si tendrían algún significado simbólico; probablemente alguna antigua costumbre de Cambridge que dictaba medias azules le hacía reemplazarlas por los leotardos rojos por la muerte de su padre. Parecía haber tradiciones de Cambridge para la mayoría de cosas (perdón, de Oxford). ¿Por qué iba alguien a llevar leotardos de lana en pleno verano? En el crematorio había aire acondicionado, pero fuera hacía calor. Julia vestía igual de mal, negándose a llevar luto para envolverse de pies a cabeza con un antiguo abrigo de terciopelo verde hierba (¿eran de sangre fría, como los reptiles?). Su peinado parecía obra de una troupe de perros circenses. Con su traje negro de luto y la rigurosa corbata negra, Jackson era el único que parecía estar llorando a Victor.

Las descaradas piernas de Amelia le recordaron las patas de un pájaro que había visto hacía poco en un *National Geographic* en la sala de espera del dentista.

Julia se volvió hacia él.

—Siempre pienso, en ocasiones como esta... bueno, como esta no —señaló con gesto brusco el ataúd— sino en cosas de familia, ya sabe, cumpleaños, Navidad, que podría aparecer Olivia.

—Eso es ridículo —comentó Amelia.

—Ya lo sé. —Las dos se entristecieron, pero Julia se recuperó y añadió—: Está muy guapo con el traje, señor Brodie.

Amelia le dirigió una mirada de desdén. Julia tenía los ojos llorosos y la voz tomada, pero declaró que era por la alergia al polen y no de pena, no fuera a llevarse él «una idea equivocada». Le ofreció su inhalador nasal, que Jackson declinó educadamente. Él no había tenido alergia en la vida (excepto a la gente, tal vez), y se consideraba de robusta constitución nortea. Había visto no hacía mucho en un documental en el canal Discovery que los del Norte aún tenían el resistente ADN vikingo y los del Sur tenían otra cosa, algo más débil, sajón o francés.

—Qué decoración tan deprimente hay aquí dentro —susurró Julia, y Amelia chasqueó la lengua como si fuera una desconocida molesta en el teatro, y Julia añadió, enfadada—: ¿Qué pasa? No va a saltar del ataúd y poner objeciones, ¿verdad?

Un breve espasmo de horror contrajo el rostro de Amelia, pero al menos la idea de que Victor resucitara las hizo callar a las dos, aunque fuera momentáneamente. Hasta un pesado oficio anglicano habría sido preferible a las riñas de las hermanas Land.

De camino al funeral de Victor, Jackson había visitado las antiguas oficinas de Holroyd, Wyre y Stanton, ahora un salón de belleza llamado Bliss. «Terapeutas de belleza», se hacían llamar, y le hizo pensar más en psiquiatría que en limpiezas de cutis y manicuras. Curar a la gente con belleza. ¿Cómo harían algo así? ¿Con música? ¿Poesía? ¿Paisajes? ¿Sexo? ¿A qué acudía él cuando necesitaba curarse? *A From Boulder lo Birmingham*, de Emmylou Harris. A la cara de su hija. Era cursi, pero cierto.

En casa de Theo había una habitación. Theo lo había invitado a su casa para enseñársela. Él no podría haber vivido con una habitación como esa en su casa. Un dormitorio que parecía un centro de investigaciones de la policía: fotografías y mapas sujetos con chinchetas a la pared, gráficos y pizarras, horarios de acontecimientos. Dos archivadores metálicos a rebosar de carpetas, cajas en el suelo con más archivos aún. Cualquier cosa relevante relacionada con la muerte de su hija estaba en esa habitación. Y Theo no debería haber estado en posesión de buen número de esas cosas: las fotografías de la escena del crimen, por ejemplo, que no se exhibían en la pared (una pequeña clemencia que Jackson agradeció) sino que Theo sacó del archivador. Espantosas fotografías del cuerpo de su hija que Theo manejaba con una suerte de distancia profesional, como si fueran fotos de las vacaciones que pudieran interesar a Jackson. Él sabía que no era así, que el tiempo había habituado de algún modo a Theo a cualquier horror, pero le impresionaba de todas formas.

—Tengo algunos contactos —dijo Theo, sin entrar en detalles.

Había sido abogado y los abogados, como Jackson sabía por experiencia, siempre tenían contactos.

Theo había pasado los últimos diez años de su vida sin hacer otra cosa que investigar la muerte de su hija. ¿Era lo que debía hacerse o era una locura? La habitación podía haber pertenecido a un psicópata, no a uno de los psicópatas con que Jackson se había encontrado, claro, sino los que habitaban las novelas policíacas y los programas de televisión. Pensaba que deberían hacerse más dramas televisivos sobre accidentes de coche provocados por chicos de catorce años que se «colocaban» con pegamento, alcohol y aburrimiento. Sería mucho más realista, solo que no muy interesante.

Ver el ataúd de Victor le hizo pensar en el funeral de Laura Wyre. Según los artículos de prensa, habían acudido centenares de personas. Theo apenas tenía recuerdos de él, aunque conservaba todos los recortes. Cuando Jackson le preguntó por el funeral de su hija sus ojos se habían movido de un lado a otro como si su cerebro se estuviera desvinculando del recuerdo. ¿No tenía uno que pasar por unas etapas del duelo —*shock*, negación, culpa, ira, depresión— y venía entonces la aceptación, cuando se suponía que lo superabas y seguías adelante? Jackson había hecho terapia de duelo una vez. Su escuela se había ocupado de que acudiera alguien de la «Unidad Psiquiátrica Adolescente de West Yorkshire», un rimbombante título que poner sobre los encorvados hombros del psicólogo pelirrojo y bajito y con el aliento apestando a cebolla, que visitaba a Jackson en el armario que hacía de enfermería improvisada en el colegio. El psicólogo pelirrojo y barbudo le dijo que tenía que seguir adelante, que continuar con su vida, pero él tenía doce años y no le quedaba nada desde donde seguir adelante ni algún sitio obvio al que ir.

Se preguntaba cuántas veces le había sugerido la gente a Theo que tenía que seguir adelante con su vida. Theo Wyre estaba encallado en algún sitio al principio del proceso de duelo, en un lugar que había hecho suyo, donde si luchaba con suficiente fuerza podría conseguir que su hija volviera. Eso no iba a pasar. Jackson sabía que los muertos nunca volvían. Jamás.

El jersey amarillo de golf. Esa era la cuestión, lo que debería haberlos conducido hasta el asesino. Ninguno de los clientes de Theo había expresado interés alguno en el golf (¿era el golf «el juego de la realeza» o era el tenis?). La causa de esa indiferencia era que la mayoría de los clientes de Theo eran mujeres; sus casos eran casi por completo matrimoniales y domésticos. (¿Qué hacía entonces en Peterborough, en una disputa sobre límites territoriales, el día que murió su hija?). Era deprimente revisar sus archivos, que contenían un desfile interminable de mujeres víctimas de malos tratos y abusos, por no mencionar la ristra de las que simplemente eran desdichadas, que no podían ni ver al pobre gilipollas con el que estaban casadas. Era educativo (aunque él había recibido ya esa clase de educación) porque Theo sabía documentar de forma extraordinaria los detalles banales del fracaso, la letanía de pequeños defectos y fallos que eran tonterías para una persona de fuera pero que cuando

estabas dentro parecían cañones: «Me compra claveles, y los claveles son una mierda, toda mujer lo sabe, ¿por qué él no?». «Nunca se acuerda de echar un poco de Pato WC en la taza del váter, aunque se lo dejo bien a la vista y se lo he pedido más de cien veces». «Si alguna vez se le ocurre planchar algo me dice: “Mírame, estoy planchando, mira qué bien lo hago, plancho mucho mejor que tú, soy el mejor, yo lo hago como Dios manda”». «Me traería el desayuno a la cama si se lo pidiera, pero no quiero tener que pedírselo». ¿Sabían los hombres hasta qué punto sacaban de quicio a las mujeres? Theo Wyre lo sabía, desde luego.

Jackson siempre había sido bueno, nunca dejaba el asiento del váter levantado y ni hacía todas esas cosas estereotipadas, y en cualquier caso lo habían superado en número, dos mujeres contra un hombre. Los chicos tardaban mucho tiempo en convertirse en hombres pero las hijas eran mujeres desde el principio. Había confiado en que tendrían otro bebé: le habría gustado otra niña, o cinco o seis, a decir verdad.

Los chicos eran demasiado familiares, pero las chicas... las chicas eran extraordinarias. Josie no había mostrado interés alguno en tener otro bebé y en la única ocasión en que él lo sugirió, le dirigió una mirada severa y dijo: «Pues tenlo tú».

¿Llevaba alguien un jersey de golfista si no le interesaba el golf? Y en ese caso, ¿qué hacía que fuera un jersey de golf y no un simple jersey? Había buscado entre las fotografías de la policía hasta encontrar una de un jersey amarillo que según los testigos oculares era «muy parecido» al que llevaba el asesino de Laura Wyre. Pues vaya desastre de testigos. Observó con atención el logo en el jersey, un pequeño aplique de un golfista balanceando un palo. ¿Llevaría uno eso si no fuera jugador de golf? Cualquiera podía comprarlo en una tienda de segunda mano y no darle importancia porque era un buen jersey («60% lana, 40% cachemira») y podía permitírselo.

Amarillo significaba peligro, como esas ranitas amarillas venenosas. La chica sin techo de esa mañana en la Saint Andrew's Street tenía el cabello del color de las ranas venenosas. Casi había tropezado con ella de camino a Bliss. Tenía un perro consigo, una especie de galgo.

—¿Puede ayudarme? —le preguntó la chica, y él se puso en cuclillas para quedar a su altura.

—¿Qué quieres que haga?

Y ella se quedó con la mirada perdida y contestó:

—No lo sé.

Tenía la piel estropeada, parecía una drogadicta, una chica perdida. Llegaba tarde, así que dejó a la chica del pelo amarillo-rana y se dijo que a la vuelta le preguntaría cómo se llamaba.

Y de los cónyuges de todas esas mujeres descontentas del archivador de Theo, ¿jugaba alguno al golf?

La policía había investigado a cada uno de ellos y había encontrado dos que eran

golfistas, ambos con coartadas irrefutables. Habían registrado a los ex en busca de rencores por divorcios y amantes, por disputas sobre custodias, pensiones alimenticias y manutenciones, y no lograron encontrar ni un posible sospechoso. Interrogaron a todo el mundo, investigaron las coartadas de todos, incluso tomaron muestras de ADN y de huellas dactilares, aunque no había huellas dactilares en la escena ni ADN porque el hombre no había tocado nada, ni siquiera había abierto la puerta de la oficina: la de abajo se dejaba siempre abierta y la recepcionista (Moirá Tyler) informó de que había abierto la puerta interior empujándola con el codo. Y en eso consistió todo, fue derecho hasta la sala de juntas del fondo, dio un par de tajos con el cuchillo y volvió a salir. Sin desordenar, sin gritar, sin insultar, sin desahogar su ira. Más parecía un asesinato a sueldo que un crimen pasional. *Crime passionnel*. Se llevó el cuchillo consigo y nunca lo encontraron.

Jackson había examinado los ex contra los que se habían dictado órdenes de alejamiento. Nada. *Rien*. Todo el mundo había sido interrogado, todo el mundo tenía coartadas comprobables. Y en cuanto a la idea de que el asesino fuera alguien relacionado con su vida privada, bueno, Theo no parecía tener mucha vida privada, aparte de sus hijas, aparte de Laura. Apenas mencionaba nunca a la otra, Jennifer. (¿Por qué no?).

Julia parecía haberse dormido. Amelia, arrellanada en el asiento, miraba con tristeza la moqueta. Tenía un aspecto horrible. Jackson había supuesto que alguien mencionaría que había tenido lugar una muerte, que aparecería un párroco de algún sitio y diría unas palabras impersonales antes de lanzar a Víctor a lo desconocido, así que se quedó estupefacto cuando el ataúd se deslizó de pronto en silencio y desapareció tras las cortinas con la misma ceremonia que una maleta en una cinta de recogida de equipajes.

—¿Eso es todo? —le preguntó Jackson a Julia.

—¿Qué quería? —respondió Amelia, levantándose para salir a grandes zancadas de la capilla sobre sus piernas de pájaro rojo.

Julia cogió del brazo a Jackson. Salieron de la capilla del crematorio juntos como si acabaran de casarse.

—No es ilegal —anunció alegremente—, lo hemos comprobado.

Hacía calor, en absoluto un clima de funeral, y Julia, que había empezado a estornudar en cuanto salieron, dijo de buen humor:

—No hace tanto calor como donde está ahora papá.

Jackson se puso las gafas de sol Oakley y Julia comentó:

—*Oh, la-la*, qué pinta más seria, señor B., como un agente del servicio secreto.

Amelia hizo un ruido como el de un cerdo al hozar. Estaba de pie en el camino, esperándolos.

—¿Eso es todo? —repitió Jackson zafándose de Julia.

—No, por supuesto que no —dijo Amelia—. Ahora tomaremos té y pastel.

—Si usted fuera un perro, ¿cuál cree que sería?

Julia se metió un trozo grande de pastel en la boca.

—No lo sé —respondió Jackson, encogiéndose de hombros—. ¿Un labrador, quizá?

Y ambas gritaron al unísono: «¡No!», incrédulas, como si estuviera loco por considerar siquiera que era un labrador.

—Usted no es en absoluto un labrador, Jackson —dijo Julia—. Los labradores son pedestres.

—Los labradores chocolate no están tan mal —puntualizó Amelia—. Son los amarillos los que resultan... aburridos.

—Labradores chocolate —comentó Julia riendo—. Siempre pienso que deberías podértelos comer.

—Yo creo que el señor Brodie es un pointer inglés —dijo Amelia con firmeza.

—¿De verdad? —preguntó Julia—. Caray. No se me habría ocurrido.

Jackson no sabía que la gente aún dijese «caray». Eran muy escandalosas, las hermanas Land. Tanto que daban vergüenza. Ojalá fueran menos efusivas. Desde luego, la locura era endémica en Cambridge, así que no llamaban mucho la atención. Habría detestado estar sentado con ellas en una cafetería en su pueblo natal del Norte, donde nadie había dicho jamás «caray» desde el principio de los tiempos. Ese día, ambas parecían extraordinariamente frívolas, un estado de ánimo que al parecer guardaba cierta relación con que acabaran de incinerar a su padre.

Julia se embarcó en una segunda taza de té. Hacía demasiado calor para tomar té; él estaba deseando una cerveza helada. La taza blanca de Julia llevaba la huella de pintalabios de su boca y Jackson se acordó de forma inesperada de su hermana. Solía llevar un color menos estridente, un rosa pastel, y en las tazas o vasos en que bebía dejaba la fantasmal calcomanía de sus labios. Pensar en Niamh le hizo sentir un gran peso en el corazón, un peso literal, no metafórico.

—Yo creo que no —concluyó Julia, después de meditar sobre la cuestión del perro (¿estaban alguna vez de acuerdo en algo?)—. No, un pointer no. Y desde luego no sería uno inglés; tal vez un pointer Viejo Danés. Es «Viejo» con V mayúscula, señor Brodie, por si cree que me estoy refiriendo a su edad. O quizá un Gran Francés. Lo mismo pasa con la G, señor Brodie. Pero ¿sabes qué, Milly? Yo creo que el señor Brodie es un pastor alemán. Se ve claramente que te sacaría de un edificio en llamas o de un río desbordado. ¡Te salvaría! —Se volvió hacia Jackson y le brindó una radiante sonrisa teatral—. ¿Verdad que sí?

—¿Eso haría? —repuso Jackson.

Amelia se levantó de pronto y anunció:

—Ha estado muy bien, pero no podemos pasarnos el día entero divirtiéndonos.

Y Julia se incorporó también y dijo:

—Sí, vamos, Milly, rapidito, que tenemos compras que hacer. —Y añadió—: Compras encubiertas.

—Odio comprar así —gruñó Amelia.

Jackson sacó la cartera para pagar la cuenta. Había guardado la fotografía de Olivia en la cartera y cada vez que la abría para sacar una de sus tarjetas de crédito casi al límite veía su cara sonriéndole. En realidad no le sonreía a él, por supuesto, sino a quien fuera que estuviese detrás de la cámara.

—Mamá —explicó Julia—. Papá nunca hacía fotos.

Los tres miraron con tristeza la fotografía.

—Julia y yo somos las únicas que quedamos —dijo Amelia—. Somos las únicas personas en el mundo entero que se acuerdan de Olivia. No podemos irnos a la tumba sin saber qué le pasó.

—¿Por qué ahora, después de todo este tiempo? —quiso saber Jackson.

—Nada de «después de todo este tiempo» —espetó Amelia, furiosa—; nunca hemos olvidado a Olivia. Es solo que al encontrar el Ratón Azul... no sé, es como si nos hubiera encontrado él a nosotras.

—Somos tres —corrigió Julia—. Sylvia se acuerda de Olivia.

—¿Sylvia?

—Nuestra hermana mayor —dijo Amelia sin darle importancia.

Jackson esperó, dejando que su silencio hiciera la pregunta por él. Al final, habló Julia:

—Es monja.

—¿Y exactamente cuándo iban a hablarme de ella? —inquirió él intentando no parecer tan irritado como se sentía.

—Se lo estamos diciendo ahora —repuso Julia como si fuera la razón personificada—. No sea cascarrabias, señor Brodie; es mucho más buena persona de lo que finge ser, ¿sabe?

—No, no lo soy —contestó Jackson.

—Sí, sí que lo es —insistió Julia. (¿Por qué no se iban de una vez, por el amor de Dios?). De repente, para sorpresa de Jackson, Julia se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Gracias, por venir al funeral y todo lo demás.

Empezaba a preocuparle llegar tarde. En el camino de vuelta al aparcamiento tuvo que luchar contra una manada de estudiantes extranjeros, todos haciendo caso omiso a cualquiera en el planeta que no fuera adolescente como ellos. Cambridge en verano, invadida por una combinación de turistas y adolescentes extranjeros, todos puestos sobre la Tierra para holgazanear, era la idea que tenía del infierno. Los estudiantes de inglés parecían ir vestidos con pantalones militares, caqui y de camuflaje, como si hubiera una guerra y ellos fueran los soldados (que Dios nos ayudase si ese fuera el

caso). Y las bicicletas, ¿por qué pensaba la gente que las bicis eran una buena cosa?

¿Por qué los ciclistas estaban tan orgullosos de sí mismos? ¿Por qué circulaban por la acera cuando había carriles bici estupendos? Y ¿quién pensó que era buena idea alquilarles bicicletas a adolescentes italianos estudiantes de inglés? Si el infierno existía, y tenía la certeza de que sí, estaría gobernado por un comité de chicos italianos de quince años en bicicleta.

Y en cuanto a los turistas... cautivados por los edificios de la universidad, por la historia, no querían ver lo que había detrás de todo eso, el dinero y el poder. Las vastas extensiones de tierra que poseían las universidades, no solo en Cambridge, aunque de todas formas eran dueñas de casi todo Cambridge. Las universidades aún ejercían influencia sobre las licencias y los contratos de arrendamiento y Dios sabía qué más. Alguien le dijo una vez que se podía recorrer andando toda Inglaterra sin dejar de pisar tierra perteneciente a Trinity. Y todos esos bellos jardines que poseían y para los que hacían pagar entrada. Toda esa riqueza y privilegios en manos de unos pocos mientras las calles estaban llenas de desposeídos, mendigos, alcohólicos, locos. Cambridge parecía tener un índice especialmente alto de demencia.

Aun así —aunque por poca diferencia—, prefería la población veraniega a los niños pijos y despreocupados de la época de clases. ¿O no era más que la envidia de la clase inferior? ¿Era la voz de su padre la que oía? Le preocupaba estar volviéndose un viejo gruñón. Quizá ser un viejo gruñón no era necesariamente algo malo. Tener un dolor de muelas permanente tampoco ayudaba, desde luego. («Tratamiento de endodoncia», le había susurrado Sharon al oído de forma seductora durante su última visita).

Aparcó en doble fila delante de la casa. Las persianas venecianas en las ventanas estaban levantadas y se veía el interior del salón —estanterías del suelo al techo, macetas con palmeras, grandes sofás— venido a menos pero bohemio; profesores de universidad, probablemente. La calle estaba invadida por descomunales todo terreno, el vehículo preferido por las madres de clase media, con las ventanillas traseras luciendo los carteles de «niño a bordo» y «BEBÉ A BORDO» de rigor. Jackson encendió un cigarrillo y puso el disco *Sweet Old World* de Lucinda Williams como antídoto. Había globos atados a la verja que señalaban su condición de casa en *fête*. El sonido de gritos histéricos de niñas pequeñas se elevaba desde el jardín trasero y llenaba el aire como el reclamo de algún aterrador pájaro prehistórico. Los todoterreno estaban vacíos, pues las conductoras estaban dentro, pero Jackson decidió quedarse en el coche. No tenía ganas de enfrentarse a la inquisitiva calidez femenina que siempre parecía recibirlo cuando se internaba en una manada de madres.

Hojeó algunos papeles y archivos que se había traído de casa de Theo. La habitación —el centro de investigaciones, como lo consideraba ahora— no era el dormitorio de Laura; ese estaba al fondo de la casa, con vistas al jardín. Casi había

esperado encontrarlo tal como estuviera el día en que Laura salió de él por última vez —ya había estado otras veces en esa clase de santuarios, más tristes y desvaídos cada año que pasaba—, pero para su sorpresa, en el dormitorio de Laura no había ningún indicio de ella. Estaba decorado con colores neutros como un hotel y no era más que un cuarto de invitados.

—No es que tenga invitados —señaló Theo, con su sonrisa triste y mustia.

Era como uno de esos grandes perros melancólicos, un terranova o un San Bernardo. Oh, no, estaba pensando como Julia. ¿Qué clase de perro era él? Había dicho «labrador» porque fue el primer perro que le pasó por la cabeza. No sabía gran cosa de perros; nunca había tenido uno, ni siquiera de niño. Su padre odiaba los perros.

Se acordaba del aspecto del dormitorio de Laura Wyre diez años atrás. Había habido una colcha de patchwork, una pecera con peces tropicales, un montón de ositos de peluche sobre la cama. Libros por todas partes, ropa en el suelo, cosméticos, fotografías. Estaba tan desordenado como podía esperarse que lo estuviera la habitación de una chica de dieciocho años. No era esa la imagen de Laura que Theo transmitía entonces. Con la muerte, se había vuelto incapaz de desorden alguno, de defectos. Laura se había convertido en una santa en la memoria de Theo, una chica sagrada. Jackson suponía que era normal.

Diez años atrás había una fotografía enmarcada en la pared de su dormitorio: una foto de Laura con un perro. Era guapa y tenía una sonrisa encantadora. Parecía buena chica, no una santa, pero sí buena chica. Jackson pensó en Olivia, a salvo en su cartera en el bolsillo, sonriendo, oculta en la oscuridad. «Enclaustrada». Eso había dicho Amelia sobre Sylvia cuando le preguntó si la habían invitado al funeral. («¿Ni siquiera a Sylvia?»).

—Por supuesto que se lo dijimos —explicó Amelia—, pero no puede venir, no le está permitido salir. Es una monja de clausura. Está enclaustrada.

¿Estaba Olivia enclaustrada en algún sitio, debajo de un suelo, en la tierra? No sería más que un montoncito de huesos finos como los de una liebre, esperando a que la encontraran.

Jackson había estado en el dormitorio de Laura por casualidad. Estaba trabajando en otro caso en aquel momento, el de una chica llamada Kerry-Anne Brockley que había desaparecido de la zona de Chesterton de la ciudad. Kerry-Anne tenía dieciséis años, estaba en paro y sin duda no era virgen. Había sido asesinada de camino a casa cuando volvía de salir con los amigos: violada, estrangulada y abandonada en un campo a las afueras de la ciudad. Volvía de una discoteca a casa a las dos de la madrugada, con un montón de maquillaje y muy poca ropa, y hubo algunas suposiciones no expresadas en voz alta de que había provocado de algún modo lo que le pasó. Pero no en el equipo de Jackson. Si hubiera creído que alguno de sus agentes pensaba eso lo habría colgado de las orejas.

Aún no habían detenido a ningún sospechoso, pero Jackson volvía a casa para

dormir la primera noche entera en días, aprovechando un viaje en el asiento de atrás de un coche patrulla con una oficial de enlace (una mujer llamada Alison con la que Jackson debería haberse casado en lugar de haberlo hecho con Josie). Alison iba a devolverle a Theo algunas fotografías de Laura. Fotografías, siempre fotografías. Todas esas dolorosas imágenes de chicas desaparecidas. Las Kerry-Anne y las Olivia y las Laura, todas ellas queridas, todas ellas perdidas para siempre. Todas ellas chicas santas. Sacrificios a una deidad desconocida y malvada. Por favor, Dios, que no le pasara nunca a Marlee.

Theo Wyre había abierto la puerta, un hombre descarnado por el dolor, con la cara, pensó Jackson entonces, del color del queso Wensleydale. Les ofreció té y él pensó —ni por primera ni por última vez— en lo extraño que era que la gente simplemente siguiera adelante, incluso cuando su mundo ya no existía. Theo hasta sacó pastel de algún sitio, diciendo:

—De cereza y almendra, lo hice el día antes de que muriera. Se conserva bien.

Negó con la cabeza con tristeza, como si no pudiera creer que el pastel aún existiera pero su hija no. Está de más decir que ninguno de ellos lo probó. Jackson preguntó:

—¿Le importa si echo un vistazo al dormitorio de Laura, señor Wyre? —Porque sabía que en lo que a Theo Wyre concernía él no era más que otro detective, no alguien que no se ocupaba de ese caso.

No fue mucho más que curiosidad por su parte, pues no había nada que sugiriera que el asesinato de Laura Wyre estuviera relacionado con «su» asesinato, el de Kerry-Anne Brockley. Y no era más que un dormitorio, un dormitorio desordenado en el que una chica no volvería a entrar jamás; nunca más tiraría el bolso al suelo ni se quitaría los zapatos; no se tumbaría en la cama a leer un libro o a escuchar música, no volvería a sumirse en el sueño inquieto e inocente de los vivos.

Eso fue dos años antes de que Marlee naciera, y él no sabía entonces lo que sabía ahora: lo que era querer a una hija, cómo uno daría su propia vida en un abrir y cerrar de ojos para salvarla a ella, cómo se la quería más que a la cosa más preciada. Ya no echaba de menos a Josie como había pensado que haría, pero añoraba a Marlee casi todo el tiempo. Por esa razón no había querido aceptar el caso de Theo Wyre. Theo lo aterrorizaba, convertía la muerte de su propia hija en una posibilidad, lo obligaba a imaginarla, a sustituir a Marlee por Laura Wyre. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Difícilmente podría decirle que no a aquel pobre hombre del tamaño de un zepelín, que respiraba con dificultad y aspiraba del inhalador, al que no le quedaba otra cosa que el recuerdo, la forma de un espacio que tendría que haber ocupado una mujer de veintiocho años.

Theo tenía un cuerpo, Amelia y Julia necesitaban uno. Olivia era una clase de espacio distinto del de Laura, un misterio incorpóreo, una pregunta sin respuesta. Un rompecabezas que podía martirizarlo a uno hasta volverlo loco. Nunca encontraría a Olivia, nunca descubriría qué le había pasado, lo sabía, y tendría que encontrar el

momento adecuado para decírselo a ellas. Tampoco podría pasarles factura, ¿verdad? Lo siento, pero su hermanita está muerta y se ha ido para siempre y serán quinientas libras por los servicios prestados. («Eres demasiado blando para los negocios —le decía Deborah Arnold cada mes cuando hacía las cuentas—, demasiado blando o demasiado estúpido»).

Si se tratara de Marlee y él tuviera que elegir entre muerta o desaparecida para siempre, ¿qué escogería? No, no podía hacer eso, no podía soportar imaginarlo, no podía tentar al destino al intentarlo. Ambas perspectivas representaban lo peor que podía pasar. ¿Qué se hacía cuando lo peor que podía pasarle a uno ya había pasado? ¿Cómo se vivía entonces? Había que reconocérselo a Theo Wyre: el mero hecho de seguir viviendo exigía un valor que la mayor parte de la gente no tenía.

La puerta principal se abrió y todas las niñas de la fiesta y sus madres salieron en tropel y a todo volumen a la calle. Jackson metió a toda prisa las fotografías de la escena del crimen de Laura Wyre bajo el asiento del acompañante. Estaba a punto de salir del coche y entrar cuando Marlee salió corriendo. Jesús, iba vestida como una prostituta. ¿En qué pensaba Josie, dejándola salir con esa pinta de sueño de pederasta? Hasta llevaba pintalabios. Pensó en JonBenet Ramsay. Otra niña perdida. Antes, cuando estaba en Bliss, había entrado una chica, una amiga de la recepcionista (Milanda... ¿se había inventado ese nombre?), que había pedido hora para «una brasileña», y Milanda comentó «¿Ah, sí?», y la chica dijo: «Mi novio quiere que me la haga; quiere fingir que está haciendo el amor con una niña», y Milanda repitió: «¿Ah, sí?», como si fuera un buen motivo.

Conocía las estadísticas, sabía cuántos pederastas fichados rondarían por cualquier zona concreta, sabía que estarían densamente apiñados, como moscas, alrededor de parques, escuelas, piscinas (y casas señaladas con globos). A la tienda de accesorios Claire's, ahí era que Jackson iría si fuera pederasta. ¿Qué pasaba si existía la reencarnación, si uno volvía como un pederasta? Pero bueno, ¿qué se tenía que hacer de entrada para merecer eso? ¿En forma de qué volvían las chicas santas? ¿De bandadas de pájaros, de arboledas?

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal la fiesta? —(¿Ibas simplemente a salir corriendo a la calle, sin saber si alguien te estaba esperando?)—. ¿A dónde ibas? ¿Sabías que estaba aquí?

—Sí.

—¿Te has acordado de decir «gracias»?

—Sí. He dicho: «Muchas gracias por invitarme».

—Mientes.

—No, no te miento.

—Sí que lo haces, es una de las bases de un interrogatorio: la gente mira arriba a la izquierda cuando está recordando y arriba a la derecha cuando está inventando

algo. Tú has mirado a la derecha.

Cállate Jackson. Ni siquiera está escuchando.

—No te mosquees —respondió ella con indiferencia.

—¿Qué no me mosquee?

¿Qué clase de lenguaje era ese? Parecía exhausta, tenía ojeras. ¿Qué hacían en esas fiestas? Estaba empapada en sudor.

—Estábamos bailando —explicó—, con música de Christina Aguilera, es genial.

Hizo un movimiento para indicar que bailaba, y fue tan sensual que a Jackson le dio un vuelco el corazón. Tenía ocho años, joder.

—Qué bien, cariño.

Olía a azúcar y a sudor. Se acordó de la primera vez que la tuvo en brazos, cuando toda su cabecita le cabía en la palma de la mano y Josie dijo «Ten cuidado» (como si no fuera a tenerlo), y se había prometido que nunca le pasaría nada malo, que la mantendría a salvo. Una promesa solemne, un juramento. ¿Hizo Theo Wyre esa misma promesa cuando tuvo a Laura en sus brazos por primera vez? Casi seguro. (¿Y Victor Land?). Pero Jackson no podía mantener a Marlee a salvo, no podía mantener a nadie a salvo. El único momento en que se estaba a salvo era cuando se estaba muerto. Theo se preocupaba más que nadie en el mundo, pero la única cosa que ya no le preocupaba era si su hija estaba a salvo o no.

—Estás lleno de pintalabios —comentó Marlee.

Jackson se estudió en el retrovisor y descubrió la intensa marca de la boca carmesí de Julia en su mejilla. La restregó con fuerza pero el color permaneció como un rubor en su cara.

—Era una cosita tan pequeña —estaba diciendo Binky Rain, aunque en realidad no la escuchaba.

Había cedido ante toda una oleada de *Carmina Burana* y le había dicho a Marlee:

—¿Quieres ir a visitar a una mujer mayor de camino a casa? —Endulzando una invitación no muy atractiva con la promesa de que habría gatos, así que ahora ella estaba revolcándose por la jungla de malas hierbas que era el jardín de Binky Rain con una colección de rebeldes felinos.

—¿Y es su hija? —preguntó Binky, mirando sin convicción a Marlee—. No da la impresión de tener una hija.

—¿No? —respondió él, distraído.

Estaba pensando en Olivia Land; ella también era una cosita pequeña. ¿Se habría ido quizá de paseo? Amelia y Julia decían que no, que era muy «obediente». ¿Tan obediente como para salir de la tienda en plena noche e irse con alguien que le dijera que lo hiciera? ¿Adónde? Jackson había intentado engatusar a su excompañera Wendy de los archivos policiales para que le enseñara las pruebas del caso de Olivia, pero aunque hubiese accedido no habría servido de nada porque se había perdido

todo.

—Lo siento, Jackson, no queda ni rastro —dijo Wendy—. Suele pasar. Treinta y cuatro años es mucho tiempo.

—No tanto —respondió él.

Aunque el caso de Olivia nunca se había cerrado de forma oficial, apenas quedaba nadie vivo que hubiera trabajado en él. Era antes de los días de las sofisticadas pruebas de ADN y los retratos robot, por el amor de Dios, incluso antes de los ordenadores. Si la raptaran ahora, habría mayores posibilidades de encontrarla. Quizá. Todos los detectives que habían trabajado en el caso estaban muertos y la única persona de la que consiguió encontrar algún rastro era una detective llamada Marian Foster, que al parecer había llevado a cabo la mayoría de interrogatorios de las chicas Land. Se acababa de jubilar del puesto de comisaría de policía de un lugar en el Norte demasiado cerca de su viejo hogar para que le entusiasmara la idea de una visita. Desde luego, hoy en día las primeras personas en que se pensaría serían los padres, en especial el padre. ¿Hasta qué punto se había mostrado la policía agresiva con Victor cuando lo interrogó? Si hubiera sido el caso de Jackson, Victor habría sido su principal sospechoso.

Cuando Marlee no podía oírlo, le preguntó a Binky:

—¿Se acuerda de la desaparición de Olivia Land? ¿Una niña raptada cerca de aquí hace treinta y cuatro años?

—*Frisky* —repuso Binky concentrada en sus asuntos—. Es poco más que una cachorrita.

—La familia Land —insistió Jackson—, ¿los conocía? Él era profesor de matemáticas en Saint John's, tenían cuatro niñas pequeñas.

Uno no olvidaba la desaparición de una niña del barrio, ¿no?

—Oh, esas chicas —repuso Binky—. Eran unas salvajes, totalmente indisciplinadas. En mi opinión, a los niños no habría que verlos ni oírlos. De verdad que esa clase de familias se merecen lo que les pasa. —Jackson pensó varias respuestas a ese comentario, pero al final se las guardó para sí—. Y, por supuesto —prosiguió Binky—, él era hijo de Oswald Land, el supuesto héroe polar, y puedo asegurarle que era un completo charlatán.

—¿Recuerda haber visto a alguien que no debiera estar ahí, a algún extraño?

—No. La policía fue un engorro, con lo de ir de casa en casa, haciendo preguntas. Incluso buscaron en mi jardín, si puede creerlo. Los eché con cajas destempladas, se lo aseguro. Ella era muy rara.

—¿Quién era rara? ¿La señora Land?

—No, la mayor, una cosa pálida y larguirucha.

—¿En qué sentido era rara?

—Muy ladina. Y ya sabe, solían meterse en mi jardín, gritar cosas y robar de mis preciosos manzanos. Esto era un huerto muy bonito.

Jackson contempló los manzanos de alrededor, ahora tan retorcidos y antiguos

como Binky Rain.

—¿Sylvia?

—Sí, así se llamaba.

Salió de la casa de Binky por la puerta trasera del jardín. Nunca había salido por ahí y le sorprendió encontrarse en el camino que rodeaba por detrás el jardín de Victor. No había advertido hasta qué punto estaban cerca en realidad las dos propiedades; estaba de pie a pocos metros de donde habían montado la fatídica tienda. ¿Había trepado alguien por el muro desde ahí y arrancado a Olivia de su sueño? ¿Y había vuelto por el mismo camino? ¿Podía uno encaramarse a un muro con una niña de tres años echada al hombro? Él habría podido hacerlo sin problemas. El muro estaba cubierto de hiedra, proporcionando abundantes asideros para manos y pies. Pero esa forma de entrar implicaba un intruso y no explicaba por qué no había ladrado el perro en plena noche, *Rascal*. Y era un perro de los que ladraban según Amelia y Julia, así que tenía que conocer al captor de Olivia. ¿Cuántas personas había a las que el perro no ladraría?

Apartó la hiedra y descubrió una puerta en el muro, clavada a la de Binky. Pensó en *El jardín secreto*, una película que había visto en vídeo con Marlee y que la había cautivado. No habría hecho falta que nadie trepara; podría simplemente haber entrado andando al jardín. O quizá nadie entró para salir luego con Olivia; quizá alguien salió con la niña y volvió sin ella. ¿Victor? ¿Rosemary Land?

Marlee estaba casi dormida cuando llegaron a casa de David Lastingham. ¿Se referiría algún día a ella como la casa de David y Josie? (No.) La exaltación de Marlee hacía rato que se había convertido en mal humor. Estaba cubierta de briznas de hierba y pelos de gato, que sin duda iban a provocar una reprimenda de Josie. Jackson le propuso que durmiera en su casa esa noche, al menos así podría arreglarla un poco, pero la niña dijo que no.

—Iremos a buscar moras por la mañana.

—¿A buscar moras? —inquirió él al tiempo que llamaba al timbre de David Lastingham.

Pensó en cazadores y campesinos.

—Para que mami pueda hacer mermelada.

—¿Mermelada? ¿Tu madre?

La esposa reconvertida, la madre campesina que hacía mermelada, salió de la cocina, lamiéndose algo de los dedos. La mujer que antes estaba demasiado ocupada para cocinar, la reina de los congelados, pasaba ahora las tardes haciendo guisos caseros y preparando ensaladas para su nueva familia reconstituida. Se le hacía difícil creer que fuera la misma mujer que solía mamársela mientras conducía, que lo inmovilizaba contra cualquier superficie disponible y gemía: «Ahora, Jackson, deprisa», que encajaba el cuerpo contra el suyo cuando dormía, que solía despertarse

cada mañana y volverse soñolienta hacia él y decirle: «Aún te quiero», como si la aliviara que la noche no le hubiera robado sus sentimientos hacia él. Hasta que una mañana, tres años después de nacer Marlee, se despertó y no dijo nada.

—Llegáis tarde —le dijo ahora—. ¿Dónde habéis estado?

—Hemos ido a ver a una bruja —respondió Marlee.

Le chat noir. Les chats noirs. ¿Tenían los *chats* género? ¿Había una *chatte*?

—*Bonsoir, Jackson* —lo saludó Joan Dodds con el acento en el *soir* en lugar de en el *bon*.

Despreciaba la impuntualidad en la gente.

—*Bonsoir, Jackson* —coreó toda la clase cuando él, avergonzado, hizo su tardía entrada.

—*Vous êtes en retard, comme toutes les semaines* —prosiguió Joan Dodds.

Era una maestra jubilada cuyo carácter la habría convertido en una excelente *dominatrix*. Jackson recordaba un tiempo en el que las mujeres de su vida parecía que quisieran hacerlo feliz. Ahora solo parecían estar enfadadas todo el tiempo. Se sintió como un niño pequeño más bien travieso.

—*Je suis desolé* —dijo.

Había que maravillarse ante los franceses, por cómo podían hacer que un simple «lo siento» sonara tan extremo y desesperado.

En Bliss, Jackson le había enseñado su placa a Melinda y preguntado si podía ver el sitio donde asesinaron a Laura Wyre.

—Qué morboso —fue su único comentario.

La sala de juntas, como le había informado Theo, se usaba ahora de almacén. El carrito del esmalte de uñas se había movido y ya no servía de cenotafio. La sangre de Laura estaba a la vista, una mancha restregada (pero no lo suficiente) en el *parquet* desnudo.

—Jesús —exclamó Milanda saliendo por fin de su letargo—. Pensaba que eso era pintura o algo así. Es asqueroso. —De camino a la puerta, añadió—: No está rondando este lugar. Yo lo sabría si anduviese por aquí. Soy clarividente, la sentiría si estuviera presente.

—¿De verdad? —respondió él.

Milanda le parecía una clarividente inverosímil.

—Pues sí, soy la séptima hija de una séptima hija. —Y él pensó que era endogámica, de campo, y Milanda lo miró fijamente con sus ojos azul celeste, un color antinatural y sorprendente, que lo hizo pensar que llevaba lentillas, y añadió—: Usted, por ejemplo.

—¿Qué? —quiso saber él.

—Sí —repuso Milanda—, los gatos negros le traen suerte.

Y Jackson sintió una inesperada decepción porque por un extraño y

desconcertante momento había pensado que iba a decirle de verdad algo profético.

Amelia

—«**N**o sea cascarrabias, señor Brodie» —se burló. (¡Y encima lo había besado!) —. ¿Qué clase de mujer eres, Julia? ¿Por qué no quitarte simplemente la ropa en plena calle?

—¡Oh, me parece que estás celosa, Milly! —repuso Julia riendo con (cruel) placer—. ¿Qué va a decir Henry si se entera?

—Cállate, Julia.

Sintió que se acaloraba y caminó más rápido para alejarse de su hermana. Julia tuvo que correr para seguirla. Respiraba mal y Amelia se dijo que era una locura que alguien con alergia fumase tanto. No sentía la más mínima compasión por ella.

—¿Tenemos que ir tan deprisa? Tus piernas son mucho más largas que las mías.

Estaban en Saint Andrew's Street, acercándose a una chica sentada en el suelo, sobre una sábana vieja, con un perro —alguna clase de cazador— tumbado a su lado.

A Jackson no le había importado un pimiento que ella lo hubiese creído un pointer inglés, pero pareció muy satisfecho de que Julia pensara que era un pastor alemán. Y Julia lo había elegido porque era exactamente el perro correcto, ni un Dóberman ni un Rottweiler, y desde luego un pointer tampoco; era un pastor alemán de cabo a rabo. Le había mentado a Jackson; bueno, no había sido del todo mentira, pero le había hecho creer que era profesora universitaria en Oxford cuando en realidad no era más que maestra en un programa de educación para adultos, y enseñaba «aptitudes para la comunicación» (tan risible nombre llevaba) a pizarreros y aprendices de albañil y otras clases de chusma. Deseaba que aquellos chicos le gustaran, quería creer que eran buenos —quizá demasiado bulliciosos, pero en el fondo seres humanos decentes—, pero no era así; eran unos mierdas que nunca escuchaban una palabra de las que ella decía.

Julia se sintió atraída de inmediato por el perro de la chica sin techo, por supuesto, lo que significó que una de las dos tendría que darle dinero porque difícilmente podía hacerle arrumacos al perro y luego no dar nada a cambio, ¿no? Julia estaba de rodillas en la acera, dejando que el perro le lamiera la cara. Amelia deseó que no lo hiciera, pues una no sabía dónde habría metido la lengua ese perro; bueno, sí que lo sabía, y por eso una no quería que le lamiera la cara.

La chica tenía el cabello rubio, de un extraño amarillo canario, y la cara cetrina, casi ictérica. Solía darles dinero a mendigos y vendedores de periódicos para indigentes, pero últimamente se había vuelto más cauta. En cierta ocasión se había encontrado a una alumna suya pidiendo en Oxford High Street. Sabía muy bien que la chica —Lisa, una peluquera que hacía cursos de capacitación— vivía cómodamente en casa de sus padres, y que el perro que tenía consigo (porque todos tenían perros,

por supuesto) era la mascota de la familia. Además, era un hecho conocido que un montón de mendigos tenía en realidad casa, y algunos hasta coche. ¿Era un hecho conocido? ¿Cómo lo sabía? Por el *Sun*, probablemente; los pizarreros siempre andaban dejándose ejemplares del periódico sensacionalista desparramados por ahí. Qué imagen tan extraordinaria le vino a la mente, ejemplares de periódico dispersados por el universo como si fueran monedas de oro. Esbozó una mueca y la chica la miró y preguntó:

—¿Puede ayudarme?

—No —contestó.

—Oh, Milly, por el amor de Dios —dijo Julia dejando de decirle cosas al perro y hurgando en el bolso en busca del monedero—, tenemos la suerte de no estar como ella.

Encontró un billete de cinco libras (cinco libras que en realidad le debía a Amelia) y se lo tendió a la chica, que lo cogió como si le hiciera un favor. En realidad no era dinero lo que la chica quería. Le había preguntado a Amelia si podía ayudarla y ella le había dicho la verdad. No podía ayudarla, no podía ayudar a nadie. Y menos aún a sí misma.

—Se lo gastará en drogas —le dijo a Julia cuando se alejaban.

—Puede gastárselo en lo que quiera —repuso Julia—. Si yo estuviera en su situación me gastaría el dinero en drogas.

—Está en esa situación precisamente por culpa de las drogas.

—Eso no lo sabes. No sabes nada de ella.

—Sé que está exprimiendo a gente que se agota trabajando para ganarse la vida.

Oh, Dios santo, de vieja se estaba volviendo una fascista. No tardaría en estar exigiendo la vuelta de la horca y los latigazos; bueno, quizá no de los latigazos, pero sí de la pena capital... después de todo, ¿por qué no? Ya había bastante gente en el mundo sin tener que dejarles espacio a los malvados cabrones que torturaban a niños y animales y macheteaban a los inocentes. Eso de «malvados cabrones» era lenguaje de la prensa amarilla, del *Sun* de los pizarreros. Tal como iba, bien podía cancelar en ese mismo momento su suscripción al *Guardian*.

—¿Existe el verbo «machetear»? —le preguntó a Julia.

—No lo creo.

Bueno, pues ese era el fin: estaba americanizando palabras. La civilización se desmoronaría.

Se detuvieron en el exterior de una hamburguesería. Dentro estaba a rebosar de estudiantes extranjeros de inglés y Amelia gimió al verlos. Estaba segura de que el único idioma que mejoraban durante su estancia en Cambridge era el de las obscenidades o el vocabulario de la comida basura.

En Londres, Julia hacía muchas veces de «cliente encubierto» o controladora de

calidad para una agencia: comprobaba el nivel del servicio en hamburgueserías y pizzerías, tiendas de ropa y grandes cadenas farmacéuticas. Por lo que a ella concernía, se parecía mucho a actuar y encima solía poder quedarse con los artículos o consumir la comida. La agencia quedó encantada al saber que estaba en Cambridge, donde ya no tenían a nadie que hiciese el control de calidad.

—Bueno —dijo consultando un pedazo de papel—, tenemos que pedir una hamburguesa con patatas y un bocadillo de «pollo rechupete» sin patatas, una Coca-Cola grande, un batido de plátano y una espuma de fresa.

—¿Y eso qué es?

—Un helado, más o menos.

—No pienso pedir un pollo rechupete —espetó Amelia—. No lo pediría ni para salvarte la vida.

—Sí, lo harías. Pero no tienes que hacerlo; voy a pedirlo todo yo. Y no hay que pedirlo para llevar, es para comérselo puesto.

—Eso ni siquiera es gramatical.

—La gramática no es la cuestión cuando se trata de esta comida. Lo que nos importa es el trato. Estamos evaluando la calidad del servicio.

—¿No puedo tomarme solo un café?

—No.

Julia empezó a estornudar otra vez. Siempre la avergonzaba que tuviese un ataque de estornudos, uno tras otro, incontrolables como un cañón al disparar. Una vez había oído decir a alguien que podía saberse cómo sería el orgasmo de una mujer cuando la oías estornudar. (Como si una quisiera saberlo). Solo acordarse de eso la hacía sentir incómoda. Por si todo el mundo lo sabía, había tratado desde entonces de no estornudar en público si podía evitarlo.

—Por el amor de Dios, toma más antihistamínicos —le dijo con irritación a Julia.

Se sentía increíblemente incómoda en sitios como aquel. La hacían sentir vieja y elitista y no quería ser esas cosas, aunque fuesen ciertas. Julia, por su parte, era un camaleón y se adaptaba de inmediato a las circunstancias, y le hizo el pedido a gritos al joven imberbe del mostrador (¿se lavaban alguna vez las manos?) con un acento de Essex que probablemente le pareció plebeyo pero que no cuadraba en absoluto con la forma en que iba vestida. El abrigo que llevaba Julia era estrafalario, como salido de un dibujo de Beardsley. No se había fijado en él hasta ahora. Era de un color tan vivo que habría sido imposible perderla de vista, a menos que se tumbara en una colina cubierta de hierba, lo que la habría vuelto invisible. Cuando Olivia se volvió invisible llevaba un camisón de algodón que había pertenecido por turno a cada una de las hermanas y que antaño fue rosa pero para cuando Olivia lo heredó se había lavado tanto que ya no era de ningún color. Podía verla con absoluta claridad, entrando en la tienda de campaña con el camisón descolorido, las zapatillas de conejo rosa y sujetando contra el pecho al Ratón Azul.

El abrigo le quedaba grande a Julia. Se le abrió y le arrastró por el suelo al abrirse

paso con la bandeja a través de un montón infranqueable de estudiantes extranjeros. Amelia no paraba de repetir: «Perdón, perdón», pero no servía de nada: la única forma de que se movieran era propinando codazos.

Cuando por fin llegaron a una mesa Julia empezó a dar cuenta de su hamburguesa con fruición primitiva.

—Mmm, carne —le dijo.

—¿Estás segura?

Se habría puesto enferma comiéndose aquello.

—Sí, seguro que es carne. De qué animal, ya es otra cuestión. O de qué parte del animal. Solíamos comer rabo, después de todo. De buey, vaya cosa tan anticuada.

—Hay cosas peores. Debe de haber una generación entera de niños que cree que el pollo lleva siempre el calificativo rechupete, vaya americanada.

—Hay cosas aún peores.

—¿Por ejemplo?

—Los meteoros.

—La posibilidad de que un meteoro colisione con la Tierra no significa que debamos aceptar la americanización de nuestra cultura y nuestra lengua.

—Oh, cállate de una vez, Milly.

Julia se comió el bocadillo de pollo rechupete pero ni siquiera ella pudo con la espuma de fresa. Amelia probó a oler el batido. Parecía completamente artificial, como hecho en un laboratorio.

—Esto es pura química.

—¿No lo es todo?

—¿Lo es?

—Venga ya —repuso Julia—, basta de cháchara y a trabajar. —Sacó un formulario y empezó a llenarlo—. «¿La ha saludado el camarero?». Estoy segura de que sí lo ha hecho.

—¿Por qué no te pones las gafas? No ves nada sin ellas.

—¿Qué ha dicho el camarero?

—Qué presumida eres, Julia.

—Creo que ha dicho «Eh, qué tal».

—No lo sé. No estaba prestando atención. ¿Julia?

—Son todos australianos. La población activa es australiana en toda Gran Bretaña.

—Julia, Julia... escúchame. Cuando Victor repasaba contigo los deberes en su estudio, ¿trató alguna vez... ya sabes, de hacerte algo? ¿Se propasó contigo alguna vez?

—¿Quién crees tú que está haciendo su trabajo en Australia? Vamos, Milly, tenemos que acabar con esto. A ver, «¿le ha sonreído el camarero?». ¿Lo ha hecho? De verdad que no me acuerdo.

Sabía que Jackson pensaba de ella que era ridícula, una mujer ridícula. Tenía ese aire adusto y viril que le resultaba exasperante; parecía de esos que pensaban que las mujeres eran esclavas de sus periodos y del chocolate y los gatitos (que era una buena descripción de Julia), cuando ella en realidad no era así.

Bueno, quizá con los gatitos. Quería que Jackson tuviese mejor opinión de ella, quería gustarle. «*Oh-la-la*, qué pinta más seria, señor B., como un agente del servicio secreto». Qué claras resultaban las intenciones de Julia. «*Oh-la-la*», por el amor de Dios.

—¿Quieres un té? —le preguntó a Julia cuando entró en la cocina con un vaso vacío en la mano.

—No. Voy a tomar más ginebra —repuso su hermana buscando en los armarios algo de comer.

¿Siempre bebía tanto? ¿Bebía cuando estaba sola? ¿Por qué eso era peor que beber con alguien?

A él le gustaba Julia, por supuesto; ella gustaba a todos los hombres, lo cual no era de sorprender teniendo en cuenta que se les ofrecía en bandeja. Julia le había contado una vez que le encantaba el sexo oral con un hombre (sin duda por eso llevaba pintalabios rojo) y Amelia tuvo una inquietante visión de Julia de rodillas ante el miembro de Jackson (quería decir «polla» pero no acababa de conseguir pronunciarla porque era demasiado obscena, y «pene» siempre sonaba ridículo). No quería ser tan mojigata; se sentía como si se hubiera perdido y acabado en la generación equivocada. Se habría adaptado mucho mejor a una época con estructura, rangos y normas, en que un botón desabrochado en un guante indicara libertinaje. Se las habría apañado bien viviendo con esa clase de rigor. Había leído en exceso a James y Wharton. Nadie de los que habitaban el mundo de Edith Wharton quería en realidad hallarse en él, pero Amelia se habría sentido cómoda dentro de una novela de Wharton. De hecho, habría vivido encantada dentro de cualquier novela escrita antes de la Segunda Guerra Mundial.

Oyó llenarse la bañera en el piso de arriba (tardaba una eternidad) y supo que Julia se llevaría la ginebra con ella al cuarto de baño (y probablemente también un porro) y permanecería horas allí. Se preguntó cómo se sentiría una al ser tan indulgente consigo misma. Julia arrancó un pedazo de pan y se lo embutió en la boca. ¿Por qué no podía utilizar el cuchillo? ¿Cómo se las apañaba para que el gesto de comerse un trozo de pan pareciera sensual? Deseó no haber tenido aquella visión de Julia haciéndole —dilo— una mamada a Jackson. Ella no había hecho una mamada en toda su vida, aunque no pensaba decírselo a Julia, pues empezaría otra vez a parlotear sobre Henry y sus necesidades sexuales. ¡Ja!

—¿Seguro que no quieres una? —preguntó Julia meneando la botella de ginebra—. Te ayudaría a relajarte.

—No quiero relajarme, muchas gracias.

¿Cómo había llegado a pasarle eso? ¿Cómo se había convertido en la persona que

no quería ser?

Amelia no comprendía cómo el hecho de «ser buena con la literatura» se había convertido en impartir «cursos de capacitación». Había solicitado plaza en Oxbridge cuando estaba en sexto curso, porque quería demostrarles a sus profesores y a Victor —sobre todo a Victor— que era lo bastante lista. Sus maestros no lo vieron claro y no la habían ayudado a prepararse, de forma que había tenido que apañárselas con los papeles de inscripción con sus preguntas impenetrables sobre *La reina de las hadas* y *La Dunciada* —ninguna de las cuales había leído— y sus absurdas conspiraciones para comprobar la ingenuidad en la redacción de trabajos. «Imagina que te propones inventar la rueda»; estaría bien ponerles eso de deberes a los pizarreros y albañiles. Conseguirían introducir el sexo como fuera, por supuesto, pues metían el sexo en todas partes. No sabía si lo hacían porque eran conscientes de que la avergonzaba (era ridículo tener más de cuarenta y seguirse sonrojando) o porque lo habrían hecho de todas formas.

Para su sorpresa, la Universidad de Newnham le había propuesto una entrevista. Le llevó mucho tiempo comprender que Victor habría movido probablemente algunos hilos, o que la facultad, al reconocer el apellido, se la habría ofrecido como cortesía. Desde que tenía memoria había deseado ir a Newnham; de niña, solía escudriñar los jardines a través de la verja. Siempre había imaginado que así era el paraíso. No creía en el paraíso, por supuesto. No tenía creencias religiosas. Eso no significaba que no quisiera creer en el paraíso.

Antes de la entrevista había imaginado recorrer esos mismos jardines, admirando los preciosos arriates, discutiendo sobre *Middlemarch* y *Guerra y paz* con un ferviente amigo nuevo o paseando en batea por el río con algún guapísimo estudiante de medicina, o siendo alguien a quien la gente deseaba conocer. «Oh, mira, ahí está Amelia Land, vayamos a hablar con ella... es tan interesante» (o «tan divertida» o «tan guapa» o incluso «tan fascinante»), pero la cosa no había acabado así. Su entrevista en Newnham fue humillante: se mostraron amables, preocupados incluso, tratándola como si estuviera enferma o incapacitada, pero le hicieron preguntas sobre autores y obras de los que ni había oído hablar, peores que Spenser y Pope: sobre *Rasselas, príncipe de Abisinia* y sobre *La moral del polvo* de Ruskin. Eso no era lo que Amelia consideraba literatura; para ella la literatura eran las grandes obras (*Middlemarch* y *Guerra y paz*) de las que una podía enamorarse y en las que podía perderse para siempre. De forma que había acabado en un edificio remoto y mediocre de ladrillo rojo sin cachet intelectual pero en el que la dejaban escribir largos trabajos sobre su historia de amor con *Middlemarch* y *Guerra y paz*.

Julia volvió a la cocina y se sirvió más ginebra. La estaba poniendo de los nervios.

—Pensaba que ibas a darte un baño —le dijo con irritación.

—Eso voy a hacer. ¿Quién te está haciendo tirarte de los pelos?

—Nadie.

Amelia se llevó el té a la sala de estar y encendió el televisor. *Sammy* se unió a ella en el sofá. Estaban dando alguna clase de *reality show* de famosos. No conocía a ninguno de los «famosos» y las dificultades por las que pasaban no parecían en absoluto reales. No quería irse a la cama, no quería dormir en el frío dormitorio de Sylvia en el que entraba la fría luz de la farola de la calle y tenía humedades en las paredes. Quizá podría trasladarse a la habitación de invitados. Que ella supiera, nunca había dormido nadie en ella. ¿Supondría eso que su madre le echaría alguna maldición? Si su madre era un fantasma, aunque ella no creía en fantasmas, le parecía que habitaría en el dormitorio de invitados. La imaginó tendida en la estrecha cama, con la colcha blanca salpicada ahora de moho, sin hacer nada día tras día, con revistas y cajas de bombones, tirando los envoltorios al suelo ahora que ya no era esclava de las tareas domésticas. ¿Y en la habitación de Olivia, podría soportar dormir ahí? ¿Podía tenderse en aquella camita y ver el papel pintado medio despegado sin que se le rompiera el corazón?

¿Quién se llevó a Olivia? ¿Había aparecido Victor con sigilo en el jardín para sacarla de la tienda con aquellas manzanas mientras ella dormía? ¿Su propio padre? Por qué no, esas cosas pasaban constantemente, ¿no? Y ¿había conservado el Ratón Azul a modo de terrible souvenir? ¿O había una explicación más inocente? (Pero ¿cuál?).

Siempre habían encontrado consuelo en pensar que Olivia llevaría una vida distinta en algún sitio, en lugar de que hubiese muerto. Durante años y años, las tres habían urdido una historia para Olivia: se la había llevado en plena noche una figura muy parecida a la Reina de las Nieves, solo que amable y cariñosa y procedente de un reino más templado. Esa empírea criatura estaba desesperada por tener una hija y había elegido a Olivia porque era perfecta en todos los sentidos. La Olivia ficticia se había criado en el más lujoso paraíso que sus imaginaciones infantiles podían concebir, envuelta en sedas y pieles, alimentándose de pasteles y dulces, rodeada de perros y gatos y (por alguna razón) pavos reales, bañándose en tinas de oro y durmiendo en lechos de plata. Y aunque sabían que Olivia era feliz en su nueva vida, creían que algún día le permitirían regresar a casa.

A medida que crecían, también lo hacía Olivia, y fue solo cuando Julia llegó a la adolescencia (con las hormonas liberando energía suficiente para abastecer una ciudad pequeña) que la otra Olivia y su fabulosa vida se desvanecieron. Y sin embargo estaba tan grabada en sus conciencias que, incluso ahora, a Amelia le costaba creer que Olivia pudiese estar muerta en realidad y no fuera una mujer de treinta y siete años que vivía en un arcádico paraje en alguna parte.

Julia entró en la salita y se embutió en el sofá entre ella y *Sammy*, donde estaba

claro que no había sitio.

—Lárgate —le dijo.

Julia sacó una tableta de chocolate y le dio un pedazo a ella y otro al perro.

—Creo que no es del todo imposible que Olivia siga viva —declaró como si le hubiese leído el pensamiento (qué idea tan espantosa)—. Quizá la raptó alguien que quería una hija y la crio como si fuese suya, de forma que se olvidó de nosotras, olvidó que era Olivia y solo sabía que era otra persona... Charlotte, digamos...

—¿Charlotte?

—Sí. Y entonces, cuando quien la secuestró estaba en su lecho de muerte, le contó quién era. «Charlotte, en realidad eres Olivia Land, y vivías en Owlstone Road, en Cambridge. Tienes tres hermanas: Sylvia, Amelia y Julia».

—¿Te parece probable eso, Julia?

Amelia cambió de canal hasta que se topó con *La extraña pasajera* y Julia pidió:

—Oh, déjala, por favor.

—Se te va a desbordar la bañera.

—¿Milly?

—¿Qué?

—¿Sabes lo que has dicho antes sobre Victor?

—¿Qué?

—Que si se había propasado conmigo. Es un término estúpido, un eufemismo, y lo que significa es si papá me hizo alguna vez chuparle la polla o me metió los dedos mientras se quitaba los...

Amelia no pudo soportar aquello. Se concentró en la cara de tragedia de Bette Davis y trató de no oír las obscenidades que estaba soltando Julia.

—Lo mires como lo mires, es una violación —concluyó su hermana—. Y no, ya que me lo preguntas, no lo hizo. Aunque sí lo intentó.

Amelia quiso llevarse las manos a las orejas, deseó ser sorda.

—¿Qué lo intentó? ¿Qué quieres decir con que lo intentó?

—Trató una vez de meterme las manos debajo de las bragas, pero chillé como una loca. Estaba intentando explicarme las fracciones —añadió, como si fuera relevante.

Julia era así, había gritado, pero Amelia simplemente lo habría dejado hacer. Solo que no lo hizo; Victor nunca intentó nada con ella. Nunca se propasó.

—¿Qué te hizo a ti, Milly? —preguntó Julia con suavidad poniéndole una mano en el antebrazo como si estuviera enferma o desconsolada.

Amelia lo había pillado una vez con Sylvia. Había entrado en el estudio sin llamar, algo absolutamente prohibido, porque debía de tener uno de sus ataques de mal humor, y ahí estaban papá y Sylvia, y desde entonces había tratado de olvidar lo que vio. A Sylvia boca abajo sobre el escritorio de Victor, como una mártir a medio crucificar, con las flacuchas nalgas blancas expuestas, y a su padre disponiéndose a...

Apartó a Julia de un empujón y dijo con aspereza:

—Nada, nunca me hizo nada. No se lo habría permitido. Ve a darte ese baño,

Julia.

Despertó sobresaltada. Todo era oscuridad y silencio en la casa; no había fantasmas rondando, solo el ligero zumbido eléctrico de la farola en la calle. No lograba recordar si Julia había salido de la bañera y tuvo que subir a comprobar que no se hubiera ahogado en silencio. El cuarto de baño estaba desierto y en la bañera había gotitas de vapor condensado. Había toallas tiradas por todas partes. Julia estaba a salvo en su cama, con las sábanas tan revueltas como siempre y el cabello de caniche todavía mojado. Su respiración era profunda y acompasada, aunque oyó un gorgoteo en su pecho. Siempre parecía que hiciese falta escurrir los pulmones de Julia, como trapos de cocina. ¿Qué haría si Julia moría antes que ella? ¿Si ella quedaba la última? (Sylvia no contaba). *Sammy*, dormido en la cama de Julia, despertó al entrar ella y meneó la cola. Tapó bien a Julia y el perro bajó con torpeza de la cama y la siguió al salir de la habitación.

De vuelta a su dormitorio, se detuvo ante la puerta cerrada del de Olivia. *Sammy* le dirigió una mirada inquisitiva y ella giró el pomo y entró. La luz de la luna se colaba difusa a través de la sucia ventana. Se tendió, boca arriba, en la camita. *Sammy* se dejó caer en el suelo y el esfuerzo lo hizo gemir.

El último día de su vida, Olivia se había despertado en esa cama, había visto esas paredes. ¿Habría muerto si hubiese dormido ahí y no en la tienda? Ojalá Amelia pudiese volver, ocupar el sitio de Olivia aquella noche, luchar contra el malévolos ser que se la hubiese llevado. Ojalá la hubiese elegido a ella en lugar de a Olivia.

Theo

La niña tenía un tubo de caramelos en la mano, unas cositas de colores chillones hechas probablemente a base de productos químicos y números E. Le ofreció uno a Theo y él lo aceptó por pura educación. Tenía cierto sabor a gasolina o a líquido de encendedor. No le pareció que pudiera hacerles ningún bien a unos huesos y una mente en crecimiento. Él nunca compraba caramelos, y aunque le encantaba el chocolate, no le gustaba comprarlo en las tiendas por la desaprobación que solía provocar. Se suponía que la gente gorda no debía comer nada, pero en especial no debía comer cosas dulces, así que pertenecía a un «club de degustación» en internet, y cada mes un fabricante de bombones le enviaba un nuevo surtido para probar y él les mandaba a cambio su opinión («cremoso y exquisito, el praliné de avellanas le da el contraste adecuado»), una tarea extrañamente pesada, como unos estafalarios deberes del colegio. Era así que racionaba su consumo de chocolate, solo esa caja de bombones cremosos y exquisitos cada mes.

En realidad no le preocupaban el colesterol y la presión sanguínea; estaría encantado de morir de un derrame cerebral o de un infarto. «Los derrames cerebrales no siempre matan, papá —le escribió una enfadada Jennifer en un correo electrónico desde Toronto—. Es más probable que te dejen incapacitado. ¿Es eso lo que quieres?». Quizá su hija temía tener que cuidarlo, pero él nunca le haría una cosa así; por lo que a Theo respectaba la relación padre-hijo era unidireccional: tú les dabas todo tu amor y ellos no tenían la más mínima obligación de devolverte nada. Aunque, si resultaba que te querían ya era la guinda del pastel. Y virutas de chocolate y esas bolitas plateadas que le destrozaban a uno los empastes. A Laura le encantaban. Él solía decorar los pasteles que hacía. Tartas, pastelitos, bollos; había aprendido a hacer de todo después de la muerte de Valerie. Resultó mucho mejor cocinero que su mujer.

Contrató a una asistenta para que acudiera a limpiar dos veces por semana y a una chica, una estudiante, para recoger a las niñas en el colegio y cuidar de ellas hasta que él volviera del trabajo. Aparte de eso, lo hacía todo: se ocupaba de las tareas domésticas y de sus hijas, acudía a las reuniones con los profesores y a las reuniones de padres, las llevaba a fiestas de cumpleaños, celebraba fiestas de cumpleaños a su vez. Las madres de los demás niños lo trataban como a una mujer honoraria y le decían que sería la esposa perfecta, lo que se tomaba como un cumplido.

La niña dijo que tenía ocho años pero iba vestida más bien como una adolescente. Pero así eran las cosas en la actualidad. En el pasado, los niños solían vestirse como pequeños adultos, así que no era ninguna novedad. Cuando Laura tenía ocho años llevaba pantalones de peto, tejanos y bonitos vestidos de domingo. Vestidito, los habría llamado Valerie de haber estado por ahí.

Calcetines blancos cortos, sandalias, camisetas y *shorts*. Le compraba a Laura su propia ropa y no le hacía llevar cosas heredadas de Jennifer. Mucha gente pensaba que malcriaba a sus hijas, pero ¿cómo se podía malcriar a un hijo? Con descuido sí, pero no con amor. Uno tenía que darles todo el amor que pudiera, pese a que dar tanto amor causara dolor y angustia y, al final, el amor lo destrozara. Porque se marchaban; se iban a la universidad y con sus maridos, a Canadá y a la tumba.

Rechazó un segundo caramelo.

—Es de buena educación ofrecer uno a todo el mundo —le dijo Deborah Arnold a la niña.

De mala gana, se bajó del asiento y fue hasta el escritorio de Deborah y, sin una palabra, le ofreció el tubo de caramelos. Deborah cogió tres. Había algo extrañamente admirable en esa mujer. Aterrador pero admirable.

—¿En qué trabajas? —le preguntó la niña.

—Estoy jubilado —respondió él, preguntándose si sabría lo que significada.

—Porque eres viejo —dijo la niña asintiendo con la cabeza con sabiduría.

Estuvo de acuerdo con ella:

—Sí, porque soy viejo.

—Mi papá se va a jubilar —añadió la niña—. Se irá a vivir a Francia.

Deborah Arnold soltó una risa burlona.

—¿A Francia? —preguntó él. Por algún motivo, no podía imaginarse a Jackson en Francia—. ¿Has estado en Francia?

—Sí, de vacaciones. La gente se comía a los tordos.

—Dios mío —intervino Deborah Arnold—. Ninguno de los dos debería estar aquí —añadió, como si ellos tuvieran la culpa de la costumbre francesa de comer inocentes pájaros cantores.

—Solo quería charlar un poco con el señor Brodie, para ver cómo van las cosas —dijo Theo a modo de disculpa.

Deborah Arnold parecía extraordinariamente ocupada, tecleando, archivando y fotocopiando como una posesa. ¿Tanto trabajo generaba Jackson Brodie? Parecía demasiado relajado para mantener tan ocupada a una ayudante. Ella se había llamado así, ayudante; él la había llamado secretaria.

—¿De manera que el señor Brodie está fuera ocupándose de un caso? —inquirió Theo, más que nada para darle conversación.

Deborah le echó una mirada de lástima por encima de las gafas, como si no pudiera creer que pensara que Jackson trabajaba de verdad. Al cabo de cinco minutos, respondió:

—Está en el dentista. Otra vez.

—A papá le gusta la dentista —comentó la niña metiéndose otro caramelo en una boca ya llena de ellos.

Le pareció triste que una niña tan pequeña supiera de esas cosas, que supiera siquiera que existía el sexo. Quizá no sabía nada, quizá solo conocía las palabras. La niña, Marlee, parecía sin embargo muy precoz, más de dieciocho años que de ocho. No como su hija de dieciocho años (porque Laura siempre tendría dieciocho): Laura había tenido frescura, inocencia, una especie de luz que resplandecía desde su interior. Jackson nunca había mencionado que tuviera una hija, pero no era algo que se acostumbrara a hacer, ¿no? Los directores de banco y los conductores de autobús no estaban diciendo constantemente «Por cierto, tengo una hija».

—¿Tienes hijos? —le preguntó Marlee.

—Sí —contestó—. Tengo una hija que se llama Jenny, y vive en Canadá. Ya es mayor.

Se sintió por supuesto como si renegara de Laura, y esperaba oír cantar un gallo cada vez que daba esa respuesta, pero la gente no quería oírle decir: «Sí, tengo dos, una viva en Toronto y otra muerta bajo tierra».

—¿Nietos? —prosiguió Marlee.

—No —respondió.

Jennifer y su marido, Alan (un judío de Nueva York, paternal y amistoso, cirujano cardiovascular) habían decidido no tener hijos y a él le había parecido poco delicado preguntar por qué. Jennifer tenía una carrera, por supuesto, era traumatóloga, y tenían una buena vida, una bonita casa en las afueras, en el lago Ontario, una «cabaña», como los habitantes de Toronto llamaban a sus enormes casas a orillas del lago. Había ido una vez a pasar el verano con ellos. La casa estaba rodeada por árboles por tres lados y por las noches era el lugar más silencioso y oscuro que había visto, con la única luz procedente de las luciérnagas que danzaban toda la noche ante la ventana de su dormitorio. Era una casa magnífica, con una canoa que sacaban al lago, senderos que atravesaban los antiguos bosques, una barbacoa en la terraza al lado del lago en la que comían todos los días; habría sido un paraíso para los niños. Por supuesto, uno nunca echaba en falta lo que nunca había tenido. Aunque una vez lo había tenido, lo añoraba constantemente. Quizá Jennifer estaba siendo sensata. Si no tenía un hijo no podría perderlo.

—¿Estás triste?

—No. Sí. Un poco, a veces. —(Mucho, todo el tiempo).

—Toma otro caramelo.

—Gracias.

Al cabo de diez años, Theo se había vuelto impaciente de pronto. Diez años reuniendo pruebas, diez años acumulando obstinadamente hasta el más pequeño pedacito de cualquier cosa, y ahora quería saber. Jackson se había llevado todos los archivos de sus clientes, cargando el asiento trasero y el maletero de su coche con cajas y cajas llenas de historias de la vida de otra gente: sus divorcios, sus

adquisiciones de viviendas, sus últimas voluntades y testamentos. ¿Había captado algo Jackson en toda esa información, como un adivino, como esos clarividentes que se contrataban a veces, a los que él mismo había consultado? Hasta la policía había aportado a un vidente, pero no lo habían informado bien y había creído que buscaban un cuerpo, cuando por supuesto ya tenían uno. El vidente dijo que el cuerpo de la chica estaba «en un jardín, a poca distancia andando de un río», lo que más o menos reducía las posibilidades a medio Cambridge si alguien pretendiera ir en su busca, cosa que no iban a hacer. ¿Cuántas chicas había por ahí que el arado no había hecho aparecer, ocultas para los transeúntes? Ojalá pudiera encerrarse bajo llave a las niñas, en torres, en mazmorras, en conventos, en sus dormitorios, en cualquier sitio que las mantuviera a salvo.

Había una chica con la que se cruzaba siempre. A veces estaba en Regent Street, a menudo en Sydney Street, y la había visto en el Grafton Centre, sentada sobre una vieja sábana y con una manta sobre los hombros. Una «mendiga»: parecía algo salido de la historia, del siglo XVIII. Esa mañana estaba en Saint Andrew's Street y Theo le dio cinco libras, todo el dinero suelto que llevaba encima.

La chica parecía enferma, pero el perro que estaba siempre con ella se veía bien cuidado, un bonito ejemplar de caza, negro y lustroso y aún joven. La mendiga tenía el cabello de un rubio yema de huevo, corto y desigual, y no parecía que nadie le diera nunca dinero, quizá porque no lo pedía, no miraba a la gente a los ojos ni decía cosas alegres para hacerlos sentirse bien, para que no les dejara mal sabor de boca que ella fuera una mendiga. O tal vez porque parecía capaz de gastárselo todo en drogas. Theo pensaba que era más probable que comprara comida para perros que drogas. Siempre le daba dinero, aunque tenía la sensación de que podría hacer algo mejor por ella: pagarle una buena comida, encontrarle una habitación, preguntarle su nombre, cualquier cosa, antes de que desapareciera; pero siempre se sentía demasiado tímido y le preocupaba que ella pudiese malinterpretar su interés, que la emprendiera contra él y le gruñera: «Vete a la mierda, abuelito, viejo verde».

—¿Sabe tu padre que estás aquí? —le preguntó Deborah Arnold a Marlee.

—Mamá le ha dejado un mensaje en el móvil.

—Bueno, yo tengo que salir —dijo Deborah—. Tengo que ir a Correos. —Ese último comentario fue dirigido a Theo, que se preguntó qué debía hacer al respecto—. ¿Puede vigilarla? —preguntó Deborah indicando a Marlee con la cabeza, y él quiso decir: «Pero si soy casi un completo desconocido, ¿cómo sabe que no le voy a hacer algo espantoso?». Malinterpretando su vacilación, Deborah añadió—: Solo será un cuarto de hora, o hasta que su señoría vuelva.

Marlee se le encaramó a las rodillas, le echó los brazos al cuello y rogó:

—Por favor, por favor, hombre simpático, di que sí.

Y Theo pensó, Dios santo, ¿es que nadie le ha dicho que sea prudente con los

extraños? Que se pareciera a Papá Noel no significaba que fuera inofensivo, aunque lo era, por supuesto. Pero Deborah Arnold había salido por la puerta y bajado por las escaleras antes de que él pudiera protestar.

—Mi papá volverá pronto —lo tranquilizó Marlee.

«Mi papá». Esas simples palabras le hicieron un nudo en la garganta. La segunda película favorita de Laura, después de *Dirty Dancing*, era *Los niños del tren*, y él la había comprado en vídeo un par de años antes de que muriera. La habían visto juntos varias veces y los dos lloraban al final cuando el tren se para y el vapor y el humo se disipan despacio en torno a la figura del padre de Bobbie, y Jenny Agutter (que siempre le había recordado un poco a Laura) exclama: «Papá, mi papá», y era extraño, porque era un momento muy feliz para Bobbie y sin embargo siempre parecía insoportablemente triste. Por supuesto, no había visto la película desde la muerte de Laura; hacerlo lo mataría. Jamás dudaba un instante que cuando muriera se reuniría con Laura, e imaginaba que sería como en *Los niños del tren*: él emergería de la niebla y Laura estaría ahí y diría: «Papá, mi papá». No era que creyera en la religión, o en un Dios, o en la vida después de la muerte; solo sabía que era imposible sentir tanto amor y que se acabara.

Marlee se aburría. Se había acabado los caramelos y habían jugado al tres en raya, que ella ya conocía, y al ahorcado, que no, así que Theo le había enseñado, pero ahora empezaba a quejarse de hambre. Desde la ventana del primer piso de la oficina de Jackson tenían una seductora vista de una tienda de bocadillos.

—Me muero de hambre —anunció ella doblándose en dos con gesto melodramático.

Quizá Deborah Arnold no iba a volver. Quizá tampoco Jackson iba a volver; a lo mejor ni siquiera había oído el mensaje sobre su hija. Quizá había tenido una reacción adversa a un anestésico dental, quizá había muerto por efecto de la anestesia, o lo habían atropellado de vuelta del dentista.

Supuso que podía dejar a Marlee sola mientras iba un momento a comprar algo de comer ahí enfrente. Le llevaría... ¿cuánto? ¿Diez minutos como máximo? ¿Qué podía pasarle en diez minutos? Era una pregunta absurda porque sabía exactamente qué podía pasar en diez minutos: un avión podía explotar sobre la ciudad o chocar contra un edificio, un tren podía descarrilar, un maníaco con un jersey amarillo de golfista podía entrar en una oficina, blandiendo un cuchillo. Dejarla en una oficina... pero ¿en qué estaba pensando? Las oficinas estaban por encima de aviones, montañas o escuelas en la lista de Theo de sitios peligrosos.

—Ven, vamos —le dijo a la niña—, cruzaremos la calle y nos traeremos un bocadillo.

—Y ¿qué pasa si papá vuelve y no nos encuentra?

Lo enterneció que hablara en plural.

—Bueno, dejaremos una nota en la puerta —dijo.

—«Volvemos en diez minutos» —sugirió Marlee—. Eso es lo que pone papá.

No fue tan sencillo, por supuesto. Eran las tres de la tarde y la tienda de enfrente estaba a punto de cerrar y apenas les quedaban bocadillos, y los que había —huevo con mayonesa o rosbif y rábano picante— indujeron a Marlee a representar una vivida pantomima del acto de vomitar. Al salir de la tienda, la niña deslizó una mano pequeña y seca en la suya y él le dio un apretón tranquilizador. Marlee se entusiasmó de pronto al ver una hamburguesería al otro lado de la calle y casi arrastró a Theo a su interior. Le pasaron por la cabeza las siglas «EEB», pero trató de descartarlas, y de todas formas la niña quería algo llamado «pollo rechupete», de forma que sería de pollo y no de vaca loca, pero, pensándolo bien, ¿de qué parte del pollo?, y ¿qué edad tendría el pollo y con qué lo habrían alimentado? Con vaca loca, probablemente.

Le compró un «pollo rechupete» («con patatas fritas», le suplicó Marlee) y una Coca-Cola. Para ser «comida rápida» le pareció todo muy lento y se preguntó si alguien haría informes sobre el servicio en esos sitios. La mayoría de los que trabajaban allí parecían niños, niños australianos, de hecho.

Llevaban fuera mucho más de diez minutos; si Jackson había vuelto debía estar mandando ya partidas de rescate. Como si el mero hecho de pensar en él lo hubiese invocado, Jackson apareció de pronto de entre un montón de estudiantes extranjeros. Parecía enfadado y agarró a Marlee del brazo de forma que la hizo chillar:

—Cuidado con mi Coca-Cola, papá.

—¿Dónde estabas? —le gritó Jackson a la niña.

Le lanzó una mirada iracunda a Theo. Vaya cara, cuando lo único que hacía él era vigilar a la niña, más de lo que estaban haciendo sus padres.

—Estoy haciendo de canguro —le dijo a Jackson—, no corrompiendo menores.

—Sí, claro —dijo Jackson—, por supuesto. Lo siento, estaba preocupado.

—Theo me está vigilando —explicó Marlee, y le dio un enorme mordisco al bocadillo—, y me ha comprado patatas fritas. Me gusta.

Cuando Theo volvía por Saint Andrew's Street la chica del pelo amarillo huevo ya no estaba ahí, y le preocupó que no fuera a estar nunca más. Porque así era cómo ocurría: un instante estaban ahí, riendo, hablando, respirando, y al siguiente se habían ido. Para siempre. Y en el mundo no quedaba ni una sombra, ni el rastro de una sonrisa, ni el susurrar de una palabra. Simplemente, nada.

Jackson

—**T**iene el velo del paladar muy inflamado —murmuró Sharon—. ¿Le duele?
—Nnnn, nnnn.

—Sospecho que le está saliendo un flemón, Jackson.

Oficialmente era la «señorita S. Anderson, odontóloga», y nunca le había invitado a llamarla por su nombre de pila, aunque ella usaba el suyo con toda libertad. Médicos, directores de banco, completos desconocidos, todos se dirigían ahora a uno por el nombre de pila. Era una de las pesadillas de Binky Rain: «Y le dije al hombre del banco —le contó con aquel terrible acento—, un cajero: “Disculpe, joven, pero no recuerdo que nos hayan presentado. Por lo que a usted respecta, me llamo señora Rain, y me importa un bledo cómo se llama usted”».

Binky Rain hacía que «cajero» sonara a algo que uno no quería llevar pegado a la suela del zapato.

Se sentía absurdamente vulnerable, ahí tendido en la butaca, postrado e indefenso, sometido a los caprichos de Sharon y su silenciosa enfermera. Tanto Sharon como la ayudante tenían ojos oscuros y enigmáticos y una forma de mirarlo con indiferencia por encima de sus mascarillas como si considerasen qué más podían hacerle, como sádicas bailarinas de la danza del vientre con instrumentos quirúrgicos.

Intentó no pensar en eso, y tampoco en aquella escena de *Marathon Man*, y en lugar de ello intentó evocar una imagen de Francia. Podría cultivar verduras. No había cultivado nada en toda la vida; Josie había sido la amante de la jardinería y él se había limitado a cumplir sus órdenes, cava aquí, mueve eso, corta el césped. De todas formas, era probable que en Francia las verduras crecieran por sí solas. Toda aquella tierra tibia y fértil. Tomates, melocotones. Y viñedos... ¿podría cultivar vides? Aceitunas, limones, higos; sonaba bíblico. Imagínate observar cómo crecían los zarcillos, cómo se hinchaban los frutos; oh, Dios, tenía una erección (al pensar en verduras, ¿qué demonios le pasaba?). El pánico lo hizo tragar y atragantarse con su propia saliva. Sharon devolvió la butaca a la posición vertical.

—¿Todo bien? —preguntó ladeando la cabeza con supuesta inquietud, mientras él se ahogaba ruidosamente.

La enfermera silenciosa le tendió un vaso de plástico lleno de agua.

—Ya casi hemos acabado —mintió Sharon inclinándolo hacia atrás otra vez.

Jackson se concentró en algo desagradable esa vez. El cadáver de Laura Wyre. Abatida en el suelo, como un animal, como un ciervo.

«El señor Wyre, ¿dónde está?». La pregunta sonaba extraña; habría sido más normal decir «¿Dónde está el señor Wyre?», ¿no? ¿Dijo el asesino eso en realidad? ¿Y si había dicho «señorita Wyre» o «señora Wyre»? ¿sería posible que Moira Tyler

(la única persona a quien el asesino habló) hubiera oído mal? En el caos del momento... pero no, en ese punto no había ningún caos todavía, solo un tipo con un jersey amarillo de golfista preguntando por el paradero de uno de los abogados.

Y la vida privada de la propia Laura, ¿era tan transparente como parecía? Una virgen sacrificada. ¿Era virgen? No recordaba haberlo leído en el informe de la autopsia. Theo creía que lo era, por supuesto. Jackson imaginaba que Marlee podía casarse y divorciarse tres veces y tener diez hijos y él la seguiría creyendo virgen.

A la prensa le había encantado la inocencia de Laura, pues siempre era mucho mejor que se cargaran a una buena chica de clase media, formal y con aspiraciones académicas, que a alguna prostituta o una adolescente sin trabajo y ligera de cascos (las Kerry-Anne Brockley que andaban por el mundo). Pero ¿quién podía decir que Laura Wyre no tuviese secretos? Un lío con un hombre casado con el que no quería hacer sufrir a su padre, tal vez. O había conseguido inocentemente un acosador, un perversillo de mierda que se había obsesionado con ella. Quizá Laura fue amable con él (a veces bastaba con eso) y él se había engañado, imaginándola enamorada de él, suponiendo que había algo cósmico entre ellos. Había una palabra para eso, pero no la recordaba, algún síndrome, que no era el de Munchausen. Había solo cuatro opciones. O bien el tipo conocía a Theo personalmente o era un desconocido para él. O bien conocía a Laura personalmente o era un desconocido para ella. Erotomanía, eso era. Sonaba como una mala película porno holandesa.

Estaba aquel estudio, de hacía años, que descubrió que las mujeres no se sentían amenazadas por un hombre que llevara el *Guardian* o una chapa prodesarme nuclear. Jackson se había preguntado entonces cuántos violadores empezaron a llevar el *Guardian* consigo. Mira si no a Ted Bundy: enyéstate el brazo y las mujeres creerán que eres de confianza. Ninguna mujer estaba nunca completamente a salvo. No importaba que fueran tan fuertes como Sigourney Weaver en *Alien Resurrección* o como Linda Hamilton en *Terminator 2* porque allá donde fueran había hombres. Lo que le gustaba de las mujeres fuertes como Ripley y Sarah Connor (y sí, sabía que eran de ficción) era que, por más duras que fueran, sus motivos eran producto de una especie de amor maternal, un amor maternal por el mundo entero. No, no vayas por ahí, Jackson, no pienses en Sarah Connor; piensa en algo malo, piensa en el tubo de escape del coche que hace falta reparar, piensa en algo aburrido. Golf.

—He limpiado el pus, Jackson —musitó Sharon—, y le voy a poner un empaste, pero no podemos seguir tratando los síntomas, tenemos que eliminar la causa. La raíz.

Los amigos más íntimos de Laura en el instituto habían sido Christina, Ayshea, Josh, Joanna, Tom, Eleanor, Emma, Hannah y Pansy. Lo sabía porque Theo tenía un práctico gráfico en la pared con el título «Alumnos del instituto de Laura», en contraposición a otro gráfico, «AMIGOS DE LAURA DE FUERA DEL

INSTITUTO» (club de buceo, gente con la que había trabajado en el *pub*, y así sucesivamente), e incluso a un tercer gráfico de «conocidos superficiales de Laura» (básicamente cualquiera cuyo camino se hubiera cruzado con el de ella alguna vez).

«ALUMNOS DEL INSTITUTO DE LAURA» era una lista numerada, con los números indicando la proximidad de la amistad: el número uno para su mejor amiga, etcétera. Todos los alumnos del instituto estaban en la lista. ¿Cuánto tiempo había pasado Theo intentando decidir si alguien debía ser clasificado como ciento ocho o ciento nueve en la lista? Ni siquiera había hecho la lista por ordenador sino que había escrito trabajosamente a mano todos los nombres. Ese tío estaba loco.

Los amigos también tenían códigos de color para el sexo: tinta azul para las chicas, roja para los chicos, cosa que hacía fácil comprobar que la mayoría de los amigos más íntimos de Laura eran chicas. Los diez primeros eran todos azules con dos excepciones: Josh y Tom. Estaba claro que Laura Wyre había sido una chica de chicas, destinada a no convertirse nunca en una mujer de mujeres. Hacia el final de la lista había una casi sólida falange de nombres en rojo: grandes grupos de chicos, en los que Laura Wyre probablemente no se habría fijado nunca ni habría hablado con ellos. El uso de la tinta roja hacía que los chicos destacaran y parecieran más peligrosos, o incorrectos de algún modo. Jackson tuvo una súbita imagen de sus redacciones en la escuela, cubiertas por una telaraña de anotaciones rojo furibundo de los profesores. Fue solo cuando dejó la escuela y entró en el Ejército que descubrió que era inteligente.

La policía interrogó a todos los alumnos del instituto de Laura, solo que la mayor parte de los diez primeros no estaban. «Año sabático», le explicó Theo. Le había inquietado que Laura quisiera tomarse un año sabático para visitar los rincones peligrosos del mundo, pero habría estado más segura en un albergue infestado de pulgas y lleno de heroína en Bangkok de lo que lo estuvo en la oficina de su padre. «*Mea culpa*», le dijo Theo a Jackson con su sonrisa triste y perruna.

Durante toda la investigación la policía nunca creyó que Laura fuera algo más que una víctima fortuita; siempre estuvieron convencidos de que Theo era el objetivo real. Jackson se acordó de pronto de Bob Peck en *Edge of Darkness*; ya no se hacía televisión como aquella, de hecho bien podría ser la última serie buena de la BBC que había visto. ¿1984? ¿1985? Intentó acordarse de 1985. Tres años después de las Malvinas. Howell dejó el Ejército y Jackson se quedó para cinco años más. Estaba saliendo con una chica llamada Carol, pero entonces ella se unió a la Campaña por el Desarme Nuclear y anunció que sus opiniones políticas eran «incompatibles» con su relación con Jackson. Él observó que tampoco estaba precisamente a favor de la guerra nuclear, pero ella estaba más interesada en encadenarse a cosas y gritar improperios a la policía de Thames Valley.

En 1985 Laura Wyre habría tenido nueve años y Olivia Land llevaba quince años muerta. En *Edge of Darkness*, Craven, el personaje de Bob Peck, también había estado obsesionado con su hija: Emma, ese era su nombre, el mismo que el de la

chica de la posición cinco en la lista rojiazul de Theo y la única de los primeros puestos de la lista que vivía cerca de Cambridge. Christina, la mejor amiga número uno, estaba casada y vivía en Australia, Ayshea era maestra en Dorset, Tom trabajaba para la UE en Estrasburgo, Josh parecía haber desaparecido del mapa, Joanna era médico en Dublín, Hannah estaba en Estados Unidos, Eleanor era abogada en Newcastle, Pansy trabajaba en una editorial en Escocia. Una hégira de chicas. ¿Estaban huyendo de algo? («Si no paras de correr vuelves al sitio en que empezaste, Jackson»). Quería hablar con alguien que conociera a una Laura distinta de la de Theo. No era que la Laura de Theo no fuera auténtica, pero no importaba hasta qué punto estuviese unido a su hija, habría cosas sobre ella que él no sabría o no entendería. Así tenía que ser. Siempre habría secretos, por mucho que uno lo odiara.

Emma Drake vivía en Crouch End y trabajaba para la BBC. Cuando la llamó dijo que estaría encantada de hablar con él y quedaron en encontrarse después del trabajo, frente a los estudios de televisión, en el Langham, «para tomar unos cócteles».

Era una chica agradable, educada y habladora, y se tomó tres Manhattans, uno tras otro, de una forma que sugirió que le gustaba dejar atrás la jornada lo más rápido posible. En realidad no era una chica, se recordó Jackson, sino una mujer de veintiocho años.

—Recuerdo haber pensado que podía haber sido yo —dijo, metiéndose un cacahuete en la boca, y añadió a modo de disculpa—: No he comido en todo el día, he estado encerrada en un estudio. Supongo que fue egoísta pensar algo así, ¿no?

—No del todo —repuso él.

—En realidad no podía ser yo, porque no estaba en aquella oficina en aquel momento... Lo que quiero decir es que hay algo en esa clase de violencia aleatoria...

—¿Lo fue? ¿Aleatoria? —interrumpió Jackson—. ¿No crees que quizá el tipo pretendía matar a Laura, que ella era su objetivo y no su padre?

Un hombre con esmoquin se sentó a un piano en el rincón y apoyó los dedos sobre las teclas con una fioritura al estilo de Liberace antes de lanzarse a tocar una versión enérgica y florida de *Some Enchanted Evening*.

—Vaya por Dios. —Emma Drake esbozó una mueca y rio—. Quizá había conocido a alguien, no lo sé. Todo el mundo parecía estar de viaje o trabajando en el extranjero. Laura era de las pocas que iba a ir directamente a la universidad después de las vacaciones de verano. Yo estaba en Perú, no me enteré de su muerte hasta pasadas varias semanas. Hizo que fuera peor, de algún modo, pues todos los demás ya lo habían relegado al pasado.

—¿Se te ocurre algún mínimo detalle que nadie mencionara? —insistió Jackson.

Se preguntó si otro Manhattan ayudaría o entorpecería, y si debería animar a una mujer joven a beber alcohol para luego dejarla valerse por sí misma en las malévolas calles de Londres. ¿Iba a hacer eso Marlee, a tener una buena educación, a acudir a la

universidad para acabar con un penoso trabajo en la BBC, bebiendo demasiado y volviendo a casa sola en el metro hasta un piso alquilado en Crouch End? Le propuso a Emma Drake tomar un café y se sintió aliviado cuando aceptó.

—Lo siento, no se me ocurre nada —dijo torciendo el gesto al atacar el pianista un popurrí de Andrew Lloyd Webber—. Supongo que estaba aquel asunto con el señor Jessop.

—¿El señor Jessop?

—Stan. —Frunció más el entrecejo pero no pareció tener nada que ver con *El fantasma de la ópera*—. Su profesor de biología.

—¿Un asunto? ¿Te refieres a una relación?

Ya había visto el nombre de Stan Jessop, estaba escrito en otro de los gráficos de la pared de Theo: «PROFESORES DEL INSTITUTO DE LAURA». Había sido interrogado por la policía dos días después del asesinato de Laura y eliminado de sus investigaciones.

Emma Drake se mordió el labio y meneó el vaso para agitar el resto de su Manhattan.

—No lo sé, tendrías que preguntárselo a Christina; ella era más íntima de Laura que yo. También estaba en la clase del señor Jessop.

—Está en una granja de ovejas en la zona despoblada de Australia.

—¿Ah, sí? —dijo Emma, animándose por un instante—. Es increíble. Todos parecemos haber perdido el contacto. Uno siempre piensa que no pasará, ¿verdad?

Oh, pero sí que pasa, se dijo Jackson; con el tiempo se pierde el contacto con todo el mundo.

Llegó el café y pensó que también debería haberle pedido un bocadillo. ¿Qué comían las chicas como ella cuando por fin llegaban a casa? ¿Comían siquiera las chicas como ella?

—Todos prometimos encontrarnos diez años después del día en que acabamos el instituto —explicó—. Delante del Hobbs Pavilion, hace un par de semanas. Por supuesto, nadie acudió.

—¿Tú sí fuiste?

Asintió con la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Qué estúpida. Me sentí estúpida, ahí de pie, esperando. Nunca pensé que vendría nadie, en realidad no, pero pensé que debía ir, ya sabes, por si acaso. No fue que nadie se presentara, fue que Laura no apareció. Es que... sí, ya sé que está muerta, y no esperaba que apareciera, pero eso lo convirtió en algo real para mí: para Laura no había «dentro de diez años», no había futuro. Todo se paró para ella. Sin más.

Jackson le dio un pañuelo (siempre llevaba pañuelos, la mitad de la gente con que se encontraba parecía acabar llorando).

—¿Y el señor Jessop?

—Era un rumor, en realidad. Laura no era exactamente reservada, pero sí muy

discreta. Dios, hablo como mi madre. No suelo pensar en Laura. Es horrible, ¿verdad? Horrible que acaben olvidándote y que cuando se acuerden de ti hablen con tópicos. Quiero decir que pensé en ella cuando estaba de pie delante del Hobbs Pavilion, porque sabía que había una posibilidad de que los demás acudieran, pero ninguna esperanza de que Laura apareciera. Pero el resto del tiempo... —Se mordió el labio y Jackson quiso detenerla porque iba a sacarse sangre—. Es como si no hubiera existido —concluyó, cansada.

—No era virgen, ¿sabes? —le dijo para tantear el terreno.

Y Emma exhaló un suspiro y dijo:

—Bueno, nadie lo era. No era una santa. Era como todos los demás, era normal.

—Pero no parece que tuviera ningún novio. La policía no interrogó a ninguno.

—La verdad es que nunca salió con nadie. Se acostó con algunos chicos, eso es todo.

¿Era ese un comportamiento normal? ¿Era eso lo que hacían las chicas diez años atrás? Si era así, ¿qué hacían ahora? ¿Y qué harían al cabo de diez años? Cuando Marlee tuviera la edad en que Laura Wyre dejó de existir. Jesús.

—Ella y Josh eran uña y carne, fueron a la escuela primaria juntos. Él nunca me gustó mucho. Siempre fue muy creído. Era muy listo.

—No consigo averiguar dónde está —dijo Jackson.

—Abandonó los estudios. Ahora trabaja de DJ en Amsterdam, por lo visto. Laura perdió la virginidad con él.

—Su padre pensaba que todavía era virgen —reveló, y Emma Drake rio y dijo:

—Los padres siempre piensan eso.

—¿Incluso cuando hay pruebas de lo contrario?

—Especialmente entonces.

—¿Y el señor Jessop? —insistió.

—Oh, nos gustaba a todas. —Emma sonrió al recordarlo—. Era muy guapo, demasiado atractivo para ser un profesor. Laura y Christina estaban en su clase en el último curso de bachillerato. Laura era claramente su favorita, una alumna estrella y esas cosas. No había nada entre ellos, él tenía esposa y un bebé. —(Como si eso detuviera alguna vez a alguien)—. Laura solía hacerles de canguro, y yo iba a veces a hacerle compañía. Laura no creía que se le dieran bien los bebés, pero se llevaba bien con Nina, la hija de los Jessop. A Laura le caía bien su mujer, Kim. Tenían una buena relación. Siempre lo encontré gracioso. Kim era muy ordinaria. —Emma Drake se llevó la mano a la boca, horrorizada—. Por Dios, ¡qué cosa tan horrible acabo de decir, qué esnob! Pero ya sabes qué quiero decir, era una de esas rubias un poco putillas. Era de Tyneside. Ay, madre. Debería callarme.

Esa chica era una mina de información. Y sin embargo nunca la habían interrogado. Tampoco habían interrogado nunca a Kim Jessop.

—Nadie mencionó nada sobre el señor Jessop y Laura por aquel entonces —dijo Jackson.

—Bueno, no tenían por qué hacerlo, si él no fue el tipo loco que la apuñaló, ¿no? En realidad era solo un rumor, nada más que un enamoramiento. Hasta mencionarlo me hace sentir mal.

—Enamorarse de un profesor no es nada fuera de lo corriente. Seguro que a Laura no le importaría que habláramos de ello.

Como si estuviera viva, como si fuera real. A Laura Wyre ya no le importaba nada.

—¡Oh, no! No, no quiero decir que Laura estuviera enamorada, era el señor Jessop quien estaba enamorado. De Laura.

Jackson metió a Emma Drake en un taxi y le dio al conductor veinticinco libras, una cifra ridículamente generosa, para que la llevara a Crouch End y esperara hasta verla entrar en su casa. Y luego se dirigió por medios más baratos a King's Cross y pasó todo el camino a casa contemplando la nada por la ventana.

—Ya está, Jackson, remendado y listo para irse.

Sharon se bajó la mascarilla y le sonrió como a un niño de tres años. Casi esperó que le diera un pin o una pegatina.

—Pida hora para sacar la raíz, ¿de acuerdo?

Jackson pensó que había hablado metafóricamente al mencionar la raíz, que no era una raíz real. Eso imaginó.

Al salir a la calle comprobó su teléfono. Había un mensaje de voz de Josie, pidiéndole que se ocupara de Marlee esa tarde e informándolo de que su hija estaba esperándolo en la oficina. Solo que no estaba. En la oficina no había nadie, y no estaba cerrada con llave. Un mensaje en la puerta en una letra que reconocía pero que no era ni la de Deborah ni la de Marlee decía: «Volvemos en diez minutos». Tuvo que pensar un momento antes de advertir que era la letra de Theo (Dios sabía que la había visto lo suficiente en los últimos días). Esa vez estaba escrito en neutra tinta negra. «Volvemos en diez minutos» no significaba nada cuando no sabías cuándo habían empezado los diez minutos. Sintió una inesperada oleada de pánico: ¿qué sabía en realidad de Theo? Parecía un buen tipo, parecía del todo inofensivo, pero los psicópatas malvados no llevaban «psicópata malvado» tatuado en la frente. ¿Por qué pensaba que Theo era buen tipo?

¿Por qué su hija estaba muerta? ¿Era eso una garantía?

Bajó corriendo por las escaleras y salió a la calle. ¿Dónde estaba? ¿Con Theo? ¿Con Deborah? ¿Sola? ¿Con un desconocido? Había querido comprarle un móvil a Marlee pero Josie se opuso. (¿Desde cuándo era la única que tomaba decisiones sobre la hija de ambos?). Con lo útil que resultaría ahora. Vislumbró a Theo saliendo de la hamburguesería que había calle abajo. Era tan grande que uno no podía pasarlo por

alto. Y Marlee estaba con él. Gracias a Dios. Iba vestida con una faldita minúscula y una camiseta corta; internet estaba llena de fotos de niñas vestidas así.

Se abrió paso a codazos entre una multitud de adolescentes españoles sin intentar ser educado y agarró a Marlee del brazo y le gritó:

—¿Dónde estabas?

Tuvo ganas de pegarle un puñetazo a Theo, aunque no supo por qué, pues era obvio que Marlee estaba bien, atiborrándose de patatas fritas. Probablemente se iría con un desconocido por una sola galletita de chocolate.

—Estoy haciendo de canguro —le dijo Theo—, no corrompiendo menores.

Y Jackson se sintió avergonzado.

—Sí, claro —dijo—, por supuesto. Lo siento, estaba preocupado.

—Theo me está vigilando —explicó Marlee—, y me ha comprado patatas fritas. Me gusta.

Jesús, ¿era así de simple?

—¿Te ha dejado tu madre aquí sin más? —le preguntó a la niña al llegar a la oficina.

—Me ha traído David.

—¿Así que David te ha aparcado aquí?

—Vaya capullo.

—Deborah estaba aquí.

—Bueno, pues ahora no está. —(¿Dónde demonios estaba?)—. Habéis dejado la oficina abierta, así que podría haber entrado cualquiera, y te has largado con un perfecto desconocido. ¿Tienes alguna idea de lo peligroso que puede ser eso?

—¿No conoces a Theo?

—No se trata de eso, sino de que tú no.

A Marlee empezó a temblarle el labio y musitó:

—No es culpa mía, papi.

Y se le encogió el corazón.

—Lo siento, cariño, tienes razón, es culpa mía. —La estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la cabeza. Olía a champú de limón y a grasa de hamburguesa—. La culpa es mía —susurró contra su cabello.

—¿Puedo pasar?

Había una mujer de pie en la puerta con aire vacilante. Jackson soltó a Marlee, que había dejado que la estrujara con resignación.

—Solo vengo a pedir una cita —explicó la mujer.

Entre treinta y cinco y cuarenta años, tejanos, camiseta, chancletas; parecía en forma (imaginó que hacía *kick-boxing*), pero tenía profundas ojeras. Una mujer tipo Sarah Connor. O como aquella enfermera de *Urgencias* a la que todos los hombres desearían tratar mucho mejor de lo que lo hacían sus novios en la pantalla. (Jackson había empezado a ver mucha televisión desde la ruptura de su matrimonio). Había

algo en ella que le resultaba familiar. La mayor parte de las personas que le parecían familiares a Jackson solían acabar siendo criminales, pero ella no parecía una criminal.

—Bueno —dijo indicando con gesto vago la oficina—, podemos hablar ahora, si quiere.

La mujer le echó una ojeada a Marlee y repuso:

—No, creo que pediré una cita.

Y Jackson supo en ese momento que se trataba de algo que no quería saber.

Le dio una cita para el miércoles a las once, «porque no estaré de guardia entonces», y él pensó «enfermera», que era el motivo de que le resultara familiar, porque enfermeras y policías se veían con excesiva frecuencia en el terreno profesional. Le gustaban las enfermeras, y no por las comedias picantes, los calendarios asquerosos o disfraces porno o cualquiera de los motivos habituales, y no las robustas enfermeras auxiliares de enormes traseros y cero imaginación (y había muchas de esas); no, a él le gustaban las que entendían el sufrimiento, las que sufrían, las que tenían ojeras y se parecían a Sarah Connor. Las que entendían el dolor, de la forma en que Trisha y Emmylou y Lucinda lo hacían cuando cantaban. Y quizá cuando no cantaban también, ¿quién sabe?

Esa mujer tenía sin duda algo especial. Un *je ne sais quoi*. Se llamaba Shirley, dijo, y él supo, sin tener que preguntárselo, por qué estaba allí. Había perdido a alguien, lo veía en sus ojos.

—¿Vamos a casa? —preguntó Marlee con un suspiro exagerado, mientras subía al asiento trasero del coche—. Me estoy muriendo de hambre.

—No, no es verdad.

—Sí, sí que lo es. Estoy creciendo —añadió la niña a la defensiva.

—Nunca lo habría dicho.

—El coche huele a tabaco, huele asqueroso, papi. No deberías fumar.

—Ahora no estoy fumando. Siéntate en el otro lado, no detrás de mí.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? —(Porque, si por algún motivo el cinturón de seguridad falla, saldrás volando por el parabrisas, lo que será un poquito más seguro que estamparte contra mí). Marlee se movió hasta el asiento trasero de la izquierda. El asiento de la princesa Diana. La niña puso el seguro de la puerta—. No pongas el seguro, Marlee.

—¿Por qué no? —(Para que sea más fácil sacarte si se incendia el coche.)—. ¿Qué quería esa señora?

—¿La señorita Morrison? —Shirley. Era un nombre bonito—. ¿Te has puesto el cinturón?

—Ajá.

—Di sí, no «ajá». No sé qué quería la señorita Morrison.

Pero sí que lo sabía. Se le veía en los ojos. Había perdido algo, a alguien; una entrada más en el debe del balance de cosas perdidas y encontradas.

El caso más interesante que había tenido en meses había sido el de Nicola Spencer (eso lo decía casi todo); por lo demás todo habían sido cosas aburridas y rutinarias, y sin embargo ahora, de repente, se había hecho en un par de semanas con un asesinato a sangre fría, un rapto que llevaba treinta y cuatro años sin resolverse y con cualquier desdicha fresca que Shirley Morrison estuviera a punto de endilgarle.

Le echó un vistazo a Marlee, que se contorneaba en el asiento de atrás como una Houdini en miniatura. Se agachó y desapareció de su vista.

—¿Qué haces? ¿Aún llevas el cinturón abrochado?

—Sí, estoy intentando llegar a esta cosa que hay en el suelo. —La voz de la niña sonó amortiguada por el esfuerzo.

—¿Qué cosa?

—¡Esto! —exclamó con tono triunfal reapareciendo como un buceador que sale a coger aire—. Es una lata, creo.

Jackson vio por el retrovisor el objeto que Marlee sostenía en alto. Oh, santo Dios, las cenizas de Victor.

—Deja eso, cariño.

—¿Qué es?

Estaba intentando abrir la fea urna metálica y él tendió una mano hacia atrás y se la arrancó de las manos. El coche dio un viraje brusco y Marlee chilló aterrorizada. Dejó la urna a los pies del asiento del pasajero. Julia le había pedido que lo recogiera del crematorio aquella mañana «porque usted tiene coche, señor Brodie, y nosotras no», que a Jackson no le había parecido una razón especialmente válida puesto que él no conoció a Victor. «Pero usted fue la única persona que estuvo en su funeral», insistió Julia.

—¿No vas a echarte a llorar, verdad? —le dijo al espejo.

—No —repuso Marlee muy enfadada. Podía ser como una fuerza de la naturaleza cuando se enfadaba—. Casi has chocado.

—No, no es verdad.

Hurgó en la guantera en busca de caramelos, pero solo encontró cigarrillos y monedas para los parquímetros. Le ofreció el dinero.

—¿Qué hay en la lata? —insistió la niña al tiempo que cogía el dinero—. ¿Es algo malo?

—No, no es nada malo. —¿Por qué no contarle qué había en la urna? Marlee entendía de qué iban la vida y la muerte, había enterrado suficientes hámsters en sus ocho años sobre la tierra, y el año anterior Josie la había llevado al funeral de su abuela—. Bueno, cariño —empezó vacilante—, ¿sabes cuando la gente se muere?

—Me aburro.

—Juguemos a algo, entonces.

—¿A qué?

Buena pregunta, a él no se le daban muy bien los juegos.

—Ya sé, ¿si fueras un perro, qué perro serías?

—No sé. —Pues vaya éxito. Marlee empezó a retorcerse en serio—. Tengo hambre, papá. ¡Papá!

—Ajá, vale, compraremos algo de comer por el camino.

—Di «sí», no «ajá». ¿Por el camino adónde?

—A un convento.

—¿Qué es eso?

—Un montón de mujeres encerradas juntas.

—¿Porque son malas?

—Porque son buenas. Espero.

Bueno, era una forma de mantener a las mujeres a salvo. Meterlas en un convento y ya está. «Métete a monja». El convento olía como todas las iglesias católicas en las que Jackson había entrado: a exceso de incienso y cera de abrillantar. La gente le decía: «el que nace católico muere católico», pero no era cierto, porque llevaba años sin pisar una iglesia salvo para asistir a funerales (bodas y bautizos parecían no formar parte nunca de su agenda social), y no creía en ningún dios. Su madre, Fidelma, había hecho todo lo posible para educarlos en la fe, pero por alguna razón nunca lo había conseguido en su caso. A veces tenía retazos de recuerdos, de la voz de su madre, olvidada hacía tanto. *Anima Christi, sanctifica me.*

Sus padres habían emigrado por algún motivo al norte de Inglaterra, Jackson no supo nunca cómo y por qué. Su padre, Robert, era un minero de la región de Fife y su madre era del condado de Mayo, una unión celta no del todo armoniosa. Jackson y su hermano Francis y su hermana Niamh. Francis llevaba el nombre del padre de su madre y Jackson el de la madre de su padre. No era que su abuela se llamara Jackson, claro, sino su apellido de soltera (Margaret Jackson) y se trataba de una tradición escocesa, le informó su padre.

No sabía por quién (si es que era por alguien) llevaba Niamh su nombre. Era su hermana mayor, un año menor que Francis y cinco años mayor que Jackson. Después del nacimiento de Niamh su madre se había hecho practicante del método Ogino y Jackson había supuesto un añadido imprevisto a la familia, concebido en aquella pensión de Ayrshire. El bebé de la familia.

—¿En qué piensas, papá?

—En nada, cariño.

Los dos cuchicheaban, aunque la hermana Michael, la monja gorda y casi escandalosa en cuya estela se veían arrastrados, tenía una voz retumbante que reverberaba en todo el pasillo.

Sabía por Amelia y Julia que la hermana Michael era una «externa». Había seis externas en el convento, encargadas de las negociaciones con el mundo exterior en

nombre de las «internas»: las que nunca salían, que pasaban sus días, uno tras otro, hasta la muerte, dedicadas a la plegaria y la contemplación. Sylvia era una interna.

Marlee estaba absolutamente fascinada por aquel mundo nuevo.

—¿Por qué tiene la hermana Michael nombre de hombre?

—Se llama así por un santo —explicó Jackson—, Saint Michael.

¿Por qué era Saint Michael una marca registrada de Marks & Spencer? ¿Para que sonaran menos judíos? ¿Sabría la hermana Michael la respuesta? No es que fuera a preguntárselo. Michael era el santo patrón de los paracaidistas. Jackson lo sabía. ¿Era por las alas? Pero todos los ángeles tenían alas. (Y no creía precisamente en la existencia de los ángeles). El pasillo, que daba a otro pasillo, y a otro más, estaba salpicado de estatuas y cuadros: San Francisco y Santa Clara, naturalmente, y múltiples Cristos de ojos desorbitados en la cruz, sangrando y desmadejados. *Corpus Christi, salva me.*

Jesús, había olvidado lo extremo que era todo eso desde el punto de vista físico. O «tonterías sadomasoquistas y homoeróticas» como había resumido Amelia, mordaz. ¿Por qué estaba tan tensa todo el tiempo? Estaba seguro de que no tenía nada que ver con Olivia. O con la muerte de su padre. Sabía que era la cosa más políticamente incorrecta que podía pensar, y Dios sabía que nunca lo habría expresado en voz alta, ni en un millón de años, pero reconozcámoslo, Amelia Land necesitaba que le echaran un polvo.

—Y esta es Nuestra Señora de Cracovia —le estaba explicando la hermana Michael a Marlee, indicando una estatuilla que había dentro de una vitrina—. Fue rescatada de Polonia por un cura durante la guerra. En momentos de crisis nacional, se la puede ver llorar.

Jackson se dijo que habría sido mejor que el cura rescatase a unos cuantos judíos en lugar de una estatua de yeso.

—¿Llora? —preguntó una asombrada Marlee.

—Sí, le caen lágrimas por las mejillas.

Jackson quiso decir «son gilipollices, Marlee, no escuches», pero la hermana Michael se volvió y lo miró y, pese a su cara regordeta y jovial, tenía ojos de monja y los ojos de monja, él lo sabía, podían ver dentro de su cabeza, así que se inclinó con respeto ante la estatua. *Sanguis Christi, inebria me.*

La hermana Mary Luke los estaba esperando, dijo la hermana Michael, y continuó escoltándolos, internándose cada vez más en los complejos pasillos del convento, con el hábito ondeando al avanzar con paso decidido. Jackson recordó que las monjas podían moverse muy rápido sin echar a correr jamás, como si fueran sobre ruedas (tal vez formara parte de su instrucción). Le sorprendía que no hubiera más criminales que utilizaran un hábito de monja como disfraz. Era una distracción perfecta: nadie advertiría nunca su cara, solo verían el traje. No había más que ver a todos los testigos del asesinato de Laura: lo único que cualquiera de ellos había visto era el jersey amarillo de golfista.

Pensó que Julia le había dicho que Sylvia era un galgo, pero quizá lo que había dicho en realidad era que tenía un galgo, porque así era. Estaba sentado pacientemente a su lado cuando se encontraron cara a cara con ella. Estaba a un lado de una reja y ellos al otro, una disposición que le recordó en parte a una celda de detención y en parte a un harén, aunque no supo muy bien de qué parte de su memoria procedía lo del harén. Supuso que Sylvia se parecía a un galgo en que era alta y delgada, pero no era bonita, como habría dicho su padre, sino dentuda y con gafas, mientras que el galgo era un animal elegante y pinto, la clase de perro que se veía en los cuadros medievales, acompañando a una mujer noble en la caza. Tampoco supo muy bien de dónde había sacado esa imagen. Quizá era simplemente que un convento tenía en general un toque medieval. El perro se levantó cuando entraron y lamió con delicadeza los dedos de Marlee a través de la reja.

Franciscanas, se recordó Jackson. «Como una orden *hippy* —había comentado Julia—. Van por ahí descalzas en verano y se hacen sus propias sandalias para el invierno, tienen animales como mascotas y son todas vegetarianas». Amelia y Julia lo habían informado con detenimiento sobre el convento; parecían despreciar de veras la vocación de Sylvia. «No se deje engañar por eso de la superioridad moral —advirtió Julia—. Debajo de toda esa mierda sigue siendo Sylvia». «Solo se trata de una forma de escapismo —añadió Amelia con desdén—. No tiene que pagar facturas o pensar de dónde va a salir su próxima comida, nunca tiene que estar sola». ¿Era por eso que Amelia torcía tanto el gesto, entonces, porque estaba sola? Pero ¿no había mencionado algo Julia sobre un tal «Henry»? Se le hacía difícil imaginar a Amelia en los brazos de un hombre. Quienquiera que fuese Henry, no estaba haciendo eso por Amelia. (¿Cuándo había dejado de llamarla «señorita Land» y había empezado a llamarla «Amelia»?).

Amelia dijo que casi nunca iba a ver a Sylvia pero que mantenían una correspondencia intermitente, un poco por obligación, «aunque Sylvia no tiene lo que se dice mucho sobre lo que escribir, solo rezos, rezos y más rezos, y por supuesto hace también muchas cosas a las que en cualquier otro sitio llaman tareas domésticas: hornea obleas y almidona las vestiduras de los curas, esa clase de cosas. También se ocupa mucho del jardín y teje prendas para los pobres», añadió con desprecio, y Julia dijo: «Se está inventando lo de tejer», y Amelia contestó: «No, no es cierto», y Julia insistió: «Sí, sí que lo es, yo la he visitado bastante, ¿sabes?», y Amelia dijo: «Eso fue cuando preparabas una audición para hacer de monja en *Sonrisas y lágrimas*», y Julia repuso: «No, no es cierto», y Jackson intervino, cansado: «Oh, cállense ya, las dos», y ambas se volvieron y lo miraron como si lo vieran por primera vez. «Bueno —concluyó—, en serio, conténgase un poco», y se preguntó cuándo habría empezado a hablar como su madre.

—Bueno, ha sido interesante —comentó, dirigiéndose a Marlee a través del retrovisor.

Tenía pinta de estar quedándose dormida. La hermana Michael se la había llevado a comer después de que conociese al perro de la hermana Mary Luke (*Jester*; pese al nombre de perro de carreras, era adoptado). Las demás internas habían revoloteado en torno a Marlee como si nunca hubiesen visto una niña, y ella pareció más que encantada con las tostadas con judías, el bizcocho y el helado que sacaron para ella. Si le hubiesen dado patatas fritas, probablemente habrían tenido en sus manos a una conversa de por vida.

—No le menciones a tu madre que te he llevado a un convento.

En realidad no había sido tan interesante. Sylvia sabía que él iba a verla porque Amelia la había llamado para explicarle que Jackson estaba investigando de nuevo la desaparición de Olivia, aunque no le contó qué era lo que le había inducido a ello. Cuando la hermana Michael se llevó a Marlee, Jackson había sacado el ratón azul que llevaba embutido («enclaustrado») en el bolsillo para enseñárselo a Sylvia. Quería contar con el factor sorpresa; recordaba haber oído decir a Julia que Amelia se había desmayado al verlo, y Amelia, después de todo, no era de las que andaban desmayándose por ahí. Sylvia observó el ratón azul con los labios secos y finos muy apretados, y sus ojos pequeños y marrones no vacilaron. Al cabo de unos segundos dijo: «El Ratón Azul», y pasó un dedo a través de la rejilla. Jackson se lo acercó y ella tocó el cuerpo viejo y blando con ternura. Una lágrima le corrió en silencio por la mejilla. Pero no, no lo había visto desde el día de la desaparición de Olivia y ni siquiera podía imaginar por qué iba a estar entre las pertenencias de su padre.

—Papá y yo nunca estuvimos muy unidos —concluyó.

—El bizcocho estaba bueno —comentó Marlee soñolienta.

Le sonó el móvil. Observó el número —el de Amelia y Julia— y gimió. Dejó que el buzón recogiera el mensaje, pero al escucharlo se sintió tan alarmado por lo que oía que tuvo que detener el coche en el arcén para volverlo a escuchar. Amelia sollozaba, profiriendo unos lamentos primitivos, esenciales, presa del dolor y el desaliento más puros. Se preguntó si Julia habría muerto. Supuso que no le quedaba otra opción que llamarla.

—Respire, Amelia, por el amor de Dios. ¿Qué ocurre? ¿Se trata de Julia? —Pero ella tan solo respondió:

—Por favor, Jackson. —(¿Jackson? Nunca la había oído llamarlo así. Sonaba demasiado íntimo para su gusto)—. Por favor, Jackson, venga; le necesito.

Y entonces la comunicación se cortó, o ella colgó, probablemente, de manera que tendría que acercarse a Owlstone Road a ver qué había pasado (no se trataría de Julia,

¿no?).

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, cariño; solo que daremos un pequeño rodeo antes de volver a casa.

A veces le parecía que su vida entera era un rodeo.

—Hemos ido a un convento —exclamó Marlee al entrar por la puerta.

—¿Un convento? —contestó David Lastingham riendo, y la cogió en brazos al pasar para abrazarla.

Jackson se dijo: «Esperaré a que la deje y entonces lo tumbaré», pero Josie salió de la cocina, con un delantal puesto, por el amor de Dios. Jamás la había visto con un delantal.

—¿Un convento? —repitió—. ¿Qué hacíais en un convento?

—Tenían bizcocho —dijo Marlee.

Josie lo miró en busca de una explicación, pero él se limitó a encogerse de hombros y decir:

—Tienen esas cosas.

—Y el perro estaba muerto —añadió de pronto Marlee, alicaída al recordarlo.

—¿Qué perro? —preguntó Josie con aspereza—. ¿Has atropellado un perro, Jackson?

—No, mamá —repuso Marlee—. El perro era viejo y ahora está feliz en el cielo. Con todos los demás perros muertos. —La niña parecía a punto de llorar otra vez (había habido ya un montón de lágrimas) y Jackson le recordó que también habían visto un perro vivo—. *Jester* —recordó Marlee alegremente—. Estaba en una cárcel con una monja y tenían una estatua que lloraba, y papá tiene una lata en el coche con un hombre muerto dentro.

Josie le dirigió una mirada indignada.

—¿Por qué tienes siempre que sobreexcitarla tanto, Jackson? —Antes de que él pudiera decir nada, se volvió hacia David—. ¿Quieres llevarla arriba, cariño, y meterla en la bañera?

Jackson esperó a que Marlee y David —el usurpador en su vida, el hombre que ahora se ocupaba de la rutina de su hija a la hora de acostarse y que se follaba a su mujer— hubiesen desaparecido escaleras arriba antes de decir:

—¿De verdad te parece sensato eso?

—¿Sensato? ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de dejar a un hombre al que apenas conoces con tu hija desnuda. Nuestra hija desnuda. Oh, y por cierto, ¿te parece de verdad buena idea dejarla vestirse como una niña prostituta?

Rápida como una serpiente, le dio un puñetazo en la cara. Él se tambaleó, más de asombro que de dolor —fue un golpe un poco de nena—, porque ni una sola vez durante su matrimonio se habían mostrado violentos el uno con el otro.

—¿Por qué coño has hecho eso?

—Porque eres un asqueroso, Jackson. Ese es el hombre con el que vivo, el hombre al que amo. ¿De verdad crees que viviría con alguien a quien no pudiese confiarle a mi hija?

—Te asombraría saber cuántas veces he oído eso.

David Lastingham debió de haberlos oído gritar, porque bajó corriendo las escaleras chillándole:

—¿Qué le estás haciendo a Josie? —Lo que a Jackson le pareció bien gracioso.

—Te ha acusado de abusar de Marlee —explicó amablemente Josie.

—¿Abusar? —preguntó Jackson con desdén—. ¿Es así cómo lo llama la clase media?

Pero para entonces David Lastingham había llegado al pie de las escaleras y le lanzó un gancho de derecha desgarrado pero furibundo que no vio venir pero desde luego sintió; de hecho, habría jurado que oyó cómo se le partía el pómulo. Se dijo: «Ya está, ahora es cuando lo mato», pero Marlee apareció de pronto en lo alto de las escaleras y dijo:

—¿Papi?

Josie le espetó:

—Lárgate de nuestra maldita casa, Jackson, y, oh, por cierto, no te lo había dicho, pero nos vamos a vivir a Nueva Zelanda. Iba a sentarte delante de una taza de té y contártelo con delicadeza, pero no lo mereces. A David le han ofrecido un empleo en Wellington y ha aceptado, y nosotras nos vamos con él. Ahí lo tienes, Jackson, ¿qué te parece?

Aparcó el Alfa en uno de los garajes de alquiler al final del sendero, experimentando la habitual culpa momentánea ante el ruido del tubo de escape. Pensaba en Sylvia, entregando su vida para encerrarse en aquel sitio. Sabía más de lo que decía, estaba seguro. Pero en ese momento no quería pensar en Sylvia, sino en un baño caliente y una cerveza fría. Estaba furioso por haber dejado que David Lastingham le diera un puñetazo. Estaba pensando que el día no podía irle mucho peor, aunque sabía por experiencia que los días siempre pueden ir a peor, y para probar su tesis una figura oscura surgió de entre las sombras detrás del garaje y lo golpeó en la cabeza con algo que se parecía horriblemente a la culata de una pistola.

—Sí, pero de verdad que deberías haber visto al otro tipo —bromeó débilmente, pero Josie no rio.

Su exmujer olía a fruta y a sol, y se acordó de la expedición en busca de moras que habían planeado. Tenía arañazos en los morenos antebrazos, como si se hubiese peleado con unos gatos.

—Grosella espinosa —explicó ella cuando se lo señaló.

—Lo siento —dijo Jackson—, han encontrado mi tarjeta de donante, y apareces tú como mi pariente más cercano. Solo ha sido una conmoción cerebral leve, no tendrían que haberse preocupado.

—Estuviste ahí tirado la mayor parte de la noche, Jackson. Tuviste suerte de que hiciera calor, imagínate si llega a ser en invierno.

Se lo dijo con tono acusador en lugar de compasivo, como si fuera culpa suya que lo hubiesen atacado. En realidad le encantaría ver al otro tipo porque estaba bastante seguro de haberle hecho daño a su vez. Había tenido suerte, pues reaccionó rápido y se movió intuitivamente al ver a la figura echársele encima, lo bastante para desviar el golpe de forma que le produjo una conmoción en vez de aplastarle el cráneo como un huevo. Y consiguió dar un golpe a su vez, aunque nada que se considerase un buen gancho de derecha o una patada circular, o cualquiera de los movimientos más refinados que le habían enseñado en un momento u otro; más bien había sido la respuesta bruta automática del tipo duro que sale a emborracharse un sábado por la noche, y le había dado al otro un cabezazo en plena cara. Aún podía oír el chasquido de la nariz al conectar su frente con el blando tejido. No le había sentado muy bien a su conmoción, por supuesto, y debía de haberse desmayado en ese punto, porque lo siguiente que recordaba era al lechero tratando de despertarlo poco antes del amanecer.

Josie lo llevó a casa.

—Quieren que alguien se quede conmigo veinticuatro horas —le dijo él con tono de disculpa—, por si vuelvo a sumirme en la inconsciencia.

—Bueno, pues tendrás que encontrar a otro —repuso ella deteniéndose al final del sendero, sin siquiera llevarlo hasta la casa.

Jackson comprendió que aún esperaba una compasión que no iba a obtener. Salió con torpeza del asiento del Volvo. Todos los huesos de su cráneo parecían haber cambiado de sitio, como placas tectónicas que se deslizaran unas contra otras. Cada movimiento le reverberaba en toda la cabeza. Se sentía gravemente herido.

Josie bajó la ventanilla para hablarle. Por un instante pensó que iba a asomarse y lanzarle un conyugal beso de despedida o que se ofrecería para quedarse y cuidarlo, pero en lugar de eso le dijo:

—A lo mejor va siendo hora de que te busques otro pariente más cercano, Jackson.

Cuando llegó a casa, sentó al Ratón Azul en la repisa de la chimenea. Había sabido que tarde o temprano empezaría a sacarle provecho a aquella maldita cosa. Dejó la urna de Victor (había olvidado devolvérsela a Amelia y Julia en medio de toda aquella histeria) entre el Ratón Azul y el único adorno en la chimenea, un pozo de los deseos de cerámica barata que llevaba escrito en un lado «Recuerdo de

Scarborough». Tras la separación, las propiedades conyugales se habían dividido como Josie consideró justo: Jackson se llevó su «basura» (el término de ella para describir sus discos compactos de *country* y el pequeño souvenir del pozo) y Josie se llevó todo lo demás. Quizá el Ratón Azul lo vigilaría, visto que no había nadie más. Se tragó dos de los analgésicos que le habían dado en el hospital (aunque lo que él quería era morfina) y se tendió en el sofá a escuchar a Emmylou cantar *From boulder to Birmingham*, pero sentía tanto dolor que ni siquiera Emmylou podía curarlo.

Caroline

Caroline echó un vistazo a sus hijastros en el asiento de atrás del Discovery y dio gracias a Dios por el hecho de que no fueran a su escuela. Asistían a un pequeño colegio privado en medio de la nada, donde hacían un montón de deportes al aire libre y hablaban en francés todos los miércoles. En principio no había nada de malo en eso, por supuesto, y habría resultado interesante aplicar semejante régimen al currículum de algunas de las escuelas marginales en que solía enseñar. Hacía solo dos años, pero parecía que hubiese sido otra vida. Otra vida más. ¿Cuántas veces se podía mudar la piel? Hannah y James le hacían carotas a través del retrovisor, de forma que o eran increíblemente estúpidos y no pensaban que pudiese verlos o no les importaba un comino. Fuera como fuese, eran endogámicos. Rowena, la madre de Jonathan, hablaba todo el tiempo de «buena crianza» porque tenía un establo de caballos de caza (unas bestias grandes y aterradoras), pero a veces le parecía que estaba aplicando el concepto a su propia familia, y Caroline deseaba señalarle que la selección natural conducía a una especie vigorosa mientras que la «buena crianza» tenía como resultado defectos congénitos, críos pálidos y rubios que hablaban francés los miércoles y cuyos rostros inexpresivos, como los de los niños de *El pueblo de los malditos*, sugerían una estupidez latente, en la opinión profesional de Caroline.

Después de la boda, Rowena se mudó a la «casa de la viuda», una pequeña vivienda de la finca, a la que siempre se refería como «mi cabaña» pese a que tenía cuatro habitaciones y dos salas de estar. Tenía buen cuidado de «no interferir», lo que significaba que interfería constantemente pero a espaldas de Caroline. Aunque ofrecía una buena fachada: en la boda había esbozado una sonrisa benigna como alguien que se chutara Valium y lo había pagado todo, la carpa, el cuarteto de cuerda, los lacayos de guante blanco, el salmón frío y el venado asado, los grandes jarrones de lirios blancos a los que alguien había olvidado por desgracia quitar los estambres, de modo que los invitados padecieron una continua lluvia de polen. Y nadie mencionó que era una boda por lo civil, o que era un segundo matrimonio, pese a que los retoños del primero hicieron notar su presencia, correteando por ahí como ratas transformadas en niños, con unos atuendos de satén blanco que no habrían estado fuera de lugar en la sentenciada corte de Luis XVI.

Habían llegado de Buenos Aires en avión unos días antes de la boda y ya no volvieron a irse porque Jemima —la primera esposa— había decidido que deberían tener una educación inglesa y Jonathan había estado de acuerdo. Y a Caroline no le había importado en realidad porque (y sí, comprendía la ironía) era genial con los niños, motivo por el cual era tan buena en su trabajo, y las dos cosas no iban necesariamente de la mano, pues conocía a un montón de profesores que veían a los

niños como una molesta consecuencia de la profesión en lugar de su razón de ser. Solo que no había esperado que Hannah y James fueran unos pequeños cabrones.

Era el día libre de la *au pair*, de forma que Caroline se había ofrecido voluntaria para irlos a buscar al colegio. La *au pair* era una chica española llamada Paola, y Caroline trataba de animarla con Rioja y comprensión porque parecía siempre a punto de irse. Y quién podía culparla, atrapada en medio de la nada con un clima asqueroso y dos mocosos malévolos sacándola de quicio todo el tiempo. Ni siquiera se molestaban en pronunciar correctamente su nombre, y la llamaban «Powla»; ella no paraba de corregirlos, prolongando de forma exótica las vocales como en un bostezo de gato, y aun así insistían en decir «Porla» con sus vocecitas pijas y tensas. Habían vivido los últimos dos años en un país de habla hispana, por el amor de Dios, y ni siquiera podían decir «Buenos días», o si podían, se negaban a hacerlo.

Su escuela pequeña y estrecha de miras tenía ocupados a los niños más horas que la del pueblo. Ella había acabado de trabajar hacía más de una hora, pero Hannah y James tenían toda clase de actividades extraescolares añadidas al final de la jornada: clarinete y criquet, piano, «voz» (como si no tuvieran una), baile folk (Jesús) y esgrima; la primera vez que mencionaron la esgrima se había quedado sin habla. Le habría gustado dejarlos caer —preferiblemente desde gran altura— en una clase en Toxteth o Chapelton y comprobar para qué les servía allí la esgrima.

Pasaron ante la escuela del pueblo y oyó soltar bufidos a James. Lo había oído referirse a los niños del pueblo como «palurdos y bufones», y casi lo había abofeteado. Sospechaba que en su lento cerebro de varón los palurdos bufones bufaban, motivo por el cual siempre soltaba bufidos burlones cuando pasaba cerca de las clases bajas. No estaba segura de poder contener la violencia hacia él mucho tiempo más.

Había sido una coincidencia que a la directora de la escuela le tocara jubilarse justo después de que volvieran de la luna de miel. Había sido fácil conseguir el puesto. Las referencias de Caroline sobrepasaban con mucho cualquier cosa que pudieran pedirle en una escuela de pueblo de tres aulas, y se sintió completamente a gusto al cabo de solo unos días de la vuelta de Jersey, que era donde habían pasado una semana de luna de miel, en el Atlantic, en una habitación con vistas al mar que daba a la bahía de Saint Ouen, aunque habían visto bien poco el mar puesto que se habían pasado la mayor parte del tiempo en la cama.

—Oh, el Atlantic —comentó Rowena a su regreso—, qué hotel tan encantador. ¿Qué habéis hecho toda la semana?

—Oh, ya sabes —contestó Jonathan—, el zoo, el sitio de las orquídeas, un paseo hasta La Corbière, un té en el Secret Garden...

Y Rowena tenía una sonrisa tan satisfecha en la cara ante aquel soporífero itinerario burgués que Caroline estuvo a punto de decir: «En realidad, Rowena, todo lo que hemos hecho ha sido follar como locos».

—¿Así que vas a trabajar después de la boda? —le había preguntado Rowena en

la atmósfera mal ventilada de la carpa.

—Sí —contestó, y no le pareció necesario entrar en detalles.

El cuello del traje de seda salvaje color crema de Rowena tenía una mancha naranja oscuro de polen, y confió en que los de la tintorería tuviesen muchas dificultades para eliminarla.

Todo el mundo en el pueblo comentaba que el trabajo de directora de la escuela debía de ser muy duro, pero no podría haber sido más fácil. Los alumnos eran niños de campo dulces y agradables; solo tenía un caso leve de déficit de atención, un par de críos algo mezquinos, un pequeño gilipollas, y según las estadísticas tenía que haber al menos un niño o una niña víctima de abusos, pero aún no lo había identificado. Casi todos estaban al día con la lectura (un milagro), organizaban juegos anticuados en el recreo y sus vidas seguían un calendario agrícola, de modo que el festival de la cosecha era un auténtico festival de la cosecha y alguien apareció con un auténtico corderito vivo y coleando el día que tocaba traerse algo de casa para exponerlo en clase. Hasta había un mayo en la plaza del pueblo en torno al que bailaban los niños, inocentes ante todas sus connotaciones fálicas. Le encantaba el trabajo y confiaba en que pudiese conservarlo si se divorciaba, porque todo era tan feudal allí que probablemente dependía del señor de la heredad, que a efectos prácticos parecía ser Jonathan. No era que tuviese intención de divorciarse, pero costaba creer que aquello pudiese continuar para siempre; nada más lo hacía, así pues, ¿por qué iba a hacerlo eso? Y una no podía ir siempre un paso por delante. No importaba cuánto tiempo permanecieras perdida, tarde o temprano te encontrarían.

Y le sería imposible vivir ahí y no trabajar. ¿Qué iba a hacer todo el día? Jonathan se inventaba cosas que hacer. Siempre andaba entrando y saliendo de las oficinas de la granja o cabalgando por las colinas, observando los campos y cercados, pero tenía un capataz que dirigía la granja y todo marcharía igual de bien si nunca se acercara a las oficinas o le echara un vistazo a un cercado. Salía muchas veces con la escopeta y mataba algo como si eso constituyese de algún modo una parte importante de llevar una granja, pero en realidad lo hacía tan solo porque le gustaba disparar (o matar). Era buen tirador y buen profesor, y Caroline descubrió que ella tenía cierto talento con las armas. No le disparaba a nada vivo como hacía Jonathan, tan solo a blancos y palomas de barro y latas puestas sobre muros. Le gustaban las armas; le gustaba sopesarlas en los brazos y ese instante de elegancia y aplomo justo antes de apretar el gatillo en que sabías que tu puntería iba a ser certera. Era asombroso que una pudiese andar por el campo (aunque fuera un campo de tu propiedad) blandiendo armas letales y que nadie la detuviera.

Cuando no estaba fingiendo que dirigía la finca o disparándole a algo más pequeño e indefenso que él mismo, Jonathan salía a montar alguno de los caballos de caza de su madre. Todo el mundo estaba preguntándole siempre a Caroline:

«¿Montas?», y no podían creerla cuando les decía que no. Rowena era una «maravillosa amazona» (como si fuese una guerrera) y Jemima se había pasado la mayor parte de su matrimonio a lomos de un caballo, al parecer. A la gente le costaba creer por lo visto que Jonathan fuera a casarse con alguien que no distinguía un copete de un espolón, pero en realidad le importaba un carajo que a ella le gustaran o no los caballos. Esa era una de las cosas realmente buenas que tenía Jonathan: le era totalmente indiferente cualquier cosa que ella hiciera; de hecho, le era bastante indiferente lo que hiciera cualquiera. Ahí había un eslabón perdido, sin duda, una ausencia de vínculo social; en otra vida quizá lo habrían tildado de psicópata. Había psicópatas en todas partes, y no andaban necesariamente matando y violando por ahí y ejerciendo el oficio de asesinos en serie. Tendencias psicópatas, eso era lo que habían dicho que tenía Caroline; bueno, no Caroline, por supuesto, sino la persona que era antes. Lo consideraba un serio error de diagnóstico. James sí que era en cambio un sociópata; eso le hacía a uno la buena crianza.

Jemima, su madre, los había visitado el verano anterior. Era una pieza perfecta de porcelana inglesa que se llevaba a las mil maravillas con Rowena, perfectamente familiarizada con cinchas y latiguillos, con las vacas de Devon y el problema con el «prado de arriba»; Caroline no sabía siquiera que tuvieran un prado de arriba, y mucho menos un problema con él.

—Así que te divorciaste... y ¿por qué exactamente? —le preguntó a Jonathan, aferrada a él en un sudoroso abrazo posterior al coito, mientras a menos de un kilómetro Jemima posaba la delicada cabeza rubia sobre la almohada húngara de plumón de oca de ciento veinte libras en uno de los tres dormitorios de invitados de la casa de su suegra.

—Oh, Dios —se quejó Jonathan—. Jem era aburridísima. No sabes cuánto, Caro —y soltó una risa lasciva y la hizo darse la vuelta y la penetró por detrás; podía decirse de él lo que fuera, pero tenía aguante, y cuando estaba medio ahogándose en sus propias almohadas (algo más baratas, pero solo un poco) se preguntó si Jemima se habría dejado dar por el culo y se dijo que probablemente no, pero nunca se sabía con las chicas pijas, pues eran capaces de toda clase de depravaciones que las palurdas bufonas ni siquiera sospechaban.

Habían pasado la luna de miel en Jersey porque Caroline se dio cuenta, más bien tarde, de que no tenía pasaporte. A Jonathan no le importó, pues ningún sitio que no fuera el norte de Yorkshire le interesaba en exceso. Podía haber conseguido un pasaporte, pues tenía una partida de nacimiento, a nombre de Caroline Edith Edwards. Pensaba que «Edith» era probablemente el nombre de una abuela, porque era anticuado para alguien nacido en 1967. «Caroline Edwards» tenía seis años menos que Caroline, aunque, por supuesto, jamás había llegado a tener su edad. La otra Caroline había muerto antes de que ella cumpliera los cinco años; según su lápida «se la llevó un ángel», aunque el certificado de defunción aseguraba que había sido una prosaica leucemia la que acabó con ella. Caroline había visitado la tumba, en

Swindon, y dejado en ella un ramito de flores, solo para agradecerle a Caroline Edith Edwards el regalo de su identidad, aunque fue más arrebatada que donada.

Cuando por fin llegaron de vuelta a la casa eran casi las cinco y media y Hannah y James empezaron a exigir de inmediato algo de comer. Paola estaba sentada a la mesa de la cocina, con aspecto taciturno, pero al verlos se levantó y empezó a hurgar en la nevera en busca de *minipizzas* y Caroline tuvo que decirle que se sentara y no hiciera nada porque era su día libre. Aunque no tenía precisamente muchos sitios a los que ir. A veces salía a dar un paseo, pero era de Barcelona y no sentía afinidad alguna con aquel campo húmedo y verde. Otras veces Caroline la llevaba a la parada del autobús de camino al colegio, y se pasaba el día recorriendo alicaída Richmond o Harrogate, pero la vuelta a casa era un problema. Lo más frecuente era que se quedara simplemente en su habitación. En un par de ocasiones Caroline le había dado dinero para irse a Londres a pasar el fin de semana porque parecía conocer allí a cientos de españoles. A Caroline la aterrizzaba que no volviera; Paola era lo más parecido que tenía a una amiga, una persona más intrusa todavía que ella. Hacía mucho ya que Gillian se había ido como voluntaria a Sri Lanka, y Caroline deseó haberlo hecho ella también.

Rowena no le veía sentido a tener una *au pair* y constantemente encontraba maneras de fastidiar a Paola. «Los niños no están en casa en todo el día —le decía a Caroline—. No tienes un bebé». Esa declaración entrañaba una pregunta invisible. ¿Planeaba tener un bebé? Rowena no quería que la línea de sangre de los Weaver se viera diluida por el ADN sospechoso de Caroline. («¿A qué se dedicaba exactamente tu padre, querida?»). El padre de Caroline Edith Edwards era carnicero, pero eso habría sido demasiado para Rowena, de manera que dijo algo impreciso sobre contabilidad). No necesitaban un bebé; tenían un heredero y Hannah serviría de recambio. Formaban una familia completa: dos adultos y dos niños, cuatro esquinas del cuadrado, sólido, como la torre del homenaje de un castillo. No había espacio para nada más, no había espacio para el bebé del tamaño de una pulga que estaba incubándose en ese momento en el vientre de Caroline. Jonathan probablemente se pondría como loco de alegría. ¿Cuántas veces iba a cometer el mismo error en su vida? La idea era que se te permitía cometer un gran error y entonces rectificarlo y no volverlo a cometer. Y, de todas formas, qué importaba que lo rectificaras o no, porque te seguiría para siempre, adonde fueras, hicieras lo que hicieras; siempre habría una esquina en alguna parte que doblarías y verías a aquel bichito tendido en el suelo, el bichito que había llorado hasta sumirse en el olvido del sueño. El bichito con los pantalones de peto Osh-Kosh nuevos.

A John Burton empezaba a ralearle el cabello, se le estaba formando en la coronilla el

leve esbozo de una tonsura de monje. Caroline se enterneció al advertir aquella pequeña calva. Lo absurdo de la pasión no dejaba de asombrarla. Estaba arrodillado ante el altar haciendo algo que supuso religioso, pero al acercarse advirtió que estaba barriendo el suelo con un cepillo y una pala. Soltó una risa avergonzada al verla y dijo:

—La señora que limpia la iglesia está de vacaciones.

—¿Dónde? —Le encantó su forma de decir «la señora» en lugar de «la mujer».

—En Mallorca.

—¿Le paga?

—Sí, por supuesto —respondió él con expresión de asombro.

—Pensaba que las iglesias estaban llenas de mujeres que hacían cosas por pura devoción, como arreglar flores y pulir los dorados y esa clase de cosas.

—Me parece que está pensando usted en el pasado —dijo él—. O en un programa de televisión.

Caroline se sentó en el primer banco y dijo:

—No me vendría mal un cigarrillo.

Él se sentó a su lado, con el cepillo y la pala todavía en la mano.

—No sabía que fumara.

—No fumo. En realidad no.

Él llevaba unos pantalones de párroco, negros, anodinos y baratos, una camiseta blanca y un viejo cardigan gris que sintió deseos de acariciar como si fuese un animal. Incluso cuando iba de paisano parecía un párroco. No podía imaginárselo con tejanos o traje. No creía que tuviese idea de lo que sentía por él. Si se lo contaba, echaría por tierra su inocencia. Por supuesto, en realidad no lo conocía de nada. Pero ¿qué diferencia había? Quizá no fuera la persona adecuada para ella (era obvio que no) y no podía olvidar el hecho de que estaba casada (pero ¿y qué, en realidad?), aunque sin duda no había solo una media naranja para cada uno en el mundo, ¿no? Si la había, las probabilidades de que te toparas con ella alguna vez eran abrumadoramente bajas, y conociendo su suerte, incluso si se topaba con ella era probable que no se diera cuenta de que lo era. ¿Y si la persona que tenías destinada vivía en una chabola en Ciudad de México o era un prisionero político en Birmania o uno de los millones de personas con que era improbable que se estableciera nunca una relación? Como un párroco anglicano prematuramente calvo en una iglesia rural del norte de Yorkshire.

Se sintió de pronto al borde de las lágrimas.

—Mi *au pair* va a dejarme —dijo.

Oh, qué patético debió sonarle eso. En una escala de paz mundial y pobreza en el Tercer Mundo, ¿qué lugar ocupaba una *au pair* española desgraciada? Pero él fue amable, como supo que sería.

—Lo siento —dijo, como si lo hiciera de verdad, y permanecieron sentados en silencio mirando el altar y oyendo tamborilear la lluvia de verano en el antiguo techo

de pizarra.

Amelia

Julia entró con un cubo lleno de carbón en la sala de estar, escoltada por un renqueante *Sammy*.

—No puedo creer que Victor nunca pusiera calefacción central —jadeó, y dejó caer el cubo de forma que salpicó la alfombra de polvo y minúsculos trocitos de carbón como azabache en bruto.

—Acabo de limpiar —repuso Amelia frunciendo el entrecejo.

—Eso será lo que escribirán en tu lápida —dijo Julia.

—Oh, no me digas, ¿y lo harás tú?

—Dios, me muero de ganas, ¿tú no? —comentó Julia.

—¿A qué te refieres exactamente? —quiso saber Amelia.

—Dos semanas de celibato a la fuerza desde que llegamos. Me está volviendo loca, de verdad que sí. Tengo que hacerme pajas cada noche.

—Oh, Julia, por el amor de Dios, no seas tan ordinaria, qué mal gusto.

Amelia odiaba esa palabra: los pizarreros y albañiles la utilizaban constantemente, y también las peluqueras, chicas que eran como tíos. «Serás pajero», se gritaban unos a otros en el aula.

—¿Cómo lo llamarías, entonces? —quiso saber Julia.

—No sé... proporcionarse placer en solitario.

Hizo que Julia casi se cayera de risa.

—Jesús, no me digas que tú no lo haces, Milly, todo el mundo lo hace, es normal; estoy segura de que sí lo haces y piensas en Henry... oh, no, no piensas en Henry, ¡puesto a que piensas en Jackson! —Julia pareció especialmente satisfecha con esa idea. Su hermana tuvo ganas de darle una bofetada—. Sí que lo haces, ¿verdad, Milly? ¡Te toqueteas pensando en Jackson!

—Eres repugnante, Julia. Insultante y repugnante.

Supo que estaba tan roja como sus leotardos, que se había puesto especialmente por si Jackson aparecía ese día porque había parecido prendado de ellos en el funeral de Victor. Al despertar esa mañana se había sentido como si le fluyera miel caliente en las venas y pensó que acudiría a visitarlas, y se puso un poco del maquillaje de Julia y se soltó el cabello porque se veía más joven y preparó una jarra de café y calentó los cruasanes duros que Julia había comprado el día anterior. Y cogió unas flores en el jardín (difíciles de encontrar entre las malas hierbas) y las puso en un jarrón para que Jackson viera al mirarla que era una mujer. Pero él no había venido, por supuesto; nunca había tenido la más mínima intuición, femenina o de cualquier otra clase. Solo se había hecho ilusiones.

—Milly tiene un novio nuevo, pobre viejo Henry, a Milly le gusta Jackson —

canturreó Julia como si volviese a tener ocho años.

Una parte de Julia siempre tendría ocho años, al igual que una parte de Amelia siempre tendría once, la edad que tenía cuando el mundo se detuvo.

—¿Cuántos años tienes, Julia?

—No tantos como tú.

—Me voy de esta habitación para no pegarte.

Se echó agua fría del grifo de la cocina en las mejillas. Aún oía las carcajadas de Julia en la sala de estar; si volvía a empezar iba a arrancarle la cabeza. Pero Julia no lo dejó estar y la siguió a la cocina.

—Jesús, Milly, qué estirada eres. No puedo imaginar qué hacéis Henry y tú en la cama.

Tampoco podía imaginarlo Amelia porque, por supuesto, Henry no existía. Era una invención salida de la nada, nacida de la desesperación ante las constantes burlas de Julia con respecto a su celibato y su insistente ofrecimiento (horror) de «liarla» con alguien.

—Ya estoy liada con alguien, gracias —le había dicho con irritación a Julia tras un interrogatorio íntimo más de su hermana—. Un colega del departamento.

Y el primer nombre de hombre que se le ocurrió fue «Henry», que era como se llamaba el perro del vecino de abajo, un horrible pequinés cuyos ojos parecían a punto de saltarle de la cabeza.

—Si Henry fuera un perro, ¿de qué clase sería? —había preguntado Julia como era de esperar.

—Pequinés —contestó Amelia sin pensar.

Y Julia había fruncido el entrecejo y contestado:

—Oh, pobre Milly.

Desde entonces, el Henry ficticio se había hecho gradualmente con una personalidad. Era un poco calvo y barrigón, bebedor de cerveza y no de licores fuertes, y mucho tiempo atrás había tenido una esposa que murió de cáncer y a la que había cuidado con devoción en su casa. Henry no tenía hijos pero sí un gato atigrado, *Molly*, que era buen cazador de ratones. Mentir, descubrió Amelia, consistía básicamente en los detalles.

Henry y Amelia llevaban una reposada relación ficticia que giraba en torno a teatros, cines de arte y ensayo, restaurantes italianos, *pubs* de campo y tonificantes paseos. Habían pasado dos fines de semana fuera, uno en las colinas de Mendip y otro en el norte de Devon, y ella se había documentado cuidadosamente en Internet sobre ambos lugares por si Julia sentía curiosidad por la geografía y la historia, aunque por supuesto solo quiso que le hablara de la comida y el sexo. («Oh, vamos, Milly, no seas remilgada»). Era importante no hacer que Henry resultara demasiado interesante porque Julia podía desear conocerlo, de forma que el sexo era «un poco rutinario» pero aun así «agradable», una palabra que a Julia le repugnaba. Recientemente, Amelia había revelado que Henry era un entusiasta del golf, un

pasatiempo que garantizaría la indiferencia de su hermana.

Henry había tenido tanto éxito con Julia que Amelia lo había introducido también en su puesto de trabajo. Le servía de útil antídoto para las miradas de lástima y diversión que siempre parecía suscitar. Había oído a otros profesores llamarla «solterona» y sabía que un par de personas la creían lesbiana. La idea del lesbianismo le daba un poco de aprensión. Julia decía haber tenido relaciones sexuales con mujeres, lo mencionó en una conversación con la misma despreocupación que si hablara de qué supermercado prefería o del último libro que había leído. Ella había tratado de no parecer sorprendida porque esa era la clase de reacción que a Julia le encantaba, por supuesto. ¿Había algún límite para Julia? ¿Lo haría con un perro?

—¿Bestialismo? —caviló Julia—. Bueno, solo si tuviese que hacerlo.

—¿Si tuvieras que hacerlo? ¿Para un papel?

—No, claro que no; para salvarte la vida, por ejemplo.

¿Tendría ella relaciones con un perro para salvarle la vida a Julia? Vaya prueba tan atroz.

Por lo que concernía a sus colegas del personal docente, Henry era alguien que le había presentado su hermana. Como Julia era actriz, todos pensaban que debía llevar una vida llena de *glamour*, lo que la irritaba pero a veces resultaba útil. Ese Henry vivía en Edimburgo; eso lo hacía inaccesible y le daba algo que hacer los fines de semana: «Oh, me voy a Escocia, porque Henry va a llevarme a pescar», que imaginaba que era lo que hacía la gente en Escocia. Siempre pensaba en la reina madre, incongruente con un impermeable y botas de caucho, de pie en el centro de un arroyo marrón (en algún sitio a las afueras de Brigadoon, sin duda) pescando truchas con caña. Amelia nunca había llegado más al norte de York, donde acudió a ver a Julia en una comedia navideña, en la que interpretaba al gato de Dick Whittington de una forma que sugería que el animal estaba permanentemente en celo. Imaginaba que entre York y las tierras altas escocesas, infestadas de miembros de la realeza, había una tierra yerma con grúas y fábricas abandonadas y gentes traicionadas y sin embargo todavía incondicionales. Oh, y páramos, por supuesto, vastas extensiones de paisaje perturbador bajo cielos opresivos, recorridas por hombres inquietantes y ceñudos, resueltos a llegar a sus casas ancestrales para tratar con severidad a institutrices huérfanas pero decididas. O, preferiblemente, los hombres inquietantes y ceñudos iban a lomos de caballos, bestias negras de enormes y musculosas grupas, relucientes de sudor...

—¿Milly?

—¿Qué?

—No me estás escuchando. Te decía que podríamos utilizar una parte del dinero que nos den por la casa para tomarnos unas buenas vacaciones.

Julia preparaba un fuego en la chimenea, doblando y arrugando periódicos a falta

de pastillas. Amelia frunció el entrecejo y encendió el televisor. Al principio, le había sugerido a Julia que vieran los canales culturales, Performance o Discovery, o al menos TV5 para mejorar su oxidado francés (aunque por desgracia encontrar ese canal implicase hacer *zapping* por los pornográficos y deportivos), pero su hermana había rechazado de plano la idea («¡Anda ya, Milly!») y ahora se pasaban largas horas junto al fuego ante reposiciones de comedias y series de los años setenta: *Bergerac* seguida de *Poldark* y rematada por *Only fools and horses*, que parecían describir continuos bucles en el éter.

—Me refiero a unas vacaciones buenas de verdad —continuó Julia—, un safari en África o senderismo en Nepal, visitar los templos del Machu Pichu o ir en barco a la zona antártica. ¿Qué opinas tú, Milly?

Ella nunca había viajado porque no tenía con quién hacerlo. Julia era la única persona con la que se había ido de vacaciones, en una ocasión a Portugal (que había resultado agradable) y en otra a Marruecos (que había sido una pesadilla), de forma que le parecía ver el mundo a través de una pequeña hoja de cristal, y sin embargo la idea de salir ahí fuera, al mundo, de encaramarse a alguna montaña o verse en medio de un océano, en algún lugar extraño y peligroso, lejos de la seguridad de una sala de estar inglesa, la hacía sentir inmediatamente mareada de miedo.

—Y podrías sorprender a Henry —siguió Julia alegremente—, llevarlo a pasar un fin de semana en Nueva York o París, y alojaros en algún sitio maravilloso como el George Cinq o el Bristol...

—Se te está apagando el fuego.

La mayoría de las veces, «Henry» acudía a Oxford a pasar el fin de semana, y si alguien le preguntaba, Amelia informaba el lunes por la mañana de que había pasado un par de días «encantadores»: una excursión en coche a Cliveden, un almuerzo «espléndido» en Bray. Tampoco era que se interesara mucha gente, pero la opinión general entre sus colegas era que, desde que conocía a Henry, estaba un poco menos crispada y desagradable.

El Henry que les vendía a sus compañeros de trabajo era algo menos calvo y barrigón que el que se había inventado para Julia. También era más activo y sociable —todas aquellas salidas a pescar— y decididamente mejor situado («Oh, Dios, a mí no me preguntéis nada de finanzas, que todo me suena a chino»). Le gustaba alardear en especial de los atractivos aspectos de ese Henry ante Andrew Vardy, un colega del Departamento de «Comunicación» y el único hombre con el que había tenido relaciones sexuales (reales).

Se había acostado con Andrew Vardy diez años antes porque temía vivir y morir como una doncella. Porque le había parecido ridículo ser virgen a los treinta y cinco en los últimos años del siglo xx. Porque no comprendía cómo podía estar prácticamente muerta sin haber vivido siquiera. Se suponía que debía estar en ese

estado virginal porque era tímida y se avergonzaba con facilidad y el sexo le parecía algo sobrecogedor (y, seamos francos, ligeramente asqueroso). En la universidad, había tenido reputación de recatada y mojigata, pero siempre había esperado que algún chico (o algún hombre inquietante y ceñudo) hiciera una brecha en su estrategia defensiva y arrasara con sus inhibiciones para dar entrada a la pasión sexual en su vida. Pero nadie, inquietante, ceñudo o como fuera, pareció desearla. A veces se preguntaba si desprendería un olor equivocado, o ninguno, pues la cosa era así de primitiva, ¿no?, como ocurría con gatos y abejas reinas y ciervos almizcleros.

Quizá más curioso aún que el hecho de que nadie la deseara era que ella, a su vez, no deseaba a nadie, aparte de los hombres de las novelas decimonónicas que le daban un nuevo giro al concepto de «inalcanzable». Ni siquiera Sylvia era virgen, pues se había acostado con docenas de chicos antes de su «conversión». Y si Sylvia podía encontrar novios, Sylvia, que se había convertido de mayor en pato feo y no en cisne, ¿por qué ella no? Había esperado durante mucho tiempo a que apareciera alguien que le acelerase el corazón y le nublaste la mente y le hiciera trizas el intelecto, y como no sucedió se dijo que quizá la naturaleza había tenido la intención de que fuera célibe, que debía disfrutar (en privado al menos) de esa condición de vestal y, más que preocuparse por su himen intacto, debía verlo como un trofeo inalcanzable para los simples mortales. (Un trofeo discutible, había que reconocerlo).

Moriría convertida en una noble reina virgen, una nueva Gloriana. Todo eso fue en un periodo en el que sufría una especie de crisis —fruto sobre todo de la imposibilidad de «comunicarse» con los albañiles y pizarreros y peluqueras y en parte de la absoluta inutilidad de la vida (aunque cualquiera con un poco de cerebro debía sin duda verse constantemente envuelto por el pesimismo existencial) y entonces, justo cuando se sentía más débil y vulnerable, Andrew Vardy le dijo:

«Ya sabes, Amelia, si alguna vez quieres acostarte conmigo, por mí con mucho gusto». Así, por las buenas, como si ella fuera una vaca que necesitaba que la montaran. O una virgen a la que hiciera falta desflorar. ¿Sabía él con solo mirarla que era pura, que su virginidad estaba intacta? Todos esos términos le resultaban más agradables. ¿Qué dirían los pizarreros? «Rasgarte la tela». Probablemente ni siquiera conocían a nadie virgen. Y no tenían términos decentes para el sexo, solo «echar un polvo» (algo que hacían cada hora que Dios les daba, por cómo hablaban). Y las chicas hacían lo mismo.

Había llevado una planta Cabellos de Venus a la universidad, para alegrar la impía penumbra de la sala de profesores, un esqueje salido de una planta que pertenecía a Philip, el vecino de abajo, el del pequinés. Alguien, algún zoquete con mala pinta que se comportaba como si la sala de profesores fuera la biblioteca de un club de caballeros de Londres, comentó: «Ah, estos viejos nombres ingleses para las plantas resultan maravillosamente venéreos. Cabellos de Venus hace referencia al pubis de una virgen, ¿qué podría ser más delicioso?», lo cual suscitó las risitas de varias personas (incluidas mujeres, por el amor de Dios, ¿no sabían hacer nada

mejor?). A ella le habría gustado tirarle la maceta a la cabeza. «Y hay también nombres de setas en latín, como *Amonita phalloides* o *Phallus impudicus*, que hacen referencia al pene», insistió. ¿Cómo se sentiría él si le rebanaran el suyo? Eso le haría cerrar el pico. Amelia se concentró en los libros, como si tuviese una clase que dar, que no tenía, y trató de fingir que la cara no se le había puesto carmesí de vergüenza y humillación. Por suerte, la planta no tardó en marchitarse, y se negó a considerarlo metafórico en ningún sentido, pero cuando Andrew Vardy se le insinuó unas semanas después, le sorprendió su propia respuesta.

En la actualidad, cuando veía a Andrew Vardy en el ambiente hastiado y con olor a sopa instantánea de la sala de profesores, no se explicaba en absoluto por qué —le horrorizaba recordarlo— se habría desnudado con él, ni mucho menos por qué habría unido partes íntimas y delicadas de su cuerpo con las de él, feas y con carne de gallina. El único hombre con que había estado, y ni siquiera era ni remotamente atractivo. Tenía la piel marcada y picada por un antiguo acné y un bigotito de gay que su mujer debería haberle dicho que se quitara. No era gay, en absoluto; era católico y tenía cinco hijos y era más bien bajo, de hecho un poco más bajo que Amelia, pero sabía ser divertido, y por Dios que eso ya era algo, y durante dos años habían compartido pequeños intercambios cínicos ante un café y en ocasiones conversaciones más largas, más filosóficas, durante uno de los atroces almuerzos en la cafetería de la universidad. Andrew era tacaño (después de todo tenía cinco hijos, decía) y se ofrecía a invitarla solo cuando los alumnos de primero de Dirección de Hoteles tenían que cocinar y se servía una comida de tres platos a mitad de precio (porque el riesgo de morir intoxicado era el doble de alto).

La halagaba que Andrew Vardy disfrutara con su compañía, porque nadie más parecía hacerlo, y fue así que, al final de una pesada jornada, cuando eran los dos últimos en la sala de profesores y él pronunció sus melosas palabras de seducción (resumiendo: «Ya sabes, Amelia, si alguna vez quieres acostarte conmigo, por mí con mucho gusto»), había pensado: «Sí, ¿por qué no?».

No de inmediato, por supuesto, no allí en la sala de profesores; qué espantoso habría sido eso, que la hubiese violado entre los periódicos arrugados y las viejas tazas con posos de Nescafé mientras ella se preguntaba si el portero iba a asomar la cabeza en la puerta. No, Andrew se limitó a coger su mochila y decir: «Bueno, adiós, hasta mañana», como si entre ambos no hubiese pasado nada importante.

Antes de Andrew Vardy, Amelia imaginaba que el sexo sería (de algún modo, Dios sabía cómo) una amalgama de lo místico y lo toscamente animal, una experiencia cálida y vaga que trascendería los aspectos prácticos. Lo que no había imaginado era que resultaría banal y más bien pesado. Aunque, por desgracia, seguía siendo ligeramente asqueroso.

Sé audaz, se dijo, y lo invitó a «una taza de café alguna tarde». Estaba bastante

segura de que ambos sabían qué significaba, pero si resultaba ser solo eso, una taza de café, no parecería una estúpida. Compró una revista femenina que incluía un libro en cuya cubierta se anunciaba *Trucos sexuales para volverlo loco* y trató de aprenderse algunos de memoria (y no lo consiguió). Se sentía como si se estuviera preparando para un examen que estaba destinada a suspender. De todas formas, ¿por qué iba alguien a querer que le vertieran gotitas de cera caliente en los pezones? ¿Le haría eso Andrew? Seguro que no. «Desnúdate despacio —aconsejaba el libro—. Todos los hombres aprecian un *striptease sexi*». Casi había esperado que pudiesen permanecer con la ropa puesta durante todo el proceso. De todos modos se afeitó las piernas y las axilas, aunque no le veía nada malo al vello, y se pintó (bastante mal) las uñas de los pies, y se duchó y perfumó con una fragancia francesa que Julia se había dejado en una visita. Se sentía como si se preparara para un sacrificio. Dejó a mano una botella muy buena de Burdeos y compró aceitunas rellenas y cacahuets como si se preparase para una reunión de Tupperware. Había ido en cierta ocasión a una de esas reuniones, invitada por una mujer que era supervisora en el Departamento de Belleza y Peluquería, y había comprado un dispositivo muy útil para servir cereales. Era la única reunión social a la que había asistido en cinco años.

Las aceitunas y los cacahuets no constituían un truco sexual, aunque el libro sí aconsejaba hacer algo con palomitas de maíz que consideró más propio de una película porno que de una revista femenina de quiosco. Parecía imposible que el sexo sirviera para la procreación de las especies, que consistiera en órganos masculinos y femeninos que se acoplaban con un propósito biológico. Desde luego no era así según los autores de *Trucos sexuales para volverlo loco*, para quienes parecía reducirse a tapar cada orificio con cualquier cosa que tuvieses a mano.

Esperó durante cinco noches consecutivas. La sexta empezó a preguntarse si lo habría oído mal, si le habría ofrecido «con mucho gusto» otra cosa, prestarle un libro o un programa de ordenador. En la sala de profesores ninguno mencionaba el café o el sexo; toda la conversación consistía en cómo fingir que los pizarreros hubiesen tratado todos los temas del programa y completaran el curso para poder librarse de ellos. Amelia dejó de arreglarse cada noche, le creció el vello en las piernas y olvidó todos los trucos sexuales, de modo que, según la ley de Murphy, Andrew Vardy apareció ante su puerta cuando iba vestida con la ropa más vieja que tenía y estaba pintando una mesita de noche que había comprado en una subasta.

Ni flores, ni bombones, ni cortejo —había esperado que la cortejara un poco— y cuando le ofreció una taza de café, Andrew esbozó de hecho una sonrisita, de modo que sacó el vino bueno porque supo que no podría pasar por aquella experiencia en un estado de sobriedad absoluta. Vertió los cacahuets y las aceitunas en platitos de cristal y los dejó sobre la mesa de centro. ¿Era eso lo que hacía la gente? ¿Otras mujeres que se preparaban para sus amantes? ¿No se frotaban con aceites y ungüentos perfumados y se cepillaban el cabello, para tenderse en sábanas de seda y ofrecer sus pechos como granadas para que su amante los besara? Sin duda no

servían aperitivos, ¿no?

En cuanto se sentaron en el sofá él empezó a besarla y Amelia advirtió que tenía los labios secos y agrietados. Llevaba la misma ropa que esa mañana en la facultad y olía bastante mal. Él empezó a tironearle de la camiseta manchada de pintura y a manosearle los pechos, amasándolos como si fueran de plastilina, a la vez que se desabrochaba los pantalones, de forma que ella se preguntó qué sentido habría tenido empeñarse en toda aquella estimulación erótica. Aplastada contra los cojines del sofá, no veía en realidad qué hacía él, y cuando comprendió que se estaba poniendo un condón sintió una vergüenza increíble (lo cual fue ridículo), aunque una parte de ella deseó decirle que parase para que pudiesen hablar sobre el catolicismo y la ética de la anticoncepción; él tenía cinco hijos, después de todo, ¿seguía unas normas con su esposa y otras con su amante (sintió escalofríos al aplicarse ese nombre)? Y se preguntó si, en general, creía en la infalibilidad papal, porque pensaba con frecuencia que cómo era posible que una persona inteligente (Sylvia, por ejemplo) pudiera creer en esas chorradas, pero el momento de una discusión sobre dogmas había pasado ya porque él estaba penetrándola (con mayor suavidad y frialdad de las que esperaba) y tuvo que reprimir el instinto de empujarlo porque le pareció muy incómodo y poco natural. Entonces rodaron un poco con torpeza, desparramando cacahuetes por todas partes y volcando el vino (muy poco cuidadoso por su parte) y de pronto él profirió un sonido animal como el de una vaca al parir y unos instantes después su cosa se había deslizado fuera de ella y reposaba floja como un pececito muerto contra su muslo.

Amelia observó el techo y advirtió una grieta que nunca había visto. ¿Había estado siempre allí o se estaba desmoronando la casa? Miró al suelo sembrado de cacahuetes, donde el Burdeos había dejado una mancha enorme en la moqueta de color claro, como de sangre licuada, y dudó que ni siquiera una empresa de limpieza consiguiera quitarla.

Andrew Vardy recobró su compostura y la de su ropa; tenía una mancha blanca de cuajada en el hombro de la chaqueta y Amelia sospechó que era vómito de bebé. Le pareció que se le encogían las entrañas. «Lo siento, voy a tener que irme, Amelia —le dijo, como si ella le hubiese rogado que se quedara—. Le he prometido a Bernie que compraría un litro de leche». Supuso que la había incluido a ella en la lista de la compra. Un litro de leche y un polvo rápido. De forma que lo había acompañado a la puerta y él le dio un beso en la mejilla y añadió: «Ha sido fantástico», y lanzó una aceituna al aire para que le cayera en la boca como si fuera un truco en una fiesta, ¡y entonces se fue! Bajó casi a brincos por las escaleras mientras Henry, el pequinés, le ladraba furioso desde algún lugar del piso de abajo. Había otra mancha, más oscura, en el sofá y a Amelia le llevó unos segundos comprender que no era del Burdeos sino de su propia sangre. Se le doblaron las rodillas y se desplomó en el suelo. Se sentía herida. Oyó alejarse el Passat lleno de pañales sucios de Andrew Vardy y se echó a llorar.

Deseaba a Jackson. Desesperadamente. Y sí, cuando estaba en la cama pensaba en él y se proporcionaba placer; Jesús, qué expresión tan estúpida. «El señor Brodie te salvaría», había dicho Julia cuando declaró que era un pastor alemán. Amelia quería que Jackson la salvara, lo deseaba más que cualquier cosa. Jackson, la idea de Jackson, era una esperanza y una promesa y un consuelo, era un guijarro calentado por el sol en la mano, el perfume de las rosas mojadas por la lluvia, era la posibilidad de cambio. Quizá debería decirle simplemente: «Si alguna vez le apetece acostarse conmigo, Jackson, por mí con mucho gusto».

Empezó a desvestirse para acostarse. Era temprano, demasiado pronto en realidad para irse a la cama. Todavía había luz afuera y recordó que de niña, en verano, solía irse a la cama cuando aún había luz porque le daba miedo la oscuridad. Eso fue antes de que Olivia desapareciera. Después, ya no hubo seguridad ninguna a la luz del día o en la oscuridad.

Contempló su cuerpo desnudo en el espejo sucio y con manchitas de azogue del pequeño armario de Sylvia. Su carne parecía requesón, tenía rollos de grasa como el muñeco de Michelin, le colgaba la barriga, los pechos se mecían por su propio peso; parecía haber alumbrado una docena de hijos, parecía una de aquellas antiguas diosas de la fertilidad talladas en piedra. Y sin embargo no había nada fértil en ella, ¿no? Estaba trasponiendo el límite de la maternidad, el útero se encogía en su interior, invisible. «Aún estoy a tiempo de expulsar uno», había dicho Julia el día anterior, tan desagradable como siempre. Amelia ya no estaba a tiempo de expulsar uno y no tardaría en dejar de serle de utilidad al planeta. Nadie la había encontrado atractiva nunca, ni siquiera Victor la había deseado; su propio padre la había considerado demasiado fea para seducirla...

Un aullido penetró en sus pensamientos, un sonido aterrador, como si a Julia le estuvieran arrancando las entrañas, un ruido que presagiaba el horror más absoluto, y Amelia cogió la bata y corrió escaleras abajo.

Julia estaba tendida en el suelo en un rincón de la cocina y creyó al principio que le había pasado algo espantoso, pero entonces advirtió que rodeaba con los brazos el cuerpo de *Sammy*. El animal no tenía brillo en los ojos, todo en él era apagado, como si se estuviera desvaneciendo, pero al oír la voz alarmada de Amelia movió muy levemente la cola.

—Llamo al veterinario, ¿no?

Pero Julia, con la voz amortiguada porque tenía la cara enterrada en el cuello de *Sammy*, contestó:

—Creo que es demasiado tarde. Me parece que ha tenido un derrame cerebral.

—Entonces tenemos que llamar al veterinario.

—No, en realidad no, Milly, se está yendo, es un perro viejo. No lo molestes. —

Julia le levantó una pata y se la besó. Le murmuró palabras tranquilizadoras al oído, le besó las orejas, la nariz, la boca, le frotó los pelos blancos del hocico con la cara. Amelia la odió por creer que hacía lo correcto—. Acarícialo y ya está.

Pero ella ya buscaba como loca en las páginas amarillas el número de un veterinario de urgencia, de forma que se perdió el instante en que el perro murió y solo se dio cuenta de que se había ido cuando Julia se levantó, cubierta de pelos y con la cara arrugada. Tenía aspecto de llevar mucho rato aferrada al animal.

No pudo soportarlo. Había llamado a Jackson porque quería que él detuviese el dolor. No quería que nadie más lo hiciera, solo Jackson. Quería que la estrechara entre sus brazos y la tranquilizara como Julia había tranquilizado al perro. («Por favor, Jackson, venga; le necesito»). Había sentido cierta emoción al pronunciar esas palabras apasionadas, desesperadas. Se había sentido apasionada. Y desesperada). Lo que no había querido era que Jackson llegara ante su puerta con pinta de cabreo (oh, Dios, el lenguaje de los pizarreros), y desde luego no había deseado que llegara ante su puerta con una niña pequeña. Su niña pequeña, encima. Nunca había imaginado que tuviese hijos, por supuesto; nunca se lo había preguntado. ¿Tenía una esposa? Se lo preguntó cuando apenas había cruzado el umbral, con tono acusador como el de una loca; supo que parecía una chiflada, con el cabello enmarañado, la cara devastada por las lágrimas, los pechos agitándose bajo la bata demasiado grande.

—No sabía que estuviese casado, señor Brodie.

Escupió las palabras, como si la hubiese traicionado.

La niña pareció asustarse y Jackson se irritó aún más por que hubiese asustado a la niña, y fue Julia la que calmó la situación diciendo:

—Lo lamento, señor Brodie, esta noche estamos muy alteradas, me temo que ha fallecido el pobre *Sammy*.

Lo que vino después estaba un poco borroso. Julia no paraba de servirse coñac y la niña había mostrado un interés poco natural en el perro muerto, acariciándole el pelaje sin vida y diciendo «Pobre perro muerto» una y otra vez, hasta que Amelia quiso abofetearla porque el perro no le pertenecía, olvidando que era en realidad el perro de Victor. Jackson le había explicado a la niña que estaba feliz en el cielo de los perros y entonces Julia la había acompañado a ella a la cama, que era donde estaba desde entonces, llorando a mares sin hacer ruido pero de forma igualmente alarmante, y no podía parar porque su llanto abarcaba demasiadas cosas.

Lloraba por una sensación general de desdicha (que sin duda se permitía sentir a todo el mundo de vez en cuando) y lloraba por sí misma y por su vida insignificante y sin sentido. No podía soportarlo, de verdad que no. Lloraba por Victor, Olivia y Rosemary, y por *Rascal* (que murió dos años después de que Olivia desapareciera). Y lloraba porque solo se había acostado con Andrew Vardy y porque Mozart había muerto joven y *Sammy* de viejo, y porque estaba gorda y fea y tenía que darles clases a los pizarreros y nunca iba a verse envuelta en el consuelo de los brazos de Jackson.

Y lloraba porque no creía en Jesús o en el cielo de los perros y nadie iba jamás a

estar con ella en la cama una mañana de domingo y a leerle el periódico o rascarle la espalda y decirle «¿Puedo hacer algo por ti?». Y porque no había felicidad, solo vacío. Y porque quería tener dieciséis años y el cabello largo y brillante (nunca lo había tenido), y deseaba estar mirando con ansia por la ventana del piso de arriba y oír gritar a su madre en el de abajo «Ya está aquí», y bajar entonces corriendo por las escaleras y subirse al coche que conduciría su atractivo novio y se irían a algún sitio para hacer el amor de forma cálida y brumosa, y luego él la llevaría otra vez a casa y su familia la estaría esperando. Victor la saludaría al entrar con una áspera y paternal inclinación de cabeza, la adolescente Julia la ignoraría, mientras que la esbelta Sylvia, en primero de carrera, esbozaría una sonrisa de superioridad. En algún sitio, quizá en la habitación de invitados, podría encontrarse la forma vaga y dormida de una Annabelle de cinco años. Y Rosemary, su madre, le preguntaría con femenina complicidad si lo había pasado bien, y luego le ofrecería leche caliente con miel (estaba segura de no haberla oído hacerlo nunca en la vida real) y tal vez, antes de sumirse en el sueño dulce y despreocupado de una bonita muchacha de dieciséis años, Amelia le echaría un vistazo a Olivia, de ocho años y dormida, a salvo, en su propia cama.

En algún momento de la noche, Julia subió a su habitación y se tendió en la cama para abrazarla como había hecho con el moribundo *Sammy*.

—Todo va a ir bien, Milly, de verdad que sí —dijo su hermana, y fue una mentira tan enorme y maravillosa que ni siquiera mereció la pena discutir.

Jackson

—**D**ios santo, Jackson, ¿qué te ha pasado?
Captó el mismo tono de reproche en la voz de Deborah Arnold que en la de Josie.

—Sí, gracias, me siento mucho mejor —ironizó dirigiéndose al sanctasanctórum, donde lo esperaba Shirley Morrison.

Se estremeció claramente al verlo (y era enfermera, así que debía tener muy mala pinta). Tenía un ojo a la funerala gracias a David Lastingham (el muy cabrón), e imaginó que recibir un golpe en la cabeza y permanecer inconsciente toda la noche a la intemperie no había hecho gran cosa por mejorar su aspecto.

—No estoy tan mal como parece —le dijo a Shirley Morrison, aunque era probable que sí lo estuviera.

Shirley estaba sentada en una perfecta posición del loto. Tenía la espalda recta y el cuerpo esbelto de una bailarina. Había cumplido los cuarenta pero podría haber aparentado treinta hasta que uno la miraba a los ojos y veía que había vivido lo suficiente para más de una vida. Él sabía quién era, pues no se había cambiado el nombre; todo pasó antes de que Jackson llegara a Cambridge, pero al pedirle a Deborah que averiguara lo que pudiera sobre Shirley Morrison, le había contestado:

—Shirley Morrison... ¿no era la hermana de Michelle Fletcher? ¿La asesina del hacha?

—... Estaba sentada en el suelo, con el hacha todavía en las manos. No sé cuánto tiempo hacía. Keith llevaba muerto más o menos una hora, según el informe del patólogo.

Shirley Morrison sostenía la taza de café entre las manos como si le proporcionara calor, aunque su despacho era un horno y el café debía de estar frío hacía rato. Tenía la mirada perdida y él tuvo la impresión de que reconsideraba la autopsia de Keith Fletcher.

—Cuando entré —continuó—, me sonrió y me dijo: «Oh, Shirley, cómo me alegro de que estés aquí, te he hecho un pastel de chocolate». De modo que supe de inmediato que había perdido el juicio.

—Su abogado alegó demencia pasajera —comentó él.

Deborah había hecho averiguaciones por él, y le había transmitido también los rumores. Michelle Rose Fletcher, de soltera Morrison, de dieciocho años, fue condenada a cadena perpetua por, en palabras del estimado juez, «el asesinato premeditado y a sangre fría de su esposo, un hombre completamente inocente».

Jackson no creía en la completa inocencia de nadie aparte de animales y niños, y ya puestos, no todos los niños. Le ofreció más café pero ella negó con la cabeza como si él fuera un insecto molesto.

—Michelle era una fanática del control... quiero decir, yo la quería muchísimo, era mi hermana mayor, ¿sabe?

Jackson asintió; sabía bien cómo eran las hermanas mayores. Como su propia hermana, Niamh.

—Pero para Michelle todo tenía que ser perfecto, constantemente. Siempre, maldita sea. Y sé por qué, por la forma en que nos criaron, quiero decir, que fue... — Se encogió de hombros, buscando la palabra adecuada—. Caótica. Nuestra madre era incapaz de controlar un perro, y mucho menos una casa con críos. Papá era bebedor y mamá no era exactamente capaz. Así pues, para Michelle era muy importante no ser como ellos. Pero el bebé la trastocó. Uno no puede controlar a los bebés.

—¿Le parece entonces que sufría una depresión posparto?

Se acordaba de Josie tras el nacimiento de Marlee, todo el día llorando de desdicha mientras Marlee lloraba toda la noche por los cólicos. Él había sentido una absoluta impotencia, sin saber qué hacer por cualquiera de las dos. Y entonces, de pronto, todo pasó, como si hubiese salido el sol, y Josie miró a Marlee que dormía plácidamente en su cuna y le dijo a él: «Es mona, quedémonosla». Fue hacía mucho, cuando eran felices.

Shirley Morrison lo miró como si se preguntara qué sabría él de depresiones posparto y luego se encogió de hombros.

—Quizá. Es probable. No dormía nada, y la gente se vuelve loca cuando no puede dormir. Pero todos fueron a por ella: la prensa, la familia de Keith. Él no hizo nada malo, no le pegaba ni nada de eso. Era un chico agradable, de trato fácil. A mí me gustaba. Le gustaba a todo el mundo. Y quería mucho a Tanya.

—Michelle tenía magulladuras en la cara —dijo.

Shirley lo miró con rostro inexpresivo.

—¿Sí?

—Estaba en el informe del oficial que la arrestó. ¿Por qué no se utilizó en su defensa?

—No lo sé.

Shirley tenía los pies delgados y muy morenos, como si anduviese descalza a la intemperie a menudo. Llevaba unas sandalias indias de piel repujada que los volvían aún más bonitos. A él le gustaban los pies de las mujeres, no en plan fetichista (confiaba) y no si los tenían feos, y por alguna misteriosa razón, muchas mujeres encantadoras tenían los pies feos. Era solo que los pies bonitos le atraían. (¿Trataba acaso de justificarse de algún modo?). Había advertido que Nicola Spencer tenía los pies grandes. Estaba en un vuelo nocturno a Copenhague, haciendo Dios sabría qué.

—El olor era increíble, espantoso; es lo que más recuerdo, que era simplemente... repugnante. Tanya estaba en su parque y chillaba, chillaba de verdad, nunca he oído

llorar así a un bebé, ni antes ni después. —Y añadió—: Soy enfermera en pediatría, en la unidad de cuidados intensivos.

Pero él ya lo sabía porque había llamado al hospital: «Shirley Morrison, ¿en qué sala me dijo que estaba?», y se lo dijeron. Obtener información era mucho más fácil de lo que la gente pensaba. Haz una pregunta y la gente te dará la respuesta. No a las grandes preguntas, por supuesto, como quién mató a Laura Wyre y dónde estaban los restos de Olivia Land. Grandes cuestiones como por qué la mujer a la que prometiera amar y proteger mientras hubiese aliento en su cuerpo había decidido llevarse a su única hija a la otra punta del mundo. Así, por las buenas. («Sí, Jackson, así, por las buenas»).

—Lo primero que hice fue coger a Tanya, pero no conseguía que parase de llorar. Olía fatal, Dios sabría cuándo la habrían cambiado por última vez, y tenía salpicaduras de sangre por todas partes.

Esa imagen, y todo lo que implicaba, la hizo interrumpirse y perder la compostura. Shirley Morrison se volvió hacia la ventana del despacho, pero no miraba nada que pudiese encontrar ahí fuera.

«Michelle llevaba unos pantalones de peto nuevos que yo le había comprado. Unos OshKosh. Tenía un empleo en un colmado, después de la escuela y los sábados. Ella y yo siempre habíamos trabajado, pues si no, no habríamos tenido nada. Recuerdo haber pensado cuánto habrían costado esos pantalones de peto y que las manchas de sangre nunca se irían. Mi hermana acababa de matar a mi cuñado y yo estaba pensando en cómo quitar manchas».

—El cerebro disocia para impedir que nos volvamos locos.

—¿Cree que no lo sé, señor Brodie?

Shirley Morrison llevaba las uñas de los pies pintadas de un tono claro y una delicada cadena de oro en torno a un tobillo. Recordó un tiempo en que solo las fulanas llevaban cadenas en el tobillo. Cuando era niño, había una prostituta que vivía en su misma calle. Llevaba sombra de ojos verde esmeralda y tacones de aguja rojos y tenía las piernas blancas y varicosas. ¿Llevaba una pulsera en el tobillo? ¿Tenía un nombre? Jackson solía pasar corriendo ante su casa, temiendo que saliera y lo pillara, porque su madre le había dicho que era una «servidora de Satán»; eso lo había confundido porque *Satán* era el nombre de un perro, un gran rottweiler, propiedad de un tipo del huerto municipal.

Llevaba mucho tiempo sin pensar en aquella calle, una sombría hilera de casas adosadas con pasajes como túneles que daban a un callejón trasero. Se habían mudado a una calle mejor cuando él tenía nueve años. Sin fulanas merodeando por el umbral, destrozándose los pulmones de tanto fumar. ¿Estaba Shirley Morrison casada? Llevaba un anillo en el dedo, pero no era una alianza de boda o compromiso. Era de plata, celta o escandinavo; ¿qué significaba?

—Cuando cogí en brazos a Tanya, Michelle rio y dijo: «No para, ¿verdad?». Bueno, eso sí que es disociación.

—Debió de haber tenido alguna razón para matarlo —opinó Jackson, desconcertado—, incluso si no fue premeditado. Algo tuvo que desencadenarlo.

Le daba la sensación de que hubiesen consumido todo el aire del despacho. Aún no era mediodía pero ya hacía un calor sofocante. Shirley llevaba el cabello castaño claro recogido en un moño suelto en la coronilla y tenía los finos pelos de la nuca empapados en sudor. Se preguntó cómo reaccionaría si la invitaba a almorzar, en un *pub* bonito con jardín, o podían comprarse un sándwich y dar un paseo por la ribera del río. No sería una falta de profesionalidad, solo estarían trasladando la cita al exterior. ¿A quién trataba de engañar? Sus motivos no eran en absoluto profesionales.

Si Josie moría, él obtendría la custodia única. Marlee no se iría a la otra punta del mundo. («*El señor de los anillos*», le había dicho la niña emocionada, como si Bilbo y Gandalf y el resto del equipo viviesen realmente en Nueva Zelanda y estuviesen esperando a que Marlee se uniera a su hermandad. No había leído los libros, solo visto los DVD, demasiado terroríficos en opinión de Jackson para una niña de ocho años, pero por lo visto David Lastingham no pensaba lo mismo).

Por su parte, por supuesto, Josie no había cumplido las promesas que hiciera —amarlo y respetarlo, serle fiel—, y aún podía oír el leve temblor de emoción en su voz cuando dijo «hasta que la muerte nos separe». Habían optado por una boda tradicional. Ahora planeaba una ceremonia en una playa tropical con un coro gospel de maoríes y votos de estar por casa. Iba a casarse con ese gilipollas y «empezar una nueva vida».

Se preguntó si sería capaz de matar a Josie. Estaba en mejor situación de hacerlo que la mayoría de gente: conocía todos los métodos posibles. El problema no era hacerlo; que no te descubrieran, esa era la cuestión. No se quedaría horas esperando con un hacha en el regazo. ¿Cómo era esa cancioncilla de Lizzie Borden? «Lizzie Borden cogió un hacha, le dio a su madre cuarenta hachazos». Si mataba a Josie tendría que ser un «asesinato premeditado y a sangre fría»; fuego, explosivos, un arma. Preferiblemente un arma, un rifle L96 A1 con mira telescópica Schmidt and Bender, para poder estar lo más lejos posible, porque era incapaz de un asesinato íntimo y personal como estrangularla o acuchillarla, no podía estar ahí observando cómo dejaba de bombear sangre su traidor corazón, no podía ver desvanecerse la vida de sus ojos. Y veneno tampoco. El veneno era para psicópatas y mujeres Victorianas trastornadas. ¿De verdad lo habían atracado la otra noche? No le habían robado nada, ni la cartera, ni el reloj, ni el coche, pero lo cierto era que se había defendido antes de que el tipo pudiera robarle nada. Sabía por experiencia que los atracadores no solían tratar de romperle la crisma a uno.

—Hay mucha gente mala ahí fuera, señor —dijo el comisario segundo («Lowther, señor») que le tomó declaración. Habían mandado un comisario cuando lo normal habría sido un agente. Jackson supuso que debía sentirse halagado. Recordaba al subcomisario Lowther cuando era un ambicioso y joven agente de uniforme—. Hemos tenido una avalancha de atracos últimamente, inspector.

—Ahora soy simplemente el señor Brodie —puntualizó Jackson.

Era gracioso, porque nunca había sido en realidad el señor Brodie; se alistó en el Ejército a los dieciséis y hasta entonces había sido solo Jackson, y a veces Brodie para los profesores varones. Luego fue «soldado Brodie» y a partir de ahí fue ascendiendo de rango hasta que dejó el Ejército y empezó de nuevo como «agente Brodie». No sabía muy bien cómo se sentía siendo «simplemente el señor Brodie».

—¿Tiene enemigos, señor? —preguntó esperanzado el comisario Lowther.

—En realidad, no —contestó.

Solo todos aquellos a quienes había conocido.

Se le pegaba la camisa al cuerpo. Hacía demasiado calor para estar en una oficina.

—No sé qué lo desencadenó —dijo Shirley—. Sencillamente enloqueció.

Siempre había un desencadenante. El abogado podría haber hecho uso de un montón de cosas: episodios psicóticos, falta de sueño, depresión posparto, una infancia de mierda, defensa propia (¿qué pasaba con la magulladura en su rostro?).

—En el juicio —comentó Jackson—, Michelle dijo que él había despertado al bebé. «El bebé estaba dormido y Keith lo despertó» fue lo más cercano a un motivo que aportó.

Imaginaba cómo habría reaccionado el juez ante algo así. Habría dado lo mismo que se declarase culpable. Michelle Fletcher no había huido o inventado una historia; sencillamente había esperado a que la encontraran. A que la encontrara su hermana.

Si había cumplido dos tercios de su condena, Michelle Fletcher habría estado fuera otra vez en 1989, con veintiocho años. La misma edad que tendría Laura Wyre si hubiese vivido. Apostaba a que Michelle había sido una presa modelo, transferida a un régimen carcelario abierto en el 85, a tiempo probablemente de ponerse al día en los estudios para poder empezar su «nueva vida» cuando saliera. Como Josie. Un nuevo comienzo, borrando el pasado. Así, por las buenas. ¿Qué hacía Michelle ahora? Shirley Morrison no lo sabía, por supuesto que no. Por eso había acudido a verlo.

—Le prometí a Michelle que cuidaría de Tanya —prosiguió Shirley—, y lo habría hecho, claro que sí, pero solo tenía quince años y los servicios sociales decidieron que nuestros padres no estaban capacitados (y no lo estaban) y les dieron la custodia a los padres de Keith. Pero no lo hicieron mucho mejor. La última vez que vi a mi hermana fue en el tribunal el día que la condenaron. No quiso vernos, rechazó todas nuestras peticiones de visita, se negó a leer cartas; no pudimos hacer nada. Habría comprendido que no quisiera ver a mis padres (los dos murieron sin volverla a ver). Pero que no quisiera verme a mí... me refiero a que no me importaba que hubiese matado a Keith, seguía siendo mi hermana y yo seguía queriéndola. —Se encogió de hombros y añadió—: Cualquiera es capaz de matar en determinadas circunstancias.

Se había perdido de nuevo en aquel mundo lejano, el que existía más allá de la ventana del despacho, y Jackson supuso que podría haber dicho «Sí, yo he matado gente», pero no le pareció la clase de diálogo que querría entablar a las once y media

de la mañana de un lunes y con esa temperatura, de manera que no dijo nada.

—Nos lo comunicaron cuando fue liberada —continuó Shirley—, pero nunca se puso en contacto con nosotros. No sé adónde fue o qué hace ahora. Al final emprendió una nueva vida y nosotros nos quedamos atascados en la antigua. El asesinato es todo un estigma, ¿no cree? Es tan... demoledor. Quería ir a la Facultad de Medicina, convertirme en doctora, pero eso nunca iba a ocurrir, después de todo lo que tuvimos que pasar.

—¿Y ahora quiere que busque a su hermana?

Shirley rio como si hubiese dicho algo absurdo.

—Dios santo, no. ¿Por qué iba a querer buscar a Michelle cuando ha dejado tan claro que no quiere que la encuentren? A ella ya no le importo nada. No quiero encontrar a Michelle. Quiero encontrar a Tanya.

Era la hora del té en el jardín de Binky. Había tantas malas hierbas que un machete habría sido un complemento más adecuado en la mesa del té que el despliegue de deslustrados cuchillos para mantequilla y cucharas para mermelada que formaba parte de la compleja ceremonia del té de Binky.

—Darjeeling —declaró la anciana, pero era un brebaje grisáceo que no había visto en años una plantación de té y que sabía a calcetín sucio. Las tazas tenían aspecto de no haberse lavado en mucho tiempo—. Hoy se nos unirá un invitado —anunció como una grandilocuente presentadora de un programa de entrevistas—, mi sobrino nieto, Quintus.

¿Qué clase de nombre era ese para llevarlo toda una vida, por el amor de Dios?

—¿De veras? —repuso él.

Binky nunca había mencionado que tuviera familia.

—Apenas conozco al muchacho —añadió ella con ademán despreciativo—. Mi sobrino y yo no estábamos muy unidos, pero el muchacho es la única familia que tengo.

¿Había estado Binky Rain unida a alguien alguna vez? Se hacía extraño imaginar que hubiese habido un doctor Rain que compartiera cama y mesa con ella. No habría sido siempre vieja, pero costaba creer que fuera nunca una joven esposa núbil, dócil ante las «necesidades sexuales de Julian»... Dios santo, Jackson, quítate semejante idea de la cabeza. Tanto lo alarmó la desagradable imagen que había conjurado que volcó la taza de té, aunque una mancha más no supuso gran diferencia en un mantel que era un palimpsesto de accidentes previos relacionados con el té.

—¿Le ocurre algo, señor Brodie? —quiso saber Binky mientras secaba el té con el dobladillo de la falda, pero antes de que pudiese contestar, un grito como el reclamo de un cazador procedente del otro extremo del jardín anunció la llegada de Quintus Rain.

La utilización de Binky de la palabra «muchacho» lo había llevado a esperar un

adolescente, de forma que lo sorprendió que Quintus resultara ser un hombre de cuarenta y tantos de facciones anchas e inexpresivas y cabello lacio. Tenía la constitución de un delantero de rugby pero con los músculos convertidos en carnes fofas y un aspecto demasiado blandengue para sobrevivir a una melé. Llevaba pantalones de pinzas, una camisa a rayas blancas y azules con el cuello blanco y una corbata rosa, y se había echado al hombro un *blazer* azul marino. Si uno lo partía en dos se encontraría con la palabra «*tory*» escrita por todas partes.

—Se crio en Herefordshire —le murmuró Binky como si eso lo explicara todo con respecto a Quintus.

Lo interesante de Quintus, al menos para él, fue que lucía un yeso considerable en una nariz que parecía dañada de la forma que cabría esperar que quedara dañada una nariz si se había recibido un cabezazo de alguien cuando se trataba de darle un culatazo.

Pero ¿por qué iba a querer atacarlo alguien a quien no conocía y con quien no tenía la más mínima relación? Quintus pareció especialmente molesto de ver a Jackson en el jardín de su tía abuela. Binky ignoró el hecho de que estuviese tomando el té con dos hombres hostiles y hechos polvo y siguió parlotando sobre *Frisky*.

No tuvo la impresión de que Quintus visitara con frecuencia a su tía abuela, pero lo cierto era que el muchacho había llevado una vida ajetreada —traído de pequeño de las colonias africanas para convertirlo en un caballero inglés—: Clifton, Sandhurst, un período al servicio de los Lanceros de la Reina (a Jackson le pareció captar el estridente tono de voz de los oficiales), luego «una temporada en las minas» y en la actualidad alguna vaga ocupación en Londres.

—¿Una temporada en las minas? —repitió Jackson con recelo mientras trataba de pescar pelos de gato en su té.

—Africanas —puntualizó Binky con su horrible acento.

—¿Africanas?

—Surafricanas. En las minas de diamantes, a cargo de los negros.

Binky entró a preparar otra tetera después de decir:

—Ustedes dos deberían tener mucho de qué hablar, señor Brodie. Después de todo, los dos son militares.

Jackson llevaba mucho tiempo sin considerarse un militar; no estaba seguro de haber pensado nunca que lo fuera.

—¿En qué regimiento estaba? —preguntó Quintus con aspereza.

—En infantería. En el regimiento Príncipe de Gales —repuso lacónicamente.

—¿Con qué rango?

¿Qué era aquello? ¿Un juego de «yo la tengo más grande que tú»? Se encogió de hombros y respondió:

—Soldado raso.

—Ajá, habría jurado que era así —dijo Quintus, alargando de forma desmesurada las vocales del «ajá».

Jackson no se molestó en decir que, aunque entró en el Ejército como soldado raso, salió como suboficial de primera en la policía militar porque no tenía intención de jugar con él a quién tenía la polla más larga. Le habían ofrecido el rango de oficial antes de dejar el Ejército, pero supo que nunca se sentiría cómodo en el otro lado, cenando en el comedor de oficiales con gilipollas como Quintus que consideraban matones oportunistas a los Jackson de este mundo.

—Podría enseñarle mis tatuajes —propuso.

Quintus declinó la oferta, y ya estuvo bien porque Jackson no tenía ningún tatuaje. Shirley Morrison llevaba un tatuaje, entre la nuca y los omoplatos, una rosa negra en la quinta vértebra. ¿Tendría otros tatuajes en su cuerpo, en sitios menos visibles?

Quintus acercó de pronto la silla a la de Jackson como si fuera a contarle un secreto y, con tono amenazador, le dijo:

—Conozco su juego, Brodie.

Se esforzó en no reír. Había incluido (con poco entusiasmo) dos guerras en su carrera militar y para asustarlo hacía falta algo más que un tipo como Quintus haciendo cimbrear su sable. Por la pinta que tenía, Quintus no aguantaría más de tres asaltos con un conejo.

—Y ¿qué juego es ese exactamente, señor Rain? —preguntó, pero no llegó a averiguarlo porque en ese momento un gato especialmente viril decidió marcar su territorio y eligió la pierna de Quintus como uno de sus puestos de avanzada.

Jackson fue andando hasta el río y encontró una sombra en la ribera. Llevaba en el bolsillo un sándwich aplastado que había comprado en Pret A Manger y compartió ahora con un grupo de hambrientos patos. En el río había un tráfico constante de bateas, la mayoría con turistas que llevaban de chóferes a estudiantes, o chicos que parecían estudiantes, ataviados con sombreros de paja y *blazers* a rayas, los chicos con pantalón de franela y las chicas con faldas poco favorecedoras. Los turistas eran variopintos: japoneses, estadounidenses (menos que antes), un montón de europeos, algunos inidentificables (una especie de genérico europeo del Este) y oriundos del norte de Inglaterra, que en la atmósfera aletargada de Cambridge parecían más extranjeros que los japos. Todos estaban encantados, como si vivieran una experiencia genuina, como si fuera así que los nativos pasaban sus horas de ocio, navegando por el río y tomando té con pastas al son de las campanadas de las tres del reloj de Grantchester. Vaya montonazo de mierda, por citar a su padre.

—¡Señor Brodie! ¡Yuju, señor Brodie!

Oh, Dios santo, se dijo con cansancio, ¿no había manera de huir de ellas? Estaban navegando en batea, joder, o al menos Julia lo hacía, dándole a la pértiga mientras

Amelia la observaba desde debajo de un gran sombrero flexible que tenía pinta de haber visto mejores días en la cabeza de su madre. Llevaba también gafas de sol y daba la impresión general de alguien recién salido del hospital tras un *lifting* particularmente difícil.

—¡Qué día tan precioso! —exclamó Julia dirigiéndose a él—. Vamos a Grantchester a tomar el té, suba. Tiene que venir con nosotras, señor Brodie.

—No, no.

—Sí, sí —insistió Julia alegremente—. Suba. No sea tan cascarrabias.

Jackson se levantó de la hierba con un suspiro y ayudó a acercar la batea a la ribera. Subió con cierta torpeza y Julia rio.

—Con que no es muy marinero, ¿eh?

¿Cómo era que aún estaban en Cambridge? ¿No iban a volver nunca a casa? Amelia, en el otro extremo del bote, reconoció vagamente su presencia sin mirarlo a los ojos. La última vez que la vio estaba consternada por la muerte del perro. («Por favor, Jackson, venga; le necesito»). Su aspecto era horrible, con una vieja bata, y maquillaje. Nunca la había visto maquillada, y quedaba fatal, como si se lo hubiera aplicado en la oscuridad, y no se había recogido el cabello, que le pendía en secos mechones en torno a la cara. Todas las mujeres llegan a cierta edad en que son simplemente demasiado mayores para llevar el cabello suelto, incluso las mujeres bonitas con el cabello bonito, y ni Amelia ni su cabello habían sido nunca bonitos.

Se dijo que era mejor comportarse como si la otra noche no hubiese pasado nada. ¿Qué había pasado en realidad la otra noche? «No sabía que estuviese casado, señor Brodie». ¿A qué demonios venía eso? Como si él fuera un amante adúltero que la hubiese traicionado. Nunca le había dado a Amelia Land una sola razón para creer que hubiese algo entre ellos. ¿De verdad se había enamorado de él? (Por favor, Dios mío, no). Stan Jessop se había enamorado de Laura Wyre. ¿Eran peligrosos esos enamoramientos? Parecían inofensivos.

—Caramba, ¿qué le ha pasado, señor Brodie? —Julia lo miraba con ojos de miope—. ¡Se ha metido en una pelea! —Amelia lo miró por primera vez, pero cuando sus ojos se cruzaron apartó la vista, y Julia añadió—: Qué emocionante.

—No fue nada —repuso él. (Solo que alguien intenta matarme.)—. ¿A qué día estamos?

—Martes —contestó Julia al instante.

Amelia gruñó algo que sonó como «miércoles».

—¿De verdad? —repuso Julia—. Recórcholis, los días pasan volando, ¿eh? —(¿Recórcholis? ¿Quién decía cosas así, aparte de Julia?)—. Siempre pienso que los miércoles son de color violeta. —Parecía de un humor excelente—. Y los martes son amarillos, por supuesto.

—No, no lo son —intervino Amelia—. Son verdes.

—No seas tonta —espetó Julia—. Además, hoy es violeta y es un día estupendo para ir al salón de té Orchard. Íbamos mucho, de niñas. Antes de lo de Olivia. ¿No es

así, Milly?

Amelia se había vuelto a sumir en el silencio e hizo un vago ademán como respuesta. Por primera vez desde que las conocía iban vestidas de acuerdo con el clima. Amelia llevaba un vestido suelto de algodón y unas feas sandalias de excursionista. Con un buen corte de pelo y ropa decente mejoraría al cien por cien. Al menos a Julia no dolía mirarla, y era bastante competente como remera. Llevaba un escaso *top* propio de una adolescente pero que revelaba unos bíceps duros y bien definidos (decididamente acudía a un gimnasio) y al menos tenía tríceps, a diferencia de Amelia, que tenía unas carnes flojas bajo los brazos que le habrían facilitado planear sobre las copas de los árboles. Pese al sol que hacía, Amelia seguía pálida y poco interesante, mientras que Julia se había vuelto del color de los anacardos tostados. La miró, dándole a la pértiga con un cigarrillo colgándole de la comisura de los labios pintados, y se dijo que era buena gente, y le sorprendió comprender que le estaba cogiendo verdadero cariño a Julia. Y que buena gente formaba parte de su lenguaje, no del de él.

—Me está mirando las tetas, señor Brodie.

—No es verdad.

—Sí lo es.

Julia soltó un gritito de sorpresa y Jackson se volvió en redondo para comprobar qué veía. Un hombre de mediana edad salía del río para subir por la ribera, totalmente en pelotas, flacucho y con un bronceado integral. ¿Un nudista? Ahora se hacían llamar naturistas, ¿no? El hombre se secó con una toalla y se tendió en la ribera, en absoluto cohibido, y empezó a leer un libro.

—Caramba. —Julia rio—. ¿Ha visto? ¿Has visto, Milly? ¿Es eso legal, señor Brodie?

—En realidad, no.

—¿No sería genial —comentó Julia— quitarse toda la ropa y zambullirse en el agua? Los neopaganos solían bañarse desnudos en Byron's Pool. ¿No podría hacer usted eso, señor Brodie, quitarse la ropa y bañarse?

Se lamió el labio superior con su rosada lengua de gato y Amelia soltó un bufido nada atractivo.

Jackson se acordó de pronto de Binky Rain diciéndole que las Land eran unas «niñas salvajes». Le costaba creer que Amelia hubiese sido alguna vez salvaje, pero Julia, desde luego que sí. Se dijo que quizá le gustaría bañarse desnudo con Julia.

—¿Qué estaba leyendo? —preguntó Julia, y Amelia, que no había dado muestras de haber mirado siquiera al hombre desnudo, contestó.

—*Principia Mathematica* —y miró furiosa a Jackson.

—¿Más té, señor Brodie? —preguntó Julia sirviéndole sin esperar respuesta—. Como dijo Brooke el poeta, «¿queda miel todavía para el té?». Sí, desde luego que queda, y la tomaremos con nuestros bollitos. Milly, ¿quieres miel en tus bollitos?

Al menos el té en el salón Orchard era decente y no como el de Binky. Julia tenía

una cicatriz en el meñique, como un fino anillo plateado que lo rodeaba por entero. Lo mantenía doblado, como una dama, mientras tomaba el té. Lo pescó mirándolo.

—Me lo rebané —explicó con toda tranquilidad. Amelia volvió a soltar un bufido—. Te convertirás en un cerdo si sigues así, Milly.

Jackson se dio cuenta de que le había preguntado a Binky Rain por las niñas Land, pero nunca les había preguntado a las Land por Binky Rain.

—¿Se acuerdan de Binky Rain? Su vecina. La vecina de Victor. —Julia no pareció acordarse, de modo que añadió—: Gatos.

—Ah, *Cats*. Yo era una gatita atigrada en el coro, pero solo durante unas semanas. Pillé una bronquitis. Una pena, porque la gira fue un éxito.

—No —repuso él con paciencia—. Binky Rain, tiene un montón de gatos.

—La vieja bruja —intervino Amelia de pronto, y Julia dijo:

—Oh, esa mujer. Nunca nos acercábamos a ella.

—Solíamos hacerlo —dijo Amelia—, y entonces dejamos de hacerlo.

—¿Por qué? —quiso saber él, pero Amelia parecía haber vuelto a su estado catatónico.

—Sylvia nos dijo que no lo hiciéramos —explicó Julia. Frunció el entrecejo al esforzarse en recordar—. Eso fue después de Olivia, creo. Dijo que el jardín estaba maldito y que si entrábamos en él nos convertiríamos en gatos. Que todos los gatos de la vieja eran personas que habían entrado en su jardín. Sylvia siempre era un poco rara, claro. La señora Rain no seguirá viva, ¿no? A estas alturas debería tener unos trescientos años.

—Casi —repuso.

Había algo placentero en estar despatarrado en una tumbona bajo los árboles, no podía negarlo. El zumbido de insectos y turistas era soporífero y se dijo que no había nada que deseara más que cerrar los ojos y dormirse, pero Julia no paraba de parlotear sobre neopaganos y Wittgenstein y Russell.

—¿No eran todos unos esnobs de derechas? —preguntó.

—Oh, no lo estropee todo comportándose como un norteamericano socialista —contestó Julia.

Amelia continuaba siendo una presencia huraña y se comunicaba mediante monosílabos.

—Brooke solía corretear por ahí sin nada puesto —continuó Julia—. A lo mejor el nudismo es algo muy de Cambridge.

—Rupert Brooke no era más que un protofascista —intervino de pronto Amelia desde algún lugar bajo el sombrero.

—Bueno, pues está muerto y era un poeta terrible, de forma que se ha llevado su merecido —opinó Julia.

—Ese es el argumento más engañoso que he oído nunca —espetó Amelia.

Y Julia dijo... pero Jackson se había dormido para entonces.

Recuperó el coche de donde estaba aparcado, frente a la casa de Binky. Un Lexus dorado, un vehículo (o un color) que no le interesaba en lo más mínimo, estaba aparcado justo contra el guardabarros del Alfa Romeo, y tuvo la seguridad de que pertenecía a Quintus. No tenía ni idea de qué pasaba entre ellos. Sin duda Quintus no lo había atacado, ¿no?

Condujo por Silver Street, oyendo el album de Gillian Welch *Hell Among the Yearlings*. Sus gustos en música se estaban volviendo cada vez más depresivos, si era posible. Iba de camino a una reunión en el Eagle con Steve Spencer, aunque no tenía nada de qué informarlo sobre Nicola, pero aún estaba pensando en Quintus cuando de pronto se encontró conduciendo derecho al maletero de un Ford Galaxie que se había detenido en el semáforo ante Fitzbillies en Trumpington Street.

La parte delantera del Alfa Romeo sufrió muchos más daños que la trasera del Ford Galaxie, pero la cosa habría sido más seria de no haber estado ya aminorando la velocidad hacia el semáforo en rojo. No fue un hecho que impresionara a la conductora del Galaxie, que se apeó de un salto y empezó a gritarle que había puesto en peligro de forma intencionada las vidas de sus hijos. Tres pequeños rostros inquisitivos se asomaron a la ventanilla trasera del Galaxie. Cuando la policía de tráfico llegó, la mujer estaba de pie en plena calle, señalando con el dedo el adhesivo de «NIÑO A BORDO» en el parabrisas de atrás.

—Me han fallado los frenos —le dijo Jackson al mayor de los guardias de tráfico.

—¡Mentiroso! ¡Maldito mentiroso! —espetó la mujer.

—Jo, Jackson —comentó el policía—, desde luego sabes elegirlas bien.

El choque le había dejado la cabeza como un bombo. Su muela ya no parecía tanto una muela como un cuchillo que se le clavaba en la encía. Le pareció que su cuerpo no podría soportar mucho más castigo.

Los polis de tráfico le hicieron la prueba de alcoholemia, tomaron nota de los detalles del accidente e indicaron al Galaxie y a su furiosa conductora que siguieran su camino. Entonces llamaron a una grúa del departamento e hicieron llevar el coche de Jackson al taller de la policía, donde un mecánico le echó un vistazo. El policía de tráfico mayor le debía diez libras de una victoria en el Derby tres años antes, y Jackson calculó que la deuda había quedado totalmente saldada.

—Han fallado los frenos —dijo por enésima vez. El accidente lo había puesto nervioso. Había estado antes en accidentes, en derrapajes y cambios de carril, pero él nunca había sido el causante. Aún se veía deslizándose sin poder hacer nada hacia el maletero del Galaxie, magnéticamente atraído por el letrero de «NIÑO A BORDO». Le explicó al mecánico—: Creo que debía perder el líquido de frenos.

—Y tanto que lo perdía —repuso el mecánico—, a través del agujero condenadamente grande que le han hecho en el depósito. Creo que hay alguien ahí fuera a quien usted no le gusta.

—Jesús —bromeó alegremente otro policía de tráfico—, eso hará difícil dar con el culpable.

—Gracias.

Quizá debería haberle mencionado el nombre de Quintus Rain al joven y dispuesto subcomisario Lowther que le había tomado declaración en el hospital.

Un coche patrulla lo dejó delante de su casa. Tuvo la sensación de que el nivel del vecindario estaba bajando. Eran las nueve y el olor a barbacoa llenaba el aire. Supo sin mirar el móvil que tenía un montón de mensajes de Steve Spencer preguntándole qué le había pasado. Evitó pensar que el día no podía ir a peor y se vio recompensado por una visión que de pronto lo volvió mejor. Shirley Morrison estaba sentada en su peldaño de entrada, con dos botellas de cerveza fría en la mano.

—He pensado que te iría bien que te cuidaran un poco —dijo.

Más tarde, mucho más tarde, cuando ya había luz en el cielo y el coro del alba había dado comienzo y era jueves (azul según Julia y naranja según Amelia), Jackson se volvió y miró el rostro dormido de Shirley y trató de recordar por qué se suponía que no debía acostarse con ella. Oh, sí, porque era una cliente. La ética. Buena jugada, Jackson. Se preguntó si habría cruzado un límite que iba a lamentar. No era tanto que fuera una cliente, o que creyera que habría algo entre ambos. Se habían salido de sus órbitas y colisionado, eso era todo. (Aunque le gustaba creer que habría algo más). Había sido como un cataclismo, extraordinario, pero no le veía futuro. No era eso lo que preocupaba a Jackson, sino el hecho de que, cuando Shirley le contaba su espantosa historia, se había pasado la mayor parte del tiempo mirando arriba a la derecha.

Theo

En el cementerio hacía mucho calor. Tenía la cara empapada en sudor e imaginó que se le estaba fundiendo toda la grasa del cuerpo. Aunque Little Saint Mary estaba en medio de todo, nunca se había encontrado un alma, viva o muerta, entre las lápidas y las flores silvestres. Laura le contó que solía acudir allí a repasar, sentada en la hierba con los libros desparramados alrededor, de forma que Theo había puesto allí un banco con una placa, «Para Laura, que adoraba este sitio», y cuando se sentaba en él, de algún modo indefinible, se sentía más cerca de ella. Para Theo era una de las estaciones de la cruz, uno de los sitios asociados a Laura; sus huesos reposaban en el cementerio municipal en Newmarket Road, pero toda Cambridge actuaba de relicario de su memoria.

La gente esparcía en el cementerio las cenizas de sus parientes incinerados y en la tierra gris y arenosa de los muertos se había plantado camomila. En la tumba de Laura, en el anodino cementerio municipal, él había plantado campanillas de invierno, las flores favoritas de su hija. Había árboles en el cementerio, y se preguntó si sus raíces habrían encontrado ya a Laura, si se habrían entretejido en su caja torácica y enroscado en sus tobillos y muñecas.

Jackson había ido a Londres para ver a Emma. Sus recuerdos de Emma eran poco definidos; creía acordarse de que se había liado con un hombre y todo el asunto había acabado mal en algún sentido. Emma trabajaba para la BBC, según Jackson. Theo nunca especulaba sobre qué haría Laura de haber vivido. No había un futuro que imaginar, su vida era un compartimiento estanco, del 15 de febrero de 1976 al 19 de julio de 1994. Sus resultados del bachillerato superior habían llegado tres semanas después de que muriera, como un extraño epílogo. Había abierto el gran sobre marrón dirigido a «Laura Wyre» y comprobado que tenía cuatro «A». Nunca se le había ocurrido cancelar la plaza en la universidad, y una semana después de que empezara el trimestre de otoño llamó alguien de la administración de la universidad en Aberdeen y preguntó: «¿Puedo hablar con Laura Wyre, por favor?», y Theo contestó: «No, lo siento, no puede», y se echó a llorar.

Tenía demasiado calor. El banco de Laura se hallaba en un sitio soleado y resguardado contra la pared de la iglesia. Sentía que el sudor le formaba un charco en la gruesa concavidad de la parte baja de la espalda. Era alérgico a casi todo lo que crecía en el cementerio, pero se había armado de antemano con gafas de sol y Zirtek y confiado en mantener a raya un poco más la abundante flora de Little Saint Mary, pero los ojos empezaron a lagrimearle y la nariz a congestionarse y supo que iba a tener que irse. Se puso en pie con esfuerzo. «Adiós, cariño», dijo, porque Laura estaba en todas partes. Y en ninguna.

En Christ's Piece un hombre cortaba la hierba sentado en uno de esos pequeños tractores cortacéspedes. Theo apenas veía con las lágrimas que le rodaban por la cara. El pañuelo que se había llevado a la nariz estaba ya empapado. La gente lo miraba raro pero continuó a pesar de todo. Los autobuses en la estación de Drummond Street rugían como bestias mecánicas y juró que tenía el sabor a tubo de escape en la boca. A quién se le ocurría poner una estación de autobuses junto a una zona verde. Oía el aliento en su pecho, tan sonoro como el cortacéspedes. De algún modo, le parecía que no estaba bien ser alérgico al verano. Su esposa, Valerie, nunca se había mostrado comprensiva y consideraba las alergias y el asma otra forma de debilidad de carácter. No había habido mascotas en la casa hasta que Laura cumplió los catorce y deseaba tantísimo un perro que él acabó por ceder y fueron a la perrera y volvieron con *Poppy*. Solo tenía unos meses; alguien lo había arrojado por la ventanilla de un coche en marcha. ¿Cómo podía alguien hacer algo así? ¿Qué clase de persona era capaz de infligir semejante sufrimiento? Laura dijo que iba a «colmar» a *Poppy* de cariño para compensarlo. Y Theo se había acostumbrado gradualmente al pelo del perro, hasta que pudo incluso dejarlo sentarse en sus rodillas y acariciarlo. Él también quería a ese perro. Había sido terrible cuando lo atropellaron, una minúscula premonición de lo que estaba por venir.

Sentía una presión cada vez mayor en el pecho. Empezó a resollar y hurgó en el bolsillo en busca del Ventolín. No estaba en el bolsillo de siempre. Probó en todos los bolsillos y entonces visualizó con repentina claridad el inhalador sobre la mesita del vestíbulo, esperando a que lo trasladara de una chaqueta a otra. El pánico fue como un puñetazo en el corazón.

Casi se le doblaron las piernas y trastabilló hasta un banco en la rosaleda del monumento a la Princesa Diana, tratando de permanecer tranquilo, de mantener a raya el terror. El día soleado ya se había vuelto oscuro en sus lindes y veía puntitos bailando ante los ojos. Sintió un nudo de dolor en el pecho y se preguntó si estaría sufriendo un infarto.

Luchaba por respirar. Debería tratar de indicarle a alguien que necesitaba ayuda, que no era solo un tipo gordo sudando en un banco del parque, que era un tipo gordo que se estaba muriendo. El pánico le oprimía el pecho, estrujándolo con fuerza. Oía los terribles sonidos que emitía en sus intentos por respirar. Sin duda alguien lo oiría, ¿no?

Esto también pasará, se dijo, pero no fue así. Habría esperado que para entonces lo invadiera la paz y la aceptación, que la falta de oxígeno lo habría preparado para la muerte, pero su cuerpo seguía forcejeando con cada nervio y fibra. Le gustase o no, iba a irse luchando.

Había una silueta oscura ante él, una persona que le tapaba la luz del sol, y pensó que debía de ser Laura que venía a llevárselo a casa. Quiso decir su nombre pero no

podía hablar, ni ver, ni respirar. Ella le estaba diciendo algo, pero las palabras parecían salir de debajo del agua. Le tocó el brazo y tenía los dedos helados. La oyó decir «¿Puedo ayudarlo?» y las palabras le retumbaron en el oído como las olas, y una parte de él quiso contestar «No, estoy bien» porque no quería preocuparla, pero otra parte, una más fuerte e insistente y sobre la que no tenía control, arañaba el aire intentando transmitir su desesperación. Ahora oía otras voces. Alguien le embutió algo en la boca y tardó un segundo en comprender que era un inhalador.

Luego, negrura. Y después la ambulancia, donde se sintió mareado y débil pero la máscara de oxígeno en su cara le resultó extraordinariamente tranquilizadora. El enfermero la levantó un poquito para que pudiera hablar y él le preguntó si había tenido un ataque al corazón, y el hombre negó con la cabeza y contestó: «No, creo que no». Y entonces se durmió.

Y despertó en una cama en una sala de hospital. Había un hombre viejo en la cama de al lado, conectado a un montón de tubos. Theo comprendió que él también estaba enchufado a un montón de tubos. Cuando volvió a despertar el viejo ya no estaba, y cuando despertó una vez más estaba en una sala distinta y era hora de visitas y la gente entraba en tropel con revistas y fruta y bolsas de plástico con ropa. Theo giró la cabeza para seguir el avance de los visitantes y vio a una muchacha sentada en la silla junto a su cama. Comprendió dos cosas al mismo tiempo: la primera, que era la chica mendiga del pelo amarillo yema, y la segunda, que había sido esa chica quien lo había ayudado en Christ's Piece, y no Laura.

Estaba ahí la tarde siguiente, sentada con cautela en el borde de la silla como si no se fiara que sostuviera su peso aunque estaba más flaca que un palo. No había traído revistas o fruta o cualquiera de las cosas que traían los visitantes, pero le puso algo en el puño cerrado, y cuando Theo lo abrió, vio que era un guijarro, liso y todavía caliente por el contacto con la mano seca y sucia de la chica, de forma que le pareció un regalo curiosamente íntimo. Se preguntó si sería retrasada. Estaba seguro de que había un término más políticamente correcto, pero no recordaba cuál era. Sentía el cerebro embotado y supuso que se debía a los fármacos.

La chica no sentía inclinación a hablar pero ya le estaba bien porque él tampoco. Sí le dijo sin embargo que se llamaba Lily-Rose, y él le dijo:

—Qué nombre tan bonito —y ella sonrió un poco, con timidez, y contestó:

—Gracias, es mío —y a Theo le pareció una respuesta extraña.

Acudió una enfermera para tomarle la temperatura. Le embutió el termómetro en la boca y, sonriéndole a Lily-Rose, dijo:

—Creo que a tu padre le darán el alta mañana.

—Estupendo —repuso Lily-Rose, y Theo no dijo nada porque aún tenía el termómetro en la boca.

Jackson acudió por la noche y Theo se emocionó porque parecía realmente preocupado por él.

—Va a tener que cuidarse un poco, hombretón —dijo, y le dio unas palmaditas en la mano, y él sintió aflorar lágrimas a sus ojos porque nadie lo tocaba nunca a excepción de los sagaces dedos de los médicos. Y de las manos frías de la chica del pelo amarillo. Lily-Rose. Parecía que a Jackson hubiesen vuelto a darle una paliza, y le preguntó:

—¿Se encuentra bien, Jackson?

El detective pareció afligido y contestó:

—Eso depende en gran medida de su definición de «bien», Theo.

La chica lo acompañó al taxi, sujetándolo del codo como si fuera a sostenerlo si se caía, aunque no parecía lo bastante fuerte para sostener un altramuz. El taxista y una enfermera lo ayudaron a subir al taxi. La enfermera sostuvo la puerta abierta para Lily-Rose. El perro de la chica subió de un salto, pero volvió a bajar al percatarse de que ella no lo seguía. Theo quiso escribirle su dirección y número de teléfono, pero no tenía papel.

—Toma, usa esto —le dijo Lily-Rose.

Le dio una pequeña tarjeta blanca, y fue solo cuando ya había escrito la dirección y el teléfono que Theo le dio la vuelta y advirtió que era una de las de Jackson. La miró desconcertado.

—¿Conoces a Jackson?

—¿A quién? —preguntó ella.

Pero la enfermera cerró la puerta y el taxista arrancó. Tanto la enfermera como Lily-Rose permanecieron de pie en la acera despidiéndolo con la mano. Theo les devolvió el saludo y pensó en lo absurdo que era que, al pensar que iba a subir al taxi con él, el corazón le hubiese dado un pequeño vuelco de alegría.

Solo había estado fuera dos días y la casa ya empezaba a parecerle extraña. Su inhalador seguía sobre la mesita del vestíbulo. Las habitaciones olían a cerrado, de forma que abrió todas las ventanas y se dijo que compraría una vela perfumada, una de las caras, no de esas que olían a vainilla barata y ambientador. Subió a la habitación de invitados, «centro de investigaciones» como la había llamado Jackson, y la vio con los ojos de un extraño por primera vez, vio hasta qué punto debía de parecer macabra y terrorífica.

Se sentó al ordenador, se conectó a internet y entró en una página de artículos de papelería para pedir cajas de almacenaje, unas muy bonitas con flores estampadas, y se dijo que lo guardaría todo en cajas y las etiquetaría debidamente y quizá entonces le pediría a Jackson que le echara una mano para subirlas al desván. Luego entró en

Tesco.com y pidió comida, pero no fue a «Mis favoritos» porque sabía que sus favoritos eran mortales: pastel de queso congelado y helados, repostería danesa y yogures enriquecidos; empezó en cambio una nueva lista con leche desnatada y cereales de avena, verduras, frutas y pan integral y grandes botellas de Evian, y se dijo que era una lista de la compra miserable. No era que se sintiera mejor o más alegre o que vislumbrara un futuro positivo para él, sino tan solo que no paraba de pensar en cómo se había aferrado a la vida cuando se la estaban arrebatando, cómo había luchado por permanecer vivo en Christ's Piece. A Laura no le habían dado la oportunidad de luchar, pero a él sí, y a lo mejor eso significaba algo, aunque no sabía qué exactamente.

Estaba a punto de desconectarse cuando se lo pensó dos veces y entró en cambio en la sección de comida para animales y pidió seis latas de comida para perros «de primera calidad». Solo por si acaso. Pagó y salió de la página y apagó el ordenador.

Y esperó.

Caroline

Todavía no se lo había dicho a nadie. Estaba de cuatro meses pero no se le notaba. Buenos músculos abdominales. Se había hecho una ecografía y todo era «normal»: no llevaba gemelos ni un alienígena. La comadrona era una vieja arpía que se daba aires de superioridad, y consideró mentirle cuando surgió la cuestión de si había tenido «algún embarazo anterior», pero la descubrirían fácilmente, de modo que se limitó a decir: «Sí, hace veinticinco años, el bebé fue adoptado» (lo cual era cierto). Vio cómo la comadrona hacía cálculos mentales: veinticinco años atrás, Caroline Edith Edwards habría tenido doce. La mujer arqueó una ceja y tuvo ganas de decirle «Vete a la mierda, hija de puta», pero no lo hizo porque habría sido Michelle la que hablaba, no Caroline Edith Edwards.

Le habría gustado hablar sobre el riesgo añadido de tener un bebé a los cuarenta y tres pero difícilmente podía decir «En realidad tengo seis años más de los que cree», ¿no? Además, sentía al bebé bien afianzado, lo sentía perfectamente sano y con firmes intenciones.

Trató de imaginar anunciarles a Hannah y James que iban a tener una hermanita (o hermanito, pero estaba segura de que era niña); casi podía ver sus expresiones de asco y celos, y luego sus maliciosas sonrisitas conspiradoras mientras planeaban los horrores que podrían perpetrar con el bebé. Se llevó una mano protectora al vientre y sintió la fría gelatina que la arpía de la comadrona no se había molestado en limpiar. Y Jonathan, ¿cómo iba a decírselo a Jonathan? «Cariño, adivina qué, vas a ser papá otra vez», y él se henchiría de orgullo al comprobar que su semilla era buena, porque para él no sería un bebé, una persona, sería una posesión más, como el nuevo John Deere, o el caballo zaino de Hannah, un poni adiestrado para la doma clásica y demasiado grande para ella, de modo que con un poco de suerte se caería de él y se rompería el cuello. (En realidad no debía pensar cosas así, podía ser malo para el bebé). Doma clásica, ese era el nuevo plan de Rowena para Hannah: «Nunca es demasiado pronto para aprender a controlar un caballo», le había dicho en un almuerzo al que la había invitado en su «acogedora casita», es decir, no en la magnífica casa que tú me has arrebatado. Doma clásica. Qué inglés sonaba, qué anal. Jemima, está de más decirlo, era una experta.

—No te importará que te pregunte una cosa, ¿verdad, querida? —dijo Rowena inclinándose hacia ella sobre los restos de un salmón poché que debía de haber preparado otra persona porque ella apenas era capaz de encontrar el cuchillo del pan—. Pero ¿cómo expresarlo...?

Tenía una mirada distante, casi visionaria, en los ojos azul claro, y Caroline se dijo que no podía soportarlo.

—¿Qué si estoy preñada? —intervino para ayudarla, y Rowena se estremeció un poco ante su forma de hablar—. No, no lo estoy. —Era buena mintiendo, muy buena.

—¿Estás segura?

—Sí.

Observó a Rowena esforzarse por contener una sonrisa de alivio mientras decía:

—¿Tomamos el café en el jardín?

Era la primera vez que asistía a un oficio religioso en Santa Ana, la primera vez que lo oía predicar un sermón. No acababa de parecer el mismo con la almidonada sobrepelliz blanca de domingo, y se preguntó quién la dejaba tan blanca y almidonada. ¿Alguna «señora» a la que pagaba? No mencionó mucho a Dios, por lo que se sintió agradecida, y se fue un poco por las ramas, pero el tenor general del discurso fue que todos deberían ser más buenos con el prójimo. Caroline se dijo que eso estaba bien, y los diez feligreses, ella incluida, asintieron cordialmente ante su mensaje, y cuando el oficio hubo concluido todos se estrecharon las manos, lo que le pareció bastante cuáquero. Cuando estaba en la cárcel había asistido con mucha frecuencia a oficios religiosos, solo porque suponían un cambio en la rutina, y los capellanes eran siempre muy agradables con ella, probablemente por lo que había hecho. Cuanto peor era el crimen, más tendías a gustarles a los capellanes si aparecías en la capilla. La oveja descarriada y todo eso.

El párroco se quedó en la puerta y estrechó la mano de todos al salir y tuvo unas palabras amables para cada uno de ellos, por supuesto. Se aseguró de ser la última en abandonar la iglesia y casi esperó a que la invitara a una taza de café, o incluso a comer, pero no lo hizo.

—Qué agradable verla aquí, Caroline —se limitó a comentar, como si fuera una nueva conversa, y ella sintió una absurda decepción, pero sonrió y dijo algo inconsecuente antes de alejarse hacia el cementerio con la esperanza de que él la siguiera, pero volvió a entrar en Santa Ana.

No se había enamorado de nadie desde Keith, y eso no había sido más que una locura de adolescente que, de haber seguido las cosas su curso normal, debería haber acabado en un indiferente divorcio. Le gustaba volver a estar enamorada. Sentía que le devolvía una parte de la personalidad que había perdido. Quería al bicho, por supuesto. A Tanya. Pero esa había sido otra clase de amor, un amor elemental. No la había querido en aquellos tiempos, o al menos no de forma que comprendiera. Era algo que había aprendido a hacer desde entonces, en los años intermedios de ausencia. Y aunque ese amor hubiese llegado demasiado tarde, la ayudó a llenar todos aquellos años perdidos. Amor retroactivo. Para Tanya no sería así, por supuesto. No sabría cuánto amor le tenía su madre, a menos que Shirley se lo dijera («Tu mamá te quería muchísimo, pero sencillamente no podía estar contigo»). Le había hecho prometer a Shirley que la consideraría muerta y cuidaría del bicho.

También había querido a Shirley de esa forma elemental, o no habría hecho lo que hizo. Un nuevo comienzo. Eso le había dicho a Shirley: «Llévate a Tanya, dale un nuevo comienzo, sé para ella la madre que yo no pude ser». Aunque no lo había expresado tan bien, obviamente, dadas las circunstancias...

—Pensaba que tenía usted un hogar encantador al que volver.

Tenía una expresión divertida. Se había quitado la sobrepelliz para volver a ponerse el viejo cárdigan gris. Se trataba de un atuendo muy femenino, un cárdigan sobre lo que, no nos engañemos, era básicamente un vestido, y no pudo evitar preguntarse qué aspecto tendría bajo esas faldas negras, pero fue una sorpresa agradable comprender que, aunque le habría gustado caer de rodillas en la hierba y hacerle una mamada allí mismo en el cementerio, lo que quería hacer en realidad era cuidar de él, hacer cosas buenas por él, prepararle huevos revueltos y tostadas y té, frotarle la espalda, leerle en voz alta un clásico inglés. Estaba totalmente chiflada, desde luego.

—Estoy embarazada —anunció.

—Oh, felicidades. Es maravilloso. —Él le estudió el rostro en busca de pistas—. ¿Lo es?

—Sí. —Rio—. Es maravilloso. Por favor, no se lo diga a nadie todavía.

—Oh, caramba, por supuesto que no.

Se preguntó cómo podía haberse enamorado de un hombre que decía «caramba». Fácilmente, al parecer.

Lo tenía en la mira telescópica. Lo siguió por la cresta de la colina y luego en el descenso a los rediles de ovejas vacíos que había al pie, donde apoyó los codos en una valla de madera con su propio rifle en el hueco del codo. Era un perfecto cliché con las botas de agua verdes y el *barbour* azul y los perros correteando a sus pies. Se refería a *Meg* y *Bruce* como «perros cobradores», pero eran inútiles. Debía haber estado buscando conejos. ¿Qué derecho tenía a matar un conejo? ¿Qué hacía más valiosa su vida que la de un conejo? ¿Quién decidía esas cosas? Amartilló el rifle. La cabeza de él era un blanco perfecto. Desde ahí podía pegarle un tiro que le entrara directamente por la nuca: diana. Como una calabaza, un melón o un nabo. Bang, bang. No lo haría, por supuesto, jamás en su vida había matado, ni una mosca, al menos de forma intencionada. Él se puso en marcha otra vez para rodear la valla y desaparecer de la vista. Caroline consultó el reloj; hora de tomar el té.

Jackson

Tragó un par de analgésicos con una taza de café asqueroso. Estaba esperando en la terminal a que Nicola y el resto del personal de vuelo desembarcaran de su avión. Eran las siete de la mañana y le parecía una hora infernal para estar en un aeropuerto. Si no lo mataba un asesino desconocido, suponía que lo haría la muela.

El avión ya había descargado a sus desaliñados y desorientados pasajeros. Él nunca había estado en Málaga. Cuando estaban casados, Josie había insistido en que hicieran viajes caros cada año para pasar las vacaciones en chalets, con «piscina privada» y en sitios «encantadores»: Córcega, Cerdeña, Creta, la Toscana. Ahora solo era capaz de evocar una especie de recuerdo genérico del Mediterráneo: Marlee resbaladiza de crema bronceadora y flotando con los manguitos; Josie tendida en una tumbona leyendo una novela, mientras él hacía largos en la piscina, su cuerpo una forma oscura bajo el agua azul, como un tiburón inquieto y obsesivo.

Vigilar a Nicola no era más que una actividad sustitutiva, un intento de no pensar que alguien trataba de matarlo (aunque, seamos francos, no era fácil olvidar un hecho así).

Y ahora tenía que pensar también en Tanya. ¿Sobre qué era que Shirley no le había dicho la verdad? Walter y Anne Fletcher, los padres de Keith, se habían mudado a Lowestoft tras el asesinato y no habían hecho un gran papel como padres adoptivos del único vástago de su único hijo. Shirley había intentado, según ella, seguir en contacto con su sobrina, pero los Fletcher le dijeron que se mantuviera alejada de ellos. «Soy la hermana de la mujer que asesinó a su único hijo —explicó—. No se les puede culpar del todo». Cuando tenía doce años, Tanya empezó a escaparse de casa, y cuando tenía quince ya no volvió. «La he buscado por todas partes —dijo Shirley—, pero parece haberse desvanecido».

Añadió a Tanya a la sombría hoja de cálculo que llevaba últimamente en la cabeza. Presumiendo que estuviese viva, Tanya Fletcher tendría ahora veinticinco años. Olivia Land tendría treinta y siete, Laura Wyre, veintiocho, y Kerry-Anne Brockley, veintiséis. Confiaba en que Tanya estuviese viviendo su futuro, en que realmente tuviese veinticinco años y sus días fueran pasando sin detenerse, no como las jóvenes santas, como Kerry-Anne, Olivia y Laura. Y Niamh, su hermana mayor, que habría cumplido cincuenta años esa semana.

El personal de vuelo apareció en la terminal, arrastrando sus pequeñas y pulcras maletas de ruedas y recorriendo a buen paso el vestíbulo, con la sola idea de llegar a casa y verse libres del trabajo. Si algún pasajero les hubiese cortado el paso en busca

de un botellín de *whisky* o un segundo bocadillo, probablemente lo habrían arrollado para pasarle por encima con sus maletas de ruedas. Todos los auxiliares de vuelo eran mujeres, no hombres, aunque no parecía probable que Nicola tuviese una aventura con un azafato, pues Jackson aún tenía que encontrar a uno heterosexual. Las mujeres llevaban unos sombreros que parecían pertenecer a las cabezas del Saint Trinian's, el internado para chicas. Nicola cerraba la marcha con el copiloto. Parecía tener treinta y tantos años y era atractivo (dentro del género de los pilotos) pero poco más alto que Nicola. ¿La estaba tocando? El piloto, mayor y de aspecto más digno que el copiloto, se volvió y dijo algo que hizo reír a Nicola. Eso fue más prometedor; Jackson no recordaba haberla visto reír nunca.

Los siguió al exterior de la terminal y hasta el aparcamiento. Nicola y el piloto habían aparcado sus coches uno al lado del otro y se dijo que quizá fuera indicio de algo, pero se despidieron con aire despreocupado y sin besarse, tocarse o dirigirse miradas significativas. Ni rastro de adulterio. Nicola entró en el coche, aceleró y salió disparada con su habitual estilo Grand Prix. Jackson la siguió a ritmo menos suicida. Conducía un Fiat Punto de alquiler en lugar del Alfa. El Punto era de un color naranja que llamaba la atención. Era sin duda un coche de mujer. Su coche seguía en el taller de la policía, donde los forenses lo estaban sometiendo a más pruebas. «La policía se toma muy en serio esta clase de sabotaje, señor Brodie», le había dicho un nuevo detective de homicidios (nuevo para Jackson, al menos), y él había contestado que de acuerdo. No había mencionado el nombre de Quintus. No veía cómo la policía iba a hacer más de lo que podía hacer él.

La noche anterior se había acercado a casa de Binky para ver si Quintus seguía allí, pero no hubo respuesta cuando llamó al timbre. El Lexus ya no estaba y se preguntó si Quintus se habría llevado a Binky a dar un paseo o a cenar. ¿Parecía probable algo así?

Perdió a Nicola al cabo de unos minutos, y cuando se detuvo a una distancia discreta de su jardín, la mujer ya se había puesto unos tejanos y una sudadera y cortaba con gesto agresivo la hierba, empujando un cortacéspedes de una forma que le recordó a la actitud combativa de Deborah con el teclado del ordenador. O la actitud combativa de Josie con respecto a todo, antes de que David Lastingham le hiciera la lobotomía de Stepford. Nicola llevaba aún el camuflaje protector del maquillaje, incongruente con aquella ropa de estar por casa. Su lenguaje corporal bien podía ser agresivo, pero su rostro era una máscara.

Debería haberle comprado algo a Theo —flores, fruta, un buen libro— pero no se le había ocurrido y ahora era demasiado tarde. Theo se veía más pequeño en la cama del hospital. Ya no parecía tanto un gigantón como un niño huérfano de madre. Jackson deseó que hubiese un modo de hacerlo feliz. Le contó que había ido a Londres a ver a Emma pero pareció demasiado colocado para mostrar verdadero interés, aunque sí le

había preguntado a él si se encontraba bien (lo cual fue irónico dadas las circunstancias del propio Theo), y le contestó: «Eso depende en gran medida de su definición de “bien”, Theo».

Su verdadera preocupación era que llegara a encontrar realmente al tipo del jersey amarillo de golfista (aunque no parecía muy probable), pues no haría nada por aliviar el dolor de Theo; de hecho empeoraría las cosas, porque podría dar el caso por cerrado como pretendía. Y Laura seguiría muerta.

Recorrió los pasillos del hospital, con demasiada calefacción, desde la sala de ingresos hasta la UCI de pediatría. Entró sin que nadie lo detuviera; la enfermera en el mostrador lo reconoció y no le preguntó nada. Habría preferido que lo hiciera, que no fuera tan sencillo entrar en los sitios.

Observó a Shirley a través de un cristal que le pareció de espejo por el otro lado, dado que nadie le prestaba atención. Shirley llevaba una bata de quirófano azul. Opinaba que no había nada más sexi que una mujer vestida para operar, y se preguntó si le pasaba solo a él o muchos hombres lo pensaban. Deberían hacer sondeos de opinión sobre esas cosas. Shirley estaba de pie ante una cuna de la UCI y levantaba con delicadeza a un pequeño bebé de piel amarillenta. Todavía tenía una serie de tubos y monitores unidos al cuerpo, de modo que parecía una extraña y frágil criatura del espacio exterior.

—Deme un segundo y le haré saber que está usted aquí —le dijo un joven enfermero australiano.

(¿Quién se ocupaba de Australia? Estaban todos ahí, Dios sabría por qué).

Observó a un médico acercarse a Shirley y tocarla en el hombro para decirle algo. Hubo algo indefiniblemente íntimo en ese gesto, y por la forma en que ella se volvió hacia él y sonrió, Jackson supo al instante que se habían ido a la cama. Los dos bajaron la mirada hacia el bebé. Se sintió un mirón, aún más que de costumbre. La enfermera que lo había reconocido (¿cómo se llamaba? ¿Elaine? ¿Eileen?) se puso a su lado y dijo:

—Ah, qué dulce.

—¿Dulce? —repitió él, preguntándose qué podía tener de dulce aquella escena.

Una mujer con la que había pasado hacía poco una noche de deseo desenfrenado babeando ante un bebé con otro amante.

—Bueno, triste, en realidad —comentó Elaine/Eileen—. Ellos no pueden tener hijos.

—¿Ellos? ¿Son pareja? ¿Shirley Morrison y ese médico?

Elaine/Eileen frunció el entrecejo.

—Sí, el profesor Welch es su marido. Es el jefe de servicio de pediatría.

—¿Están casados?

—Sí, inspector Brodie. ¿Está haciendo indagaciones sobre Shirley?

—Soy el señor Brodie. Dejé la policía hace dos años, Eileen.

—Elaine.

—¿Por qué le parece que indago sobre ella?

Elaine se encogió de hombros.

—Por la forma en que me está interrogando, quizá.

—Lo siento.

Elaine se acercó a él y su tono fue confidencial.

—Supongo que sabe que es la hermana de...

—Sí —la interrumpió Jackson—, lo sé.

Shirley Morrison no había cambiado de apellido tras la condena de su hermana, y tampoco al casarse. En algún momento del aturdimiento como de resaca de la mañana después, le había preguntado: «¿Cómo es que no cambiaste de identidad?», y ella respondió: «Era lo único que me quedaba». Su marido procedió a examinar a otro bebé alienígena y Shirley volvió a dejar al que tenía en brazos en su pequeña cápsula espacial.

El enfermero australiano entró en la UCI y le dijo algo a Shirley Morrison, que alzó la mirada y frunció el entrecejo al verlo. Él se encogió de hombros y puso cara de impotencia. Se señaló el dedo anular, sin anillo alguno, y luego a ella. Shirley puso los ojos en blanco, como si no pudiera creer que estuviesen comunicándose de esa forma tan ridícula. Le indicó que se dirigiera a la entrada de la unidad. Abrió la puerta solo un resquicio, como si Jackson supusiera una amenaza.

—¿Por qué no me dijiste que estabas casada?

—¿Habría cambiado algo?

—Sí.

—Jesús, Jackson, ¿quién eres tú, el último hombre bueno sobre la tierra? Fue solo sexo, olvídalo.

Le cerró la puerta en las narices. Algo en ella le había dado mala espina; debería haber seguido su intuición. ¿Era buena mintiendo o solo evitando decir la verdad? ¿Había alguna diferencia? Le gustaba pensar que la verdad era algo absoluto, pero eso a lo mejor lo convertía en un maldito fascista estrecho de miras morales.

Al salir de la unidad, casi tropezó con la chica sin techo del cabello amarillo, que acechaba en el pasillo. Murmuraba por lo bajo, como si rezara el rosario, y Jackson sintió deseos de saludarla porque la había visto tantas veces por ahí que tenía la sensación de conocerla, pero no era así, por supuesto, y se sorprendió por tanto cuando ella le habló.

—Tú lo conoces, ¿no?

—¿A quién?

—A ese tío gordo.

—¿Theo? —supuso él.

—Sí, ¿va a ponerse bien?

—Está bien —repuso Jackson. Como la chica echó a andar, alejándose de la UCI,

añadió—: Aún son horas de visita. Puedes ir a verlo, está en la sala de ingresos.

—No, ya lo he visto esta tarde; he venido por otra persona.

La acompañó hasta salir del hospital. La chica se estremeció aunque la noche era templada, y encendió un cigarrillo.

—Perdón —se disculpó, y le ofreció uno a él.

Jackson lo encendió y dijo:

—Eres muy joven para fumar.

—Y tú muy viejo —respondió ella—. Además, tengo veinticinco años; soy lo bastante mayor para lo que sea.

Se dijo que parecía tener diecisiete, como mucho dieciocho. La chica recuperó el perro del banco al que lo había dejado atado.

—¿Eres amigo suyo? —quiso saber.

—¿De Theo? Más o menos. —¿Era amigo de Theo? Quizá sí. ¿Era amigo de Amelia y Julia? Dios nos libre. (¿Lo era?). Y no era amigo de Shirley Morrison, no importaba qué hubiesen hecho la otra noche al abrigo de la oscuridad—. Sí —declaró al fin—. Soy amigo de Theo. Me llamo Jackson.

—Jackson —repitió la chica como si tratara de localizarlo en su memoria.

Él sacó del bolsillo un montoncito de tarjetas de «Jackson Brodie, investigador privado» y le tendió una.

—Ahora viene la parte en que me dices tu nombre.

—Lily-Rose.

De cerca, no tenía tanto aspecto de drogadicta como de víctima del abandono y la desnutrición. Parecía lo bastante frágil para que se la llevara el viento, y tuvo deseos de llevarla al Pizza Express más cercano y verla comer. Tenía una barriguita como la de los niños africanos muertos de hambre que se veían en televisión. Se preguntó si estaría embarazada.

—Lo encontré yo —dijo la chica—. En el parque, el de Christ's no sé qué.

—Piece.

—Qué nombre tan estúpido.

—Sí, mucho —convino Jackson.

—Tuvo un ataque.

—Dice que alguien le dio un inhalador.

—Esa no fui yo —puntualizó Lily-Rose—, sino una mujer. ¿Va a ponerse bien?

—Perfectamente bien —contestó él, y entonces se dio cuenta de que le estaba hablando como si tuviera la edad de Marlee. No podía creer que tuviese veinticinco años—. No, en realidad no está bien. Asesinaron a su hija hace diez años, y no consigue superarlo.

—¿Por qué debería hacerlo?

Stan Jessop daba clases en una escuela distinta, pero vivía en la misma casita

semiadosada de la década de los treinta que diez años antes. El nombre de «Stan» hacía pensar en un tipo viejo, pero solo tenía treinta y seis años. Cuando Laura murió, Stan Jessop tenía veintiséis, increíblemente joven en opinión de Jackson: solo un año más que Lily-Rose, dos años menor que Emma Drake (tenía que dejar esas comparaciones). Había un Vauxhall Vectra bastante destartado ante la entrada, con una sillita de niño detrás y el suelo alfombrado de juguetes y envoltorios de caramelos y otra basura doméstica. Según Emma, diez años, Stan Jessop tenía una niña, Nina; ahora parecía tener todo un zoo de hijos: el jardín de atrás semejava un campo de batalla en una guerra que librarán trastos del Toys'R'Us.

—Niños. —Stan Jessop se encogió de hombros—. Qué se le va a hacer.

Y Jackson pensó: «Bueno, recoger un poco, para empezar», pero se limitó a encogerse a su vez de hombros, aceptar la taza de café instantáneo que le preparó Stan y tomar asiento en la sala de estar. La taza tenía churretes en un lado como si no la hubiesen lavado debidamente. La dejó sobre la mesita y no bebió de ella.

Según Emma Drake, Stan Jessop era «muy guapo» diez años atrás, y todavía resultaba atractivo y juvenil.

—Estoy haciendo averiguaciones sobre ciertos aspectos del caso de Laura Wyre —dijo.

—Oh, ¿sí? —repuso Stan con una despreocupación que no acabó de convencerlo.

Del piso de arriba llegó el ruido atronador de unos niños que se resistían a irse a la cama y la voz cada vez más frustrada de una mujer. Sonaba a vieja rutina.

—Tres chicos —dijo Stan como si aquello lo explicase todo—. Es como tratar de meter en la cama a las hordas bárbaras. En realidad debería echar una mano —añadió, y se dejó caer en el sofá. Por lo visto las hordas bárbaras lo habían derrotado hacía mucho. Preguntó con irritación—: ¿Qué pasa con ella?

—¿Con quién?

—Laura... ¿qué pasa? ¿Han vuelto a abrir el caso?

—Nunca se cerró, señor Jessop. He estado hablando con algunos de sus amigos. Piensan que usted estaba medio enamorado de ella.

—¿Medio enamorado? —Le pareció ver una sombra cruzar el rostro de Stan Jessop—. ¿Por eso está usted aquí, porque yo estaba «medio enamorado» de Laura Wyre?

—¿Lo estaba?

—Ya sabe que... —Exhaló un suspiro, como si lo que fuera que iba a explicar no mereciera en realidad el esfuerzo— cuando uno es joven y se ve en una posición así, las cosas pueden írsele un poco de las manos. —Su expresión se volvió hosca—. Todas esas chicas, inteligentes y guapas, con las hormonas por las nubes, que no paran de acosarte.

—Se supone que uno es el adulto.

—Son todas unas calientabraguetas, se acuestan con todo el mundo, abren las piernas para cualquiera, a esa edad. No me diga que actuaría usted de otro modo. Si

se lo pusieran en bandeja, ¿qué haría?

—No aceptaría.

—Oh, no me venga con esa superioridad moral de mierda. A fin de cuentas, no es más que un hombre. —(¿Qué había dicho Shirley? «¿Quién eres tú, el último hombre bueno sobre la tierra?». ¿Lo era? Esperaba que no)—. Ponga a cualquier hombre en esa posición y caerá en la tentación. Usted lo haría.

—No lo haría —insistió Jackson— porque tengo una hija. Igual que usted.

Stan Jessop se levantó del sofá como si estuviera a punto de darle un puñetazo (¿por qué no? Todo el mundo lo hacía), pero su esposa entró en la habitación en ese momento y les dirigió a los dos una mirada furiosa y suspicaz. No se ajustaba a la descripción de Emma Drake de «rubia y un poco putilla» («ordinaria»). Llevaba unos tejanos y una camiseta y tenía el cabello corto y oscuro. Emma dijo que ella y Laura se llevaban bien y, sin embargo, nadie había interrogado a Kim Jessop. (¿Por qué no?). Tendió la mano y dijo:

—¿Qué tal, señora Jessop? Me llamo Jackson Brodie. Estoy investigando ciertos aspectos de la muerte de Laura Wyre.

Ella lo miró con rostro inexpresivo y preguntó:

—¿De quién?

Jackson telefoneó a casa de Deborah Arnold desde el coche.

—¿Puedes escribirle una carta estándar a la señorita Morrison y decirle que nos es imposible seguir ocupándonos de su caso?

—¿Has oído hablar del horario de oficina?

—¿Y tú?

¿Estaba siendo mezquino? De acuerdo, Shirley estaba casada y se había acostado con él, el adulterio era algo habitual (solo había que mirar a su propia esposa); ¿explicaba eso el mal presentimiento que había tenido con respecto a ella? ¿Explicaba por qué algo no encajaba en su historia sobre Michelle? Si Tanya quería encontrar a Shirley, quizá lo habría hecho ya, ¿no? Él no quería ayudar a Shirley. Ni siquiera quería ver a Shirley. Hurgó en la guantera en busca de un CD de Lee Ann Womack y puso directamente la canción *Little past Little Rock*. La mitad de canciones *country* trataba de mujeres que se iban: que dejaban la ciudad, que se alejaban del pasado, pero en su mayoría que dejaban a un hombre. Después de que su propia mujer se fuera, había grabado una cinta de recopilación de todas las mujeres que sufrían, las Lucindas y Emmylous y Trishas, que entonaban sus tristes canciones sobre la partida en trenes, aviones y autobuses, pero sobre todo en coches, por supuesto. Otra hégira.

Al llegar a casa, calentó algo insulso en el microondas. Solo eran las nueve pero

estaba hecho polvo. Solamente había un mensaje en el contestador, de Binky. Había tenido la intención de pasarse por su casa a ver qué tal estaba, pero no creía tener la energía necesaria. Escuchó el mensaje: «Señor Brodie, señor Brodie, necesito de verdad hablar con usted, es urgente», y luego nada, ni siquiera adiós. La llamó, pero no hubo respuesta. En cuanto colgó el auricular sonó el teléfono, y contestó de inmediato.

Era Amelia. Una Amelia histérica. Otra vez.

—¿Quién ha muerto ahora, Amelia? —preguntó cuando ella hizo una pausa para respirar—. Porque si se trata de algo más pequeño que un caballo grande, le agradecería que se ocupara usted misma.

Por desgracia, su respuesta tuvo el efecto de ponerla el doble de histérica.

Jackson colgó, contó hasta diez y entonces apretó el botón de devolver la llamada anterior, y el número de Binky Rain apareció en el visor. Tuvo un mal presentimiento. (¿Los tenía buenos alguna vez?).

—¿Qué pasa? —preguntó cuando Amelia descolgó.

Ella fue capaz de calmarse lo suficiente para decir:

—Está muerta. La vieja bruja está muerta.

Era la una de la madrugada cuando llegó a casa. Se sentía como si hubiese ido a un lugar más allá del sueño, un sitio gris y neblinoso en que toda su energía se invertía en mantener en marcha el sistema nervioso, y el resto del cerebro y el cuerpo hacía rato que se habían desconectado. De hecho, subió las escaleras a cuatro patas. No se había hecho la cama desde la noche que había pasado con Shirley Morrison y no estaba seguro en realidad de haber dormido desde entonces. Ella llevaba aquel anillo celta en el dedo anular. ¿Era culpa suya por no haberle preguntado si estaba casada? Habría sido una pregunta suficientemente directa. ¿Habría mentido ella? Era probable. La mujer a la que le encantaban los bebés y no podía tenerlos. ¿Era por eso que se había acostado con él, para quedar embarazada? Confiaba en que no. ¿Lo sabía su marido? La mujer que adoraba a los bebés y que había perdido el contacto con el único bebé al que se suponía debía cuidar por encima de todos los demás. Tanya. Algo parpadeó en el fondo de su memoria, pero estaba tan cansado que apenas recordaba su propio nombre.

Abrió una ventana. No había aire en el dormitorio. El clima era opresivo. Si una tormenta no aliviaba pronto aquel calor, la gente empezaría a volverse loca. El tiempo había cambiado justo después de la desaparición de Olivia. Amelia le contó que Sylvia dijo que era «el llanto de Dios por su corderito perdido». Amelia se había estado comportando de forma incluso más rara que habitualmente, cotorreando sobre Olivia aunque el cuerpo que había encontrado era el de Binky. Cotorreando. Esa era

una de las palabras de su padre. Hacía ya casi un año que el viejo había muerto, solo y abandonado en su cama de hospital. Tenía setenta y cinco años y sufría de todo lo posible: silicosis, enfisema, cirrosis hepática. Jackson no quería convertirse en el hombre que había sido su padre.

¿Qué había querido decirle Binky? Ahora ya no iba a averiguarlo, ¿verdad? Pensó en el pequeño y frágil cuerpo de Binky yaciendo en lo que quedaba de su huerto, con la hierba crecida y húmeda de rocío, aunque no la de debajo de su cuerpo, que había permanecido tan seca como sus viejos huesos. «Lleva horas aquí», dijo el patólogo, y Jackson sintió que se le encogía el corazón. Había pasado con el coche ante su casa, quizá podría haberla ayudado. Debió haber entrado por la fuerza, haber escalado la tapia. Debió haberla ayudado.

Estaba a punto de correr las cortinas cuando algo llamó su atención. Recorría el muro del otro lado de la calle, esquivando las malvarrosas que crecían como malas hierbas. Un gato negro. Si Binky Rain se reencarnaba, ¿lo haría en un gato? ¿En uno negro? ¿Cuántos gatos negros había en Cambridge? Centenares. Abrió más la ventana y se asomó y —no pudo creer que realmente estuviese haciendo aquello— exclamó con suavidad en el cálido aire nocturno:

—¿*Negro*?

El gato se detuvo y miró atrás. Jackson corrió escaleras abajo y salió de la casa, y pasó entonces a andar de puntillas como en los dibujos animados para no asustar al animal.

—¿*Negro*? —susurró otra vez, y el gato maulló y bajó del muro. Lo cogió y sopesó su cuerpo flaco en los brazos. Tuvo una extraña sensación de camaradería con el desaliñado animal, y añadió—: Tranquilo, amiguito, ¿quieres venir a mi casa?

No tenía comida para gatos —no tenía comida de ninguna clase en la casa— pero sí algo de leche. Lo sorprendió sentir una inesperada oleada de afecto hacia el gato. Por supuesto, probablemente no era *Negro* (y quien fuera que adoptase al gato tendría que cambiarle el nombre, por el amor de Dios). Era probable que el gato hubiese respondido a lo que fuera, pero en su estado de agotamiento le pareció demasiada coincidencia. Se dio la vuelta para volver a la casa. Y la casa explotó. Así, por las buenas.

¿Qué era lo que cantaba Hank Williams? ¿Algo sobre que nunca se salía vivo de este mundo?

Amelia

Era la única que había advertido que había más. Julia estaba demasiado ocupada en flirtear —«Señor Brodie esto, señor Brodie lo de más allá»— y Jackson estaba demasiado ocupado en mirarle los pechos a Julia. Claro que a un hombre se le hacía difícil no mirarle los pechos a Julia cuando los exhibía de esa manera. ¡Hasta se había lamido los labios al sugerirle que se bañaran desnudos! De pequeñas se habían bañado en el río, aunque Rosemary siempre les decía que no lo hicieran. Julia era la mejor nadadora de las tres. De las cuatro. ¿Sabía nadar Olivia? Creía acordarse del pequeño cuerpo de rana de Olivia, con un bañador azul fruncido, moviéndose a través del agua, pero no sabía si era un recuerdo real. A veces se sentía como si se hubiese pasado la vida esperando a que Olivia volviera, mientras Sylvia hablaba con Dios y Julia follaba. Y sentía una tristeza insoportable al pensar en todas las cosas que Olivia nunca había hecho: nunca había montado en bicicleta o trepado a un árbol o leído un libro, nunca había ido a la escuela, o al teatro o a un concierto. Nunca escuchó a Mozart o se enamoró. Ni siquiera había escrito nunca su propio nombre. Olivia habría vivido su vida; Amelia se limitaba tan solo a soportar la suya.

«Me está mirando las tetas, señor Brodie». Qué fulana era Julia a veces. Amelia recordaba a Victor, en cierta ocasión, arrastrando a una Julia adolescente de vuelta a la casa cuando trataba de escapar para ver a un chico, y gritándole que parecía «una vulgar fulana». (¿Con cuántos hombres se había acostado Julia? Demasiados para que llevara la cuenta, sin duda). Victor la hizo quitarse el maquillaje con un cepillo de uñas. Unas veces las ignoraba durante días enteros, saliendo de su estudio solo para comer, y otras estaba constantemente encima de ellas, como alguna clase de patriarca religioso.

Tras la muerte de Rosemary, Victor empleó a una mujer para cocinar y limpiar todos los días. Se llamaba señora Gordon y nadie supo nunca su nombre de pila. Fue típico de Victor contratar a alguien a quien no le gustaban los niños y cocinaba fatal. A veces la señora Gordon les preparaba la misma cena varios días seguidos; salchichas quemadas, judías blancas y patatas hervidas y mal escurridas era uno de sus menús favoritos. Victor nunca parecía darse cuenta. «La comida no es más que combustible —solía decir—. No importa en qué consista». Vaya infancia tan atroz habían tenido.

Y en realidad Jackson había sido la última persona que quería ver. ¿Qué hacía allí sentado en la ribera del río? ¿Por qué precisamente él? No era justo. (Nada era justo). Los dioses la estaban provocando con él. No había querido ir a Grantchester, para nada; fue Julia quien la convenció de dar un paseo en batea por el río, persuadiéndola como si fuera una débil inválida o una agorafóbica: «Vamos, Milly, no puedes

quedarte todo el día alicaída delante de la tele». No estaba alicaída, estaba deprimida, por el amor de Dios. Y podía estar deprimida si le daba la gana, podía sentarse a ver los documentales sobre perros en el canal de National Geographic y comerse un paquete entero de galletas de chocolate al licor si quería, porque ella no le importaba a nadie. De hecho, podía quedarse ahí sentada todo el día, desde *Barney y sus amigos* hasta *Chicas del porno al desnudo*, alternando durante varias horas con el canal Landscape, y comerse el contenido de una fábrica entera de galletas hasta convertirse en una obesa, en un globo aparcado en la tierra, cuyo cuerpo muerto e hinchado tendrían que sacar los bomberos de la casa con un aparato hidráulico, porque no le importaba a nadie. «A mí me importas, Milly». «Sí, y qué más», como dirían los pizarreros.

Si le importara tanto, Julia no flirtearía con Jackson delante de ella. Los imaginaba en el agua juntos, Julia nadando como una nutria en torno al cuerpo desnudo de Jackson, los labios rojos cerrándose en torno a su... ¡no! No pienses eso, no pienses eso, no pienses eso.

Una noche, Amelia encontró el canal religioso entre el de salud de Discovery y el canal de la moda, y descubrió que había un programa llamado *La palabra de Dios* que se emitía a medianoche ¡y lo había visto! Para comprobar si Dios tenía algo que decirle. Pero no era así, obviamente.

«Milly, ¿quieres miel en tus bollitos?». Y Julia estaba hablando de pronto de Rupert Brooke desnudo. ¿No podía dejar de hablar de gente desnuda? Porque en realidad era bastante agradable estar ahí sentada, en una tumbona en el jardín, disfrutando del calor del verano; por qué no podía estar ella a solas con Jackson, sin Julia, por qué no podía ser él quien le sirviera el té y le untara de mantequilla los bollitos, por qué tenía que estar allí Julia con los pechos casi saliéndose del sujetador cuando se inclinaba hacia él, vertiéndole miel en los bollitos. Y era un sujetador precioso, blanco y con blonda; ¿por qué no había tenido ella nunca ropa interior así? No era justo.

La otra noche había quedado como una absoluta estúpida («¿Está casado, señor Brodie?»), como una muchacha frustrada en una sentimental novela Victoriana. Supo por la forma que la miraba que él la creía chiflada. (¿Lo estaba?). Se sintió tan avergonzada que no pudo mirarlo; gracias a Dios que llevaba sombrero y gafas. (¿La hacían parecer misteriosa y enigmática, aunque fuera un poquito?). Y él tenía toda la encantadora cara magullada (porque, por supuesto, lo había mirado) y le habría gustado consolarlo, cogerle el rostro y ponérselo entre sus propios pechos (que eran tan grandes como los de Julia, aunque no ocuparan el mismo plano horizontal). Pero eso nunca iba a ocurrir, ¿verdad?

Pero ella los había visto. A los otros. Jackson y Julia pensaron que solo estaba el hombre que leía *Principia Mathematica*, pero ella había visto a los demás, siete u

ocho, todos tan desnudos como el hombre de *Principia Mathematica*. Un par de ellos se zambulló en el agua, pero los demás charlaban recostados en la ribera en distintas posturas, como si representaran una escena pastoral idílica. ¿Eran naturistas? Tuvo el súbito e inesperado recuerdo de nadar en el río, con el cuerpo ardiente de sol moviéndose con suavidad a través del agua fría y resplandeciente. Sintió un repentino anhelo físico, como el hambre. ¿Por qué estaba atrapada en aquel cuerpo torpe y fofo, por qué no podía recuperar el cuerpo de su niñez? ¿Por qué no podía recuperar su infancia?

Quizá eran situacionistas que creaban su propia y estafalaria obra de arte, ajenos a que tuviera o no espectadores. ¿O se trataría de alguna clase de culto? ¿Un aquelarre nudista? Casi todos parecían haber dejado atrás los cuarenta años y tenían cuerpos imperfectos: muslos con cartucheras y traseros caídos, vello púbico cano y lunares y pecas y antiguas cicatrices de operaciones, y algunos estaban tan arrugados como un mastín napolitano. Lucían un bronceado integral, de forma que, fuera lo que fuese lo que hacían, debían hacerlo con frecuencia. Y entonces desaparecieron tras un recodo del río, desvaneciéndose como en un sueño.

Anduvo a grandes zancadas por delante de Julia porque estaba enfadada con ella por todo, pero en particular por flirtear tanto con Jackson el día anterior en el río. Julia corrió para darle alcance, pero entonces oyeron la campanilla de un furgón de helados.

—Las campanadas de medianoche —dijo Julia.

—No me parece una analogía apropiada —comentó ella, pero Julia había respondido obedientemente al sonido como un perro de Pavlov y trotaba ya en busca de un helado.

Amelia siguió andando a través de Christ's Piece y pasó ante el monumento de la rosaleta de la princesa Diana dirigiéndole una mirada de desdén; vaya tontería era todo lo relacionado con la princesa Diana (viva o muerta). Olivia no contaba con monumento alguno sobre la tierra, ni una rosaleta ni un banco, ni siquiera una lápida sobre una tumba vacía. Y entonces, de pronto, salida de la nada, la abordó la chica sin techo del cabello amarillo canario. La cogió del brazo y empezó a tirar de ella camino abajo, y Amelia pensó, me está atracando, qué ridiculez, y trató de gritar pero se encontró con que se había quedado muda como en las pesadillas. Trató de mirar atrás para ver dónde estaba Julia —su hermana la salvaría de la chica del pelo amarillo, Julia siempre había sido luchadora cuando eran niñas—, pero la chica la arrastraba por el sendero como una criatura recalcitrante. Era absurdo porque ella abultaba el doble por lo menos que su captora, pero la chica del pelo amarillo era presa de una rara y turbadora animación, además de estar sucia y ser una sin techo adicta a las drogas y posiblemente retrasada, y Amelia le tenía miedo.

El perro de la chica del cabello amarillo corría junto a ellas, dando brincos como

un cómplice excitable. Si la chica le soltaba el brazo un instante, le daría el monedero o el bolso o lo que fuera que quería. De pronto le vino a la cabeza la película sobre robos *Con ganas de triunfar* (desde luego el cerebro hacía cosas bien raras cuando estaba sometido al estrés). Salteadores de caminos, o salteadoras, más bien. ¿Había oído alguien hablar de ellas? ¿Existían siquiera? ¿Eran los salteadores de caminos como los piratas y los magnates sin escrúpulos del siglo XIX? ¿Qué era exactamente un magnate sin escrúpulos? La salteadora no le estaba diciendo «la bolsa o la vida», sino que le decía lo que solía decir: «Ayúdeme».

No, no decía eso. Decía «ayúdelo, ayúdelo» y señalaba a un hombre gordo en un banco que resollaba como Victor al morir, solo que Victor se había asfixiado pasivamente y el tipo gordo del banco forcejeaba contra el aire que lo rodeaba como si pudiera coger oxígeno con las manos.

—Ayúdelo —repitió la chica del cabello amarillo, pero Amelia estaba petrificada observando al hombre gordo moribundo. No se le ocurría, por nada del mundo, una sola cosa que pudiera hacer para ayudarlo.

Por suerte para el hombre gordo, Julia apareció en ese momento, llevando dos cucuruchos en alto con gesto triunfal como alguien (una actriz quizá) que llevara antorchas. Cuando vio qué pasaba dejó caer los helados y echó a correr hacia el banco, sacó el inhalador de Ventolín del bolso y se lo aplicó al hombre gordo, que boqueaba como un pez. Entonces sacó el móvil y se lo tendió a Amelia gritando:

—Pide una ambulancia —como si estuviese de vuelta en la serie *Casualty*, pero Amelia no pudo ni levantar la mano para cogerlo—. Joder, Milly —espetó Julia, y se lo dio en cambio a la chica del pelo amarillo, que podía ser retrasada, estúpida, sucia, sin techo y adicta a las drogas pero al menos, a diferencia de Amelia, era capaz de llamar al 999 y salvarle la vida a alguien.

Julia preparó huevos escalfados y, después de que hubiesen cenado, llamó al hospital y volvió para informarla.

—Por lo visto está bien.

—No me digas —repuso ella.

—¿No te importa? —preguntó Julia.

—No —contestó, porque en realidad no le importaba; quizá en teoría sí, pero no en el fondo, pues ¿por qué debía importarle algún otro (cómo podía preocuparse por otro) cuando ella no le importaba a nadie?

—Oh, por el amor de Dios, Amelia, cálmate —le dijo Julia (algo que, como todo el mundo sabía, se suponía que no debías decirle a la gente deprimida), y Amelia salió corriendo al jardín de atrás y se echó sobre la hierba y lloró.

La tierra estaba dura e incómoda bajo su cuerpo, aunque aún la notó caliente del sol, y se acordó de pronto de lo que había sentido al dormir en la tienda de campaña. De hecho ese era casi el sitio exacto en que la habían levantado aquella noche

fatídica. Se sentó y miró alrededor. Era ahí que había dormido Olivia. Acarició la hierba con la mano, como si la forma de Olivia la hubiese aplastado. Ahí Olivia le había dicho «Buenas noches, Milly», adormilada y feliz, estrechando entre los brazos al Ratón Azul. Amelia la había observado dormirse y se había sentido muy lista, mayor y cumplidora porque Rosemary la había hecho responsable, y solo a ella le había permitido dormir fuera en la tienda. Con Olivia. ¿Fue «Milly» la última palabra que Olivia pronunció? ¿O hubo otras palabras antes del silencio, horribles palabras de miedo y terror mortal que Amelia nunca sería capaz de imaginar? El corazón empezó a latirle con fuerza al pensar en el terror que habría pasado Olivia. No, no pienses en eso.

Olivia estaba cerca, era casi palpable. ¿Dónde estaba? Se levantó demasiado rápido y se mareó, y avanzó dando traspiés en la hierba tratando de captar una dirección, como si su cuerpo fuera una varita de zahorí. No, tenía que detenerse y escuchar. Si escuchaba, la oiría. Y entonces oyó algo muy débil, un minúsculo maullido al otro lado de la tapia, un gato, no Olivia, pero sin duda era una señal. Trató de abrir la puerta de madera en la tapia, quitando la hiedra que la mantenía trabada. Tiró con fuerza sobre las viejas y herrumbradas bisagras hasta que consiguió colarse por el resquicio y se encontró en el sendero.

El gato, minúsculo, casi un cachorro, pareció acobardarse al verla pero no salió corriendo, y Amelia se inclinó y trató de volverse más pequeña y amistosa (algo bien poco posible) y tendió una mano.

—Ven, gatito, gatito bueno —le dijo hasta que avanzó con cautela hacia ella y pudo acariciarle el cuerpo pequeño y huesudo.

Por fin, tras mucho engatusarlo, la dejó cogerlo y apoyar la cara contra su pelaje, y se preguntó si podría quedárselo.

La puerta de enfrente, la que daba al jardín de la señora Rain, estaba abierta. De niñas solían trepar por una parte medio derruida de la tapia y esconderse en ese jardín. Nunca pensó que la señora Rain pudiese continuar con vida. Sylvia se había caído del haya y se había roto un brazo.

—¿Echamos un pequeño vistazo? —le susurró al gato.

Sí, eso era antes un huerto. Solían robar manzanas y ciruelas. Y llamaban a la puerta y gritaban: «¿Está la bruja en casa?», y entonces salían corriendo, aterrorizadas. Sylvia era siempre la cabecilla, por supuesto. Sylvia la torturadora. Había sido simplemente Sylvia, pero al mirar atrás, Amelia pensó que era una niña extraña, poderosa, siempre metiéndolas en líos.

Era un jardín enorme, desproporcionado con respecto a la casa. Ya estaba lleno de maleza cuando eran niñas, y ahora había vuelto a su estado natural. Sería maravilloso poder ocuparse de toda esa naturaleza indómita. Podría replantar el huerto de frutales, poner un estanque, un arco de rosas, quizá un arriate de plantas perennes que rivalizara con el de Newnham.

Allí la presencia de Olivia era incluso más intensa. La imaginó escondida detrás

de un árbol, como un duendecillo, atrayéndola. Se le enredaban los pies en la grama y en las pegajosas adelfillas, la picaban las ortigas y la arañaban las zarzas, pero una mano invisible tiraba de ella y la hacía seguir, hasta que casi tropezó con una forma oscura en el suelo, un montón de harapos y ramitas debajo de un árbol...

—*Frisky* —dijo Jackson señalando el gatito en los brazos de Amelia.

Era incapaz de soltarlo. Una agente de policía la había acompañado a casa y preparado una taza de té. (¿Por qué siempre eran las mujeres, todavía?). Había un montón de policías en la cocina de Victor, que parecían estar utilizando de improvisado puesto de mando (¿se llamaba así?). Una soñolienta Julia, a la que el alboroto había despertado, entró en la cocina y se quedó perpleja. Iba medio desnuda, por supuesto, con solo las bragas y una camiseta y sin que ese hecho le importara en lo más mínimo. «Oh, señor Brodie, no podemos seguir encontrándonos de esta manera».

Cuando Amelia había tocado el cuerpo muerto de la vieja señora Rain, le pareció tan frágil y huesudo como el gato que tenía en brazos. La policía había puesto un pequeño toldo y lámparas de arco sobre el cadáver, y no harían una cosa así por una anciana que hubiese muerto por causas naturales, lo que significaba que ella no había descubierto tan solo un cadáver, sino el de alguien asesinado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y despertó al gato. Saltó de sus brazos y Julia empezó de inmediato a decirle:

—Gatito, gatito —y lo cogió para sujetarlo contra los evidentes pechos.

—Por el amor de Dios, Julia, ponte algo de ropa —le dijo ella, y Julia esbozó una mueca y salió tranquilamente de la cocina, con el gato todavía en brazos, mientras todos los policías le miraban el trasero; gracias a Dios que no llevaba un tanga, que era sin duda la más ridícula pieza de ropa interior que se había inventado, aparte de las bragas abiertas en la entrepierna, por supuesto, porque solo tenían intenciones sex...

—Amelia, ¿quiere un poco más de té? —Jackson la miraba con expresión preocupada, como si fuera una enferma mental.

Ya era casi de madrugada y acababan de irse a la cama. Aún oía los coches de policía que iban y venían, y el sonido de sus radios. Al menos la habitación de Sylvia estaba al otro lado de la casa, lejos de las luces. Ni siquiera tenía ya al gato porque había seguido a Julia a su habitación. No iba a poder dormir, a menos que tomase algo. Julia dejaba sus pastillas para dormir en el baño. Siempre tenía medicamentos de una u otra clase, formaban parte de la obra dramática que era su vida. Amelia no conseguía leer el frasco sin las gafas, pero ¿qué más daba? ¿Te sumían dos en el sueño, y cuatro en un sueño más profundo? ¿Qué tal diez, en qué clase de sueño te sumirían? ¡Qué pequeñitas eran! Como pastillas para niños. Rosemary solía darles una aspirina infantil todos los días, incluso si no les pasaba nada. De ahí debía de

haberlo sacado Julia. Rosemary siempre tenía un botiquín lleno de medicamentos, incluso antes de estarse muriendo. ¿Qué tal veinte? Eso supondría un sueño largo. A Rosemary no la había salvado nada, por supuesto, pero lo cierto era que nada salvaría a ninguno de ellos, ¿no? ¿Treinta? ¿Y si solo te dejaban grogui? Jackson pensaba que era ridícula y nunca iba a encontrar a Olivia y ahora Julia tenía un gato y nada era justo. Nadie la quería, ni siquiera su padre la había encontrado suficientemente atractiva para desearla. No era justo. En absoluto. No era justo, no era justo. ¿Todo el frasco? Porque no era justo. No era justo, no era justo. ¿Podéis ayudarme? No.

Noesjustonoesjustonoesjustonoesjustonoesjustonoesjustonoesjustonoesjusto
noesjustonoesjustonoesjustonoesjusto...

—¿Milly? ¿Te encuentras bien? ¿Milly? ¿Milly?

Jackson

U no se olvidaba de que hacía más frío en el Norte. Gran Bretaña era un país tan pequeño que no se te ocurría que pudieses notar un cambio de clima doscientos o trescientos kilómetros más allá. Pero aún hacía calor suficiente para sentarse en la terraza del bar, al menos para los nortños. Jackson entró a buscar las bebidas. Estaban en una antigua posada de posta, en medio de la nada, en Northumberland. En Northumberland había mucha nada. Consideró comprarse una casita allí. Sería más barata que en Cambridge, donde ya no tenía un hogar. Su casa seguía en pie pero había perdido más o menos todo lo que contenía —ropa y discos compactos y libros, todos los archivos de Theo sobre Laura— si no a causa de la explosión por el agua de las mangueras de incendios. Bueno, era una forma de empezar de cero, una nueva vida: simplemente haz volar por los aires la antigua.

—¿Gas? —había preguntado esperanzado al agente de investigación de los bomberos.

—Dinamita —repuso el agente de bomberos. (Un intercambio breve y viril).

¿Quién tenía acceso a la dinamita? La gente que trabajaba en minas, obviamente. Buscó en la cartera la tarjeta del subcomisario Lowther y lo llamó.

—Esto se pone cada vez más interesante —dijo, y deseó no haberlo hecho porque sonaba a novela de detectives mala—. Creo que tenemos un sospechoso. —Eso no sonó mucho mejor—. Mi casa acaba de volar por los aires, por cierto. —Al menos eso era original.

—Quintus Rain —rumió Lowther—. ¿Qué clase de nombre es ese?

—Uno condenadamente estúpido —concedió Jackson.

Llevó las bebidas afuera, un zumo de naranja para él, una Coca-Cola para Marlee y un *gin tonic* para Kim Jessop, solo que ahora se llamaba Kim Strachan porque en algún momento de los últimos diez años se había casado con un «escocés totalmente chiflado» llamado George Strachan, para luego divorciarse de él. Ahora Kim era propietaria de un bar en Sitges y un restaurante en Barcelona y tenía como socio a un «hombre de negocios» ruso. Todavía era rubia y lucía el profundo y correoso bronceado de quien creía que el cáncer de piel lo padecían los demás, aunque, a juzgar por su tos de fumadora, lo suyo iba a ser una carrera contra el cáncer de pulmón. Como correspondía a una dama de la mafia, llevaba encima suficiente oro para adornar una boda hindú. No había perdido nada de su herencia de Tyneside; Kim Strachan, antes Jessop, no tenía una sola gota de suave ADN del Sur en su cuerpo. A Jackson le cayó bien de inmediato.

—Ha tenido suerte de pescarme —dijo, y le dio una profunda calada a un Marlborough—. Solo estoy pasando un par de semanas aquí, para ver a mi madre.

Últimamente tiene muy mal las piernas, estoy tratando de convencerla de que se mude a España.

Stan Jessop le había dado a regañadientes el número de móvil de su primera esposa, quejándose hoscamente de que apenas veía a su hija, Nina, porque «la muy arpía» la había metido en un internado cuáquero en York, y Jackson se dijo que un internado cuáquero en York sonaba mucho más accesible en comparación que una escuela de cualquier confesión en Nueva Zelanda.

Kim Strachan y su familia se estaban tomando unas vacaciones en una granja por allí cerca.

—Es una granja en que crían ovejas —explicó—. Vaya bichos ruidosos son las ovejas. Eso del silencio de los corderos, y una mierda.

Su «familia» parecía incluir no solo a Nina y la madre que tenía mal las piernas sino también a «Vladimir» y una serie de «colegas» de Vladimir, uno de los cuales la había traído y estaba en ese momento sorbiendo una Fanta dos mesas más allá y mirando de arriba abajo a todo el que pasara como si fuera un asesino potencial.

—Oh, en realidad es un osito de peluche —comentó Kim riendo.

Había recorrido un largo camino desde sus días en la casita semiadosada de los años treinta que antaño compartiera con Stan Jessop.

Resultó que Kim había dejado a Stan la semana anterior al asesinato de Laura. Ya se había «enrollado» con George Strachan, y estaba detrás de la barra de un *pub* británico expatriado en Alicante cuando mataron a Laura. Kim nunca había regresado a Cambridge, y ni siquiera había hablado con Stan en los dos años siguientes a su marcha «porque era un maldito gilipollas», de modo que cuando Jackson la llamó y le dijo que estaba «investigando ciertos aspectos de la muerte de Laura Wyre», le dijo:

—Dios santo, ¿Laura Wyre ha muerto? ¿Cómo?

Se le cayó el alma a los pies, porque era muy distinto hablar de una chica que llevaba diez años muerta que comunicar la noticia de esa muerte.

—Solo tenía veintiocho años —añadió Kim.

Jackson exhaló un suspiro, pensando que no, que tenía dieciocho.

—En realidad, murió hace diez años. Me temo que fue un asesinato.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, quebrado tan solo por unos hoscos murmullos en ruso al fondo. Se acordó de Emma Drake diciéndole que fue peor enterarse de la muerte de Laura cuando «todos los demás ya lo habían relegado al pasado». Daba la sensación de que todo el mundo hubiese estado fuera del país cuando Laura murió.

—¿Un asesinato?

—Lo siento mucho, muchísimo —dijo Kim pescando la rodaja de limón de su *gin tonic* y dejándola en el cenicero.

—Nunca encontraron al asesino —explicó Jackson—. Quizá Laura ni siquiera fue

la víctima que pretendía.

Le dirigió una mirada dubitativa a Marlee. Probablemente le sonaba como si estuviera hablando de un episodio de *Ley y orden* o *CSI* y no de la vida real. Confiaba en que así fuera, confiaba en que en realidad no viera *Ley y orden* y *CSI* sino más bien *Blue Peter* y reposiciones de *La casa de la pradera*. Le había contado a Marlee lo de Laura, que la había matado una «mala persona» porque «a veces a la gente buena le pasan cosas malas» y Marlee frunció el entrecejo y dijo: «Theo me contó que se llamaba Jennifer», y él le explicó: «Esa es su otra hija». ¿Cómo se sentiría Jennifer, siendo siempre la otra hija, la que recibía menos atención que una hija muerta?

—Laura era una chica agradable —comentó Kim Strachan—. No tenía muy buena opinión de mí cuando nos conocimos, pero fue solo que era de clase media, ya sabe. Uno no puede tenerle eso en cuenta a una persona, ¿no? Bueno, sí, sí que puede, pero no en el caso de Laura. Ella tenía buen corazón.

—Solo estoy siguiendo unos cuantos cabos sueltos, gente que no fue interrogada en su momento —explicó él—. Trabajo para su padre.

—¿El tipo gordo?

—Sí, el tipo gordo.

—Theo —intervino Marlee—. Es simpático.

—Sí, lo es —dijo Jackson. Miró a Marlee y le preguntó—: ¿Quieres ir a pedir una bolsa de patatas, cariño? —Hurgó en el bolsillo en busca de dinero suelto, pero Kim Strachan ya había abierto el bolso y sacado un billete nuevo de cinco libras que le tendió a Marlee.

—Toma, pequeña, cómprate lo que quieras. —Y añadió dirigiéndose a Jackson—: Malditos idiotas están hechos los británicos. ¿Por qué no pueden acostumbrarse al euro? Todos los demás países de Europa lo han conseguido, maldita sea.

Kim Strachan encendió otro cigarrillo mientras le ofrecía el paquete a Jackson, y cuando él lo rechazó, dijo:

—Por el amor de Dios, se muere por fumarse uno, hombre, se le nota.

Jackson cogió un cigarrillo.

—Lo dejé durante quince años.

—¿Qué le hizo volver a empezar?

Él se encogió de hombros.

—Un aniversario.

—Debe de haber sido gordísimo —comentó Kim.

Jackson rio sin humor.

—No, no lo fue. El número treinta y tres no es significativo, ¿no? Treinta y tres años desde que murió mi hermana.

—Lo siento.

—Creo que fueron simplemente demasiados. Habría cumplido los cincuenta este año. Esta semana. Mañana.

—Bueno, pues ahí lo tiene —repuso Kim Strachan como si eso lo explicara todo. Le dio fuego con un pesado encendedor de oro que llevaba algo grabado en cirílico.

—No me diga —comentó Jackson— «Desde Rusia con amor».

Kim Strachan rio y dijo:

—Es mucho más turbio que eso.

—¿No tendrá alguna idea de quién podría haber querido matar a Laura? Lo que sea, aunque parezca improbable.

—Como le he dicho, era una chica agradable de clase media; no suelen tener muchos enemigos.

Jackson sacó la fotografía del jersey amarillo de golfista y se la tendió. Ella la cogió y la estudió detenidamente. Entonces se le desencajó el rostro.

—Dios mío —musitó.

—¿Lo reconoce? —quiso saber Jackson.

Kimapuró el *gin tonic* y le dio una profunda calada al cigarrillo antes de apagarlo. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero su voz sonó áspera de rabia.

—Debí haberlo sabido —dijo—. Joder, debí haber sabido que sería él.

Fueron hasta Bamburgh y llevó a Marlee a dar un largo paseo por la playa. Se dejó los zapatos y los calcetines puestos (como un viejo, como su padre), pero Marlee se arremangó los pantalones de ciclista a cuadros y corrió por la orilla entrando y saliendo del agua. No se molestaron en visitar el castillo, aunque pensaba que guardaba alguna relación con Harry Potter, lo que había provocado inicialmente la excitación de Marlee. Jackson solía hacer oídos sordos a su incesante parloteo sobre Harry Potter (había tenido una infancia sin magia y no conseguía verle la gracia), del mismo modo que no escuchaba cuando hablaba de Christina y Justin ni las bandas clónicas de chicos pubescentes que había traído consigo e insistía en alternar con sus propios discos compactos.

Marlee estaba más interesada en jugar con el teléfono móvil que le había comprado. Era de un rosa *Barbie* y se había pasado todo el tiempo mandándoles mensajes a sus amigas. Jackson no podía imaginar qué se dirían. En lugar de ir al castillo, tomaron pescado frito con patatas a la vinagreta en los asientos delanteros del coche, contemplando el mar.

—Esto es chulo, papá —dijo Marlee.

—¿Verdad que sí?

Se suponía que debía llevarse a Marlee las dos últimas semanas de las vacaciones escolares, pero Josie lo había llamado para decirle:

—Verás, unos amigos de David nos han ofrecido un *gite*^[2] en el Ardèche para pasar una semana, y pensamos que estaría bien ir los dos solos.

—¿Para joderos el uno al otro sin que esté presente la niña? —preguntó él, y Josie le colgó el teléfono.

Les costó dos llamadas más llegar a un intercambio medio civilizado sobre el tema. Por supuesto que David tenía unos amigos con un *gite* en el Ardèche, cómo no. Estaba seguro de que no era coincidencia que *gite* y gilipollas empezaran por la misma sílaba.

Jackson agitó los envoltorios de las patatas para las gaviotas, recreando al instante una escena de *Los pájaros*, y luego condujo lo más rápido que pudo para alejarse antes de que el Punto quedase cubierto de excrementos de gaviota.

—¿Vamos a casa ahora?

Marlee lamía un cucurucho que se fundía más rápido de lo que podía comerlo. Goteaba sobre la tapicería del Punto. Después de todo, los coches de alquiler tenían sus cosas buenas.

—¿Papá?

—¿Qué?

—He dicho que si vamos a casa.

—Sí. No.

—¿Cuál de las dos cosas, papá?

Jackson encontró una pensión algo destartalada que aun así parecía la mejor disponible en la que fuera su ciudad natal. Tenía un letrero de neón rojo en que se leía HABITACIONES LIBRES y que hizo que se sintiera como si fuera a alojarse en un burdel. El trayecto había sido más largo de lo que esperaba y habían atravesado una serie de zonas postindustriales deprimidas que hacían que, en comparación, Cambridge pareciera definitivamente paradisíaca.

—Nunca olvides que esto es lo que le hizo Margaret Thatcher a tu derecho de nacimiento —le dijo a Marlee.

—Vale, no lo olvidaré —repuso la niña, y levantó la tapa de un tubo de *Smarties*.

El billete de cinco libras de Kim Strachan se había utilizado totalmente en la última tienda Shell que habían visitado.

La directora de la pensión era una mujer de rostro severo llamada señora Brind, que dirigió una mirada recelosa a Marlee antes de volverse hacia Jackson e informarlo con aspereza de que no le quedaban camas separadas, solo de matrimonio. Jackson casi esperó que llamara a la brigada antivicio en cuanto entraron en la sombría habitación con sus años de nicotina impregnada en el papel pintado y las cortinas. Era como una terapia de aversión al tabaco. Dejaría de fumar, lo dejaría al día siguiente. O al otro.

Por la mañana, la señora Brind miró detenidamente a Marlee en busca de indicios de angustia o abusos, pero la niña masticaba alegremente ante un cuenco de Frosties, unos cereales prohibidos en la casa de David Lastingham, más inclinada al muesli.

Después de los Frosties vino un resbaladizo huevo frito servido con una tiesa loncha de bacon y una solitaria salchicha de aspecto obscuro. Jackson imaginó levantarse por las mañanas en Francia, dar un paseo hasta la panadería del pueblo en busca de una *baguette* caliente, preparar una de esas pequeñas cafeteras de expreso recién molido. Por ahora tenía que conformarse con una taza de agrio café instantáneo y un par de Nurofen porque se había quedado sin el analgésico que solía tomar, Cocodamol. En realidad ya no estaba seguro de qué le dolía, si era la muela, la cabeza, el puñetazo que le había dado, sorprendentemente, David Lastingham. No era más que dolor, un dolor genérico.

—No debería tomarse eso con el estómago vacío —lo recriminó de forma inesperada la señora Brind, y le puso delante un plato con tostadas.

Llovía cuando volvieron a subirse al Punto y cruzaron la ciudad. Sentía una pesadez en las entrañas que nada tenía que ver con el mal tiempo o el café agrio y barato.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, papá.

Se detuvo en una gasolinera y llenó el depósito del Punto, respirando el consolador olor del combustible. Había unos cubos con flores dispuestos en el exterior de la tienda, pero no gran cosa donde elegir. Había grandes margaritas rosadas que parecían artificiales, unas dalias de brillantes colores y montones de claveles. Recordó el sincero testimonio de una de las clientas de casos de divorcio de Theo: «Me compra claveles, y los claveles son una mierda, toda mujer lo sabe, ¿por qué él no?». Le hizo señas a Marlee de que saliera del coche y le pidió que eligiera, y la niña se decidió sin titubear por las dalias. A Jackson, las dalias siempre le recordaban el huerto municipal en que su padre había pasado la mayor parte de su tiempo libre. Su madre solía decir que el cobertizo de su padre estaba mejor equipado que la casa. Habían pasado ante el huerto municipal un par de calles atrás, y si doblaban la siguiente a la izquierda en el cruce, llegarían a la calle en que Jackson había vivido entre los nueve y los dieciséis años, pero no giraron a la izquierda y no se lo mencionó a Marlee.

Llevaba diez años sin visitar el cementerio, pero sabía exactamente adonde ir. Tenía un mapa grabado en la memoria desde hacía muchísimo tiempo. Hubo una época en que acudía casi todos los días, muchos años antes, cuando los muertos eran las únicas personas que lo querían.

—Aquí está enterrada mi madre —le dijo a Marlee.

—¿Mi abuela? —preguntó la niña.

—Sí, tu abuela.

Marlee estaba respetuosamente en pie ante una lápida que parecía más azotada por los elementos de lo que debería en treinta y tres años, y Jackson se preguntó si su

padre habría encargado una arenisca barata para la tumba de su esposa. No sintió gran cosa al mirarla. Se le hacía difícil evocar muchos recuerdos de su madre. Siguieron andando y a Marlee le preocupó que no hubiesen dejado las flores en la tumba de su madre, y él le dijo:

—No son para ella, cariño.

Expediente n.º 4 - 1971

Jóvenes santas

Antes de que su madre empezara a morir, Jackson nunca pensaba demasiado en nada. No era más que un niño, y hacía las cosas que hacían los niños. Formaba parte de una pandilla que tenía su guarida en un almacén en desuso, jugaban en las riberas del canal, robaban caramelos en Woolworth's, hacían excursiones en bicicleta y se mecían en ramas sobre el río y rodaban por las laderas, sobornaban a chicos mayores para que les compraran cigarrillos y fumaban y se emborrachaban con sidra en su guarida o en el cementerio de la ciudad, al que entraban por las noches a través de un agujero en el muro que solo conocían ellos y un grupo de perros salvajes. Hacía cosas que habrían dejado horrorizada a su madre (y probablemente a su padre), pero al recordarlas años después le parecía haber tenido una niñez sana e inofensiva.

Era el benjamín de la familia. Su hermana Niamh tenía dieciséis años, y su hermano Francis, dieciocho, y acababa de terminar el periodo de aprendizaje con la compañía del carbón. Su padre siempre les había dicho a sus dos hijos varones que no lo siguieran a la mina, pero se hacía difícil librarse de ella cuando era la única industria en la ciudad. Jackson nunca consideraba el futuro pero pensaba que ser minero no tenía mala pinta, con la camaradería y la bebida —era como estar en una pandilla de adultos, en realidad—, pero su padre decía que era un trabajo que uno no le haría hacer a un perro, y era un hombre que odiaba los perros. Todo el mundo votaba a los laboristas, hombres y mujeres, pero no eran socialistas, ansiaban «los frutos del capitalismo» más que nadie, o eso decía su padre. Él sí era socialista, como el escocés amargo y resentido que atribuía todo lo que le había salido mal en su vida a algún otro, pero en particular a los «patronos capitalistas».

Jackson no tenía ni idea de qué era el capitalismo, ni deseos de saberlo. Francis decía que era conducir un Ford Consul y comprar una lavadora Servis de dos tambores para su madre, y Jackson era la única persona que sabía que cuando Francis había pasado a formar parte de la primera generación que votaba a los dieciocho, el año anterior, había puesto la cruz junto al nombre del candidato *tory*, incluso si no tenía «ni una puta posibilidad» de ganar. Su padre habría renegado de Francis (posiblemente lo habría matado) porque los *tories* querían borrar a los mineros de la faz de la tierra y a Francis le importaba una mierda porque planeaba ahorrar lo suficiente para cruzar Estados Unidos en un Cadillac, deteniéndose tan solo para saludar al Rey ante las puertas de Graceland y seguir sin más paradas hasta llegar a la autopista del Pacífico. Su madre murió la semana después de las elecciones, de modo que la política no les pasó por la cabeza en una temporada, aunque su padre intentó

encontrar un modo de culpar al Gobierno por el cáncer que devoró a Fidelma para después escupirla como la cáscara encogida y amarillenta que murió con un goteo de morfina en una sala del Hospital General de Wakefield.

Su padre era un hombre atractivo, pero su madre era una mujer grandota y poco agraciada que siempre parecía recién salida de ordeñar vacas o cortar turba. Su padre decía: «Uno puede sacarla del campo, pero siempre seguirá siendo de campo». Lo decía en broma, pero a nadie le parecía gracioso. Nunca le compraba flores a su mujer ni la llevaba a comer por ahí, pero lo cierto es que nadie hacía esas cosas por sus esposas, y si Fidelma se sentía maltratada por ello no lo sentía más que cualquier otra mujer que conociera. Niamh esperaba algo distinto de la vida. Dejó la escuela a los quince años para asistir a un instituto de formación profesional, donde estudió taquigrafía y mecanografía, y acabó con el título de administrativa y una caja de Dairy Milk que le dio su profesor por ser la mejor de la clase. Ahora cogía cada día el autobús a Wakefield, donde tenía un empleo como «secretaria personal» del director de un concesionario de coches. Le daba una tercera parte de sus seis libras semanales a su madre, otro tercio iba a una cuenta de ahorro, y se gastaba el resto en ropa. Le gustaba la ropa que la hacía encajar en su papel: faldas de tubo y cárdigans de angora, conjuntos de suéter y chaqueta de punto y faldas plisadas, todo ello con medias finas y zapatos salón negros con tacones de ocho centímetros, de forma que se la veía extrañamente anticuada pese a tener dieciséis años. Para completar su imagen llevaba el cabello recogido en una pulcra trenza y se compró un collar de perlas falsas con pendientes a conjunto. Para el invierno, invirtió en un buen abrigo de *tweed* de espiguilla y cintura entallada, y al llegar el verano se compró una gabardina color crema y con cinturón que según su padre la hacía parecer una actriz de película francesa. Jackson nunca había visto una película francesa, de modo que no supo si era verdad. Por suerte para Niamh, no había heredado los genes de campesina de su madre y todo el mundo estaba de acuerdo en que era «una chica encantadora» en todos los sentidos.

Se tomó la muerte de Fidelma peor que nadie. No fue tanto su muerte como el tiempo que tardó en morir, de forma que cuando su madre exhaló por fin el último y enfermo aliento, todos lo agradecieron. Para entonces Niamh ya se ocupaba de cocinar y limpiar además de acudir todos los días a Wakefield con su bonita ropa, y un día, unas semanas después de que muriera su madre, había entrado en la habitación que Jackson compartía con Francis —su hermano estaba fuera de la ciudad como de costumbre— y se sentó en la vieja y pequeña cama individual para la que en realidad no había espacio y le dijo:

—Jackson, no puedo con esto.

Él estaba leyendo un cómic de Comando y preguntándose si Francis tendría cigarrillos escondidos por algún sitio, y no supo cómo reaccionar ante la boca

temblorosa de su hermana y sus grandes ojos oscuros llenos de lágrimas.

—Tienes que ayudarme —le dijo—. ¿Me lo prometes?

Y él contestó, sin tener ni idea de a qué se comprometía:

—Vale.

Y fue así que se encontró invirtiendo todo su tiempo libre en pasar la aspiradora y sacar el polvo, pelar patatas, traer carbón y tender sábanas y acercarse al Coop a comprar, de modo que sus amigos se partían de risa al verlo y le decían que se había convertido en una chica. Para entonces estaban ya en la escuela secundaria y Jackson supo que la vida cambiaba y que si tenía que elegir entre su hermana y una pandilla de tarados tenía que decidirse por su hermana, incluso si prefería estar con los tarados, porque no importaba cómo se sintiera uno, la sangre venía primero, y ni siquiera era algo que uno tuviese que aprender, sino que era así y punto. Y, de todas formas, Niamh le pagaba diez chelines por semana.

No era más que un día normal. Estaban en enero, unos meses después de la muerte de Fidelma y una semana después de que Jackson hubiese cumplido los doce. Francis le regaló una bicicleta de segunda mano y la restauró para dejarla mejor que nueva. Su padre le dio cinco libras y Niamh le compró un reloj, uno de mayor y con correa flexible que le pesaba en la muñeca. Fueron buenos regalos y supuso que trataban de compensarlo por no tener madre.

Su padre trabajaba en el turno de noche y llegó a casa cuando todos desayunaban antes de salir pitando a sus jornadas. En esa época del año estaba oscuro cuando salían y oscuro cuando volvían a casa, y ese día parecía más oscuro aún a causa de la lluvia, una lluvia fría de invierno que daba ganas de llorar. Francis tenía resaca de la noche anterior y estaba de mal humor, pero llevó a Niamh en coche hasta la parada de autobús. Niamh se despidió de Jackson con un beso, aunque él trató de escabullirse. Fidelma solía besarlo antes de irse al colegio, y Niamh la había relevado. Jackson deseaba que no lo hiciera porque siempre le dejaba la huella del pintalabios en la mejilla y los otros chicos se reían de él si no conseguía quitársela del todo.

Se fue al colegio en su flamante bicicleta y cuando llegó estaba tan mojado que dejó charcos de agua en todo el pasillo que llevaba a su clase.

Jackson volvió a casa del colegio y metió una colada en la Servis de dos tambores que su madre no había tenido tiempo de apreciar; luego peló patatas y cortó cebolla y sacó el paquete blando y nauseabundo de carne picada de la nevera en que Francis guardaba los gusanos de pescar en un Tupperware, ahora que su madre ya no estaba para impedirselo. A Jackson no le habría importado tanto cocinar si lo hubiera librado de los deberes, pero Niamh se plantaba cada noche ante él para observarlo, y le daba un bofetón en la oreja si hacía algo mal.

Una vez que el estofado estuvo en marcha, subió a su habitación. Su padre seguía en la cama y no quería despertarlo por múltiples razones, pero sobre todo porque

quería birlarle a Francis uno de sus cigarrillos de un alijo que había descubierto en su armario. Para fumar tenía que abrir la ventana, para que Francis no lo oliera al entrar. El viento le arrojó lluvia a la cara, dejándolo medio congelado y al cigarrillo demasiado empapado para fumarlo. Lo metió debajo de la almohada y confió en que se secara a lo largo de la noche.

Si Francis llegaba a casa antes que Niamh y hacía mal tiempo solía ir a buscarla a la parada del autobús, pero ese día, pese a la lluvia que no cesaba, se derrumbó en una silla junto al fuego, todavía con el mono de trabajo, y encendió un cigarrillo. Olía a metal y a carbón y se le veía más irritable que esa mañana. La noche anterior debía de haberse corrido una buena juerga, y Jackson le dijo:

—No deberías beber tanto.

—¿Desde cuándo te has convertido en una jodida mujer, Jackson? —contestó Francis.

—Debe de haber perdido el autobús —comentó su padre.

La mesa estaba servida y hubo un momentáneo titubeo porque no sabían si empezar sin ella, pero Jackson dijo:

—Meteré su plato en el horno.

Por supuesto, Niamh nunca perdía el autobús, pero su padre dijo:

—Siempre hay una primera vez.

Y Francis añadió:

—Ya es mayorcita, puede hacer lo que le venga en gana, joder.

Francis soltaba muchos más tacos desde que Fidelma murió.

El estofado de Niamh se había quedado seco. Jackson sacó el plato del horno y lo dejó en su sitio en la mesa, como si eso pudiera meterle prisa. Su padre se había ido a trabajar; estaba en el turno de noche desde la muerte de Fidelma. Niamh dijo que era porque no quería dormir solo, y Francis contestó: «Sigue durmiendo solo», y Niamh le dijo: «No es lo mismo dormir solo de día que dormir solo de noche».

Francis había ido a esperar el autobús siguiente.

—Probablemente ha salido a tomar una copa con sus amigos —le dijo a Jackson.

—Sí, probablemente —contestó él, aunque Niamh solo salía los viernes o los sábados.

Cuando Francis volvió, quedó calado hasta los huesos solo de correr del coche hasta la casa. No eran más que las siete y media y ambos se sentían estúpidos por estar preocupados. Vieron *Coronation Street*, que los dos odiaban, para poderle contar a Niamh qué había pasado cuando llegara.

A las diez, Francis dijo que iba a dar «una vuelta con el coche» por si la veía, como si pudiese estar paseando por las calles con aquel aguacero. Jackson fue con él porque le pareció que no podía quedarse sentado esperando sin volverse loco. Acabaron de nuevo en la parada del autobús, esperando el último. Francis le dio a Jackson un cigarrillo y lo encendió con su mechero nuevo, regalo de una novia. Francis tenía montones de novias. Cuando apareció el autobús, con las luces amarillas brillando a través de la lluvia, Jackson tuvo la absoluta seguridad de que Niamh estaría en él, no lo dudó ni un instante, y cuando su hermana no bajó, salió del coche y echó a correr tras el autobús porque pensó que estaría dormida y se habría pasado la parada. Volvió al coche, encogiéndose inútilmente los hombros para protegerse de la lluvia. Vio moverse de aquí para allá los limpiaparabrisas del Ford Cónsul de Francis bajo la cortina de lluvia, y el pálido rostro de Francis detrás del cristal.

—Será mejor que vayamos a la policía —dijo su hermano cuando Jackson hubo entrado.

Cuarenta y ocho horas después sacaron su cuerpo del canal. Todavía llevaba la falda, una de bouclé verde que se había comprado con el dinero que le dio su padre en Navidad. Su paraguas apareció cerca de la parada de autobús. Los zapatos y varias prendas de ropa, incluido el abrigo bueno de *tweed* de espiguilla, se encontraron en la ribera del canal, y el bolso apareció una semana después en el arcén de la A636. Nunca encontraron la blusa, ni el pequeño crucifijo de oro que su madre le había comprado para la primera comunión. La policía pensó que la cadena debía de haberse roto y quizá el asesino se lo había llevado como «*souvenir*». El único *souvenir* que Jackson tenía era un pequeño pozo de los deseos de cerámica que Niamh le había traído de un viaje a Scarborough dos años antes. Tenía escrito en un lado «Recuerdo de Scarborough».

Lo que se supo fue que Niamh había cogido el autobús del trabajo a casa como hacía todos los días y había bajado en la parada habitual, y entonces, en algún punto del trayecto de diez minutos andando desde la parada hasta su puerta, alguien debía haberla convencido de (o forzado a) subirse a un coche y la había llevado al canal, donde la violó y la estranguló, aunque no necesariamente en ese orden. Jackson se trasladó a la habitación de su hermana la noche en que encontraron su cuerpo y no volvió a cambiarse hasta que se marchó de casa para alistarse en el Ejército. No cambió las sábanas de la cama en dos meses, pues incluso entonces tuvo la seguridad de oler la anticuada colonia de violeta con que a ella le gustaba rociar las sábanas al plancharlas. Conservó durante mucho tiempo la taza de la que había bebido en el

desayuno de aquel último día. Niamh siempre andaba quejándose de que nadie fregaba los platos después de desayunar. La taza seguía llevando el contorno de su pintalabios rosa, como el fantasma de un beso, y Jackson la guardó como un tesoro durante semanas hasta que una mañana Francis la vio y la tiró por la ventana contra el cemento del patio de atrás. Jackson sabía que Francis se sentía culpable por no haberla recogido en la parada del autobús aquella noche. Una parte oscura de él tenía la sensación de que su hermano hacía bien en sentirse culpable. Después de todo, si la hubiese ido a buscar ella no estaría ahora bajo dos metros de tierra pesada y húmeda. Seguiría estando viva y caliente, quejándose de que nadie fregaba los platos, saliendo a trabajar las deprimentes mañanas de invierno, y su boca rosa aún hablaría y reiría y comería, y besaría al reacio Jackson en la mejilla.

Un día, seis meses después del funeral, Francis llevó a Jackson en coche al colegio. Llovía, un aguacero monzónico de verano, y Francis le dijo:

—Venga, sube, chaval.

Aparcó el coche ante las puertas de la escuela y sacó un paquete de cigarrillos de la guantera, y se lo tendió entero a Jackson.

—Gracias —repuso él, sorprendido, y abrió la puerta del coche para bajar, pero Francis tiró de él y le dio un puñetazo en el hombro que lo hizo chillar de dolor.

—Debería haberla ido a buscar, tú lo sabes, ¿verdad? —le dijo entonces Francis.

—Sí —contestó Jackson, lo cual, en retrospectiva, fue la respuesta equivocada.

—Sabes que te quiero, chaval, ¿verdad? —añadió Francis.

—Sí —respondió Jackson, avergonzado porque Francis nunca hablaba de esa forma.

Salió del coche porque llegaba tarde y oía el timbre del colegio. En medio de la clase de matemáticas más aburrida que se había impartido en la historia de la escuela, Jackson se acordó de que ese día Niamh cumpliría diecisiete años y la impresión fue tan fuerte que se levantó de un salto del pupitre.

—¿Adónde vas, Brodie? —quiso saber el profesor de matemáticas.

Y Jackson volvió a sentarse y musitó:

—A ningún sitio, señor —porque Niamh estaba muerta y no iba a volver y nunca iba a cumplir los diecisiete. Jamás.

Cuando volvió del colegio y entró en la casa tuvo la sensación de que algo andaba mal, pero fue solo después de haberse cambiado el uniforme y preparado un sándwich cuando entró en la sala de estar para ver la televisión y fue allí donde encontró el cuerpo de Francis colgado de la falsa araña de luces que antaño fuera el orgullo y la alegría de Fidelma.

Nunca encontraron al asesino de su hermana.

Jackson

Se detuvieron en la iglesia católica y Jackson encendió dos velas, una por cada uno de sus hermanos. Marlee pidió que encendieran una por Fidelma. *Passio Christi, conforta me*. Las dos hermanas de Fidelma habían muerto de cáncer; rogó porque Marlee no hubiese heredado ese gen particular. El padre de Jackson era hijo único, de modo que Marlee era la única pariente consanguínea que tenía en el mundo ahora que su padre había muerto. No parecía probable que fuera a tener más hijos. Eso era todo, una niña con tejanos de color rosa y una camiseta estampada con el mensaje «Tantos chicos y tan poco tiempo». ¿Se paraba a pensar la gente que diseñaba esas camisetas, que las fabricaba en talla 8-10, que lo que hacía podía ser de hecho inmoral? Claro que la gente que hacía las camisetas probablemente tenía a su vez 8-10 años y trabajaba en un taller en algún lugar de Filipinas.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Podemos encender una vela por mi hámster?

—Deberías conseguirte una camiseta —repuso Jackson—: «Tantos hámsters y tan poco tiempo».

—No tiene gracia. ¿Nos vamos a casa ahora?

—No. Vamos a dar un rápido rodeo. Tengo que ir a ver a una mujer llamada Marian Foster.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Estaban en la carretera de circunvalación cuando se dio cuenta de que algo andaba mal. La sensación fue tan rápida que lo pilló por sorpresa. Un instante se encontraba bien —cascado, magullado y dolorido, pero bien— y al siguiente se sintió presa de una fiebre increíble y al cabo de solo unos segundos estaba viendo el mundo como imaginaba que lo vería una mosca, y un instante después se deslizaba hacia la inconsciencia. Concentró hasta el último ápice de energía que le quedaba en llevar el coche hasta el arcén y pararlo, y después de eso... nada.

Lo siguiente que supo fue que se despertaba en un hospital y miraba a Howell a los ojos.

—¿Qué haces tú aquí? —Jackson advirtió que parecía estar utilizando la voz de otro.

—Por lo visto soy tu pariente más cercano.

—Oh, sí —repuso él débilmente—. Josie ya no quería ese puesto.

Howell esbozó una amplia sonrisa.

—Siempre supe que tenías sangre negra en alguna parte, Jackson. No solías ser de la clase de tío que lleva una tarjeta de donante de órganos.

—Bueno, supongo que ahora sí soy esa clase de tío. —Se esforzó en incorporarse—. Alguien está tratando de matarme, Howell.

Aquello le pareció increíblemente divertido a Howell. Cuando paró de reír, dijo:

—No seas paranoico, Jackson, lo que has tenido es una septicemia. Por lo visto había una muela de la que supuestamente tenías que ocuparte.

Jackson fue de pronto presa del pánico; ¿en qué estaría pensando?

—¿Dónde está Marlee? ¿Está bien?

—Está perfectamente, no te sulfures.

—Pero ¿dónde está, Howell?

—En una granja de ovejas —repuso Howell.

Jackson no sabía por qué le había dado Marlee a la policía el número de Kim Strachan; supuso que había revisado la agenda de su teléfono y pensado que Kim era una persona digna de confianza. Quizá era porque Kim le había dado cinco libras (Marlee era esa clase de niña). ¿Fue Marlee la que llamó a la policía y la ambulancia? ¿Fue la primera llamada que hacía con su teléfono de Barbie rosa a los servicios de emergencia? ¿Y si él no hubiese podido detener el coche? ¿O un camión articulado se hubiese empotrado contra ellos, allí parados en el arcén? Supuso que su hija estaría bastante segura en una granja de cría de ovejas en medio de la nada, rodeada por gánsters rusos.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —le preguntó a Howell.

—Tres días.

—Tres días. Dios santo, Josie vuelve mañana, necesito traer a Marlee de vuelta a Cambridge.

—No sabía que estuvieras encoñado, Jackson.

Ignoró el comentario.

—Josie se lleva a Marlee a Nueva Zelanda.

—Bueno, es solo por un año —contestó Howell—. Pasará volando.

—No, es para siempre.

—No, no lo es, Jackson —insistió Howell—; solo es por un año. Pregúntale a Marlee.

—Serás hija de puta —exclamó Jackson—. El gilipollas de tu novio se va solo por un año a Nueva Zelanda, y tú me dijiste que era para siempre.

Josie dijo algo incomprensible en el otro extremo de la línea; su voz tenía ese timbre ronco y perezoso que adquiriría justo después de que tuviese un orgasmo. Si no hubiese estado en el Ardèche y él en un hospital en algún lugar al sur de Doncaster, la habría matado, sin duda. Estaba sentado en un banco en el exterior del hospital, todavía atado al suero. Un montón de gente le dirigía miradas de extrañeza, y bajó un poco la voz.

—¿Por qué, Josie? ¿Por qué me mentiste de esa manera?

—Porque estabas fuera de tus casillas, Jackson. —Y añadió—: Supéralo de una vez. Olvídame.

Jackson deseaba un cigarrillo, desesperadamente. Hurgó con la lengua en el hueco de la muela. El dentista de urgencias le había quitado tanto la muela como la raíz mientras se hallaba en estado de dichosa inconsciencia. Sharon iba a enfadarse mucho cuando descubriera que le habían negado el placer de torturarlo. Se vio reflejado en el cristal cilindrado del hospital, con el aspecto de los heridos andantes que uno veía en los documentales de guerra.

Marcó otro número en el teléfono.

—¿Theo?

—¡Jackson! —Theo sonó casi contento—. ¿Dónde está?

—En el hospital —contestó.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

Jackson pidió el alta aunque el hospital lo desaconsejara. La única forma de aplacarlos fue con la promesa de que Howell lo llevaría a Northumberland a recoger a Marlee y luego de vuelta a Cambridge.

—Jesús, Jackson —soltó Howell mientras metía su mole en el asiento del conductor del Punto—, ¿qué ha pasado? ¿Te has convertido en una nena?

—Podría ser peor —repuso—. Puedo conducir yo.

—No, no puedes. —Howell hurgó entre los discos compactos—. ¿Todavía oyes esta mierda, Jackson?

—Sí.

Howell arrojó a Trisha, Lucinda, Emmylou y el resto de mujeres que sufrían al asiento de atrás y puso uno de los discos de Christina Aguilera de Marlee. Para cuando lo habían oído tres veces estaban en la A1 y casi en medio de la nada otra vez.

—No tienes que hacer esto —dijo Jackson.

—Sí, tengo que hacerlo, soy tu amigo. Además, ya me viene bien un descanso, un poco de cultura, y ver la maravillosa ciudad de las agujas y todo eso.

—Creo que esa es Oxford.

—Da lo mismo —repuso Howell—. ¿Quién trata de matarte?

—Un tío en un Lexus dorado.

—¿Será el que nos está siguiendo, entonces? —preguntó Howell mirando por el retrovisor.

Jackson intentó volverse pero su cuello se negó. Howell leyó el número de la matrícula.

—Ajá, es él. —Tendió una mano para coger el móvil y, al ver que Howell viraba de repente a la izquierda para coger la vía de acceso, añadió—: No te salgas de la carretera principal.

—¿Por qué no? —preguntó Howell—. Llevaremos el Lexus a un sitio tranquilo, algún bonito camino de campo, y nos ocuparemos de él.

—¿Nos ocuparemos de él? —repitió Jackson—. ¿De qué forma, pretendes que nos lo carguemos?

—Bueno, no pensaba en nada tan drástico, pero si quieres, sí, ¿por qué no?

—No, no quiero. Quiero ceñirme a las normas. Voy a dar parte. Hay una orden de arresto contra ese tipo.

—Vaya policía estás hecho, Jackson.

—Sí, ya lo sé. Soy un policía, me he convertido en una nena, estoy encoñado y llevo una tarjeta de donante de órganos; lo llaman mediana edad.

Llevaban el Lexus pegado al parachoques. Jackson giró el retrovisor para echarle un vistazo a Quintus. Su pija cara de pan estaba hecha una furia. No conseguía imaginar qué le habría hecho para encolerizarlo tanto.

Oyeron sirenas en la distancia. Jackson seguía al teléfono con la agente de guardia, aunque no le estaba resultando fácil darle una idea de su posición. Estaban ahora en una carretera estrecha, que cada vez lo era más por lo setos demasiado crecidos. Howell conducía como si jugara a Grand Theft Auto. Tomaron una curva cerrada y se encontraron casi de frente con un Mercedes SL 500 que transitaba a igual velocidad. Jackson cerró los ojos y se preparó para lo peor, pero de una forma u otra la conductora del Mercedes viró a la izquierda y Howell viró a su izquierda —le dio la sensación de que estuvieran en el juego A las Puertas de la Muerte— y se evitaron por milímetros.

—Joder —soltó Howell con tono de admiración—, vaya nena, vaya conductora, vaya cochazo.

—Jesús —dijo Jackson.

Se miró las manos: le temblaban.

El Lexus parecía haber desaparecido del radar. Howell detuvo el Punto y dio marcha atrás con cautela hasta doblar la curva. El sonido de las sirenas se acercaba más y más. El Lexus se las había apañado para evitar el Mercedes pero no la curva y se había empotrado sin grandes daños en el seto, donde estaba atrapado como un insecto en una red. Se vislumbraba a Quintus en el interior, empujando la puerta sin éxito.

Apareció un par de coches de policía de tráfico, seguidos por un coche patrulla con polis de paisano, y todos ellos se detuvieron patinando con cierta

sobreexcitación. Un helicóptero policial que se aproximaba aumentó la sensación de dramatismo con exceso de adrenalina. Jackson sabía cuánto les gustaba algo así, cualquier cosa que se saliera de la rutina de poner multas y la amargura de los accidentes de tráfico.

Howell y él bajaron del coche y se dirigieron al Lexus.

—Por cierto, ¿por qué quiere matarte? —quiso saber Howell.

—No tengo ni idea —repuso Jackson—. Vamos a preguntárselo.

—Y cuando veas a tu madre —le dijo a Marlee—, sería buena idea no demostrarle cuánto ruso sabes.

—¿Por qué?

—Porque... —Frunció el entrecejo, pensando en todas las cosas que en realidad no quería que Josie supiera—. Porque sí, ¿vale, cariño?

Pareció indecisa. Jackson le dio un billete de diez libras.

—*Spaseeba* —dijo Marlee.

Cuando lo había llamado desde el hospital, Theo le dijo que Lily-Rose, la chica del pelo amarillo, estaba en su casa con él. Jackson no supo qué pensar, pero como no tenía mucho que ver con él decidió no darle demasiadas vueltas. Estaba tratando de no pensar demasiado porque en realidad le hacía daño físicamente a su cerebro. Le dijo a Theo: «Eso está bien», y confió en que así fuera.

Le reveló por teléfono a Theo que iba a mandarle un nombre, el nombre que llevaba diez años buscando, el nombre que le había dado Kim Strachan. Por supuesto, podía no ser el nombre del hombre que mató a Laura (inocente hasta que se probara lo contrario, ¿creía una cosa así? No), y sabía que debería contar a la policía sus sospechas, pero esa era la búsqueda de Theo, y dependía de Theo cómo continuarla a partir de ahí.

Escribió el nombre y la dirección en el dorso de una postal que cogió en una estación de servicio cerca del Ángel del Norte. La foto en la postal era de una de las margaritas rosas de aspecto artificial que no había querido para la tumba de Niamh. Quizá se trataba de una nueva clase de flor. Le puso un sello a la postal y Marlee corrió hasta el buzón porque era aún lo bastante pequeña para que le pareciera emocionante echar una carta al correo. Cuando regresara al cabo de un año quizá le traería sin cuidado. No sería la misma Marlee al cabo de doce meses: tendría la piel y el cabello distintos, los zapatos y la ropa que llevaba se le habrían quedado pequeños, utilizaría nuevas expresiones de moda (expresiones neozelandesas) y quizá ya no le gustaría Harry Potter. Pero seguiría siendo Marlee. Sencillamente no sería la misma.

Dejó a Marlee en casa de David Lastingham. Josie le dirigió una mirada desapasionada.

—Tienes un aspecto terrible, Jackson.

—Gracias.

Se volvió para marcharse pero Marlee corrió sendero abajo y lo alcanzó en la verja. Le echó los brazos al cuello y lo abrazó.

—*Dasveedanya*, papá —susurró.

Volvió a lo que quedaba de su casa. El edificio desprendía un olor acre y a hollín, como si las aletargadas esporas de antiguas enfermedades se hubiesen liberado en el aire. Hurgó con el pie entre los escombros y cascotes que alfombraban ahora su sala de estar. Se preguntó qué habría sido de las cenizas de Victor; no había ni rastro de la urna. Polvo eres y en polvo te convertirás. Encontró un fragmento de cerámica, un pedazo del pozo de los deseos con las letras «Recuerdo de Scar» todavía legibles. Lo dejó caer de nuevo entre los escombros. Cuando se volvía para marcharse, algo llamó su atención. Se puso en cuclillas para ver mejor. Un brazo azul, cubierto de ceniza, sobresalía en el aire, como el de un superviviente de un terremoto que pidiese ayuda.

Jackson tiró del brazo y sacó al Ratón Azul de las ruinas.

La superintendente Marian Foster se había mudado a Filey al jubilarse de la policía, y aún estaba vaciando con obstinación cajas de cartón en la cocina cuando él y Marlee llegaron. Jackson la había llamado desde el coche para anunciarle la visita, y pareció contenta de que la interrumpieran, como si se hubiese percatado ya de que enterrarse en una pequeña población costera podía no ser la mejor forma de pasar la vida de jubilada.

—Espero encontrar un par de comités en que necesiten una mano firme —comentó riendo—, y sacarme por fin un título en la universidad a distancia. —Exhaló un suspiro y añadió—: Joder, va a ser espantoso, ¿verdad, inspector?

—Oh, no lo creo, señora Foster —repuso él—. Estoy seguro de que acabará por acostumbrarse.

Por mucho que lo intentó, no se le ocurrió nada más positivo. Veía su propio futuro reflejado en ella con claridad.

Obviamente, Marian Foster sabía reconocer a una adicta al azúcar con solo verla, y sentó a Marlee ante el televisor con una lata de Coca-Cola y un plato de galletas de chocolate. Preparó una taza de té fortísimo para ella y Jackson.

—¿Se ha vuelto blando? —preguntó cuando lo vio estremecerse ante el sabor—. Ahora está de vuelta en Yorkshire, muchacho.

—Bien que lo sé.

—Bueno —dijo de pronto Marian Foster con tono formal—. ¿Olivia Land? ¿Qué puedo decirle? Yo no era más que una subcomisaria, y mujer, encima. Interrogué a las niñas Land pero dudo que haya nada que pueda añadir a lo que usted ya sabe.

—No estoy tan seguro. Sensaciones, impresiones, intuiciones, lo que sea. Dígame qué habría hecho usted de otra manera de haber estado al mando.

—¿Sabiedo todo lo que ahora sé del mundo? —Exhaló un suspiro, un suspiro cansado—. Me habría fijado más en el padre. Habría sospechado abusos sexuales.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Algo no andaba bien con Sylvia, la mayor. Estaba ocultando cosas, cosas que se negaba a decir. Si la interrogabas demasiado empezaba a desasociar. Y era... no sé... rara. —«Rara», la misma palabra que Binky Rain había utilizado al hablar de Sylvia—. Y el padre era un tipo extraño —continuó—, controlado y autoritario. El resto era un desastre... la madre, las otras niñas. He olvidado sus nombres.

—Amelia y Julia.

—Por supuesto. Amelia y Julia. ¿Quiere mi sincera opinión?

—Más que cualquier otra cosa —respondió él.

—Creo que lo hizo el padre. Creo que Victor Land mató a Olivia.

Jackson sacó del bolsillo la prueba crucial y la dejó sobre la mesa de la cocina de Marian Foster. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y por un instante fue incapaz de hablar.

—El Ratón Azul —dijo al fin—. Después de todo este tiempo. ¿Dónde lo ha encontrado?

Lo que pasó con Sylvia fue que en realidad no se había sorprendido al ver al Ratón Azul. Fue como si hubiese estado esperando a que él lo hiciera aparecer finalmente. Y no había sentido curiosidad por saber dónde lo había encontrado; Jackson se lo había dicho, pero sin que ella lo preguntara. ¿No debería ser esa la primera pregunta de uno? Fue lo primero que preguntó Marian Foster: «¿Dónde lo ha encontrado?».

Jester movió la cola al volver a verlo, pero Sylvia no pareció tan contenta al otro lado de la reja de la sala de visitas.

—¿Qué quiere? —preguntó frunciendo el entrecejo.

A Jackson le pareció vislumbrar una Sylvia distinta, una menos espiritual.

Se le estaba pasando el efecto de los analgésicos. Le habría gustado arrancarse la cabeza y dejarla descansar. ¿Cómo iba a abordar el asunto? Inspiró profundamente y miró a los ojos marrones de Sylvia.

—Hermana Mary Luke —dijo—. Sylvia. —Ella entrecerró un poco los ojos al oír que la llamaba por su nombre real, pero su mirada no flaqueó—. Sylvia, considéreme un sacerdote en el confesionario. Lo que sea que diga nunca saldrá de aquí. Dígame la verdad, Sylvia, es todo lo que quiero. —Porque al final a eso se reducía todo, ¿no?

—. Dígame la verdad sobre lo que le pasó a Olivia.

Tuvo que empujar con fuerza para abrir la verja. Se sentía un intruso. De hecho, era un intruso. En uno de los manzanos de Binky había un pedazo de cinta de la que se utilizaba para la escena de un crimen. Aquello ya no era la escena de un crimen. Binky había muerto por causas naturales; «en realidad murió de vieja», le había dicho el patólogo. Jackson supuso que en realidad suponía todo un triunfo irse de esa manera. Confiaba en que Marlee muriera de vieja, bajo un manzano en alguna parte, mucho después de que él mismo se hubiese ido.

Aquel sitio parecía alguna clase de zona de conservación natural. Los murciélagos iban y venían revoloteando de los aleros de la casa y una rana se alejó con torpeza cuando se acercó y, pese a que barría el camino con su gran linterna Maglite de la policía, casi pisó una cría de erizo al rodear matorrales y malas hierbas hacia el rincón del jardín. Las zarzas eran casi impenetrables en esa zona y vio qué fácil sería que algo pasara inadvertido ahí. Algo precioso. No iba a ser tan sencillo como rastrillar un poco entre la hierba y la hojarasca; de hecho, no esperaba encontrar nada. No se trataba de que hubiese tanta maleza —uno apenas podía entrar en uno de esos jardines sin encontrarse un zorro—; era simplemente muy raro que cuando se buscaba algo precioso que se había perdido lograra de hecho encontrarlo.

En el rincón, había dicho Sylvia, más allá de los manzanos, más allá de la gran haya. Jackson no sabía distinguir un haya de un abedul, era incapaz de identificar ningún árbol, de modo que fue siguiendo la tapia hasta que se encontró con otra pared y calculó que ese debía ser el rincón.

Cavó con las manos, una forma sucia y poco eficaz de hacerlo, pero una pala le pareció demasiado brutal. No cavó sino que excavó, con delicadeza. La tierra estaba dura y seca y tuvo que ir la rascando. Estaba oscuro como boca de lobo para cuando desenterró el primer rastro de la niña. La cara y los antebrazos le picaban, llenos de tierra y sudor. No paraba de pensar en Niamh, en los dos días que él y Francis habían pasado buscándola, en cada apestoso cubo y montón de basura, hasta que se sintió un animal salvaje, una criatura que había ido mucho más allá de los vínculos y límites de la sociedad. Había observado cómo la policía dragaba el canal y había visto cómo sacaban el cuerpo de su hermana, enjuagado con lodo y agua. Recordaba que lo primero que había sentido, antes de la oleada de sentimientos más complejos que vino después, fue alivio porque la hubiesen encontrado y no tuviera que quedarse ahí fuera, perdida para siempre.

Sylvia le dijo que habían dejado simplemente a Olivia más o menos donde murió, cubierta con ramas y hierbas. Debería haberse rastreado a gatas cada centímetro cuadrado de aquel jardín: eso habría hecho él, un registro minucioso de las inmediaciones. Recordaba haber oído a Binky decir algo sobre echar a los agentes de su propiedad «con cajas destempladas». ¿Era eso cuanto hacía falta para disuadirlo a

uno, una vieja *tory* dominante diciéndote que te largaras? Y todo ese tiempo Olivia había yacido simplemente ahí, esperando con paciencia a que alguien la encontrara. Jackson pensó en Victor, tapando el cuerpo de su hija pequeña con hierbajos como si no tuviese ningún valor, dejándola atrás en un lugar extraño cuando su cuerpo aún estaba caliente, y no llevándosela a casa. Victor, que entonces volvió a la cama, cerrando con llave la puerta de atrás, dejando a Amelia sola fuera para que descubriera la desaparición de su hermana. Victor, que durante treinta y cuatro años había tenido el Ratón Azul tan oculto como la verdad. Las niñas Land solían jugar en el jardín de Binky, y entonces Sylvia les dijo que se mantuvieran alejadas de él. Porque sabía que Olivia estaba allí.

Lo primero que encontró fue una clavícula, y luego lo que parecía un cubito. Paró de excavar y movió la Maglite alrededor hasta que incidió en la pequeña y pálida luna del cráneo. Sacó el teléfono y llamó a la comisaría de Parkside.

Se sentó sobre los talones y examinó la clavícula, quitándole la tierra con la ternura de un arqueólogo que hubiese encontrado algo raro, algo único, y así era, por supuesto. La clavícula era minúscula y frágil, como la de un animal, un conejo o una liebre, la espoleta rota de un ave. La besó con reverencia porque sabía que era la reliquia más santa que encontraría jamás. Empezó a llover. No recordaba cuándo había llovido por última vez. *Aqua lateris Christi, lava me*. Jackson lloró. No por Niamh, o Laura Wyre o Kerry-Anne Brockley o cualquier otra de las chicas perdidas; lloró por la niñita de las cintas a cuadros en el cabello, la niñita que antaño sostuviera en brazos el Ratón Azul y le dijera que sonriese para la cámara.

Jackson se instaló en el asiento de clase turista, en la fila veinte, en la ventanilla. Podría haberse permitido volar en preferente pero no iba a empezar a tirar el dinero. Seguía siendo hijo de su padre, por lo visto.

Era rico. Inesperada y absurdamente rico. Binky lo había convertido en único beneficiario de su herencia: dos millones de libras, en bonos y acciones, que habían estado todos aquellos años esperando en una caja de seguridad mientras ella no gastaba un céntimo en otra cosa que en sus gatos. «Para mi amigo, el señor Jackson Brodie, por ser amable conmigo». Había llorado cuando el abogado de Binky se lo leyó. Lloró porque no creía haber sido especialmente amable con ella, lloró porque Binky no había tenido un amigo mejor, porque había muerto sola, sin nadie que le cogiera la mano. Lloró porque se estaba convirtiendo en una mujer.

Dos millones con la condición de que cuidase de sus gatos. ¿Significaba eso también de las crías que tuvieran? ¿Tendría que cuidar de los gatos de Binky para siempre, hasta la muerte, y tendrían que hacerlo entonces Marlee y sus descendientes? Lo primero que haría sería hacerlos esterilizar. Sabía que no merecía

aquello, por supuesto que no; era como que te tocara la lotería sin haber comprado un boleto. Pero, bien pensado, ¿lo merecía alguien? Quintus, su único pariente vivo, desde luego que no. Quintus, que había descubierto el testamento de su tía a favor de Jackson y había tratado entonces de matarlo para impedir que heredara. Quintus, que probablemente habría matado a su tía de no habersele adelantado ella muriéndose de vieja.

Al principio, a Jackson le había preocupado que fuera dinero turbio, salido de las minas de diamantes, obtenido de la sangre y el sudor de los mineros negros que trabajaban como esclavos. Dinero sucio. Se había planteado dárselo simplemente a Howell.

—¿Porque soy negro? —preguntó Howell mirándolo como si tuviera dos cabezas—. Vaya cabrón estúpido que eres.

Supuso que convertir a Howell en símbolo representativo de toda la sórdida historia de la explotación imperial era pasarse de la raya. Howell y Julia estaban jugando al Cribbage, sentados a la mesa del comedor de Victor, bebiendo ginebra.

—A ver si me ganas otra vez —le dijo Julia a Howell golpeando el vaso vacío contra la mesa.

Jackson nunca habría podido con ninguno de los dos si compitieran por ver quién bebía más.

Howell y Jackson se alojaban en el hotel Garden House ahora que él ya no tenía una casa en Cambridge. Julia les había ofrecido acogerlos, pero Jackson no pudo soportar la idea de quedarse en la vieja y fría casa de Victor, durmiendo en una habitación que antaño había ocupado una de las perdidas niñas Land.

Fue él quien se lo contó a Julia. La había llevado al depósito de cadáveres de la policía a ver los delicados huesos de lebrato. («Va contra las normas, Jackson», lo reprendió levemente el patólogo forense). Sabía que Julia era fuerte, que podía ver lo que quedaba del minúsculo esqueleto de Olivia sin ponerse histérica. Tendió una mano hacia su hermana y el patólogo dijo:

—No la toque, querida. Más adelante podrá tocarla.

Y Julia había retirado la mano para llevársela al pecho, como si le doliera el corazón.

—Oh —musitó con suavidad, y Jackson se dijo que no sabía que una palabra tan breve pudiera resultar tan insoportablemente triste.

La historia de Jackson fue la siguiente: había sacado a pasear a un perro cuando el animal había entrado olisqueando en el jardín de Binky, donde se había puesto a escarbar en la maleza y a ladrar como un loco hasta que Jackson fue a investigar, punto en el cual había descubierto el cuerpo de Olivia.

—Y ¿dónde está ahora el perro, inspector? —quiso saber el primer detective llegado a la escena.

—Se ha ido corriendo.

Jackson se encogió de hombros y no se molestó en añadir: «Ahora soy

sencillamente el señor Brodie».

No mencionó su visita al convento, ni a la policía ni a Julia. Tenía la sensación, fuera o no correcta, de que dependía de la propia Sylvia que quisiera contar la verdad. Le había ofrecido el refugio del confesionario, le había dado su palabra.

—Parece un trágico accidente —le dijo al subcomisario encargado de la investigación—. La policía no procedió como debía hacerlo treinta y cuatro años atrás. ¿Qué vamos a hacerle ahora?

Howell sirvió más ginebra para él y Julia.

—¿Por qué no se une a nosotros, señor B.? —preguntó ella—. Podemos jugar al Gladstone de tres. Le enseñaré cómo.

—Podemos intentar ganarte un poco de tu excesiva y poco merecida riqueza —bromeó Howell.

Jackson declinó la oferta.

—Cabrón miserable —soltó Howell.

Jackson se dijo que quizá podría ponerle un negocio a Howell. Metería una parte del dinero en fideicomiso para Marlee. Y podía darle otra parte a Lily-Rose. Había ido a ver a Theo, había visto la postal con la imagen de la flor rosa en la repisa de la chimenea. Ninguno de ellos la había mencionado. Lily-Rose les había preparado té y se sentaron a tomarlo en el jardín y a comer rodajas del bizcocho relleno que había hecho Theo. «Está bueno, ¿verdad?», había sido el comentario elogioso de Lily-Rose.

Y tendría que donar una parte del dinero a una organización benéfica, para tranquilizar su conciencia al menos. Resultó que el dinero no procedía de los diamantes. Mucho tiempo atrás un antepasado de Binky había invertido en la construcción de ferrocarriles estadounidenses, de forma que su fortuna se había hecho con el sudor y la sangre de quien fuera que construyó los tendidos de la Unión and Central Pacific (¿chinos? ¿Irlandeses?), lo cual tampoco era especialmente ético, supuso, pero ¿qué se le iba a hacer?

¿Qué organización benéfica? Había muchísimas. Pensó en preguntárselo a Amelia; podía estar bien darle algo a lo que hincarle el diente. Se había «alterado un poco», según le explicó Julia, y había tomado demasiadas pastillas y estaba ahora «descansando» en el hospital.

—¿Quiere decir que ha intentado suicidarse? —interpretó Jackson.

Julia frunció el entrecejo.

—Más o menos.

—¿Más o menos?

Se había ofrecido para llevar a Amelia del hospital a casa. Estaba dopada y poco habladora, pero cuando llegaron a la casa en Owlstone Road, Julia los esperaba en la puerta con el gato que antes respondiera al nombre de *Negro*, que le puso en los brazos a Amelia como regalo de bienvenida.

—Se llama *Lucky* —explicó Julia.

Entretanto *Frisky*, antes perdido y ahora reaparecido, se entretenía tratando de trepar por la pernera de Jackson.

Cuando vio a Amelia enterrar la cara en el pelaje negro de *Lucky*, Jackson comprendió que a lo mejor había encontrado a la custodia perfecta del legado de Binky.

—¿Qué te parece? —le preguntó más tarde a Julia—. Habrá que arreglar la casa de Binky, por supuesto, pero Amelia podría vivir en ella y cuidar de los gatos.

—Oh, y podría recuperar también el jardín —repuso Julia con excitación—. Eso le encantaría. ¡Oh, qué idea tan espléndida, señor Brodie!

A él no se le había ocurrido pensar en el jardín.

—Pero ¿te parece que eso estará bien? Me refiero a lo de que Olivia estuviese ahí todo ese tiempo, ¿no asustará eso a Amelia?

Aún no le habían contado a Amelia lo de Olivia, pues Julia trataba de encontrar «el momento adecuado», y Jackson había dicho: «Nunca habrá un momento adecuado» y Julia contestó: «Ya lo sé».

—Me parece —opinó Julia— que sería buena idea. De algún modo, sería lo apropiado. —Volvió la cabeza en la almohada para mirarlo (porque estaban manteniendo esa conversación sobre el futuro de Amelia en la cama) y le brindó una de sus amplias y perezosas sonrisas. Se desperezó con extravagancia y uno de sus cálidos pies le frotó de arriba abajo la pantorrilla—. Oh, señor Brodie, ¿quién iba a imaginar que esto fuera tan delicioso?

Sí, desde luego, se dijo Jackson.

—Podrías tratar de llamarme Jackson, ahora.

—Oh, no —repuso ella—. Prefiero con mucho «señor Brodie».

Mientras el avión seguía la rutina previa al vuelo, leyó detenidamente los detalles de la agencia inmobiliaria. Había un bonito *chateau*, no demasiado llamativo, en el Minervois (en Francia parecía haber *chateaux* SL porrillo), una casa parroquial del siglo XIII en un pueblecito al sur de Toulouse y una *maison de maître* en un pueblo cerca de Narbona. No había decidido en realidad en qué zona vivir, pero había que empezar por alguna parte. Imaginaba que podía recorrer toda Francia visitando casas, tomarse su tiempo. Le había vendido el negocio a Deborah Arnold. Con solo que ella hubiese sido un poco mejor persona le habría rebajado el precio. Cerró los ojos y pensó en Francia.

—¿Le sirvo algo de beber, señor?

Abrió los ojos y se encontró mirando el rostro inexpresivo e indiferente de Nicola Spencer. Ella le sonrió sin calidez y repitió la pregunta. Jackson pidió un zumo de naranja para prolongar un poco el encuentro. En ciertos aspectos le parecía saberlo todo sobre Nicola Spencer, y en otros, no sabía absolutamente nada. Le dio un

paquetito de galletas saladas con el zumo de naranja y pasó al siguiente pasajero. La observó empujar el carrito, con las musculosas nalgas marcándose a través de la falda del uniforme. Pensó en seguirla cuando aterrizaran —por curiosidad y porque era un asunto por resolver— pero para cuando hubo pasado por el lío de recoger un coche de alquiler en el aeropuerto de Toulouse había perdido el interés.

Caroline

—¿**Q**ué quieres por tu cumpleaños? —preguntó Jonathan.
 —Un Mercedes SL 500 —contestó ella, en broma, obviamente.
 —¿Algún color en particular?
 —Plateado —repuso.

Y que me jodan (pensó) si no estaba ahí plantado en el sendero de entrada, un coche de setenta mil libras, atado con una gran cinta rosa. Debía de ser más rico incluso de lo que pensaba. No tenía ni idea de cuánto dinero tenía; ella no quería su dinero, ni siquiera había querido el coche, en realidad, aunque ahora que lo tenía le encantaba. Dos asientos, sin espacio atrás para perros o niños.

—Dios santo —exclamó Rowena al verlo.

Era asombroso que pudiera meterse tanto significado en solo tres sílabas.

Quizá el coche era un regalo de despedida. A lo mejor Jonathan se preparaba para su siguiente esposa. Estaba bastante segura de que tenía a alguien en Londres. Le sorprendería que no fuera así, pues los hombres como Jonathan siempre tenían amantes. Aunque no se casaban con ellas. Ella debería haber sido una amante; por temperamento, encajaba mejor en el papel de amante que en el de esposa.

Todavía no sabían lo del bebé, a salvo en su interior. Se estaba preparando para mudar la piel otra vez, para dejar crecer otra nueva. Tenía que marcharse antes de verse atrapada en la inercia, antes de que alguien la descubriera. Antes de que se lo impidieran cuando se enterasen de lo del bebé. Querrían quedarse con el bebé. Y era una pena porque la escuela y el trabajo le gustaban de verdad, pero había otras escuelas y otros trabajos; todo era posible cuando una se empeñaba lo suficiente. E iba a llevarse consigo al bebé (obviamente) de ese lugar porque no sería un buen ambiente para él; podía crecer hablando francés los miércoles y sin entender qué era el amor. Sentía tanto amor por ese bebé que casi le dolía. Eso era algo que nadie en esa casa era capaz de comprender. Hubo un tiempo en que ella no había sido capaz de entender el amor, y vaya desastre que había armado. Le había dicho a Shirley: «Considérame muerta», pero en realidad no había esperado que lo hiciera. Pero no había habido nada, ni visitas, ni tarjetas, ni regalos de cumpleaños, ni una sola palabra. Durante meses había esperado que Shirley apareciera el día de visitas con Tanya en brazos («Mira, ahí está tu mamá») o de acompañante de sus inútiles padres («Vamos, tenéis que visitar a Michelle»), pero no. No contestaron a ninguna de sus cartas y echaron por tierra todas sus esperanzas hasta que llegó a pensar que en realidad era lo mejor, que más valía dejarlos continuar con sus vidas, pues ¿qué bien les había hecho ella nunca? No había amado a la gente a la que tenía el deber de amar, y una tenía que pagar un precio por eso, tarde o temprano.

Cuando una se iba, no dejaba ninguna huella. Se llevaba lo mínimo, salía como si fuese a pasar el día en Leeds (aunque sí se llevaba el precioso coche). No dejaba pruebas, no plasmaba sus huellas en todo el mango de la maldita hacha para proteger a otras personas. Esta vez se llevaba al bicho, el nuevo bicho, y querría tanto a ese bebé que despertaría cada día en un estado de dicha y ella misma se encontraría en un estado de gracia, por fin.

Tendría que dejar de vivir su vida como una variación tras otra de un tema pastoril. Tendría que pensar en algo bien distinto que hacer esta vez. Probablemente debería mudarse al extranjero, a Italia o Francia. Por supuesto, una nunca podía irse lo bastante lejos —Patagonia, China—, ningún sitio estaba lo bastante lejos, pero el truco estaba en no parar de moverse. Y una cosa era segura, nunca podía volver atrás.

Iba a darle una oportunidad de irse con ella, solo una. Se sorprendería muchísimo y no se iría, pero iba a tener esa oportunidad.

Iba en su bicicleta (con pinzas, por el amor de Dios, en los tobillos de sus baratos pantalones negros) y se volvió al oír acercarse el coche. Ella había bajado la capota y se detuvo cuando llegó a su altura, y él se bajó de la bici y rio y comentó:

—Vaya cochazo tan llamativo, señora Weaver —como si fuera un vendedor de coches de segunda mano.

—Desde luego que lo es, párroco —repuso, y dio unas palmaditas en el asiento a su lado—. ¿Quiere venir a dar un paseo?

Él indicó la bicicleta con un gesto de impotencia, pero luego dijo:

—Oh, qué demonios... —Y tumbó la bici en la larga hierba del arcén.

Pero cuando tendió la mano hacia el picaporte de la puerta, ella se inclinó hacia él como si fuera a detenerlo y advirtió:

—Pero tengo que decirle que voy a irme para no regresar nunca, jamás, y que cuando me vaya voy a hacerlo muy deprisa.

—No bromea, ¿verdad? —preguntó él, y ella se dijo que le encantaba la forma en que parecía un niño solemne cuando trataba de encontrar la respuesta correcta a algo.

Aceleró el motor y dijo:

—Voy a contar hasta diez...

Expediente n.º 3 - 1979

Todo por deber, nada por amor

Michelle pensó que había estado enfadada otras veces, pero nunca de esa manera. Se sentía como un volcán, como si tuviese un tapón que le impedía deshacerse de lo que hervía en su interior. Que se llamaba... ¿cómo? ¿Magma? Lava, joder, ya ni siquiera se acordaba de las palabras más sencillas. «Amnesia maternal», decían los libros, pero si se trataba de amnesia era muy selectiva, pues no le permitía olvidar hasta qué punto era desgraciada e infeliz, ¿verdad? Y ese día todo iba muy bien hasta ese momento; lo había tenido todo dominado, todo bajo control, y entonces él había irrumpido en la casa sin pensarlo dos veces y había despertado al bebé.

Michelle tiró del hacha, pero estaba clavada al tronco como la maldita Excalibur y ella estaba tan concentrada en su furia que no oyó a Shirley, y cuando se volvió y la vio casi dio un salto por la impresión y dijo:

—Jesús, me has asustado —y por una milésima de segundo olvidó lo enfadada que estaba, pero entonces oyó al bebé gritar dentro de la casa (media East Anglia debía de poder oír al maldito bebé) y todo volvió a hervir otra vez y supo que esa vez iba a explotar y sería un desastre. Krakatoa. Mira por dónde, aún se acordaba de algunas cosas.

—Parece que vayas a matar a alguien con esa hacha —comentó Shirley riendo, y Michelle respondió:

—Así es.

Entró por la puerta trasera como un vikingo enfurecido y cuando Keith la vio también rio; todos estaban riéndose de ella, joder, como si nada de lo que dijera fuera importante, como si no hablara en serio, y levantó el hacha, aunque con torpeza porque no acababa de entender dónde tenía el centro de gravedad, y se la arrojó a Keith, pero fue un lanzamiento de nena y el hacha rebotó y aterrizó en el suelo sin causar daño.

Él se puso furioso, aún más que ella, y al principio pensó que era solo por el hacha, aunque había caído a kilómetros de él, pero entonces se dio cuenta de que gritaba algo sobre Tanya.

—¡Podrías haberle dado, podrías haberle hecho daño de verdad!

—No seas ridículo, ni siquiera le ha pasado cerca.

Y él gritó:

—¡Maldita zorra chiflada, eso no es lo que importa!

Y sintió miedo de pronto porque vio que Keith había perdido la razón. Ya ni siquiera parecía él de siempre, e hizo ademán de coger el hacha, pero un instante

después la empuñaba Shirley, y ella no hizo ningún lanzamiento de chica, sino que se limitó a blandirla y dejó caer la hoja contra la cabeza de Keith, y entonces todos se quedaron callados, incluso el bicho.

Shirley formaba parte del equipo de primeros auxilios del Saint John, pero no hacía falta ninguna formación médica para ver que no podía hacerse nada por él. Michelle estaba en el suelo, abrazándose como si llevara una camisa de fuerza, meciéndose una y otra vez, y oía un extraño sonido agudo que comprendió que emitía ella misma.

—No hagas eso —advirtió Shirley con frialdad.

Pero ella no podía parar de hacer ese ruido, y Shirley la agarró y la puso de pie y exclamó:

—¡Cállate, Michelle, cállate!

Pero no pudo parar, así que Shirley le pegó un puñetazo en la cara.

La impresión fue tan grande que le pareció que hasta había dejado de respirar por un instante, y solo deseó hacerse un ovillo y sumirse en el olvido.

—Acabas de destrozar nuestras dos putas vidas, por no mencionar la de Tanya —le dijo Shirley.

Y Michelle pensó: por no mencionar la de Keith, pero supo que Shirley tenía razón porque, en el fondo, todo había sido culpa suya.

Así que se levantó del suelo —se sentía tan agarrotada como una anciana— y cogió el hacha, que al menos no se le había incrustado en la cabeza, algo que agradeció, y entonces limpió el mango del hacha en los tejanos y lo agarró y le dijo a Shirley:

—Vete.

Tanya estaba de pie, agarrada al borde del parque, y empezó a chillar otra vez, como si le hubieran clavado un alfiler. Shirley la cogió en brazos e intentó calmarla, pero pareció que la niña no fuera a callarse nunca más.

—Vete ya —insistió Michelle—. Por favor, vete, Shirley.

Shirley volvió a dejar al bebé en el parque.

—Prometo que la cuidaré por ti —dijo.

—Sé que lo liarás —repuso Michelle—. Llévatela, dale un nuevo comienzo, sé para ella la madre que yo no puedo ser.

Porque si había una persona en el mundo en la que podía confiar era en Shirley.

—Muy bien —dijo Shirley, y cualquiera habría dicho que había hecho aquello antes, hasta ese punto tenía dominio de sí—. Muy bien. Voy a llamar a la policía y voy a decirles que así es cómo te he encontrado, ¿vale? ¿Vale, Michelle?

—Vale.

Y entonces Shirley cogió el auricular y marcó el 999 y cuando la operadora respondió empezó a gritar como una histérica, cualquiera habría dicho que era la mejor actriz del mundo, y luego se detuvo por fin y volvió a colgar y esperaron en

silencio a que llegara la policía. El bicho se había quedado dormido en el suelo. Hacía mucho frío y a Michelle le habría gustado limpiar un poco para cuando llegara la policía, pero no tenía fuerzas. Finalmente, oyeron el sonido de una sirena, y luego otra, y el ruido de los coches de policía al avanzar por el camino lleno de baches de la granja, y Michelle le dijo a Shirley:

—Al final no has tomado pastel de chocolate.

Theo

Se había teñido el cabello de un sorprendente color rosa que lo hacía pensar en flamencos. Le quedaba mucho mejor que el amarillo yema de huevo. La hacía parecer más sana. Estaba más sana, de hecho, y debía de haber engordado tres o cuatro kilos en una semana, aunque no era de extrañar puesto que la había estado alimentando con la determinación de un padre que alimentara a un polluelo: tostadas con judías, batidos, macarrones con queso, panecillos con bacon, salchichas con puré de patatas, plátanos, cerezas y melocotones... No le gustaban las manzanas, como a él. A Laura le habían gustado las manzanas. Lily-Rose no era Laura, Theo tenía eso muy claro. Él seguía con su pienso para burros, le producía más satisfacción ver comer a Lily-Rose. Viéndola, nunca habría creído que tuviese semejante apetito; era como si estuviera compensando años de pasar hambre.

Dormía en la habitación de Laura, con el perro a los pies de la cama. Él no podía acercarse al perro y a Lily-Rose le preocupaba que pudiera provocarle otro ataque de asma. A él también lo preocupaba, pero le contó lo que pasó con *Poppy* y cómo había acabado por acostumbrarse, y le dijo que creía que uno podía acostumbrarse a todo con el tiempo.

—Sí, yo también lo creo —repuso ella.

Vieron fotografías de *Poppy*, y de Laura, y Lily-Rose comentó:

—Es encantadora.

Theo se alegró de que no utilizara el pasado, porque siempre dolía. No le había contado nada a Jenny sobre que la chica estaba viviendo con él; ya podía imaginar qué diría.

Tenía la postal de Jackson, una foto de una flor rosa, del mismo rosa que el pelo de Lily-Rose. La postal estaba apoyada sobre la repisa de la chimenea, junto a una foto de *Poppy* cuando era un cachorro. De algún modo, Theo identificaba a *Poppy* con Lily-Rose: pequeñas criaturas abandonadas y maltratadas, con nuevos y floridos nombres. Lily-Rose explicó que se había puesto un nuevo nombre para poder ser una nueva persona, para darse un «nuevo comienzo», dijo.

La chica era producto de un entorno profundamente disfuncional, y estaba casi seguro de que necesitaba ayuda profesional. Tenía todo un historial de fugarse de casa, consumo de drogas, pequeños hurtos, prostitución, aunque por el momento parecía limpia de todo. Su madre había asesinado a su padre y fue criada por sus abuelos, que pintaban tan mal como sus padres (sospechaba malos tratos). Su vida era irreal, como un programa de televisión. Un documental o un culebrón malo. Y sin embargo se la veía increíblemente feliz, jugando con el perro en el jardín, tomándose un helado, leyendo una revista. Le encantaba que la despertaran por la mañana con

una taza de té con azúcar y una tostada con mantequilla.

Por las tardes, habían empezado (por estrafalario que sonase) a hacer un puzle juntos.

—Somos como una puta pareja de jubilados —comentó ella, pero sin mala intención.

Él no quería salvarla, o quedársela, o cambiarla, aunque estaba haciendo todas esas cosas y seguiría haciéndolas si ella quería. Lo único que no hacía era preocuparse por ella. Le habían pasado tantas cosas malas que era una chica a prueba de daños. Lo hacía feliz el mero hecho de devolverle una infancia. Y cuando estuviera lista, seguiría su camino, y él ya se ocuparía de eso cuando ocurriera.

Expediente n.º 2 - 1994

Solo un día normal

Lo que pasó con el señor Jessop fue una estupidez. (Siempre estaba diciendo «Lámame Stan», pero ella sencillamente no podía hacerlo, le parecía mal porque era un profesor). Era extraño porque no le había parecido que la eligiera a ella en particular ni nada por el estilo. Había hecho acudir a Christina un par de veces, y a Josh también, y el año anterior la clase entera de biología del último curso de bachillerato fue a su casa para una barbacoa de fin de trimestre. Esa fue la primera vez que estuvo en su casa, de hecho. La barbacoa se anuló porque llovía y él salió corriendo al supermercado y compró ingredientes para sándwiches que ella había ayudado a Kim a preparar. Siempre la llamaba Kim, nunca señora Jessop. Kim había parecido cabreada por tenerlos a todos en casa; había tenido un bebé hacía solo unas semanas, de forma que no podía culpársela. Kim tenía la misma edad que Jenny y sin embargo no habría podido encontrarse en todo el planeta a dos personas más distintas entre sí.

Prepararon sándwiches de jamón, con ese jamón barato y reluciente —lonchas industriales Kraft para vegetarianos—, con Kim untando margarina en el pan blanco de molde Sunblest, y Laura pensó «qué asco», y luego se reprochó interiormente ser tan esnob. Su padre siempre había estado obsesionado por alimentarlas bien: comida casera, pan integral y montañas de frutas y verduras (aunque Dios sabía qué porquerías comía él cuando tenía la oportunidad). Por supuesto, la gente pobre no podía permitirse todas esas cosas buenas, pero lo cierto era que los Jessop no eran pobres. Los profesores no paraban de quejarse de sus salarios, pero no estaban exactamente paupérrimos. Aunque, para ser francos, Josh tenía razón cuando decía que Kim era de muy baja estofa y eso la hacía a una preguntarse cómo habría acabado el señor Jessop con ella en aquella horrible casita que olía a leche agria y caca de bebé.

Llevaba zapatos rojos de tacón, que de algún modo no eran lo que cabría esperar de una mamá reciente (o de la esposa de un profesor). Llevaba el cabello teñido casi de blanco, una rubia platino de bote, y eso hacía que su piel se viera pálida y enfermiza. El señor Jessop estaba completamente sometido a ella, era como si lo controlara con solo mover una ceja, y parecía muy distinto del señor Jessop en la clase (aunque no tanto como para que una quisiera llamarlo Stan). Cuando estaba en clase era divertido y cínico y siempre hablaba con tono rebelde sobre la escuela. No se parecía a los demás profesores de ciencias, sino más bien a uno de lengua y literatura inglesas. Cuando estaba en casa era de algún modo menos interesante, y

habría cabido pensar que sería al revés.

Todas las chicas le hicieron fiestas al bebé —Nina— cuando Kim lo bajó de la habitación. Hasta los chicos se mostraron interesados, como si fuera un nuevo proyecto de ciencias («¿Ya puede enfocar?». «¿Te reconoce?») pero Laura no sintió el más mínimo interés. Sabía que sería distinto cuando tuviese sus propios hijos, pero los bebés de los demás la dejaban fría. Kim no le daba el pecho; una de las chicas, Andi, se lo había preguntado, y respondió: «Dios santo, no», como si no pudiese imaginar algo menos natural, y Josh y Laura intercambiaron una mirada y ambos trataron de no reír.

«Por supuesto, yo no tengo una buena educación como todos vosotros», le dijo Kim más tarde, cuando fregaban los platos, en cuyo punto habían formado ya una especie de alianza; el señor Jessop había comprado cervezas y cajas de vino y todo el mundo en la sala de estar estaba completamente mamado, de esa forma que lo volvía a uno estúpido y ruidoso, y ni Kim ni Laura habían bebido, Laura porque estaba tomando antibióticos por una infección de oído y Kim por el bebé: «Me gusta mantenerme cuerda», y Josh le susurró a Laura: «Pero si no ha estado cuerda en su vida», y Laura fingió ignorarlo porque el señor Jessop los miraba como si supiera que estaban hablando de su mujer.

Kim era de Newcastle y su acento parecía completamente ajeno y extraño. El hecho de que fuera oriunda de Tyneside le daba un poco de miedo. Laura imaginaba que el Norte estaba poblado por mujeres duras y sensatas con las que no le gustaría enzarzarse en una pelea. «Dejé la escuela a los dieciséis —le contó Kim—, e hice un año de formación profesional, secretariado, ya que me lo preguntan», y Laura dijo «¿Oh?», aunque en realidad no estaba escuchando porque estaba limpiando las encimeras, que estaban ya impolutas porque Kim podía ser de baja estofa y estúpida pero tenía la casa muy limpia, que era algo que su padre habría aprobado. Sería estupendo que, cuando se fuera a la universidad (y no antes, definitivamente), su padre encontrara a una mujer realmente agradable (no una Kim), una mujer madura, incluso un poco aburrida y verdadera ama de casa, alguien capaz de apreciar todas sus buenas cualidades y que quisiera hacerlo muy, muy feliz. Se merecía la felicidad, y cuando ella se fuera a la universidad iba a romperle el corazón, aunque fingiría. Quizá no le rompería el corazón, no de la forma que la muerte de *Poppy* se lo había roto a ella, pero sí iba a quedarse muy triste porque habían pasado tanto tiempo los dos solos y él vivía solo por ella. Por eso se iba a Aberdeen, porque no estaba cerca; tenía que irse, ser ella misma, convertirse en ella misma. Mientras estuviera con su padre sería una niña.

No sería como Jenny. Jenny se portaba muy mal, nunca llamaba o escribía, todo el esfuerzo lo hacía siempre su padre. Casi parecía que no le importara nada. Cuando Laura se fuera iba a llamar mucho y había comprado ya una pequeña reserva de

postales, unas divertidas y otras con animales muy monos, que iba a mandarle de forma regular. Lo quería más que a nada, por eso había accedido a trabajar en su despacho, aunque fuera mucho más divertido hacerlo en el bar, pero era solo durante unas semanas y luego se marcharía, como una flecha directa al futuro. Y no podía esperar a hacerlo.

Después de ese día, el día en que no hubo barbacoa, empezó a hacerles de canguro; por lo visto Kim le sugirió al señor Jessop que fuese ella, así que debió de haberle gustado en algún sentido (aunque nunca lo habría sospechado). El señor Jessop se lo pidió un día al acabar una clase y ella contestó: «Bueno, vale, pero no sé nada de bebés», y él repuso: «Dios santo, Laura, nosotros tampoco».

Solía decirle a Emma que la acompañara porque Emma tenía mucha mano con los bebés, los adoraba, de hecho, lo que era irónico y bastante triste en realidad porque había pasado por aquel aborto, y eso pareció dejarla realmente mal durante un tiempo, pero era de las que siempre fingían estar contentas y alegres, y por eso le gustaba a Laura. Y solían sentarse simplemente a hacer los deberes, pero a veces revolvían en el armario de Kim, que suponía toda una educación en sí mismo, aunque no les parecía bien estar en su dormitorio porque, a diferencia de lo que ocurría con la mayoría de adultos, una podía imaginar a Kim y el señor Jessop haciendo el amor, y eso les daba cierta vergüenza.

Le había dicho a su padre que era virgen, porque sabía que eso era lo que quería oír él, y como mentira era bastante inofensiva; de hecho, era caritativa. Y no estaba tan lejos de la verdad porque solo se había acostado con cuatro chicos y uno de ellos era Josh, así que difícilmente contaba porque habían ido juntos a la escuela primaria y se conocían desde los cuatro años y habían decidido que sería buena idea dejar atrás juntos todo aquel rollo de «perder la virginidad» porque de esa forma sería seguro y amistoso, aunque un poco raro. Y mejor que Emma, por ejemplo, que la había perdido con un hombre casado (en su coche, por el amor de Dios) o la pobre Christina, a la que había violado un tipo que le puso algo en su copa.

Lo hicieron en la habitación de Josh, a la que sus padres nunca entraban. Tenía unos padres de esos bohemios y liberales que le habían dejado hacer lo que quisiera desde los doce años (de modo que era asombroso en realidad que el chico hubiese salido tan bien). Sus padres estaban en el piso de abajo viendo un documental sobre ballenas.

Al principio había sido divertido y no podían parar de reír, y entonces se habían puesto bastante formales, examinándose mutuamente el cuerpo como estudiantes de anatomía y ciñéndose a las normas de la estimulación erótica, pero luego se habían metido por completo en faena y acabaron en el suelo como perros, y menos mal que la televisión tenía el volumen bien alto porque Laura se oyó gritar como alguien que no reconocía, y después, cuando estaban allí tendidos en el suelo, aturdidos por la

forma en que se habían dejado llevar, todo lo que oyeron fue el canto de las ballenas y los dos se echaron a reír porque sus padres tenían que haberlos oído, pero si lo hicieron nunca dijeron nada. Josh le dijo: «Bueno, nos hemos sorprendido a nosotros mismos, ¿no es así, señorita Wyre?», y ella repuso: «¿Podemos hacerlo otra vez, por favor?», y él respondió: «Dios santo, mujer, dame un minuto, ¿quieres?».

Cuando su padre la fue a buscar, le preguntó: «¿Te encuentras bien? Estás muy colorada», y Laura contestó: «Creo que he pillado algo», y él le preparó limonada caliente con miel y ella se sentó en la cama, con su pijama de Winnie Pooh, y lo abrazó y le dijo: «Gracias, mejor papá del mundo», y confió en que no pudiese oler la leche de Josh. Eso fue cuando tenían catorce años y lo habían hecho unas cuantas veces desde entonces y sabía que Josh estaba enamorado de ella, pero agradecía que tuviese buen cuidado de no decírselo nunca.

Había estado varias veces en casa de los Jessop sin que entrañara hacer de canguro. Kim había llegado a gustarle. Ser amiga suya la hacía sentir más mujer y menos niña. Una vez, tras una cena a base de bistec (duro) con patatas, Kim le había depilado las cejas y hecho la manicura, aunque solía acudir las tardes de los sábados cuando Stan no estaba y se sentaban simplemente en el jardín mientras Nina gateaba por el césped. Stan jugaba los sábados en un equipo de fútbol de aficionados. «A veces hay que soltarles la correa», le dijo Kim como si le diera consejos sobre cómo tratar a una mascota difícil. Fue entonces que se encontró con Stuart Lappin por primera vez: estaba cortando el césped en la casa de al lado. Cuando acabó, miró por encima de la valla y se ofreció a hacerlo en el jardín de los Jessop, y Kim siguió limándole las uñas y le contestó en voz alta: «No, gracias, Stuart», sin mirarlo a los ojos. A Laura le pareció un poco grosera, y le ofreció a Stuart una sonrisa de ánimo para compensar.

«No puedo soportarlo —siseó Kim cuando hubo desaparecido—. Siempre está tratando de ser amistoso, y me pone los pelos de punta. Tiene treinta años y todavía vive con su madre, es patético». «A mí me parece inofensivo», opinó ella, y Kim repuso: «Con esos tienes que andarte con cuidado».

La última vez fue justo antes del examen final. El señor Jessop había sugerido una clase particular extra y Laura no pensó nada malo porque se lo había ofrecido ya a algunos otros. Fue una decepción que Kim no estuviese en casa: «Oh, ha llevado a Nina a casa de su madre», le dijo Stan con despreocupación, como si no pudiera importarle menos lo que hacía su mujer. Tenía un bloc de notas y un par de libros de texto sobre la mesa del comedor, pero Laura ni siquiera se había sentado cuando él empezó, acercándosele por detrás para rodearle la cintura y tratar de besarle la nuca, y su aliento olía a alcohol, lo que le pareció repugnante. Se puso furiosa, le hincó los codos en el abdomen y le chilló que la soltara, y él repuso: «Oh, venga ya, Laura, lo

has hecho con la mitad de chicos de tu clase, ya va siendo hora de que lo hagas con un hombre de verdad, sabes que lo estás deseando». ¡El muy cabrón! Lo pisó con fuerza en un pie, de la forma que te enseñan en defensa personal, pero se le hizo difícil porque todavía la sujetaba con fuerza por la cintura, y empezó a sentir pánico cuando comprendió que no podía librarse de él. La estaba girando y buscando sus labios con los de él y de pronto le puso una mano en la entrepierna, gracias a Dios que llevaba tejanos y eso supuso que no tuvo buen asidero y Laura consiguió apartarse lo suficiente de él para hundirle un dedo en un ojo. Y entonces salió corriendo.

Había estado repasando con Josh en el cementerio de Little Saint Mary. Hacía calor y habían empezado a toquetearse un poco, porque nunca acudía nadie a ese sitio, pero entonces oyeron un susurrar de hojas como si un animal se abriera paso a través de la vegetación estival y de pronto apareció el rostro de un hombre de detrás de una lápida, y ella había soltado un chillido muy de niña, y Josh se había puesto muy varonil pese a tener los tejanos en los tobillos y le había gritado al tipo que se largara y entonces los dos se habían partido de risa. Laura pensó que el tipo le resultaba vagamente familiar pero fue solo cuando le pidió media jarra de cerveza con limonada en el bar un par de semanas después que comprendió que era el vecino del cortacéspedes de los Jessop, pero no recordaba su nombre. Por suerte no pareció reconocerla.

Para entonces todo el mundo se había ido: Christina estaba dando clases en Tanzania durante un año, Ayshea estaba pasando el verano en Francia, Joanna viajaba en el Euroraíl con Pansy, Emma estaba en Perú (Emma, por el amor de Dios) y Josh estaba de monitor en un campamento en Michigan, en medio de la nada. Se sentía como si la hubiesen abandonado. Todos habían quedado en encontrarse delante del Hobbs Pavilion, en Parker's Piece, al cabo de diez años, pero ¿qué probabilidades había de que lo hicieran? El señor Jessop había tratado de organizar un encuentro de despedida con su clase, pero todo el mundo estaba ocupado, aunque ella no habría ido, pues no lo había visto desde que intentara propasarse. Su padre, bendito fuera, le dijo: «Entonces, ¿no quieres irte de viaje, Laura?», aunque para él habría sido un infierno que ella estuviese en algún sitio en el extranjero, en algún sitio al que no pudiera ir a buscarla con el coche al final de una velada.

Entonces se tropezó con él al salir de la librería Heffers y le dijo «Hola» con tono neutral porque tampoco es que deseara entablar conversación con ese tipo ni nada por el estilo, y al día siguiente se encontró con que le habían dejado un oso de peluche en el umbral, aunque en realidad no relacionó ambas cosas, no de forma consciente al menos, y era un oso de aspecto absurdo, de un feo color rosa y con unos ojos que no

le quedaban bien, no como los bonitos y anticuados osos que Laura amontonaba en su cama. El oso del umbral era la clase de cosa que te compraría alguien sin gusto si creyera que te gustaban los osos de peluche.

Se fue a pasar el día a Londres (empezaba a odiar a todo el mundo por haberse marchado de Cambridge durante el verano). Visitó el Museo Británico y luego se compró algo de ropa, pero no fue muy divertido hacerlo sola. No lo vio subirse en King's Cross pero sí lo vio entrar en su vagón diez minutos después de que el tren saliera de la estación; tuvo la seguridad de que la estaba buscando, pese a que trató de parecer sorprendido al verla. Por suerte no había asientos vacíos cerca, pero cuando se levantó al llegar a Cambridge la siguió por el vagón y esperó ante la puerta con ella y le habló por primera vez para decirle: «¿Te bajas aquí?», que fue una pregunta realmente estúpida, pues era obvio que sí, pero tan solo contestó que sí, y luego, cuando estaban en el andén, le dijo: «¿Puedo llevarte a casa? Tengo el coche en el aparcamiento», y ella contestó: «No, gracias, mi padre viene a buscarme», y se alejó corriendo de él. Y se acordó de que se llamaba Stuart. Kim tenía razón, era patético. Ya no podía ir a ver a Kim porque probablemente significaría ver al señor Jessop. Telefoneó a la casa en un par de ocasiones y siempre contestó él, y Laura colgó sin decir nada. La última vez él había gritado: «Kim, ¿eres tú? ¿Dónde coño estás?», así que se figuró que las cosas no andaban muy bien entre ellos.

Era su última noche en el bar y él entró y se sentó en el rincón e hizo durar una hora la media jarra de cerveza con limonada. Cuando se levantó para marcharse le dijo a Laura: «No sé por qué me ignoras», y ella contestó: «No sé de qué me hablas». Y él repuso: «Ya sabes que hay un vínculo increíble entre nosotros, no deberías negarlo», y Laura se puso furiosa de pronto (el tío estaba como una jodida cabra, por el amor de Dios) porque le había tenido lástima, pero estaba realmente inmiscuyéndose en su vida sin que lo hubiese invitado a hacerlo —igual que el señor Jessop—, y le dijo: «Mira, déjame en paz, ¿quieres? Mi padre es abogado y puede meterte en un buen lío si sigues apareciendo de esta manera», y él le contestó: «Tu padre no puede impedir nuestro amor». Y el encargado del bar le preguntó: «¿Va todo bien?», y Laura contestó: «Sí, no es más que un tío que no sabe beber». Por supuesto, nunca se lo habría contado a su padre, pues se volvería loco de preocupación. Y, de todas formas, Stuart Lappin era inofensivo. Era un bicho raro, pero inofensivo.

Lo bueno de trabajar en el bar era que solo hacía el turno de noche y tenía todo el día para ella. Iba a ser un verdadero rollo verse atrapada en una oficina todo el día durante el resto del verano. Papá estaba encantado, y también preocupado por tener que ir a Peterborough en lugar de estar ahí durante su primer día.

Le hizo prometer que iría andando a la estación porque (supuestamente) estaba

siguiendo un régimen nuevo y sano desde que había ido al médico.

—No olvides el inhalador, papá —le dijo cuando salía de la casa, y él se palpó el bolsillo de la chaqueta para demostrar que lo llevaba.

—Cheryl te enseñará cómo funciona todo. Estaré de vuelta en la oficina antes de la hora de comer... quizá podríamos salir a tomar algo.

—Me encantaría, papá. —Y entonces lo despidió en la puerta, con un beso en la mejilla y añadió—: Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, cariño.

Y lo observó alejarse calle abajo porque tuvo de repente la horrible sensación de que no iba a volver a verlo, pero cuando llegó a la esquina y se volvió para mirarla, ella lo saludó alegremente con la mano porque no quería que supiera que se preocupaba, pues él ya se preocupaba bastante por los dos.

Lo vio desaparecer al doblar por la esquina y sintió una gran alegría en el corazón y se preguntó si alguna vez había amado a alguien tanto como a su padre. Entonces recogió la mesa del desayuno y puso el lavavajillas y se aseguró de que la casa estuviese limpia y ordenada para cuando los dos volvieran más tarde.

Amelia

Se acabaron los pizarreros, se acabaron los Garys y Craigs y Darryls. Se acabaron Philip y los agudos ladridos de su pequinés. Se acabó Oxford. Se acabó la antigua Amelia. Un nuevo comienzo, una nueva persona.

Había pensado que sería una orgía, pero en realidad no era más que la barbacoa que habían prometido («Oh, ven, por favor») y la conversación giraba en torno a la dificultad de encontrar un buen fontanero y cómo librar de caracoles las espuelas de caballero («Cinta adhesiva de cobre», ofreció Amelia, y todos dijeron: «¿De verdad? ¡Qué fascinante!»). La única diferencia era que estaban todos desnudos.

Cuando llegó a la ribera del río (sintiéndose demasiado vestida y aterrorizada), Cooper («Cooper Lock, antaño profesor de historia en Saint Cat's, y ahora tarambana») se dirigió hacia ella, con las pelotas balanceándose, y le dijo:

—Amelia, has venido, qué maravilla.

Y Jean («Jean Stanton, abogada, aficionada a la escalada, secretaria del Partido Conservador local»), corrió a recibirla, toda sonrisa y con los pequeños pechos brincando.

—Qué bien que has aparecido. A ver, todos, esta es Amelia Land, una mujer muy interesante.

Y entonces se había bañado desnuda en el río con ellos y había sido exactamente como recordaba, solo que no había traje de baño entre su cuerpo y el agua y sentía las plantas y algas fluir sobre ella como gruesas cintas mojadas. Y luego comieron salchichas y carne a la brasa y bebieron Chardonnay surafricano mientras el crepúsculo avanzaba, y más tarde había yacido con Jean, en la cama de cabezal y pie de pino de Jean en un ático pintado de blanco y perfumado con velas Diptyque; el coste de una sola de ellas habría mantenido probablemente a una familia de Bangladesh durante un año. Pero Amelia se las apañó para ignorar ese hecho, al igual que ignoró el hecho de que Jean fuera la secretaria del Partido Conservador local (aunque era obvio que la política no podría quedar para siempre fuera de la agenda de conversación de Jean), y Amelia pudo ignorar todas esas cosas porque pese a haber pasado de los cincuenta Jean tenía un cuerpo duro, ágil y moreno que se deslizaba sobre el suyo, pálido y blando (se sentía como una criatura marina a la que hubiesen metido en la concha) y Jean le dijo:

—Eres deliciosa, Amelia, como un gran melón maduro.

Y la antigua Amelia habría soltado un bufido de desdén, pero la nueva Amelia chilló como un pájaro asustado porque Jean le estaba lamiendo los labios vaginales como un gato («Oh, llámalo coño, Amelia, no seas tímida») y provocándole el primer orgasmo de su vida.

Y era divertido porque realmente había querido morir, y ahora de verdad quería vivir. Así, por las buenas. Lo cierto era que no podría desear mucho más. Tenía un enorme jardín que cuidar, tantos gatos como podía atender y había experimentado un orgasmo. ¿Era realmente lesbiana? Todavía deseaba a Jackson. «Hoy en día todo el mundo es bisexual», le dijo Jean con desenfado. Amelia pensó que podía presentársela a Julia. Le habría gustado por una vez ver a Julia sorprendida («Jean, esta es Julia, mi hermana. Julia, esta es Jean, mi amante. ¿Henry? Oh, hoy en día todo el mundo es bisexual, Julia, ¿no lo sabías?». ¡Ja!). Debía tratar de ser más simpática con Julia; después de todo, era su hermana.

No habían sabido muy bien qué hacer con Olivia. Ninguna de las dos quería incinerarla y perder lo poco que tenían, lo que tanto les había costado conseguir después de todo ese tiempo. Por otra parte, había permanecido tantos años enterrada a solas en la oscuridad que no parecía adecuado devolverla a la tierra. De no haber ido en contra de toda práctica social (y haber sido probablemente ilegal), Amelia habría expuesto sus huesos en alguna clase de relicario, en un santuario. Al final la enterraron, en un minúsculo ataúd blanco, junto a Annabelle, el accidente, sobre el ataúd de Rosemary en el nicho familiar. Amelia y Julia sollozaron durante todo el funeral. La prensa local había tratado de hacer fotografías («Pequeña desaparecida de la zona encuentra por fin el reposo») y el gran amigo negro de Jackson se había puesto muy efusivo con ellas. Amelia encontraba a Howell terrorífico y cautivador a un tiempo (dando prueba por tanto de su naturaleza bisexual, suponía) y mucho más políticamente correcto que Jean, por supuesto.

Jackson (algo extrañísimo) fue acompañado por la chica sin techo del pelo amarillo, que ahora lo llevaba rosa y ya tenía techo.

—¿Por qué? —le preguntó a Jackson.

—¿Por qué no? —repuso él.

—Porque... —empezó a decir ella, pero Julia llegó y se la llevó a rastras.

¿La hacía sentir mejor haber encontrado a Olivia? ¿Saber que se había alejado mientras estaba a su cuidado? Amelia había estado profundamente dormida y su hermana se había alejado y encontrado la muerte. ¿Hacía eso que fuera culpa suya? Entonces Jackson la había llevado aparte en el funeral.

—Voy a romper la inviolabilidad del confesionario —anunció como si fuera un sacerdote. Habría quedado muy bien de sacerdote. La idea de Jackson como sacerdote era muy seductora, de una forma perversa—. Voy a contarte lo que pasó, y entonces tendrás que decidir qué quieres hacer al respecto.

No se lo contó a Julia, se lo contó a ella. Por fin se convertía en la guardiana de un secreto.

Así pues, Olivia tendría un santuario, tendría un jardín. Y Amelia llenaría el jardín de Binky Rain de rosas, de Duchesse d'Angoulême y Felicité Parmentier, eglantina y Gertrude Jekyll, de los rosetones de la Boule de Neige y la fragante y sedosa Perdita, para su propia niña perdida.

Expediente n.º 1 - 1970

Conspiración familiar

Hacía mucho calor, demasiado calor para dormir. La luz de la farola brillaba a través de las finas cortinas de verano como un segundo y enfermizo sol. Todavía le dolía la cabeza, como si llevara una cuerda ciñéndole con fuerza el cráneo. Quizá era esa la sensación que daba una corona de espino. Dios debía de estar haciéndola sufrir por algún motivo. ¿Era un castigo? ¿Había hecho algo malo? ¿Algo peor de lo habitual? Ese día le había pegado un bofetón a Julia, pero siempre estaba abofeteando a Julia, y el día anterior había puesto ortigas en la cama de Amelia, pero Amelia era una mojigata y se lo merecía. Y se había portado fatal con mamá, pero mamá se había portado fatal con ella.

Sylvia cogió tres aspirinas infantiles del frasco en el armario del baño. Siempre había montones de frascos de medicinas en el armario; algunas estaban allí desde siempre. A su madre le gustaban los medicamentos. Le gustaban más los medicamentos que sus propias hijas.

En la esfera iluminada del gran reloj despertador junto a la cama de su madre decía que eran las dos. Sylvia barrió la cama con su pequeña linterna Ever Ready. Su padre roncaba como un cerdo. Era un cerdo, un gran cerdo matemático. Llevaba un pijama a rayas y su madre un camisón de algodón con un gastado volante en el cuello. Sus padres se habían destapado y yacían con los miembros torcidos como si hubiesen caído en la cama desde gran altura. Si fuera una asesina podría haberlos matado ahí mismo en sus camas sin que ellos supieran nunca qué había pasado: podía acuchillarlos o dispararles o partirlos con un hacha y no podrían hacer nada por impedirlo.

A Sylvia le gustaba vagar sola por la casa por las noches, era su vida secreta de la que nadie sabía nada. La volvía poderosa, como si fuera capaz de ver los secretos de los demás. Entró en la habitación de Julia. No había posibilidad de perturbar su sueño: podría haberla tirado de la cama al suelo y saltado sobre ella y no se habría despertado. Podría haberle puesto una almohada en la cara y ahogarla y nunca se habría enterado. Estaba empapada en sudor; ni siquiera podía poner una mano cerca de ella, tan caliente estaba, y se oía su respiración al entrar y salir con esfuerzo de los pulmones.

Sylvia advirtió de pronto que la cama de Amelia estaba vacía. ¿Dónde estaba? ¿Tendría también ella una vida secreta de paseos nocturnos? No, Amelia no tenía la iniciativa (su nueva palabra) suficiente para llevar una vida secreta. ¿Estaría durmiendo con Olivia? Se precipitó hacia la habitación de Olivia y descubrió que

tampoco ella estaba en su cama. La mitad de ellas había desaparecido; no se las habrían llevado los alienígenas, ¿no? Si los alienígenas existían —y Sylvia sospechaba que sí—, debía de haberlos creado Dios, porque Dios creaba todas las cosas, ¿no? ¿O no lo había creado todo en realidad, solo la materia de nuestra propia galaxia? Y si había otros mundos, debían de haberlos creado entonces otros dioses, dioses alienígenas. ¿Era esa una idea blasfema?

En realidad no había nadie a quien pudiese consultar sobre esos espinosos problemas teológicos. No le estaba permitido ir a la iglesia; papá no creía en Dios (o en los alienígenas) y el profesor de educación religiosa del colegio le había dicho que tenía que dejar de «molestarlo» tanto. Imagínate a Jesús diciendo: «Vete, no me molestes tanto». Era probable que Dios enviara al profesor de religión derecho al infierno. Las cosas eran muy difíciles cuando te había criado un ateo que era un cerdo matemático y una madre a la que no podías importar menos, y tú oías la voz de Dios. Había muchas cosas que no sabía, pero no había más que ver a Juana de Arco, que era una campesina ignorante y bien que se las había apañado, y Sylvia no era ni ignorante ni campesina. Después de que Dios le hablara, empezó a leer la Biblia, por la noche bajo las sábanas y a la luz de su fiel linterna Ever Ready. La Biblia no guardaba relación alguna con su vida. Eso de por sí ya la volvía atractiva.

Sylvia trató de acordarse de la hora de irse a la cama la noche anterior, pero solo fue capaz de evocar un recuerdo confuso. Se había sentido enferma por culpa del calor y el sol y se había ido a la cama antes que nadie. En cuanto se dio la vuelta, ¿había permitido mamá a Amelia y Olivia dormir en la tienda? ¿Haría una cosa así? Llevaba todo el verano insistiendo (sin motivo alguno) en que no podían dormir fuera.

Bajó con sigilo por las escaleras, evitando los dos peldaños que crujían. La puerta de atrás no estaba cerrada con llave, de forma que cualquiera podría haber entrado y cometer los asesinatos en las camas antes mencionados. No estaba cerrada, por supuesto, porque Amelia y Olivia estaban durmiendo en la tienda. No tardaría en amanecer, ya oía a un pájaro solitario cantarle a la mañana. La hierba del jardín estaba mojada. ¿De dónde salía todo aquel rocío si el día era tan caluroso y seco? Debía buscarlo en un libro. Anduvo con cuidado a través del jardín, no fuera a pisar el cuerpo blando y baboso de otra criatura nocturna que llevara su propia vida secreta.

Levantó la puerta de la tienda de campaña. ¡Sí, estaban las dos ahí! Vaya caradura. ¿Por qué tenía Amelia que recibir el premio de dormir toda la noche en la tienda, y encima con Olivia y *Rascal*? No era justo; ella era la mayor, debería estar en la tienda. *Rascal* se levantó de su sitio junto a Olivia y meneó la cola y le lamió la nariz.

Las dos dormían boca arriba, absolutamente inmóviles, como cadáveres. Sylvia le movió los pies a Amelia, pero no se despertó. Se metió en la tienda, apretujada entre las dos. Hacía un calor increíble, probablemente el suficiente para matarlas. El sitio más caluroso de la tierra... ¿no era el desierto de Atacama? ¿El Valle de la Muerte en

Estados Unidos? ¿Algún sitio en Mongolia? No estaban muertas, ¿verdad? Le dio un pellizco a Amelia en la nariz y la oyó murmurar algo y volverse del otro lado. Debía despertar a Olivia y llevársela de aquel horno. El Agujero Negro de Calcuta: ahí dentro la gente se moría de calor, no por la falta de aire; era un desliz habitual. Desliz le parecía una palabra excelente. El «accidente», por ejemplo, era el mayor desliz que había existido jamás. Ja. Su madre debería dejar de criar, desde luego; era muy vil. Quizá era católica y lo guardaba en secreto. Eso sería maravilloso, porque así podrían tener largas y clandestinas conversaciones sobre misterios y rituales y la Virgen María. Ni la Virgen María ni Jesús le habían hablado a Sylvia. En realidad no creía que Jesús le hablara a la gente. Juana de Arco era otra cuestión; Juana de Arco era una absoluta parlanchina.

Sylvia le frotó a Olivia el lóbulo de la oreja porque Rosemary les había contado una vez que cuando era enfermera despertaban así a los pacientes dormidos. Olivia se movió y luego volvió a sumirse en el sueño. Sylvia susurró su nombre, y la niña se esforzó en abrir los ojos. Estaba desconcertada de puro sueño, pero cuando Sylvia musitó:

—Levántate, vamos —la siguió al exterior de la tienda, con las pequeñas zapatillas de conejo en la mano—. No te molestes en coger las zapatillas, siente cómo está de mojada la hierba entre los dedos de los pies.

Pero Olivia negó con la cabeza y se puso las zapatillas.

—Tienes que aprender a ser rebelde —aconsejó Sylvia—. No tienes que hacer todo lo que te digan mamá y papá. Especialmente papá. —Y puntualizó—: Pero a mí sí que tienes que obedecerme.

Quiso añadir «porque he oído la palabra de Dios», pero Olivia no lo entendería. Nadie lo entendía, excepto Dios, por supuesto, y Juana de Arco.

La primera vez que Dios le habló estaba sentada en la zona que rodeaba el campo en un partido de hockey. A Sylvia, un ala derecha inventiva, la habían expulsado por golpear a su oponente en los tobillos con el palo (la cosa consistía en ganar, ¿no?) y estaba huraña y furiosa cuando una voz cerca de ella dijo «Sylvia», pero cuando se volvió no había nadie, solo una niña llamada Sandra Lee que hablaba con chillón acento de Cambridge, de modo que, a menos que Sandra Lee estuviese haciendo prácticas de ventriloquia o se hubiese convertido en hombre no podía tratarse de ella. Sylvia decidió que lo había imaginado, pero entonces la voz repitió su nombre, una voz profunda y melosa, una voz que la empapó de calidez, y en esa ocasión Sylvia susurró, muy bajito debido a la proximidad de Sandra Lee: «¿Sí?», y la voz le dijo: «Sylvia, has sido elegida», y ella preguntó: «¿Eres Dios?», y la voz contestó: «Sí». No podía llegarle a una un mensaje más claro, ¿no? Y a veces se sentía tan transformada por la luz divina que sencillamente se desvanecía. Le encantaba que le pasara eso, le encantaba la sensación de perder el control, de no ser responsable de su cuerpo o su mente. En una ocasión (quizá en más de una) se había desvanecido en el estudio de papá, desplomándose inconsciente en el suelo como una santa torturada.

Su padre le arrojaba un vaso de agua a la cara y le decía que recobrase la compostura.

Le susurró a una Olivia casi sonámbula:

—Venga, vamos a jugar a algo.

—No —contestó Olivia con un tono quejumbroso nada propio de ella—. Es de noche.

—¿Y qué? —preguntó Sylvia.

La cogió de la mano, y cuando estaban a medio camino del jardín, Olivia exclamó:

—¡El Ratón Azul!

—Vale, corre a buscarlo —repuso Sylvia.

Olivia entró reptando de nuevo en la tienda y emergió aferrando el Ratón Azul bajo un brazo y con *Rascal* dando brincos de alegría detrás.

Juana de Arco le había hablado cuando estaba encaramada a una de las ramas del haya de la señora Rain. Juana de Arco le habló al oído, como si estuviera sentada a su lado en la rama. Lo raro era que después de esas conversaciones Sylvia no conseguía recordar qué le había dicho en realidad Juana de Arco, y tenía la impresión de que no había hablado siquiera, sino cantado, como un gran pájaro posado en la rama.

Dios la había elegido, se había fijado en ella, pero ¿con qué propósito? ¿Para llevar a un gran ejército a la batalla y luego arder en los fuegos de la purificación como la propia Juana de Arco? ¿Para ser sacrificada? Del latín *sacer*, que significaba «sagrado» y *facere*, «hacer». Para hacerla sagrada, como una santa. Era especial. Sabía que nadie la creería, por supuesto. Se lo contó a Amelia, y le contestó: «No seas tonta». Amelia no tenía imaginación, era muy aburrida. Había tratado de contárselo a mamá, pero estaba preparando un pastel, viendo girar y girar la pala de la batidora Kenwood, como si estuviera hipnotizada, y cuando Sylvia le dijo: «Creo que Dios me ha hablado», contestó: «Qué bien», y Sylvia añadió: «Un tigre acaba de comerse a Julia», y su madre dijo: «¿De verdad?» con el mismo tono soñador y distraído, y Sylvia había salido a grandes zancadas de la habitación.

Dios continuaba habiéndole. Le hablaba desde las nubes, desde los matorrales, le hablaba cuando se estaba quedando dormida por las noches y la despertaba por las mañanas. Le hablaba cuando estaba en el autobús y en el baño (su desnudez no era algo de lo que avergonzarse ante Dios), le hablaba cuando estaba sentada en clase o a la mesa de la cena. Y siempre le hablaba cuando estaba en el estudio de Victor. Era entonces que le decía «Deja que los niños se acerquen a mí», porque seguía siendo, después de todo, una niña.

—No —dijo Olivia en voz alta, y empezó a tironear de la mano de Sylvia.

—Ssh, no pasa nada —la tranquilizó Sylvia abriendo la puerta en la tapia del

jardín de la señora Rain.

—No —insistió Olivia arrastrando los pies, pero tenía la fuerza de un gatito comparada con su hermana mayor—. La bruja —susurró.

—No seas tonta —repuso Sylvia—. La señora Rain no es una bruja en realidad, es solo un juego.

Sylvia no estaba segura en realidad de creer aquello. Pero ¿había creado Dios un mundo que contenía brujas? Y ¿qué pasaba con los fantasmas? ¿Había fantasmas en la Biblia? Ahora tenía que arrastrar a Olivia. Quería llevarla hasta el haya, quería enseñársela a Juana de Arco, que viera qué pura era Olivia, qué santa, igual que el Niño Jesús. No estaba segura de cómo iba a subir a Olivia al árbol, pues no parecía posible que fuera a trepar por él. Olivia se echó a llorar. Sylvia empezó a enfadarse con ella. La vieja bruja iba a oírlas.

—Cállate, Olivia —ordenó con severidad, y le dio un buen tirón del brazo para hacerla seguir.

No había pretendido hacerle daño, de veras que no, pero Olivia estaba llorando y armando barullo (lo que no era en absoluto propio de ella).

—Para ya —siseó Sylvia, pero Olivia se negó simplemente a parar, de modo que tuvo que taponarle la boca con la mano.

Y entonces tuvo que dejarla ahí mucho rato hasta que Olivia se calló por fin.

Dejad que los niños se acerquen a mí. Un sacrificio. Sylvia había creído que ella iba a ser el sacrificio, convertida en mártir porque Dios la había elegido. Pero resultó que era Olivia quien debía ser entregada a Dios. Como Isaac, solo que, por supuesto, él no había muerto en realidad, ¿no? Olivia era sagrada ahora. Pura y santa. Era pura y santa y estaba a salvo. Ya no podían tocarla. Nunca tendría que ir al estudio de papá, nunca tendría que ahogarse con la cosa apestosa de papá en la boca, nunca sentiría sus manazas en el cuerpo volviéndola impura y mancillada. Sylvia observó el pequeño cuerpo que yacía en la larga hierba y no supo qué hacer. Tendría que ir en busca de alguien que la ayudara. La única persona que se le ocurrió fue papá. Tendría que ir a buscar a papá. Él sabría qué hacer.

Y Julia dijo

Au revoir tristesse. Jackson conducía con la capota abierta y los Dixie Chicks a todo volumen en el equipo de música del coche. Las recogió en el aeropuerto de Montpellier. Iban ataviadas para el descapotable, con pañuelos de cabeza de *chiffon* y gafas de sol, de forma que Julia parecía una estrella de cine de los años cincuenta y Amelia no. Julia le había contado por teléfono que Amelia estaba mucho más alegre últimamente, pero si lo estaba se lo tenía bien callado, sentada en la parte de atrás de su nuevo BMW M3 refunfuñando y gruñendo ante todo lo que Julia decía. Jackson lamentó de pronto no haberse comprado en cambio el BMW Z8 de dos asientos; así podrían haber metido a Amelia en el maletero.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Julia.

—No, lo he dejado —repuso Jackson.

—Bien hecho, señor B.

Entraron en Montpellier, donde hacía mucho calor, y tomaron helado en platillos de plata —*glaces artisanales*— en un café en la plaza mayor. Julia los pidió, y Jackson quedó impresionado por su correcto francés.

—Antes era un caniche —dijo Amelia (insondable como siempre).

—No seas cascarrabias, Milly, estamos en *vacances*.

—Tú siempre estás de vacaciones —espetó Amelia.

—Bueno —repuso su hermana—, se me ocurren formas peores de vivir la vida.

Y Jackson se preguntó si se habría enamorado de Julia y entonces el cielo se oscureció de pronto para volverse del color de las ciruelas de Agen maduras, el trueno retumbó en la distancia y las primeras gotas de lluvia empezaron a caer con fuerza en el toldo de lona del café, y Julia se encogió de hombros (de una manera encomiablemente francesa) y le dijo a Jackson:

—*C'est la vie*, señor Brodie, *c'est la vie*.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias:

A mi agente, Peter Straus.

A mi editora, Marianne Velmans.

A Maureen Alian, Helen Clyne, Umar Salam, Ali Smith y Sarah Wood por Cambridge en julio, de forma especial a Ali Smith.

A Reagan Arthur, Eve Atkinson-Worden, Helen Clyne y Marianne Velmans por su entusiasmo a la hora de leer el manuscrito.

A mi primo, el comandante Michael Keech.

A Stephen Cotton, él sabe por qué.

A David Lindgren por la historia de las ovejas.

Y por último, pero no por eso menos importante, a Russell Equi, dios de todo lo que va sobre ruedas.



KATE ATKINSON (York, 1951) es una escritora británica. Estudió Inglés y Literatura en la Universidad de Dundee y tras graduarse, realizó un postgrado en Literatura Americana. Fue profesora en Dundee y allí comenzó a escribir cuentos cortos en 1981, además de colaborar con revistas femeninas. Desde 1986 ha recibido diversos premios por sus cuentos.

Recibió el Whitbread Book Award con su primera novela, *Entre bastidores*. En 2004 salió *Expedientes*, la primera novela protagonizada por el expolicía e investigador Jackson Brodie. Unos años más tarde se publicó *Incidentes* y *Esperando noticias es la tercera del ciclo*.

Una y otra vez es la novela que marca la vuelta de la gran autora a la ficción pura y dura, un paso más en su carrera que ha sido aplaudido por el público y la crítica.

Actualmente vive en Edimburgo y colabora ocasionalmente en periódicos y revistas.

Notas

[1] Pieza de los asientos de los coros de las iglesias para descansar, medio sentado sobre ella, cuando se debe estar de pie. (*N. de la T.*). <<

[2] En francés casa rural. (*N. de la T.*) <<